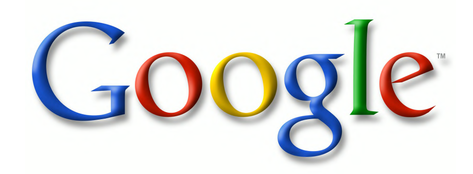
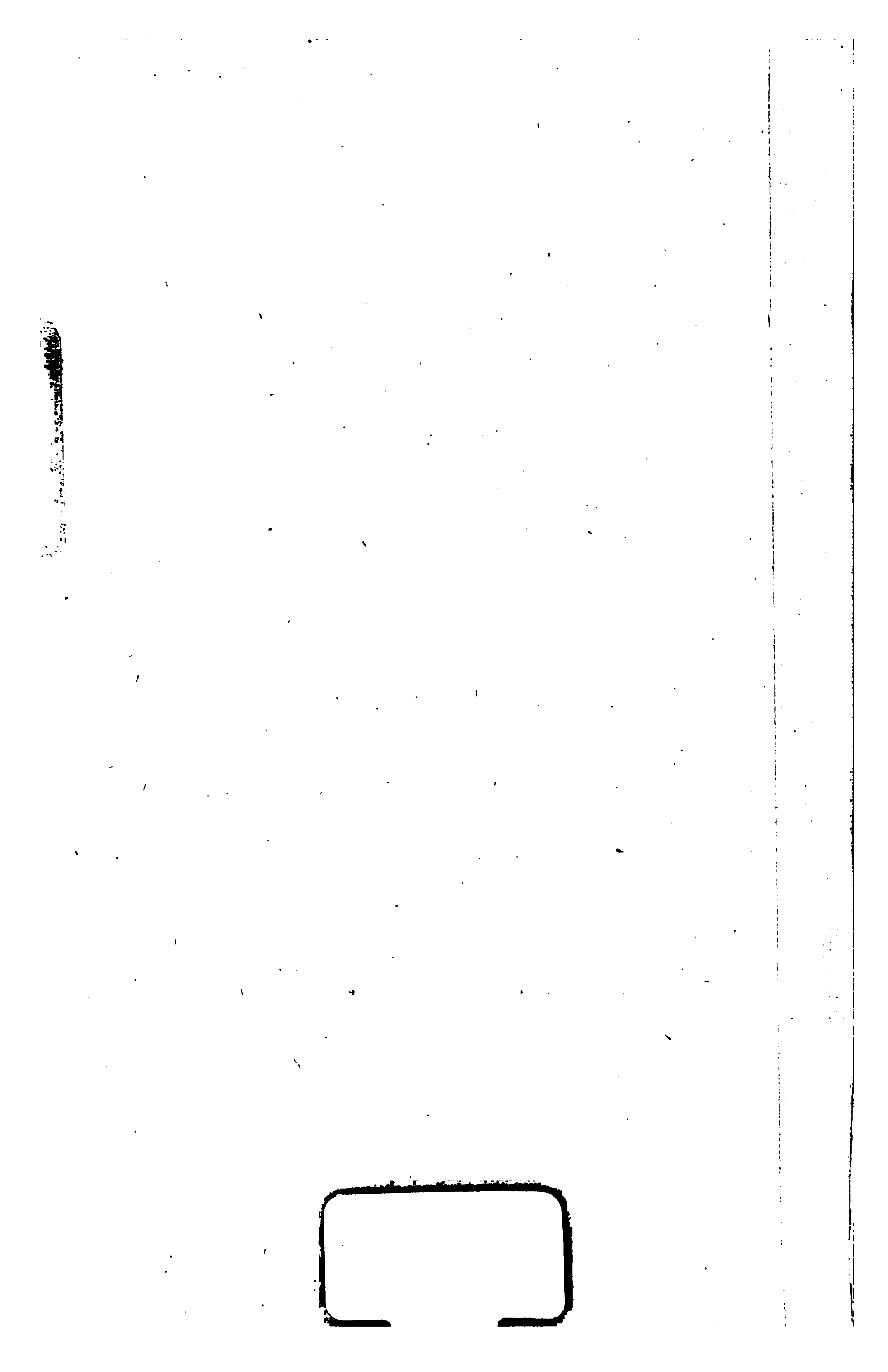
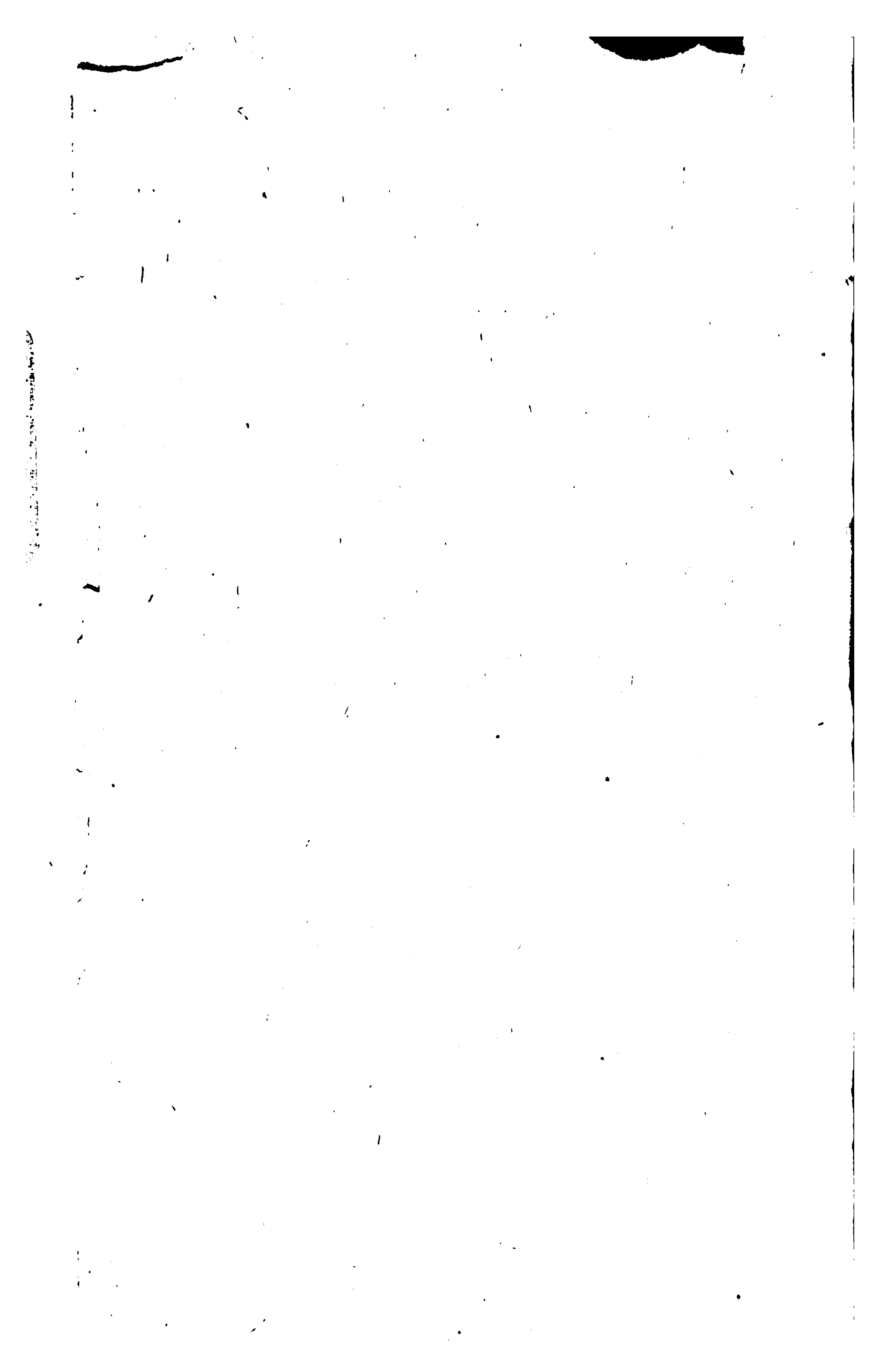



NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07437056 4



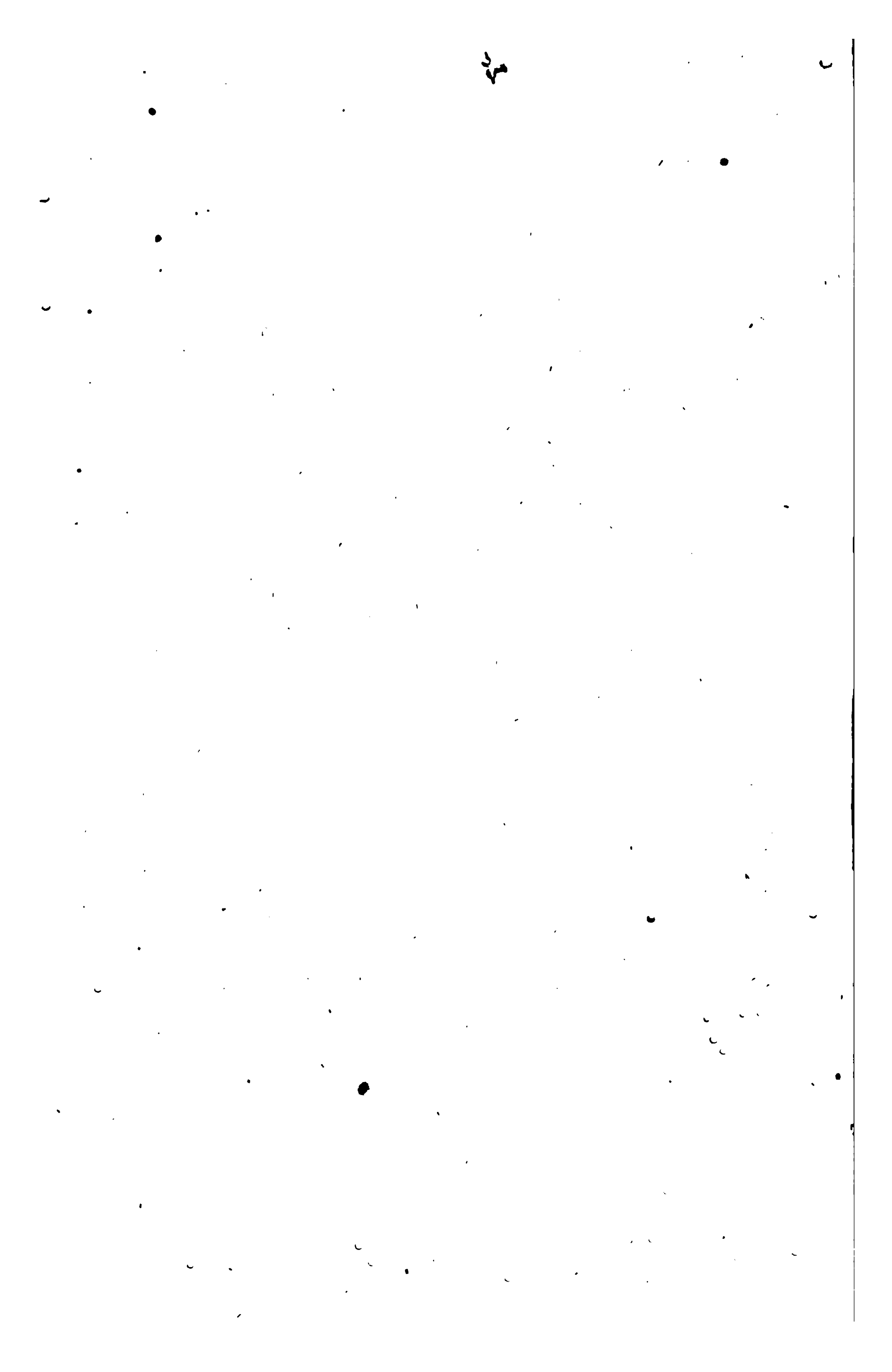
Pina

NPM



Piña

NFI



HISTORIA DE UN BRIBON DICHOSO.

HISTORIA

DE

UN BRIBON DICHOSO,

NOVELA ORIGINAL

DE

DON RAMON PIÑA.

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO

POR

DON FRANCISCO CUTANDA.

MADRID.
Imprenta de Manuel Tello, calle de Hita, núm. 5.
1860.

PRÓLOGO.

Medio rogado, medio ofrecido, héme aquí otra vez escribiendo prólogos. Parece sino mio este; y aunque pocos hombres comprenden su propio destino, que, á comprenderlo, fuéramos todos grandes, vislumbro yo que el mio no ha de pasar de aquí.—Tiempo era ya, no faltará quien lo diga, de que sirviéndole de bastante prólogo para una suya los varios que ha destinado á las obras agenas, alguna produjera por donde pudiéramos juzgarle.—Ningun libro hace falta en el mundo, pienso yo hoy, á pesar de haber pensado poco há lo contrario; y de que nadie pueda juzgarme fundadamente en vida, es cabalmente de lo que voy huyendo, no sé si diga por cálculo, ó por temperamento. Yedras hay, y musgos, y líquenes en el reino vejetal; crustáceos creo que tambien los hay parásitos; y en cuanto á insectos que no pueden vivir solos, sino en compañía y á costa de otros vivientes, cosa es demasiado cierta que hay muchísimos. Luego, hasta posible me parece alcanzar un nombre, y un puesto, y una reputacion en todas las carreras, y más en literatura, en medio de las delicias del ocio... Todo lo puede el público. *Satis sit vobis vidisse Alanum*, decia un orador de este nombre,

que nunca bien oraba sino al decir el *Pater noster*, ofreciendo su sola presencia como pasto bastante á la curiosidad pública. Á la postre parecerá todo.—«¿Qué hizo ese hombre?» preguntarán; y mirándose los unos á los otros, y con un general encogimiento de hombros, quedará convenido que maldita la cosa.—No seré, pues, clásico, ni honra de mi patria, ni disputarán entre sí varios pueblos sobre cuál fué la mia: *omnis moriar*; allá me las den todas.

Pero la alabanza es cosa tan sabrosa, sin embargo, que todos dedicamos las nueve décimas partes de nuestra corta vida á merecerla, ó lo que es mejor, á conseguirla; y es sombra que perseguimos, hasta desengañados de no haberla de alcanzar jamás; y nos acurrucamos á exhalar el último aliento sin perderla entonces todavía de vista; y dicen que bien distribuida es poderoso estímulo de los grandes hechos. Veamos, pues, si alabando á quien lo merezca, algo queda para mí; desperdicios de rica mesa agena.

Treinta años van ya que estoy esforzándome por recogerme, por madurarme, por entristecerme, y tomar por fin aire de seriedad y aspecto de hombre grave y pensador. No adelanto un paso; cada vez peor. Gústame más una agudeza que una verdad abstracta; un chiste que un descubrimiento; reir es para mí el sumo bien de la vida humana; y con semejante pasion, difícil es que emprenda cosa séria. ¿Cómo, pues, en medio de esa perpétua infancia, no faltan hombres maduros que gusten de mi ligera conversacion?—Es que en mi risa no hay un solo átomo de malevolencia; es que no me rio de nadie jamás; es que en viendo mérito ageno, allá me voy irresistiblemente, y grito cuanto puedo por que acuda gente á celebrarlo, á coronarlo, y yo me quedo embelesado contemplándolo y dando gracias á Dios.

D. Ramon Piña publica otra novela más cubana que *Gerónimo el honrado*, más castiza que todas las de su tiempo, mejor pensada que algunos tratados de filosofía, con más sustancia y mejor tuétano que siete discursos inaugurales, más interesante sin com-

paracion que este su prólogo. ¿Quién es aquí el padrino? preguntaba uno que, para serlo en comision, se encontró vestido de nuevo y muy agasajado de la familia del bautizo.—¿Quién apadrina á quién, Sr. Piña?—Pase V. adelante, despues entraré yo. Ojalá que antes fuese el Bribon dichoso, y se permitiera escribir *postscriptums*, ó *postscriptumses*, como diria un inglés, al fin de las novelas. Puede que entonces, lleno el lector de benevolencia, de agradecimiento para con quien tan deliciosas horas le proporcionara, tuviera buena cara é indulgencia con el epiloguista.

CUBA Y LA PENÍNSULA.

La hija y la madre: estudiémoslas.

Terra antiqua, potens armis atque ubere glebæ.

Virg. *Æneid.*

El que no ame á España será porque no la conozca. Grande, hermosa, noble, generosa, terrible con los enemigos, suavísima madre para todos sus hijos.—Cubanos, venid y ved; y no os fieis de los que fingen aborrecer á España sin conocerla siquiera.

Quique bibunt tenera, dulces, ab arundine, succos..

Luc. *Pharsal.*

Cuba: tierra de promision, puerto seguro de españoles náufragos, la de las dulces costumbres, la franca, la hospitalaria, la menos desconfiada, la menos egoista, la más afable, la más festiva de las hijas del Océano.—¡Peninsulares, amad á Cuba; fiaos, para amarla, del peor tratado, del más preocupado de cuantos hayan pisado su delicioso suelo!

Peninsulares y cubanos: el cielo os hizo para unidos.

¡Cubanos! ¿Qué pueblo ha progresado la mitad que el vuestro en medio siglo? ¿Qué pueblo hay tan feliz en todo el globo?

¡Españoles! Pensad, al pisar aquella privilegiada tierra, que respondeis cada uno de la honra y de la nobleza de España.

No mancheis, por Dios, el blanco manto de la nobilísima doncella; no la hagais llorar nunca; buscad, apeteced, codiciad su deliciosa sonrisa.

¡Cubanos! Visitad á España, ó preguntad, si quereis, antes, cuál de vosotros ha sido nunca mal acogido en Castilla.

El secreto de vuestra eterna union está en el conocimiento, en el trato, en la comunicacion contínuas. Los buenos han nacido para amigos; solo alejados pueden dejar de serlo.

Piensan algunos españoles que Cuba es país muy atrasado.—¿Cómo ha de saber mi hijo tanto como yo?—Imposible.

Piensan algunos cubanos que España es un país de mendigos y de bárbaros. Venid y ved. Más ferro-carriles y mejores telégrafos, más fábricas y fundiciones, poblacion más apiñada encontrareis en muchas partes; pero un carácter distintivo de nobleza, de generosidad, de franqueza, de moderacion, de mansedumbre como el español, no fácilmente.

El comercio y la industria unen intereses, pero no voluntades.

Unos mismos padres, unos mismos nombres, un idioma, una sola religion: ¿qué más hay que pueda identificar á dos pueblos? Solo falta la union literaria.

DEL TALENTO CUBANO Y DE SU PECULIAR CARÁCTER.

Cuba se lanza á la vida y á la civilizacion con todo el entusiasmo de la juventud, con aquel ardor, con la exaltacion con que lo hace todo. ¿Quién no ve en el brillo de los ojos, en lo rojo de los labios, en el animadísimo gesto, en la vehemencia de las frases y de los ademanes, la particular sensibilidad de los cubanos?—No es aquella la ponderacion, la exageracion andaluza, que esta no pasa de ayudar al chiste y animar la conversacion; allí todo es vehemente, apasionado, extremado casi.

El talento es precoz, pronto, penetrante, clarísimo. La imagi-

nacion viva, pintoresca, creadora, rica. La aptitud mucha, el ansia por saber general. La indolencia del cuerpo aviva, lejos de extinguir, una grande actividad moral. La juventud se agita, fermenta, hierve por aprenderlo, por apurarlo todo. Y como no hay malos hábitos científicos que desterrar, ni rancias escuelas que enterrar, ni preocupaciones añejas que extinguir, corren todos derechos á lo cierto, á lo positivo, á lo práctico. Lástima grande que el contacto con la seca *escuela aritmética* del Norte, y la inmediata y provechosa aplicacion de los conocimientos científicos, alejen á todos generalmente de los estudios abstractos. Por lo mismo son hasta vulgares los económicos y políticos; aunque bebidos todos en la fria fuente de los escritores de la América del Norte, lastiman y pueden enfermar el ardiente pecho de una raza meridional más afectuosa, más apasionada y más sensible.

La historia, la alta filosofía, los estudios religiosos, están en total descrédito; y corre peligro la moral pública por la indiferencia religiosa. La piedad se halla refugiada en las mujeres. Un aire, una atmósfera volterianos, se han generalizado entre los hombres. En ninguna parte hace tanta falta un clero ilustrado, piadoso y morigerado como allí, así como el que se generalicen los pocos buenos libros á propósito para desacreditar y hasta ridiculizar la impiedad. Un pueblo sin religion y práctica de ella carece de vínculo y de solidez, y es *arena sine calce.*

Á los españoles toca surtir de buenos libros aquel mercado, á que no enviamos otra cosa que unos cuantos dramas, poesías fugitivas y algun que otro libro de derecho. Hemos perdido el prestigio del saber, y se ha debilitado mucho alguno que no quiero nombrar, y que era acaso más importante todavía. Trabajemos por recobrarlos. Demos muestras de conservar una probidad que fué característica, y de no quedarnos atrás en la carrera de los adelantos y de la ilustracion. Á tal elevacion ha llegado Cuba, que no puede tratarse ni gozarse con la intimidad de los que no sean cultos.

ANACLETO BERMUDEZ.—Yo no sé si alguien se habrá atrevido á alabar á este insigne abogado. Yo no sé si él era muy amigo mio; lo que si sé es que yo era muy amigo suyo, y que por mi parte, aunque sin posible correspondencia, continúo siéndolo despues de su temprana y acaso desastrosa muerte.

Et laudavi potius, mortuos quàm viventes.

No he conocido letrado de más expedicion y facilidad en el trabajo, ni tan desinteresado, ni tan ardiente defensor de los pobres, ni de tan suaves y puras costumbres. Habria figurado con mucha ventaja en cualquier foro, en el primero del mundo.

¿Le vísteis siempre elocuente, á pesar de la indocilidad de su lengua, vencer á la naturaleza, como Demóstenes, hacerse oir con encanto en todo género de cuestiones, y comunicar su entusiasmo á los oyentes más frios?—¡Qué actividad, qué viveza, qué dulzura, qué deseo de complacer y de agradar á todos! Y una taza de café apagó toda aquella lúz, tanta alegría, y paró y detuvo para siempre aquel torrente de electricidad!—¡Cubanos, recordad siempre á Bermudez!

DOMINGO DEL MONTE.—El profundo investigador de la historia americana, el distinguido bibliógrafo, el colector infatigable de libros y de documentos, y sobre todo, el escritor puro, castizo y eminentemente juicioso. Vivió en una atmósfera de saber, siempre rodeado de estudiosos, sin otra conversacion que la científica, auxiliando y estimulando á todos á que supiesen. Su erudicion era universal, su crítica rectísima. Débole estímulos, débole consejos. ¡Y tambien se cerraron para siempre aquellos ojos, más que medio gastados antes por el abuso de una incesante lectura! Él legó sus restos á Cuba, y su preciosa librería á Cuba tambien. Cuándo quiera que tenga un panteon para sus hijos ilustres, no se olvidará Cuba de Domingo del Monte.

Algunos más podria citar de entre los muertos; de los vivos, y eso que los hay tan distinguidos, me repugna hablar, fuera de que todos saben sus nombres y su mérito.

INGENIOS.

Y de ingenios, ¿cómo está Cuba?—Más de mil cuenta, de azúcar, y los hay magníficos. Hablando seriamente, si la poesía fuese el instinto de la melodía, la facilidad y hasta la felicidad de alcanzarla en la rima, si á esto se redujera el ser poeta, pocos jóvenes cubanos he conocido que no lo fuesen. Si es sublime creacion, si es entusiasmo, delirio semi-divino, no es de extrañar que haya pocos poetas en Cuba. ¿Adónde los hay?—Desfallece diariamente, hasta venir á morir la poesía en las sociedades muy adelantadas, por el hábito de raciocinar, por el imperio absoluto de la razon más ó menos recta, por el positivismo que á todos ocupa, por la falta de recogimiento, y este vivir siempre en compañía, porque no hay poeta bueno si no es poético el pueblo que le escucha. Así que, remedos parecen los cantos de los mayores ingenios en el dia; y Homero, si resucitara, bien seguro es que tendria que buscar otro oficio.—Ocasiones, situaciones dadas abren de vez en cuando campo y oportunidad para *poesías*; pero (y este es uno de los ciento y un plurales que hay en castellano que significan mucho menos que el singular) verdadera *poesía* no la conocerá ya el mundo, como no retroceda, empezando por olvidar las matemáticas, sus aplicaciones, la política, la mecánica y la imprenta.

LA NOVELA.

La novela; ya que á ella y á la historia va quedando reducida toda la actual literatura, menos en la nacion que, como tantas otras cosas, ha sabido monopolizar el siempre variado, ameno, in-

agotable *ensayo*, ¿qué novelistas cuenta Cuba?—Le sucede como á la península: tan pocos cuenta sobresalientes la una como la otra.

Esta que parece fácil carrera, exige no solo talento y observacion y fino pincel, sino dominar la época, saberla toda, poder entrar en los corazones de todos, saberse, como alguno diria, toda la humanidad al dedillo.—No consiente, además, imitacion, por muy disimulada que sea; pierde el lector toda ilusion, á poco que sospeche de reminiscencia; y tan difícil va siendo ya dar al público nuevas novelas, como nueva música.

Apenas hay, por lo mismo, escuelas en la novela; cada escritor tiene que inventarse su arte; y es tan melindroso el lector de ahora, que nó se sabe cómo complacerle ya. Lo maravilloso es para los niños, no para los desengañados; lo histórico es menos novelesco que los romances y las crónicas; lo picaresco está agotado y no sirve, y justamente, para el velador del gabinete, ni para sobre el tocador de la dama, que no ha de conversar con areneros y barquilleros, ni para el estudio del literato; lo fantástico, digo lo mismo que de lo maravilloso, no es para viejos, y en nuestra época lo son hasta los muchachos en punto á desencanto y casi universal tédio; lo político, que hasta en la novela ha querido penetrar, está proscrito de la literatura, y es sacrílego cualquier intento de union entre los dos; lo directamente moral no hace fuerza ni interesa en la novela, porque lo moral ó es falso ó es religioso. ¿Qué nos queda?—La novela de costumbres.

Costumbres... ¿Las hay en España?—No alarmarse. ¿Las hay en Francia?—¿Las hay en Italia?—El activo comercio de las naciones entre sí, la facilidad para viajar, la lectura de periódicos, van produciendo á toda prisa la uniformidad de costumbres en toda Europa; mejor dicho, la no existencia de costumbres peculiares y locales. Individualmente, apenas quedan ya: la imitacion y la tradicion han sido destronadas; cada uno obra por su propia cuenta y por su particular instinto; ni observa lo establecido, ni trasmite

á sus hijos lo que practica. Más emancipada no puede estar la humanidad; la humanidad anda sola, y no se apoya en nada. ¡Tenga Dios piedad de ella!—Pero en Paris se publican anualmente muchas novelas de costumbres, se dirá.—Tan cierto es esto, como que la accion de todas ellas pasa indefectiblemente en Paris tambien. Pero ni Paris tiene costumbres, menos acaso que ningun otro pueblo, ni sus novelas son de semejante cosa. En aquel inmenso foco de actividad y de universal concurrencia, tienen lugar notables accidentes, desórdenes, intrigas y lances; la novela se limita á referirlos, suponerlos ó inventarlos verosímiles; y el lector cree leer la historia contemporánea de la humanidad, y no se suele equivocar. Pero esta es la novela descriptiva de casos domésticos, sociales y hasta políticos; no la de costumbres. ¿Por qué la novela escocesa y la inglesa tienen tanto colorido local?—Porque allí quedan costumbres. Fuera de allí, la humanidad es una masa homogénea más ó menos fina, y en esta ó en la otra forma.

En vano es, por tanto, buscar en España costumbres que *novelar*; una provincia que las tiene, tiene muy natural y legítimamente su incomparable cronista. Si con todo su genio y su sensibilidad y su talento de observacion se trasladara á Madrid, ó no escribiria novelas, ó resultarian francesas ó cosmopolitas.

Y Cuba, ¿qué tal mercado es de este género?—Sumamente pobre. Ni sus partidas de campo, ni sus fiestas, ni sus gallos, ni sus bailes rústicos, pueden animar un libro. Cuba está de tránsito: pierde ó ha perdido ya las costumbres heredadas, y ningunas crea y sustituye en su lugar. La vida de cada uno es libre, y no hace concierto ni armonía con la de los otros; viniendo á ser imposible formar síntesis, ni fijar caracteres generales. La variedad de razas de nada sirve; antes bien, embaraza al escritor; ¿qué le importa al público lo que dicen y hacen los esclavos en su degradacion? ¿qué la conducta de los libertos y de las razas mezcladas? Y á la verdad que nada de esto es para escrito.

No hay vida social, ni pública, ni literaria, y la mercantil y de especulacion se parece á la de todas partes. Todas las clases rechazan con infantil enojo cualquier género de censura y hasta de advertencias y consejos, haciendo consistir el puntillo de su honra en que nadie tenga derecho á dirigirles la palabra sino descubierto y bien prevenido de lisonjas. El que se permitiera publicar alguna observacion que poco ó mucho afectara al gremio de empresarios de entierros, ó al de cocheros de plaza, ó de vendedoras de agua de coco, ó de carretilleros, no quedaria, cual en otros países, comprometido á seguir una *polémica periodística*,—que tales como suelen ser, todavía entretienen, desahogan rencores y purifican,—se veria demandado por injurias y calumnias, sujeto á cuentas de curiales, á enemistades y venganzas. Hay, lo que es peor que todo, cuestiones de *nolli me tangere*, que no salen á la prensa, pero que por lo mismo fermentan y se recuecen y se agrian, y quedan siempre cuestiones, y pueden crecerse á divisiones y escisiones... En tal estado, para escritor público lo de menos es tener talento y erudicion y chispa; lo esencial es hacer voto de indecision, equilibrio y universal contemplacion, antes de tomar la pluma; y la imprenta, en vez de ser magnífico, sonoro instrumento de armonía, es órgano sin aire en que teclean los ociosos, violin con las cuerdas flojas, por haberse apoderado de las clavijas los muchachos. Hoy parece que las cosas no van del todo así; que el órgano suena por fin, aunque solo en los registros suaves; que el violin se templa ya, y se permite dar al arco un poco de resina.—¡Maldiga Dios las alegorías!

EL BRIBON DICHOSO.

Así lo ha comprendido en su buen juicio el autor de El Bribon dichoso, y sin saberlo él mismo se nos ha venido á escribir á Madrid; y llena su cabeza de materiales, maduro con mucha lectura

y buena digestion de ella, con un estilo formado ya y que anda solo, nos ha dado una novela y un libro en una pieza, cosa que no es muy comun.

No ha tenido el mal gusto de pintarnos contínuos países y cuadros cubanos, que en tal caso habrian tenido poca novedad en su patria y ningun interés para nosotros; ha sabido, en una palabra, ser económico, gastando de su caudal con juicio, y reservándose lo principal para su ocasion. De aquí que la novela no sea *de* costumbres, sinó *con* costumbres cubanas, y tan interesante para los cubanos como para los peninsulares: á ningunos lisonjea, á ningunos insulta; y escrita entre los dos campos, con ojos serenos y ánimo despreocupado, hay lecciones para todos en ella.

Objeto ya se ve que tiene, que en esto se diferencian el escritor y el escribiente; pero no tan exclusivo y tan único que se convirtiera la narracion en otro banquete de Esopo; no se desperdicia la ocasion, pero no se arrastran los hechos para que todo resulte un tema con infinitas y cansadas variaciones. Para la estupidez, la indolencia, la necia confianza, la presuncion de algunas gentes, no hay misericordia; para la sordidez, para la degradacion de otras, hay cantáridas y cauterios. Experto marino, el autor no malgasta su andanada disparándola atropellado; espía la ocasion, y cuando ve descubierto el flanco ó la *aleta* de su contrario, allá la lanza sin que se desperdicie tiro. Y su contrario, su enemigo, son siempre el vapor *Abuso* y la corbeta *Corrupcion*. Importa sobremanera personificar ciertos vicios: Moliére, La Bruyere, Moratin, redujeron al hipócrita, al avaro, al intrigante, al adulador, á la mogigata, á la vieja gazmoña, al menos, á recatarse, á moderarse, de miedo de ciertos nombres que todos sabemos, y que caen sobre el imprudente que pierde demasiado el respeto al decoro público, cual otras tantas definiciones, ó más bien sentencias. Pues qué, ¿no es nada purgar de *Homobonos*, preservar de *Eustaquios* y limpiar de *Tortosas* el suelo de nuestras provincias de Ultramar?—Ya se ve que ni con una

ni con mil sátiras se logra purificar al mundo; pero escogiendo con tino los puntos en que la gangrena se manifiesta más, y aplicándoles el boton de fuego, se castiga, se detiene el mal y se da lugar á la eleccion de un plan interior que corrija y purifique el vicio de la sangre. Cierto que la humanidad es imperfecta, y que nuestra sociedad anda achacosa; pero ¿sabe nadie cuál se precipitarian la humanidad y la sociedad si la perversidad y el vicio no se sacaran así de vez en cuando *emplumados* á la vergüenza y á la execracion públicas?

Plan.—En esto consiste la perfeccion de un libro. Comprométese todo escritor, al anunciar uno, á tenerlo mejor pensado que pueda pensarlo ninguno de sus lectores; y como en esto de juzgar no hay amigos ni contemplaciones, desgraciado él si alguno le sorprende en la más pequeña distraccion ó descuido. Un tratado de astronomía, un libro de química, un arte de cocina ó de torear, tienen el plan hecho: lo que importa es saber calcular, analizar, guisar ó torear bien, que las cosas vienen luego á ofrecerse por su órden; y en no habiendo más cálculos, ni análisis, ni guisos, ni suertes, el libro llegó felizmente á su último capítulo. Bienaventurados los escritores de ciencias y artes, que ni tienen que cuidarse del plan ni del interés, ni de que nadie les pueda adivinar la intencion ni el camino.

Es una contínua zozobra la de los escritores de novelas, poemas y dramas, y hasta lo imposible les exige el público, ¡ingrato! solo porque se ofrecen á entretenerle y divertirle. Nada exige tanta perfeccion como las cosas de lujo y de pasatiempo, y se concede más indulgencia á un ministro que errando comprometió á su patria, que á un primer tenor ó barítono que desafinaron ó incurrieron en un *gallo*. Ha de empezar el apurado escritor por alguna parte, ha de hacer una exposicion, ha de entrar en la narracion, ha de formar el nudo, halo de apretar para que parezca ciego, y lo ha luego de desatar inesperada y sorprendentemente. Pues para

todo esto tiene que caminar con tanto tiento, que ninguno de los lectores, aunque sea catedrático de literatura, le sorprenda y le descubra el juego de sus manos. Tan pronto como hay uno siquiera que se adelanta un paso á lo que lee, y dice: «Estamos en la exposicion; este será el protagonista; aquí empieza la verdadera narracion; aquí el enredo...» Libro perdido, *auctor damnatus*.—Todo esto y más sabe el autor del BRIBON DICHOSO, y de todo se desembaraza con maestría y hasta con desenfado. No es más acertado en sus planes Piccard ni Mrs. Edgeworth; y en cuanto al misterio de lo que vendrá, al buen trenzado de los capítulos, á no dejar cabo que no se recoja, á no presentar ni persona ni hecho que no contribuyan directamente al fin principal, no cabe mayor perfeccion. Buen chasco se lleva el sencillo lector que, empezando á mostrarse displicente al verse entre una comadre y un médico, una doncella de más que dudosa hermosura y un tosco estanciero; y luego en una zapatería del Horcon, entre hormas y materiales, se propone firmemente no tomarse interés, mostrarse melindroso y juzgar mal del libro. ¡Pobrecillo! él se cebará en la lectura, y llegará á no poderla interrumpir, y requerirá las hojas que le faltan hasta el fin, y le parecerán poquísimas las que deja atrás, y casi ningunas por desgracia las que le faltan. Conducir así al lector, pasearlo, entretenerlo, encantarlo, fascinarlo, este es el triunfo del talento y del consumado saber escribir.

Caracteres.—Si bien se mira, no se sabe dónde buscar la filiacion de *Paulina*, ni de *Bruno*, ni de *D.ⁿ Eustaquio*, ni del *Cortado*, ni de *Ordoñez*: en ninguna parte se encuentra su retrato. Hacen y dicen; y á poco, si no se presume lo que harán y dirán, que esto se lo guarda bien el autor, se sabe bien lo que son incapaces de hacer y decir. Para la extension que la novela tiene, y aquí confieso que como la vi hacer intercedí con mi amigo el autor para que se la diese mayor y nada conseguí, se describen no pocos caracteres en ella; da cada uno alguna muestra bien significativa de

lo que es, y queda sólidamente incorporado á la accion, y obra luego con desembarazo. Si algun lector, despues de haber disfrutado de tan amena lectura, despues de refaccionado su estómago con alimento tan sabroso, echa menos algun carácter simpático entre los varios odiosos y entreverados de bueno y malo que pueblan el libro, repare que entre Paulina y Ordoñez están repartidas las virtudes contrarias á la deformidad de D. Eustaquio. Sencillez y pureza, probidad y dignidad por un lado; intriga, refinada corrupcion, y corrupcion nativa y castiza por otro. Hé aquí la buena distribucion de luces y sombras del cuadro.—Si algun otro exigiera el mal fin, el martirio del Bribon para escarmiento de pícaros, señal será de que la maldad le ha llegado á inspirar el odio que el autor se propuso. En carrera queda D. Eustaquio, privado de los goces de la sensibilidad y de la ternura, encadenado á una sed hidrópica de adquirir, á un egoismo abominable, peor enemigo de quien lo tiene que una activa y concertada persecucion de todos los demás contra él, de una ambicion ciega, desenfrenada, temeraria. Esto basta para que sus prosperidades no le hagan envidiable. Hasta aquí llega el deber del escritor moral: no tiene obligacion de dar tormento á los malos; basta indicar que, al equivocar en la vida el camino de la virtud, al entrarse por el de la maldad, se equivoca siempre y se pierde el camino de la felicidad.

Estilo.—Aquí estoy por primera vez perplejo en el discurso de todo este impertinente prólogo. Yo hallo imprudencia y hasta arrogancia en escribir un libro para que sea familiar en dos pueblos, y escribirlo en un lenguaje que ni se estila ni se practica en ninguno de los dos. En este punto me dejo llevar de la severidad. Apenas hay ejemplos de novelas escritas en lenguas muertas, quiero decir, despues de muertas, y las dos ó tres de estas algo notables que tenemos en latin de imitacion, son malos ejemplos. Es así que la lengua castellana murió...—Las buenas madres no se desengañan de que es cadáver el del hijo que abrazan y besan y tra-

tan de volver á la vida. Los buenos hijos del habla castellana nunca se desengañan de que este fué tesoro que perdimos, y hasta se desviven por resucitarla. Celo santo, aunque ningun fruto produjese. ¿Habremos de decir del Sr. Piña lo que en otro tiempo se dijo de los dos Argensolas? Un cubano ha demostrado lo que puede lograrse con el amoroso estudio de los clásicos, y mejor dicho, del clásico entre nuestros clásicos; y si Cervantes volviese á la vida, reconoceria, con su genial honrada franqueza, que habia formado escuela y que tenia buenos discípulos.

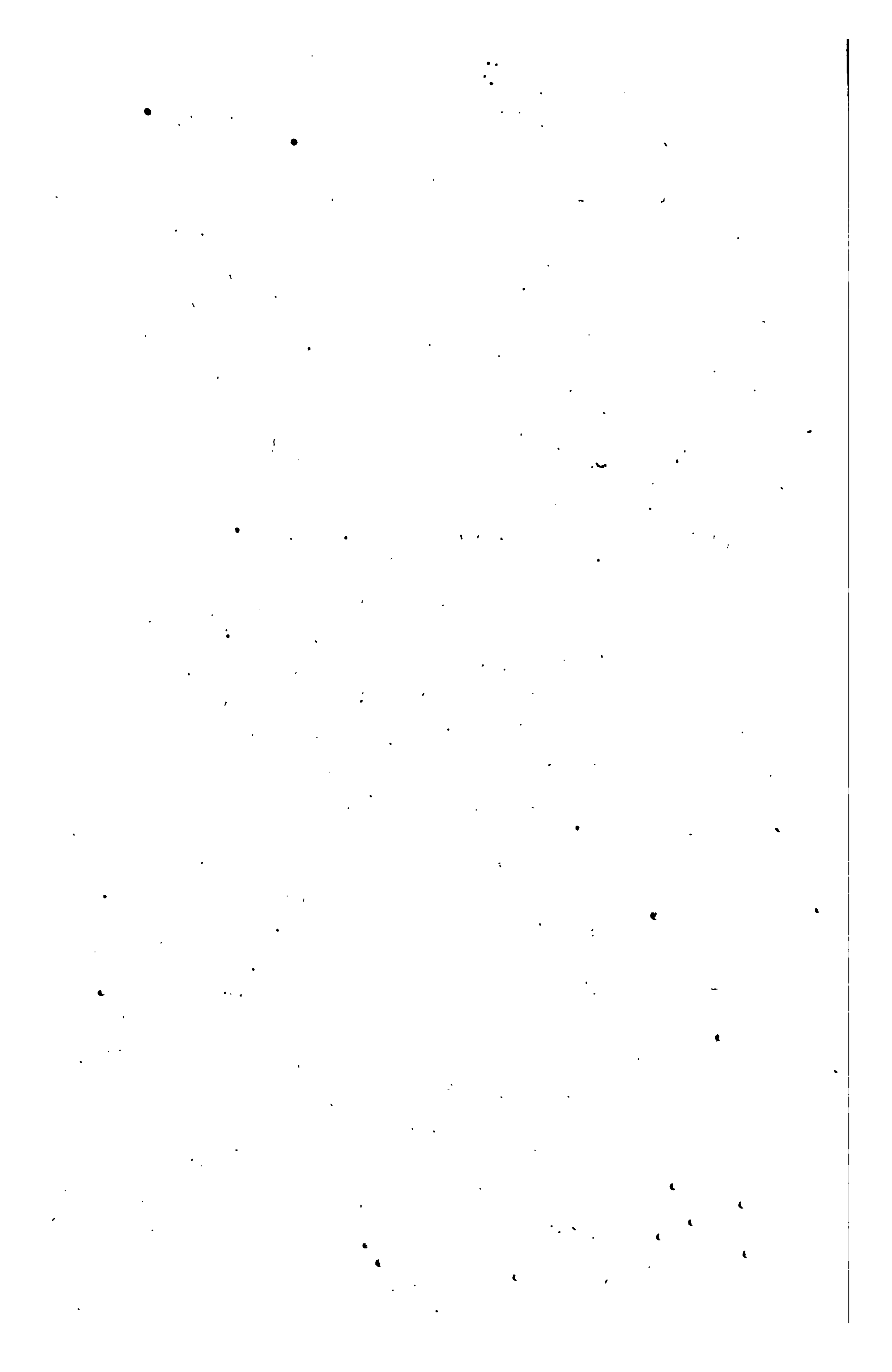
Esto en cuanto á lo material del estilo; que en cuanto á gracias y oportunidades, que ya pertenecen más al pensamiento que á la diccion, puede invitarse á cualquier curioso á que haga coleccion de lo más feliz que de este género se encuentra esparcido en el Bribon dichoso, y la cosecha será rica.

Cuestion importante. ¿Habrá segunda parte?—Yo me rio de los que dicen que no las hay buenas. Vengan de la misma mano que las primeras, y que no sean postizas ni *estudios de ampliacion*, y vengan cuantas quieran autores discretos. Nada absoluto, por Dios, en este género de literatura. Por lo demás, tan dispuesto se queda el Sr. Piña, segun lo que nos dice al fin, para regalarnos una continuacion, como para dejarnos con las ganas. Hay en esto fino artificio, y es buscar y producir efecto más allá de la última página de un libro. Quiere decir, que si somos buenos lectores y el mundo sigue siendo malo, podemos tener confianza. De lo primero ninguna duda me queda; muchos y buenos lectores y relectores tendrá el Bribon dichoso; conque por esta parte estamos de enhorabuena; de lo segundo no hay quien pueda responder con certeza, pero muy probable parece que el mundo no se enmiende del todo; nuevo argumento en favor de la continuacion. Y como en política, en historia, en economía, en literatura, en malicia, en credulidad y en otros muchos ramos, acostumbramos á descansar y dar por averiguado lo que se apoya en un par de muletas

tan buenas como los dos susodichos argumentos, la venida de una segunda parte del BRIBON DICHOSO es una cosa tan cierta, como noventa céntimos (conformándonos con la ley que prescribe el uso para todo del sistema decimal), como noventa céntimos de las cosas que tomamos por ciertas en el mundo.

Pasó ya el tiempo en que el Sr. Piña pudiera necesitar estímulos. Todos se complacen en hacer lo que saben hacer bien; un triunfo es aguijon para aspirar á otro; dos seguidos y tan notables, constituyen profesion casi, y dan al público ciertos derechos que no tardaria en reclamar si se desconociesen. Ahora éntre el lector, que lo hará con tanto más gusto, cuanta mayor ha sido la flema y la impertinencia del portero.

FRANCISCO CUTANDA.



HISTORIA DE UN BRIBON DICHOSO.

CAPÍTULO I.

Donde el que lo lea se traslada la Olimpo.

Hay en los alrededores de la Habana, en la isla de Cuba, haciendas de campo que se llaman *Estancias* al presente, sin más añadidura; pero que en tiempos más atrás eran conocidas bajo la denominacion más contraida ó determinada de *Estancias de labor*. Conteniendo de ordinario su área de una á tres caballerías de tierra, bien se encuentran destinadas al pasto del ganado vacuno, con cuya leche surte á la poblacion el dueño, ó más comunmente el arrendatario, ó ya vienen á ser propiamente huertas, en que tambien para el público consumo se cultiva todo género de hortaliza, legumbres y

frutas, *la maloja,* así como granos muchas veces, sin perjuicio de que en algunas se atienda á la crianza de diversas aves. Al dueño ó arrendatario que asiste en la *Estancia* se llama *Estanciero*, palabra que el diccionario de nuestro idioma da por anticuada; y así, *D. Bartolo,* que aunque, como cualquier otro, tenia su apellido, y era por cierto el de *Cardona*, conocido era regularmente por *D. Bartolo el Estanciero*, como si más claramente se dijera que por sí mismo gobernaba la heredad, en que era cierto tambien habitaba hacia mucho tiempo.

En aquella *Estancia,* que por su parte llevaba el poético nombre del *Olimpo*, en una mañana de Diciembre de un año no muy remoto, habia sentadas á la redonda de una descomunal mesa de pino cuatro personas entregadas á una ocupacion agradable. Encontrábase, efectivamente, de manifiesto en medio de la mesa un enorme jarro de hoja de lata cuyo aromático humo denunciaba la existencia del café que encerraba en su seno; al lado del mismo habia un azucarero de ordinaria loza con algunos terrones de azúcar, que más bien tiraba á *quebrado* que á *refino;* y como ocupase cada cual de los circunstantes con instintiva simetría uno de los cuatro respectivos costados de la mesa, al frente de cada uno de ellos se via una taza asimismo de no rica loza y llena de aquel negro y sabroso líquido, con su cuchara de plata que sirviese para los menesteres de la operacion que á todos ocupaba.

Eran las sillas en que estaban sentados los cuatro personajes, así como las demás que adornaban la sala, de humilde cedro fabricadas, no por cierto con suma habilidad artística, y su asiento y espaldar, guardando armonía con

aquella delicadeza de labor, eran tambien de cuero no curtido. Colocada la mesa en mitad de la sala, cada uno de sus costados ofrecia á la vista un cuadro diverso. Al frente del uno de ellos distinguíase la puerta que daba á una alcoba, la cual, aunque entornada, dejaba ver el remate de un ligero catre con empolvada colgadura, manifestando con esto claramente que la pieza servia de dormitorio. Al extremo opuesto notábanse apilados plátanos, cocos y calabazas, destinadas sin duda al surtido del mercado, cuyos frutos, traspasando los límites de la sala, invadian la otra alcoba simétricamente colocada al frente de la que ya se hizo mencion, para ir á detenerse al pié de una cómoda vieja y carcomida, que no por eso dejaba de ostentar un antiguo busto del Redentor del mundo, con su corona de plata sobredorada revestida de rubíes. Del otro límite de la colosal mesa, frente á la puerta no menos colosal de la calle, distinguíase la portada de la finca, groseramente fabricada con vigas sin labrar que llaman *horcones*, así como tambien el camino real á que daba salida. El último de los cuatro frentes daba á otra puerta algo menos colosal que la anterior, la cual, aunque medio cerrada, dejaba ver, sin embargo, un ancho *colgadizo* que servia de comedor, y en él figuraban tambien montones de fruta más ó menos sazonada, y serones con legumbres y granos, que ó no habian encontrado salida en el mercado, ó que hábilmente colocados estaban dispuestos para ser trasladados á aquel. En complemento de tan campestre cuadro, de vez en cuando solian entrarse por todas aquellas habitaciones algunas de las gallinas favoritas del ama de casa, seguidas de graciosos polluelos, que todo lo paseaban con la mayor confianza, adelantándose á veces á picar las legum-

bres destinadas á la venta; y á tal extremo por cierto solian llevar sus desafueros en este punto, que se hacia precisa la intervencion de los dueños para echarles de allí con ásperos ademanes, como perjudiciales miembros de aquella comunidad.

De entre los cuatro personajes que saboreaban el café, D. Bartolo llamaba desde luego la atencion. Era un hombre alto y grueso en proporcion, de color atezado y regulares facciones, sino que á su rostro daban cierto aspecto de dureza unas patillas negras, anchas y pobladas, que no peinaba con mucho esmero. Iba calzado con unos zapatos de ante, llevando gruesas medias de algodon y además unas espuelas de plata; y para ampararse del frio, que algo picaba en la mañana de aquel Diciembre, iba guarecido con un capote de barragan con cuartos á la irlandesa, sujeto al cuello con un broche de metal que representaba dos cabezas de gato. Aquel equipo, con un látigo que además tenia en la mano, demostraba que D. Bartolo estaba de vuelta del mercado, adonde acostumbraba concurrir todas las mañanas caballero en su mula, para impedir que le menoscabara sus haberes el *placero*, ó sea el mozo encargado del expendio de la labranza.

Otro de los cuatro personajes á que nos contraemos tenia tanta altura de talla como mengua de carnes. Dejábanse traslucir sus cincuenta años por entre sus descarnadas mejillas, sus ojos hoscos, gruesas cejas y entrecano pelo, trasquilado al extremo de clareársele el casco por algunos puntos. Con arreglo á la estacion, iba vestido con pantalones y chaleco de grueso paño, y capote de otro más burdo todavía; llevaba tambien espolines en los tacones de sus botas, y en

el huesudo anular de la mano diestra brillaba una sortija con una esmeralda que parecia ser de algun precio. No habia en todos aquellos contornos quien nó conociera muy bien al doctor Manresa, que así se llamaba aquel émulo de Hipócrates y Galeno, pues el que en sí mismo no hubiera experimentado los efectos de su ciencia, por fuerza habia de notarlos en los otros, con bueno algunas veces y las más con lamentable resultado.

El tercer miembro de aquella reunion correspondia á lo que llamamos el bello sexo, aunque con alguna frecuencia no lo sea, como bien lo demostraba doña Bernarda. Como fuese de talla exigua y al extremo gruesa y mal pergeñada, parecia un jergon ambulante, cuadrado y mal embutido; sino que á despecho de tanta gordura, bullia de manera que no estaba sosegada un punto, haciendo además para explicarse los más expresivos gestos con brazos y manos. De concierto su rostro con lo demás de su cuerpo, sus facciones, aunque groseras, eran animadas, con sus labios belfos y ojos saltones; y tambien era persona de bastante crédito en el pueblo y aun fuera de él, porque en pocas casas que por fruto de bendicion ó sin ella, recibian aumento, dejaban de llamarla para que desempeñara su oficio de comadre.

El cuarto de los personajes con quienes va tomando conocimiento el lector era una dama que parecia acercarse á los treinta años, flaca y alta en demasía, de color moreno, ojos pequeños, nariz larga, labios delgados y dientes postizos, que bastante lo dejaban ver por lo que se separaban de las encías y temblequeaban al movimiento de los labios, como temerosos de algun siniestro. Por lo demás, el rostro de Paulina, que así se llamaba la doncella que nos ocupa,

no era del todo desapacible, porque tenia muy regular colorido y representaba una candidez que atraia las voluntades.

—Bien hecho quedó hoy el café, por mi vida, dijo el doctor Manresa dejando caer lentamente el líquido de la cuchara á la taza, para que mejor se viese la buena color, indicio de la bondad á que se referia.

—Lo que es en esta casa, doctor, contestó D. Bartolo, ya sabe V. que se bebe de lo mejor. Todas las negras del inmediato servicio saben hacerlo que no hay mas que pedir, que por eso ha tenido mi Agustina buen cuidado de doctrinarlas en el ramo como correspondia. Ya se ve; como que bien sabe ella que es mi gusto favorito el café, y que café quiero tomar y no aguachirle.

—Buen cuidado tiene en ello mi tia, como en todo, dijo Paulina. Desde la misma cama en que se encuentra, recomendó hoy muy eficazmente á Matea que el café quedara del color de sus dedos, como suele decirla con tanto donaire.

—Si vale Agustina un Potosí, repuso D. Bartolo, mostrando la mayor satisfaccion en su rostro. Así la quiero como á pedazo del alma. Tan solo faltaba á nuestra felicidad un hijo, y ese es el que anoche me ha concedido el cielo.

—Y tan parecido al padre, que es su vivo retrato, dijo la comadre frunciendo el hocico.

—Así se le parezca en todo lo demás, añadió Paulina. No porque D. Bartolo sea mi tio, pero...

—Vamos, no me adules, picarilla, dijo D. Bartolo atajándola el razonamiento.

—Como siempre, no hago á V. mas que justicia, tio.

—Bien merecia D. Bartolo ese fruto de bendicion despues

de veinte años baldíos de matrimonio, y bastante le recordaba yo aquello de *paciencia y barajar*, dijo el doctor Manresa, riendo él mismo el chiste que se figuraba decir, lo cual le acontecia muy de ordinario.

—Lo que más me contenta de todo, comadre, añadió Bartolo dirigiéndose á la Bernarda, es que me haya Dios hecho el favor por entero. Dígolo por ser varon el pimpollo.

—Á bien que ahora, compadre, contestóle Bernarda, no hará V. befa de lo que yo le aseguraba sobre la varonía desde un principio, cuando observé el caminar de mi señora doña Agustina y el pié que echaba primero adelante. Es mi regla en eso infalible, y de este modo, siempre que despues de observar los movimientos de la madre he dicho: el hijo será varon ó será hembra, cátate que viene al mundo como para no desmentirme.

—Á no haberlo palpado no lo hubiera creido, dijo don Bartolo haciendo con la cabeza un gesto de profunda conviccion.

—Sabe más de la materia doña Bernarda, dijo el doctor Manresa, que todo el claustro de medicina.

Y tornó con la risa de satisfaccion que de ordinario acompañaba á cuanto decia.

—La *experencia*, doctor, contestó la Bernarda, la *experencia* vale á veces más que todos los estudios del mundo.

En este punto hubo un momento de silencio, porque los cuatro personajes se consagraron exclusivamente á apurar sus respectivas tazas de café. Luego que desempeñaron esta grata tarea, D. Bartolo sacó del bolsillo una enorme vejiga de cerdo, de esas que se usan preparadas para guardar el tabaco, extrajo de ella tres *vegueros*, colocóse uno de ellos

en la boca, dió otro á Manresa y brindó con el tercero á la comadre. Y viendo que esta vacilaba entre tomarlo ó no, díjola de un modo brusco:

—Vamos, doña Bernarda, tómelo y no se me venga con esos ascos, que ya sabemos que V. *chupa* y bastante fuerte. Mire que el *veguero* es legítimo de la *Vuelta abajo*.

—Algunas veces suelo... dijo doña Bernarda tomando el tabaco, aunque mostrándose dudosa todavía. Lo guardaré, añadió haciendo ademan de colocárselo en el seno.

—No se me ande con remilgos y fumemos los tres en buena compañía, añadió Bartolo. Bien lo merece V. por su acierto en la asistencia practicada. Verdad es que tambien el doctor ayudó en mucho al buen resultado obtenido.

—La comadre, dijo el doctor, se portó con su maestría de costumbre. Quisiera siempre tenerla á mi lado en semejantes lances. Como soy que su industria evitó á la paciente la mitad de sus penalidades.

—Pues no sirvieron de poco los globulillos que el doctor la suministró con tanta oportunidad, dijo doña Bernarda. Hicieron por su parte la otra mitad del negocio, como quien dice.

—De manera que mi Agustina no hizo nada, contestó Bartolo, mirándoles alternativa y socarronamente.

No dejaron de turbarse un tanto los que de aquel modo se celebraban, sin duda porque mutuamente se favorecian en sus ministerios respectivos; pero antes de tomarlo por lo serio prefirieron echarlo á burlas. Riéronse, pues, de buena gana, acompañándoles en su regocijo el mismo Bartolo, á quien dijeron que aunque era sarcástico lo era con suma finura y donaire.

Pronto despues cada uno de los tres fumadores comenzó á soltar bocanadas de humo, de tal manera que á veces les dejaban envueltos en espesa nube á guisa de deidades en aquel Olimpo, sin que por esto Paulina hiciese la más ligera demostracion de disgusto, porque á ello estaba acostumbrada. Ocupado además tenia su pensamiento, segun muestras, en alguna cosa que mucho la interesaba, porque sin poner atencion á lo que pasaba á su alrededor, quedaba con la mirada fija en la mesa por un buen espácio de tiempo, recogiéndose meditabunda, y de vez en cuando volviendo en sí como si fuera de un sueño. Reanimó, sin embargo, la conversacion ya fenecida, Manresa, pues volviéndose para don Bartolo díjole:

—Y por fin, ¿quién es el padrino del *rorro?*

—¿Quién habia de serlo? contestó Bartolo, soltando á la vez una enorme fumarada, y sin quitarse el tabaco de la boca. Ya he convencido á Agustina de que debe serlo D. Matías. Nó me faltaria ciertamente algun estirado conde, como el del Cedro, ó algun adinerado como D. Patricio de la Hoya que no tuvieran á menos contraer el compadrazgo conmigo, pero al oficial de causas me atengo. Así como así, él es quien me ha sacado de los atolladeros en que la suerte me ha metido. ¿Quién ha de saber como yo lo que vale y puede?

—Mucho más, dijo Manresa dirigiendo la vista á Paulina, cuando el hermano del futuro compadre tambien cuenta emparentar con la familia.

Al concluir de decirlo rióse con su acostumbrada risa de satisfaccion.

Sonrojóse toda la Paulina, y apareció en su rostro una indefinible expresion de amargura.

Sin advertirlo, Bartolo púsose en pié y dió un agudo silbo, á cuya señal acudió presurosa á la sala una negra como de diez y ocho años de edad. Iba vestida de listádo azul de cuartos, con zapatos de *verraco* anudados con un cordon de lo mismo; sin medias, y llevando al cuello un collar de cuentas azules y un pañuelo de *burato* viejo que la habia regalado su ama para que se arropase con motivo de la estacion. Y bastante lo habia menester, segun muestras, porque la cara, brazos y piés que llevaba desnudos, por lo ceniciento que sobre lo negro ostentaban, bien dejaban ver que Matea no era insensible al frio de aquella mañana. Llevaba la lana de su cabeza entretejida en cortas trenzas, de esas que llaman *moños* en la isla de Cuba; y á pesar de su nariz remachada, sus gruesos labios y unas cicatrices que formaban simétricas rayas en sus mejillas, con las que denunciaba su africano nacimiento, no era del todo desapacible su rostro. Verdad es que tenia trazas de comedida y humilde, y todo lo hacia con la mejor voluntad, mostrando con su acostumbrada sonrisa una dentadura acabada, cuya blancura subia de punto, en contraste con la negrura de su piel.

Díjola Bartolo con imperioso acento que se llevase los utensilios que habian servido para el café, y ella lo hizo seguidamente con mucha diligencia, sino que á la vez echó á la Paulina una mirada, sazonándola con una sonrisa, que bien demostraba que entre las dos habia alguna más confianza de la que regularmente media entre amos y criados.

Durante la operacion, Manresa dijo poniéndose igualmente en pié:

—Disponed, D. Bartolo, que me traigan mi jaca, pues muchos dolientes reclaman mi asistencia, y principalmente

uno de cuidado que tengo, con quien no debe perderse tiempo.

Y en diciéndolo metió la mano diestra en el bolsillo de un costado de la levita, para cerciorarse de que consigo llevaba la cajita de los glóbulos con que habia de atender á la curacion de los males á que se referia.

—Á D. Bruno que traiga el caballo del doctor, dijo el amo de casa á Matea; y á muy poco tiempo estuvo á la puerta que daba al camino real aquel á quien se contraia, llevando del diestro á la cabalgadura.

Era D. Bruno mal trazado, más allá de todo encarecimiento. Bajo de talla, tenia una espalda desmedida, clara señal de su fortaleza; aunque patiestevado, llamaban aun más la atencion sus pantorrillas por lo gruesas y velludas, dejándolas ver así de ordinario, por su costumbre de llevarlas siempre desnudas, con los pantalones remangados hasta las rodillas. De ese modo las llevaba tambien en el momento á que nos referimos, á pesar de lo fresco de la mañana. Su calzado era de vaqueta con doble suela; aquellos pantalones eran de pretina con la camisa sobre ellos, y además llevaba un capote corto de paño burdo. En cuanto á su rostro, era de color blanco, mejillas abultadas y rubicundas, patilla espesa, el un ojo más grande que el otro, y su borrascosa cabellera dejaba caer los pelos hácia la frente, llevando sobre ella un sombrero de paja de anchas alas y muy usado.

Para completar su equipo, figuraba en su cintura, al lado derecho, un cuchillo de regulares dimensiones con cabo de hueso, y al lado izquierdo de la misma un garrote grueso y de madera de naranjo, con un látigo de cuero tejido en trenza.

Luego que le vió Manresa, quedó con los ojos fijos en él por un breve rato, y volviéndose para D. Bartolo, díjole:

—Poca carrera hareis con ese *colono*.

—No tenia idea de hombre más estúpido, replicó D. Bartolo prontamente. Dos meses hace que le saqué del depósito de los de su clase, y por mi vida que está hoy punto menos de lo que estaba el dia que entró en la finca. Ni acierta á sembrar, ni atina á vender en el mercado, ni al expendio de la *maloja* por esas calles, ni á la direccion de la negrada. Á lo último, sin embargo, es á lo que muestra más aficion, sino que el bárbaro no sabe calcular siquiera cuándo debe imponer el castigo y cuándo no. Consérvole por fiel y por el cariño que demuestra, tanto á mí como al resto de la familia, que de no, os juro que le habria puesto hace algun rato en la puerta de la calle. Aquí nos sirve para ministerios semejantes al que en este momento le ocupa, y creo que dentro de cinco años, con mis lecciones y ejemplo, al fin aprenderá á manejar la negrada.

—Vuestra paciencia es la que admiro, dijo Manresa; aunque si va á decir verdad, á despecho de la fealdad de mi paisano, hay en su persona un no sé qué que atrae la voluntad de una especial manera.

—Pues para mí mal haya el atractivo que tenga su persona. Aficionóseme el maldito cuando acudí á buscar colonos, rogóme encarecidamente que le trajese conmigo, y esto y lo que ya he dicho, con la costumbre tambien, es lo que me hace sufrirle.

Adelantóse el doctor para el caballo, despues de haber dado un apreton de manos á su amigo, y detúvose ante el colono que le interesaba sin que supiera explicarse el motivo.

—Buenos dias, D. Bruno, dijo quitándole la rienda de la mano. ¿Y qué tal va?

—Vamos tirando, *dotor*, dijo el rústico contemplando lleno de complacencia la cabalgadura y sin dirigir la vista al que le preguntaba.

—¿Parece que le va á V. bien aquí?

—Los amos son buenos, señor, repuso Bruno acariciando el pelo del caballo y exclamando sin poderse contener: ¡Buena bestia!

—Parece que simpatizan Vds., dijo Manresa con aquella risa de satisfaccion que ya en él hemos observado, y celebrando de esta manera su equívoco.

—¡Qué quiere V.! repuso Bruno. Bien pudo el pícaro de mi padre hacerme *dotor* á su semejanza, sino que... Pero ya que Dios me dió amos, les quiero, y de este modo me quieren tambien, segun parece.

En esto, acabó de montar Manresa en su cabalgadura y echó á andar, dirigiendo una postrer mirada á D. Bruno, quien por su parte hizo al caballo, en el momento de partir, la última caricia, dándole una ligera y amorosa palmada en las ancas.

CAPÍTULO II.

Que da mayor conocimiento de la familia de D. Bartolo..

Conveniente será que el lector tome desde luego mayor conocimiento con algunos de los personajes de esta historia, que figuran en el anterior capítulo, y por lo mismo es tambien oportuno dárselo sin demora.

D. Bartolo, como desde luego se habrá notado, era un hombre de campo que no tenia la mayor cultura, pero que en recompensa poseia un entendimiento despejado que no siempre le habia inclinado al bien. Mayoral su padre de un Ingenio en que pasó la mayor parte de su vida, destinó á su hijo único á la misma profesion, consiguiendo acomodarle, aun muy jóven, de mayoral tambien en una Estancia de un pariente inmediato del dueño del Ingenio que por su parte manejaba. Pero Bartolo tenia una decidida vocacion por la propiedad, y desde que tuvo su razon sazonada propuso en su ánimo firmemente el ser propietario, aun cuando

para llegar á término tan lisonjero hubiese de echar mano de todo género de arbitrios, por extraviados que fuesen.

Aquella idea de la propiedad le agitaba por el dia, le desvelaba por las noches, le privaba de la comida, le alteraba la salud y le aguzaba el entendimiento. No podia esperar herencia alguna de su padre, que mensualmente consumia el mísero salario que lograba alcanzar con sus afanes: tampoco conocia pariente, por lejano que fuese, que hiciera nacer en su corazon siquiera la esperanza de un legado, y así era forzoso que aquella propiedad que le ocupaba tan de continuo, por él y tan solo por él fuese creada. No es muy difícil llevar á cabo un propósito cuando para ello hay una voluntad decidida y una constancia á toda prueba, si la ingrata fortuna no se vuelve del todo contraria; y Bartolo tenia de sobra aquella constancia y aquella voluntad, á que tampoco hizo abierta traicion su estrella.

A poco de encontrarse de mayoral en la Estancia de *El Destierro*, un armador de negros, á consecuencia de una expedicion furtiva, se vió en el caso de ocultar en la Estancia diez bozales, confiando su guarda á la buena fé de Bartolo, mediante una recompensa que le prometió en numerario. Desempeñó Bartolo su comision tan lucidamente, que no fué poderosa investigacion ninguna para encontrar los siervos que la justicia buscaba; pero al tratar de la devolucion de aquellos al usurpador, Bartolo calculó que era una necedad dejar de hacer en grado mínimo por su parte, lo que el armador por la suya hacia en grado máximo. Dióle en consecuencia por muertos y sepultados á tres de los diez esclavos del depósito; á las airadas voces del armador, que dudaba de la verdad del caso, contestó con otras más airadas toda-

vía en defensa de su honradez, que nadie se habia atrevido á mancillar; y como el negocio por fuerza debia quedar concluido entre los dos so pena de dársele una publicidad peligrosa, el armador hubo de conformarse con los siete negros que le dejaban, excusando pagar los doscientos pesos de la gratificacion ofrecida, y Bartolo, despues de inútiles reclamaciones, desistió de ella, considérando que harto bien del otro modo quedaba pagado de sus trabajos.

Como por el propio armador se hubiese impuesto de los medios que habia para hacer legítima la adquisicion de los esclavos, los mismos puso en práctica para asegurar los suyos, y hétele aquí propietario como el que más puede serlo, y decidido á oponerse á las doctrinas de Proudhon hasta con las armas en la mano si necesario fuese.

La propiedad tiende de suyo á extenderse más y más, y así Bartolo, con mayor codicia por ella, despues que gozaba de la realidad de sus dulzuras, puso aun más alta la mira. Vendió los esclavos, que le produjeron mil y quinientos pesos, los cuales duplicó y aun triplicó bien pronto despues, socorriendo á los necesitados que se avenian á pagarle en breve plazo lo menos otro tanto de lo que recibian para remediar sus cuitas.

Aquellas negociaciones hubieron de proporcionarle contiendas con los que despues de socorridos se mostraban reacios el dia de la paga, y muchas de esas contiendas fué preciso llevar á los tribunales. Para dirigirle en ellas deparóle la suerte á D. Matías, que era un oficial de causas ó sea un escribiente de escribano, que entre los muchos buenos y recomendables que cuenta ese ramo, era de lo peor que hubiese en la capital. En D. Matías encontró Bartolo cuanto habia

menester para salir airoso en sus judiciales peleas, porque aquel acreditado mancebo redactaba los pedimentos que hacia suscribir por letrado que tenia asalariado al efecto, los decretaba abusando de la confianza del juez cuando podia sorprenderle, y ejecutaba por último sus propias disposiciones, en razon de que trasladándole el escribano la fé de que estaba revestido, se limitaba á autorizar con su firma cuantas actas le ponia delante. Así quedaban los créditos breve y eficazmente recuperados y los deudores escarmentados doblemente, porque á más de llevar á efecto la paga resistida, tambien quedaban por lo regular despojados de cuanto poseian y en la impotencia de pretender siquiera el engañar á un tercero. Era, pues, así D. Bartolo el terror de todos los malos pagadores del Cerro y pueblos circunvecinos, y así el que algo le pedia en préstamo lo hacia con la intencion más religiosa de devolvérselo con sus premios el dia que fijaba el pacto, y llenaba asimismo el compromiso con tanta puntualidad como si en vez de soltar el dinero se tratase de tomarlo.

Por tan buenas prendas y tan buenos servicios, D. Bartolo estaba cada vez más pagado de D. Matías, y no se limitaba á demostrarle semejante aprecio con buenas palabras tan solo, porque sabia que su favorecedor era hombre de más peso y solidez, como alguna vez le habia advertido. Por lo mismo, D. Matías se regalaba á cada paso con las mejores producciones de la finca que D. Bartolo gobernaba, y en los dias de su natalicio y cumpleaños, y tambien allá por navidades y otras fiestas solemnes, era agradablemente sorprendido, ó por lo menos no quedaban defraudadas sus esperanzas de ver entrar por las puertas, á nombre de su cliente

agradecido, las aves cebadas, y los tiernos lechones, y las frutas bien sazonadas, habiendo llegado el caso tambien, segun sus últimos méritos contraidos, de recibir preseas de un valor considerable.

De semejante manera, pronto se encontró D. Bartolo en aptitud de comprar una Estancia limítrofe con aquella que gobernaba, la cual vendia un vecino para cubrir ciertas responsabilidades que habia contraido, contando con quedar pacífico en otra de mayor importancia que tambien tenia lindando asimismo con la que enagenabá. Hizo tratos sobre la compra D. Bartolo, ó sea D. Matías á su nombre, y quedó señor de la finca, con lo cual renunció á obedecer á otro dueño, como quien ya podia mandar tanto y mejor que cualquier otro. Parte de la venta fué al contado, y parte en plazos; pero las cláusulas del contrato no quedaron bastante claras para evitar contiendas en lo sucesivo. Húbolas sobre la extension del área, y sobre la importancia de los plazos, y sobre la manera de satisfacerlos, y sobre un gravámen, y sobre faltas y desmejoras, y sobre lesion enorme, proponiéndose al vendedor que lo zanjase todo perdiendo un tercio del precio concertado; pero aquel, desatentado y torpe, discurrió que mejor le estaba aclarar sus derechos *pro tribunali*, y allí precisamente le esperaba D. Matías. Luego que comenzó el *escopeteo*, como él llamaba á los pedimentos de los litigantes que incesantemente se cruzaban, dijo á su poderdante con aspecto victorioso:

—D. Bartolo, pongámosle la proa á la otra Estancia.

Y con efecto, tal maña se dió y tan de lleno le correspondieron su pericia y malas artes, que el vendedor resultó perdidoso en los litigios, y condenado en una espantosa su-

ma de costas. Para que las satisfaciese, fué preciso sacarle al asta pública la otra finca, y D. Bartolo la remató en precio ínfimo, quedando así pacífico dueño de las dos, y logrando realizar aquellas ideas de valiosà propiedad, que de contínuo le habian atormentado. Cierto es que en vista de semejantes hazañas, por todos aquellos contornos le cobraron ojeriza, que nó se pronunciaba su nombre sin agregarle una calificacion injuriosa, y que todos excusaron tratos con él; temerosos de un mal resultado; pero él mientras tanto se encontraba ya acomodado, como decia; ninguno de los que de su conducta murmuraban osaba hacerlo en su presencia, antes á la contra, quitábanselе respetuosos el sombrero, abríanle paso presurosos, y si algo se dignaba decir, escuchábanle con más atencion que á predicador elocuente. Con esto andaba él tan ufano y satisfecho como pudiera estarlo el mismo Preste Juan. Y no por considerarse y ser ya reputado como hombre rico y de valimiento, dejaba de atender á su hacienda con el mayor ahinco, pues como ya se vió en el capítulo anterior, íbase personal y diariamente al mercado, para evitar que respecto de él se pusiesen en juego los malos procederes que tan bien conocia, aunque sus malquerientes achacaban semejante comportamiento á la costumbre que siempre habia tenido de desempeñar oficios subalternos, la cual no podia sacudir de sí, aunque la fortuna le hubiese llevado adonde no merecia.

El hombre de peores cualidades suele tener alguna buena en contraste de las demás, y esto sucedia con D. Bartolo. Si estaba en abierta oposicion con el precepto evangélico que nos enseña á considerar al prójimo como á nosotros mismos, con tanta frecuencia olvidado por cierto, entre su fa-

milia era modelo digno de imitacion. Así sostuvo á su anciana madre hasta que Dios estimó oportuno llevarla á mejor vida, y habiéndose casado desde muy jóven con Agustina, que en dote le llevó solamente el amor que decia haberla inspirado, siempre la quiso y consideró de una ejemplar manera. Verdad es tambien que debia vivirle agradecido, porque en su pobreza le ayudó á llevar los gastos con una economía de que se tienen pocos ejemplos en mujeres jóvenes y presumidas de hermosas, como lo estaba ella con razon; y cuando despues la fortuna se presentó á la puerta con alegre rostro, Agustina, que tenia muy despejado entendimiento, ayudó á las maquinaciones que labraron la prosperidad del matrimonio, con unas advertencias que al mismo *oficial de causas* no se hubieran ocurrido.

Nególes el cielo el fruto de bendicion, que ardientemente deseaban desde el punto en que contrajeron sus desposorios; y como Agustina tuviese una sobrina huérfana y desvalida, llevóla á su casa, donde permanecia en calidad de hija adoptiva. Granjeóse el amor de sus nuevos padres con su buena condicion y mejor conducta, de que provenian las más delicadas atenciones que con sus bienhechores gastaba y deseo de contentarles siempre, sin darles nunca motivo para la menor queja; y así todos creian, y con fundamento, que Paulina, que así se llamaba la huérfana, llevaria en herencia á la muerte de sus tios, todos los bienes con que contaban. Pero está en la humana condicion forjar de contínuo planes que el tiempo resuelve en sal y agua comunmente; y así sucedió con aquella herencia de la Paulina, que desapareció cuando se creia más asegurada.

Á deshora presentó Agustina señales de que seria madre

más adelante, lo cual apenas se creia despues de casi veinte años de matrimonio; y con semejante motivo llamaron al médico Manresa, que lo era de la casa, para que diera su respetable opinion en tan grave caso. Hizo Manresa preguntas, formó cálculos, declamó peroraciones difusas, y el resultado de todo fué el de que no podia pronunciarse por ninguna opinion fija en el particular, debiéndose esperar á que la misma naturaleza algun tiempo despues resolviese tan intrincado problema, dando muestras más positivas de lo mismo que se dudaba. Así Bartolo sacó por resultado de la consulta, que en vez de tener ó no un hijo, la ciencia médica se encontraba tan adelantada que no podia asegurárselo; pero á bien que Agustina con poco más que el tiempo anduviese habia de resolver todas las dificultades, y á otros dos meses más del suceso se pronunció por la afirmativa. Con semejante certeza divulgóse la noticia del estado en que se encontraba, y esto hizo venir á tierra más de un cálculo y más de una esperanza bien cimentada.

Con efecto, D. Matías, que habia ayudado tan eficazmente á levantar aquella fortuna, no habia dejado de discurrir sobre el paradero que habia de tener con el trascurso del tiempo, y mal podia escaparse á penetracion como la suya, que careciendo de sucesion aquel matrimonio, la heredera de todo habia de serlo doña Paulina. Discurrió que un casamiento con esta llevaria consigo la plácida esperanza de una regular herencia, porque, segun entendia, el milagro de Sara no era para reproducirse á cada paso. Bien quisiera en consecuencia hacer gestion para empeñarse en más estrechos lazos con la familia de D. Bartolo; pero el amor le habia hecho desde mucho tiempo antes contraer otros

desposorios con una doncella, que aunque de regulares prendas, no tenia en el mundo otra cosa más que su persona, ni una sombra de esperanza de heredar á pariente alguno por remoto que fuese. Esto y el regalarle la consorte anualmente con un hijo legítimo, le habia obligado mil veces á sostener con teson que el matrimonio era un infernal estado.

Ya que no podia tomar para sí la sobrina de D. Bartolo con la adehala de la herencia, juzgó que le vendria como de molde á un hermanico suyo llamado D. Eustaquio; y á la verdad que bien habia menester eso ó cosa semejante el mancebo para poder continuar en la vida que llevaba. Nació con una vocacion decidida á no ocuparse en cosa alguna que le proporcionase algun trabajo, y llevaba adelante su propósito con tal teson, que si á lo contrario lo aplicara, mucho hubiera medrado en consecuencia. Era de regular estatura, delgado y de constitucion delicada, rostro aguileño, amarillento, nariz de pico de halcon y ojos verdes y pequeños. Empleaba todo su tiempo en acicalarse, perfumarse y vestirse á la última moda, en lo cual era citado como ejemplo entre los petimetres, pues si era verdad que nunca tuvo juntos más de tres vestidos, tambien lo es que pudieran muy bien suplir á esas láminas de figurines que suelen darse para que sirvan de norma á los sastres acreditados. En vano eran los consejos de su hermano D. Matías, á cuya costa y en cuya casa vivia, para que entrase á formar una de las columnas del foro como él lo era; pues si bien ensayaba por algunos dias aquel aprendizaje, dejábalo pronto despues como materia trabajosa, poco acomodada á su humor, y aun superior á sus fuerzas. Con esto contaba ya veinte años largos y en realidad para nada servia, si por

nada ha de contarse aquella ocupacion en su persona en que invertia todo su tiempo, y algunas picardigüelas de todo género, que cuando impúber le habian valido algunas azotainas, y más tarde algunos compromisos á su hermano.

Manifestóle, pues, este un dia lo bien que podia estarle contraer matrimonio con Paulina, supuesto que más adelante habia de ser dueña de aquellos bienes, á cuya consecucion habia él propendido con el sudor de su frente, en tal manera que podia considerarlos como de casa. Por lo pronto no agradó á Eustaquio la proposicion, porque andaba aficionado á una mozuela, hija de un zapatero de la vecindad, que no parecia desdeñar las insinuaciones amorosas que la habia hecho, tanto por expresivas señas como por medio de un billete más perfumado que dama perdida, y peor escrito que poesía de periódico cubano. Pero no se trataba de que Eustaquio satisfaciera inclinaciones amorosas, sino de que procurase un bienestar positivo que el trabajo no habia de proporcionarle. Aconsejóle, pues, su hermano que cerrase los ojos sobre la fealdad de Paulina, por más subida de punto que fuese, y que se entrase por aquel camino para conseguir una fortuna, pues en más ó en menos, fragosos eran todos los que á tan buen término conducian; y como todavía el novio insistiese en hacer observaciones sobre lo duro que fuera unirse por toda la vida con perigallo semejante al que le ofrecian, notificóle su hermano muy seriamente que escogiese entre tomar la prenda tal como se la daban, ó acomodarse á coser y cargar procesos, supuesto que no servia para otra cosa y estaba él harto ya de sostener su holganza.

Argumento tan decisivo era este, que no permitia razona-

ble contradiccion; y así Eustaquio, despues de algunas reflexiones y esfuerzos, viendo á las claras su situacion y desengañado de que no tenia otra cosa que esperar en el mundo, resolvió hacerse víctima en el sacrificio que de él se exigia. Ya con resolucion semejante, apechugó por la conquista de la Paulina, y á ese efecto no descuidó atenciones, ni economizó visajes, ni abandonó amorosas solicitaciones, ni dejó de usar todos esos rendimientos con que por lo regular se gana la voluntad de las doncellas. No necesitaba de tanto la Paulina para mostrarse humana, porque se la pasaba el tiempo de provocar los galanteos, y además con muy pocos habia contado en su vida, mediante la falta de hermosura y de dineros, que vienen á ser regularmente el cebo que atrae á los más tiernos amadores. Por consecuencia, aunque á las primeras embestidas de Eustaquio hubo de mostrarse esquiva, por guardar las formas y para avivarle más su deseo, segun es tambien de práctica, al cabo consintió en su demanda, jurándose de seguida un eterno amor, tan verdadero por parte de la pretendida como falso por la del pretendiente.

Trabaron, pues, de este modo amorosas relaciones, que llevaban á hurto de D. Bartolo y su esposa, esperando que más adelante se les pondria en el secreto con la intercesion poderosa de D. Matías; y para tercero en aquellos tratos, de comun acuerdo eligieron á Matea, quien demostraba la mejor aptitud para el oficio. No por tales precauciones se escapó á D. Bartolo y su esposa lo que con la sobrina pasaba; pero, aunque bien notaron que D. Eustaquio era hombre que todo lo tenia que pedir y nada que dar, ¿cómo habian de ponerse en abierta oposicion ni provocar disgustos con

una persona que tan de cerca tocaba al respetable D. Matías, á quien tantos y tan continuados servicios se debian en aquella casa? Limitáronse, por lo mismo, á deprimir delante de Paulina repetidas veces el mérito de su adorador, haciendo observar el marcado contraste que formaba con su hermano, tan laborioso como lleno de buenas prendas; pero si bien Paulina no osaba contestar una palabra tan solo á semejantes reflexiones, discurria, por el contrario, que D. Matías podia ser muy abonado para tratar de cosas de leyes y entender en los enredos de los pleitos; pero que, sobre aventajarle mucho D. Eustaquio en hermosura y buen talante, poseia un alma poética y llena de fuego, y sabia expresar su pasion ardorosa de una manera que, secundado por ella, les proporcionaba ratos que bien pudieran compararse á los conciertos de los ángeles. Calculaba que sus tios habian perdido ya todas las ilusiones por la edad y la sed de las riquezas, que no les daba cabida á otros sentimientos; sostenia que la felicidad verdadera estribaba en el amor puro, concebido por dos almas que llegasen á comprenderlo; y convenia en que ni los amantes de Teruel, ni Eloisa y Abelardo se ocuparon nunca en litigios ni en Estancias, ni en lo más ó menos rico del puchero, sino que se consagraron exclusivamente al amor, que bastaba y aun sobraba para llenar del todo su existencia. Cuanto más que ¿de quién habian de ser todos los bienes de sus tios, siendo ella la única parienta que pudiese heredarlos? Y ya heredados, ¿con quién habia de partirlos mejor que con aquel á quien por entero habia entregado el alma?

Con esto, pues, mostrábanse los amantes cada dia más encarnizados en su pasion, y á puro ver las muestras de

ella D. Bartolo y su esposa, se iban acomodando á la idea de contar algun dia por su sobrino á D. Eustaquio. Encontrábanse las cosas en semejante estado, cuando de repente comenzaron los rumores sobre el nuevo de doña Agustina, de que ya se hizo mencion. Fué doña Paulina quien primero los puso confidencialmente en conocimiento de su amante, y ningun padre celoso de su honra hubiera recibido con más sorpresa y disgusto noticia semejante, referente á su hija más querida y virtuosa. Apenas pudo disimularlo don Eustaquio á la vista de su adorada, y presuroso corrió á llevar la infausta nueva á su hermano; pero este dudó del hecho, que tomaba por imposible, y contestóle que no creyese en semejante barbaridad, que las mujeres no soñaban más que con matrimonios y maternidades, y que pluguiese á Dios darle respecto de su Paula la seguridad que sobre el último extremo tenia en la doña Agustina.

Con esto algo se sosegó D. Eustaquio; pero algun tiempo despues, entróse una mañana todo desencajado en la habitacion del hermano, y díjole lleno de rabia que ya no le quedaba duda de la realidad del suceso, porque á boca llena lo confesaban D. Bartolo y doña Agustina, á quienes acababa de oirlo.

Alarmóse algo D. Matías, y como era hombre muy expedito, tomó el sombrero, metióse en una *volante* de alquiler para andar más ligero, y fuése al Olimpo en derechura. Discurrió sobre el asunto por todo el camino, sin poder convenir en que fuese cierta aquella diablura, como la llamaba; pero pronto habian de resolverse sus dudas. Llegó, pues, á la Estancia, y con lo primero que se encontró al echar pié á tierra, fué con los mismos que daban el escándalo que

allí le traia. Con efecto, D. Bartolo y doña Agustina se paseaban de brazo en la finca, frente al camino real, como haciendo ostentacion de lo que tanto les hacia perder en la opinion de D. Matías.

Llegóse á ellos poniendo el rostro más risueño que pudo, saludóles con toda la efusion que acostumbraba, y díjoles que la fama pública habia llevado á sus oidos la grata nueva de que se encontraban próximos á ser padres, y que no pudiendo contener su regocijo, venia en persona á cerciorarse de la verdad del caso.

Contestóle D. Bartolo con el mismo contento que no le habian engañado en lo que le habian dicho, pues era muy cierto que el cielo, oyendo al fin sus votos, le otorgaba lo que tantas veces le habia pedido. Y confirmólo doña Agustina con su púdico silencio, bajando á la vez los ojos á la tierra y sin atreverse á levantarlos de ella por un buen espacio de tiempo.

El primer impulso de D. Matías fué hartarles de bofetadas; mas por fortuna pudo contener aquel injusto movimiento. Felicitó á los esposos por su ventura, y marchóse seguidamente, como que para solo aquel efecto se habia puesto en camino. De vuelta dábase á los diablos por aquel contratiempo, que privaba á su hermano del acomodo que ya le habia proporcionado con tanta ventaja de todos, y discurria sobre los medios de que habia de valerse para echar de sí aquella carga, que se le habia hecho aun más pesada despues de haberse lisonjeado con verse libre de ella.

Seguidamente tuvo una conferencia con D. Eustaquio, á quien aconsejó que continuase cultivando las relaciones que habia llevado con la dama con el mismo ahinco que hasta

allí, porque aun podian cambiar las circunstancias que por entonces se presentaban adversas. No estaba fuera del órden de las cosas que aquel presunto heredero, que tan de improviso se ofrecia, se desgraciase antes de consumar el daño con que amagaba; aun cuando así no fuese, los padres podian disponer del quinto de los bienes, que de seguro dejarian á la sobrina; tambien el mismo D. Matías podia influir para que, antes de que acaeciese ninguna defuncion, se dotase decentemente á la doncella; y por fin, siempre estaba D. Eustaquio en aptitud de hacer una retirada con más ó menos disimulo, máxime cuando no se habia contraido ningun formal compromiso con los tios de la desposada.

—En resúmen, concluyó diciéndole, no hay sino estarte á la mira, manejarte con prudencia, y si este golpe se desgracia, buscar ventura por otro lado, que por fortuna bastantes mozas hay con deseos de casarse. Ni hay otro camino para quien, como tú, está con la capa en el hombro.

Aleccionado de esta manera, D. Eustaquio siguió sus tratos amorosos con la Paulina, puesto que con una tibieza que no hubo de escaparse á aquella. Este propio desvío reanimó en el pecho del mancebo la llama casi apagada que en él ardia, por Úrsula, hija de D. Alejo el zapatero, de que ya se hizo mencion, y solicitándola de nuevo, encontróla consecuente con su pasion primitiva, viéndose de este modo D. Eustaquio empeñado á la vez en las dos empresas, que bastante le ocupaban por la reserva con que habia de tratarlas, supuesto que la última aun de su propio hermano la escondia. No sabia Paulina á qué atribuir el cambio que advertia en él, y andaba con esto desasosegada é imagi-

nativa, como ya se ha observado, sin que ni por asomo la ocurriera que el precio de su mano consistiera principalmente en los haberes de sus tios, ni tampoco cayó en la cuenta de ello Matea, á quien, como á su confidenta, solia consultar á veces sobre tan interesante materia.

En tal estado se encontraban las cosas, cuando Dios alumbró con bien á doña Agustina, segun ya se ha visto en el anterior capítulo.

CAPÍTULO III.

En que se refiere el bautizo de D. Ángel, con otros sucesos.

No satisfecho D. Bartolo con haberse proporcionado un heredero contra el propósito de D. Matías, habia de hacerle apurar el cáliz de la amargura en la materia. Convidóle, pues, como ya habia anunciado, para padrino del recien nacido, como que ningun otro que él tenia derecho para semejante muestra de distincion y confianza, y fuéle forzoso aceptarla no teniendo motivo admisible para excusarse de ella; que tales compromisos suelen traer consigo las relaciones sociales.

Señalóse un domingo para que en él se verificase el bautizo, y muchos dias antes todos los habitantes del Olimpo estuvieron ocupados en los preparativos de la fiesta. Arregláronse las guardarayas de la Estancia, sacóse lustre á los muebles, fregáronse los suelos, y por todos los alrededores de la casa colocáronse palmas de coco en muestra de rego-

cijo, ora figurando columnas, ora arcos de distintas hechuras, rústicamente combinados. Por su parte, D. Matías tambien se ocupó en recoger reales, y aun doblones, que habia de repartir como padrino, segun es costumbre en la isla de Cuba.

Como hombre de rumbo, dispuso que se pusieran cintas á la moneda, no de una manera vulgar, sino formando caprichosos ramos, y encargó el desempeño de esta comision á D. Eustaquio, que sobre ocioso, era dado á habilidades de manos y fruslerías de semejante especie.

Llegado el dia de la solemnidad, todos los del Olimpo estuvieron en pié mas temprano de lo que solian. Hízose el último arreglo en la casa, que se puso como *una taza de plata*, segun recomendaba doña Agustina, y quedaron encerrados los animales, para impedir que se presentaran en las habitaciones con su acostumbrado descomedimiento. Á las ocho de la mañana estaban almorzados los otros que se contaban entre los racionales; D. Bartolo vestido de blanco, con un frac de antigua moda que se sacaba á luz en los grandes acaecimientos, doña Agustina adornada con cuantas joyas la habia ido regalando su marido en el trascurso de su largo matrimonio; doña Paulina con más gallardetes que navío en demostracion de regocijo, y hasta Matea ostentaba un vestido de medio uso que la habian arreglado, y unos zapatos de raso blanco que solamente unas quince veces habia llevado su ama.

Á poco del almuerzo presentóse al dueño de la casa toda la *negrada* de la finca, que se componia de unos veinte esclavos de distinto sexo; los varones vestidos con pantalones de *rusia* y su camisa de la misma tela sobre los pantalones,

llevando además en la cabeza un gorro de algodon de color; y las hembras con otras camisas largas, tambien de la propia tela, que les iban hasta los tobillos, ceñidas á la cintura. Al frente de ellos, con el *mayoral* que correspondia á la clase blanca, venia el colono D. Bruno, tambien vestido todo de limpio y en la manera que ya otra vez se vió; sino que, en razon de la fiesta, llevaba en el sombrero, á la derecha y metido en la ancha cinta que lo adornaba, un pequeño ramo de flores de sauco amarillo.

Desfilaron los negros uno á uno delante de su amo, inclinándose á manera de genuflexion, gorro en mano y pidiendo respetuosamente su bendicion á D. Bartolo, quien se las fué dando con muy buena gracia, acompañada de un puñado de tabaco con que regaló á cada uno. Saludóle el mayoral deseándole mil prosperidades, y tocando el turno al colono, dijo:

—Dios me le dé una docena, D. Bartolo.

Comprendió D. Bartolo que la docena era de hijos, y repuso:

—No tantos, D. Bruno. Y tenga por sú buen deseo, añadió poniéndole en la mano dos pesetas.

—Pues Dios os dé los que le pidais, añadió D. Bruno requiriendo la moneda, y á ellos mejor suerte que á mí.

—¿Pues tan mala es?

—No al extremo, si se atiende á que hay, á Dios gracias, con que llenar el pancho. Pero lo que siempre digo: mal haya el pícaro de mi padre que no me doctoró á su semejanza.

Acudió en esto doña Agustina llamando á su consorte, porque ya se llenaba la casa de los convidados á asistir á la

solemnidad que se preparaba; y con efecto, ya se encontraban en ella distintas personas de todo aquel contorno. Algunas de las más autorizadas ostentaban el frac aristocrático; pero los otros, y eran los más, vestian simplemente camisa y pantalones limpios, zapatos de becerro sin medias, un capote ligero de paño, con motivo de la estacion; y muchos lucian tambien un machete al cinto, con guarnicion de plata más ó menos rica y primorosamente labrada. En cuanto á la parte femenina de la reunion, si no llevaba esos esmerados trages y ricas joyas de las damas encopetadas, por lo menos tenia vestidos que, aunque modestos, eran de buen gusto.

No bien comenzaba D. Bartolo á saludar particularmente á cada uno de los convidados, cuando se detuvo á la portada de la finca un lujoso *quitrin* tirado por una arrogante pareja de caballos, y de él bajó primeramente D. Matías, con aire de potentado, y tras él D. Eustaquio, que llevaba en una mano un pañuelo lleno de monedas encintadas que habian de repartirse en el bautizo, y en la otra, cubierta con otro pañuelo, una cosa que hacia bulto, pero cuya forma no se distinguia.

Elevóse un general susurro al entrar en la sala D. Matías, quien, despues de haber saludado á los concurrentes con grave cortesanía, tomó de las manos de D. Eustaquio el pañuelo que cubria el bulto, desenvolviólo y sacó de él una riquísima copa de plata con labores de muy fino gusto, de esas que se destinan para servir la lumbre á los fumadores. De seguida la presentó á doña Agustina, como regalo que la hacia por razon del compadrazgo, y exponiéndole aquella, llena de contento, que era excusado que se hubiese metido en tales gastos, tomó la copa y la puso de manifiesto en la

mesa, para ostentacion de la liberalidad de D. Matías. Y habia este elegido de propósito el objeto de la donacion, porque, fumándose contínuamente en la casa de Bartolo, para servir lumbre al efecto se valian de una copa de hoja de lata, si ya no la traian en una cuchara con ceniza, porque aquella gente, aunque habia adquirido hacienda, no habia adelantado á la par en cultura.

Aun miraban y remiraban la copa del regalo, cuando se levantó en la sala otro susurro, como indicio de la venida de otro nuevo personaje; y en efecto, aparecióse un hombre de mediana estatura, delgado, patilludo y entrecano, de regular porte, y llevando en la mano derecha un baston de caña de Indias con unas borlas, como en señal de mando. Era aquel nada menos que el pedáneo del partido, y habia ya tres años que desempeñaba su ministerio en el lugar, si no á satisfaccion del vecindario, muy á la suya, por lo menos. Habia pasado su juventud corriendo de una en otra diversion y de uno en otro banquete, procurándose lo necesario para vivir de una manera de que nadie podia darse cuenta, hasta que al fin, y mediante algun favor que pudo proporcionarse, logró que se le concediese la capitanía pedánea, que siempre habia sido el blanco de sus esperanzas. En aquella época semejantes destinos no tenian sueldo alguno para que pudieran sostenerse los que los ejercian, y sobre esto tampoco se gastaba siempre escrupulosidad en conferirlos á personas dignas de alternar en ellos con los que en lo general los desempeñaban. Pudo de este modo D. Leonardo, que así se llamaba el nuevo pedáneo, hacerse de la capitanía, y calculó que no necesitaba de sueldo, cuando del vecindario, con distintos

arbitrios y por otros trabajos, podia sacarse lo bastante para vivir con decencia y aun para formar un caudalejo que le pusiese en aptitud de no necesitar de nadie cuando le quitasen el destino.

No bien le vió venir doña Agustina, cuando, sin poderse contener, exclamó en voz baja:

—Ya tenemos aquí al pedigon.

Y llamando á toda prisa á doña Paulina, díjola tambien muy paso, señalando para la copa del regalo:

—Coge ese *brasero* y escóndelo allá dentro, no sea que se le antoje al capitan. Este Bartolo es capaz de darle el hígado si se lo pide.

Al oirlo Paulina arremetió á la alhaja, y al trote la puso fuera de los tiros de aquel de quien querian ocultarla.

Mientras tanto, el pedáneo comenzó á recibir mil respetuosas consideraciones de toda aquella reunion, y principalmente de D. Bartolo, que apuraba los cumplidos al último extremo. En cuanto á D. Matías, llegósele con aire de franqueza, y extendiéndole la mano familiarmente, díjole:

—Hola, capitan, vengan esos cinco.

Dióle el pedáneo la mano que le pedia, preguntándole de seguida:

—¿Qué tal la señora y demás familia?

—La señora como siempre, contestó D. Matías. Ya sabeis su manía... nunca pone los piés en la calle. En cuanto á los *barrigones* tan famosos todos.

—Sea enhorabuena. Tambien mi esposa siempre con sus achaques...

—Mucho me alegro de encontraros. Me venís como de molde.

—¿Cómo así?

—Sé que esta madrugada robaron al platero Mendoza unas alhajas, y que el ladron ha resultado ser un negro esclavo.

—Al momento lo descubrí todo. Ya sabeis que me pinto...

—Pues bien; es preciso echar tierra á ese negocio.

—Pero hombre del demonio...

—No hay pero que valga. El ladron es esclavo de un íntimo amigo mio: se devolverán al platero las alhajas, y como si nada hubiera sucedido.

El pedáneo movió la cabeza como dudando sobre el partido que adoptaria, y al notarlo D. Matías, díjole:

—Conque ¿queda arreglado el asunto?

—Bien sabeis que nada puedo negaros; mas tambien preveo que un dia de estos, los compromisos en que me ponen...

—¡Bah! No me vengais con esas, que ya sé yo lo listo que sois, D. Leonardo. No os pesará haber hecho ese favor, con que despues de todo á nadie se perjudica.

—Mas que á mí, buen amigo. Los pasos y diligencias hechas...

—Ya diré al amo del negro que os los abone, y aun sahumados.

—¡Quién ha de poder resistiros! Teneis un diablo de labia...

—¿Conque asunto concluido?

—Enteramente.

Hizo ademan D. Matías de volverle la espalda; pero el pedáneo le detuvo, tocándole en el hombro y diciéndole:

—Ahora decidme: ¿cómo es que soltaron Vds. libre y sin costas al Cortado?

—El juez no encontró mérito para imponerle pena, y...

—¿Á pesar de haberle yo cogido con el cuchillo en la mano?

—Os equivocaríais seguramente.

—¡Pues me gusta!... ¿Y los otros dos testigos? ¿Y sus malos antecedentes?

—Otros testigos más numerosos y de más crédito declararon que se le calumniaba sin razon.

—¡Y he quedado yo por ciego! Pues bien veo, D. Matías, las uñas que anduvieron en el negocio.

Y dirigíale la vista á la diestra mano.

Prorumpió en risa D. Matías, y díjole:

—Hombre, la verdad es que me le recomendó tanto la marquesa, que no pude huirla la cara.

—Y no la habreis servido á humo de paja, perillan.

—Os protesto que esta vez no he tenido ningun lucro en esa accion de justicia. Debo muchas atenciones á la señora marquesa, y aparte de eso el juez mismo quedó convencido...

—¿A quién no convencereis vos? Así preparais las cosas para presentarlas al juez.

—No; fueron tales como debian ir.

—Lo creo. Lo que sí voy á pediros es otra cosa.

—Decid, pues.

—Aconsejad al Cortado que se marche de mi barrio. Apenas salió de la cárcel, juró que habia de matarme; y en cualquier punto en que le vea, quien le mata á él á palos soy yo.

—Le diré que cambie de domicilio.

—Que vaya á dar que hacer á otro. Ya me cargan sus fechorías.

—Irá á otro barrio con la música. Dejadlo á mi cuidado.

Interrumpió este diálogo la venida del párroco que iba á desempeñar el ministerio para que se le habia invitado; porque D. Bartolo, que la echaba de hombre de copete, queria que su hijo fuese bautizado en su casa, como es costumbre hacerse en los campos de la isla de Cuba con las personas de distincion. Y pronto despues, en medio del recogimiento respetuoso de aquella muchedumbre, procedióse á la sagrada ceremonia, recibiendo el párvulo, con las aguas saludables del bautismo, el nombre de *Angel Bartolo Matías*, cuyos dos últimos se eligieron en consideracion á su padre y á su padrino.

Tuvo lugar entonces el reparto de la monedá, que tambien se acostumbra en tales trances; y al dirigirse D. Matías al pedáneo con semejante intencion, díjole este deteniéndole con la mano y á guisa de broma:

—Lo que soy yo, padrino, no admito plata.

Doña Agustina, que lo oyó, dirigióle una torva mirada; pero D. Matías lleno de amabilidad contestóle:

—Ya sé, capitan, cómo debo portarme con un hombre como vos.

Y tomando media onza de oro, que tambien iba engalanada con un lazo punzó, entregósela con suma cortesanía. Tomóla el pedáneo, colgóla del frac á manera de cruz de honor, y dijo, siempre en sentido de broma:

—Ya sabia yo que érais hombre de bravo rumbo.

Repartido que fué el resto de la moneda entre los demás concurrentes, y despues de haber tomado los unos cerveza y los otros distintos refrescos, sacó un tiple D. Toribio, que era acreditado músico en el instrumento, y comenzó á ras-

carlo dando al aire un *zapateo*, que llevó el contento á todos los que allí se encontraban. No bien lo oyó otro de los concurrentes, que por nombre llevaba el de Simon, cuando acudió á toda prisa con un *calabazo*, del cual comenzó á sacar un son acomodado al del tiple; y soltando en seguida Toribio una voz no desgraciada, en aquel aire lastimero que consigo llevan los cantares del campo de Cuba, fijando al mismo tiempo una tierna mirada en una doncella de diez y ocho abriles y de muy buena traza que al frente tenia, cantó la siguiente décima, que, sin duda por tener puntas de poeta, habia compuesto él mismo, la cual decia:

Si mi canto lastimero,
Ingrata, no te conmueve,
En blanco pecho de nieve
Llevas coraza de acero.
Si de amor ausente muero,
Ya que fortuna decida
Que por tí correspondida
Esta pasion nunca sea,
Permite al menos te vea
Para sustentar la vida.

Mil palmadas recompensaron al de las trovas su trabajo; y continuando el son de los instrumentos que las acompañaban, salió al medio de la sala un moceton, despues de haberse despojado del machete que llevaba al cinto; sacó un pañuelo del bolsillo, arrojólo en la falda de la misma cuyas ausencias lamentaba Toribio, y sabiendo esta todo el compromiso en que la accion del pañuelo la ponia, se puso en pié y comenzó á ejecutar con el mancebo el baile á que la invitaba, con tanta gracia y desembarazo, que dejaba muy atrás

todas esas figuras y posiciones estudiadas que en bailes de más cultura tienen cabida. Siguió D. Toribio entonando otras décimas improvisadas, que demostraban su pasion por aquella que parecia entusiasmarle y sacarle más y más de quicio, á medida que con más fuego apuraba el rústico *zapateo*, y todos estaban colgados del baile, sin que se oyese en la sala otra cosa que algunos ligeros rumores de aprobacion que se sucedian de vez en cuando.

Pero pronto no bastaron á todos los circunstantes el baile y la música para quedar satisfechos, porque los más de ellos aspiraban á otra diversion que habia de proporcionarles más considerables goces. Estaba impaciente, sin duda, D. Bartolo por que el pedáneo se marchara, á juzgar por las miradas intencionales que á cada paso le dirigia, y la manera de acercársele para preguntarle afectuosamente si le agradaba aquel cantar del mancebo Toribio, con el baile á que servia de ocasion. Pero el pedáneo efectivamente se encontraba allí muy á gusto, sin dar muestras de marcharse en largo tiempo; por lo cual D. Bartolo, yendo para D. Matías, díjole muy paso:

—No me parece que toque la retirada en largo tiempo.

—Pues en tal caso, contestó D. Matías, ya me entenderé yo con él.

Y en diciéndolo, enderezó sus pasos para el pedáneo, hízole una seña demostrativa de que queria hablarle en secreto, y haciéndose de seguida los dos aparte, díjole:

—D. Leonardo; ya sabeis que toda fiesta á que no asiste *Brijan*, no vale un diablo.

—¿Por qué lo decís? preguntó el pedáneo.

—Por que D. Bartolo, que es hombre previsor, como sa-

beis, ahí en esa alcoba del lado tiene preparada una mesilla y dos librillos, que están pidiendo lectura.

—Ya sabeis que no me gusta jugar á nada.

—Pero les gusta á los demás, y no debeis ser egoista.

—Pues bien, que jueguen ellos. Como sean de los juegos permitidos...

—Ese es el caso. Trátase de una *manigua*, y ya sabeis que ese es un monte en que se atraviesa poco dinero.

—Pero hombre, ¿y teneis valor para proponerme que mire con indiferencia?...

—Os propondré algo más. Os he dicho ya que la cosa no pasará de *manigua*, y ya veis que las personas que van á jugar pueden perder muy bien los diez ó veinte duros que por todo pueden atravesarse en la partida. El objeto de la ley prohibitiva...

—No me vengais con interpretaciones de leyes, por vuestra vida. Debo cumplir literalmente con lo que mandan, y no puedo autorizar semejante juego.

—Pues os juro que en cuanto volvais la espalda...

—D. Matías, no comprometais mi autoridad, dijo gravemente el pedáneo.

—Si me la echais de autoridad, suponed que nada os he dicho, repuso D. Matías con algun enfado.

—Por vos van á quitarme un dia de estos el destino.

—Cuando no os le han quitado ya... Sé que sois hombre de valimiento. Suponed que no he dicho nada.

Y con esto le volvió la espalda en ademan de ausentarse. Mas no lo permitió el pedáneo, porque, asiéndole del brazo, díjole:

—Pero, hombre del demonio, ¡qué geniazo teneis! Vamos, decidme, ¿quién ha de tallar?

—El que iba á tallar era yo. Ya calculareis si permitiria que ninguno se propasase...

—Si tallais vos...

—¿No oponeis entonces ningun obstáculo?

—No quiero decir tanto. Yo no puedo imitar con frescura á los que faltan á su deber, con una llaneza...

—Oid, capitan. ¿Quereis saber qué tal lo hago? Pues vámonos los dos solos á aquella pieza, y allí os daré una muestra de mi habilidad.

—¡Por vida del otro! dijo el pedáneo soltando una carcajada. ¡Quién os puede resistir! Probaremos con un par de pesetas.

—Y con algo más tambien, capitan. A vos, por excepcion, os admitiré hasta un par de duros de apuesta.

—Convenido.

Y echaron á andar para el gabinete; pero estando ya en el umbral de la puerta, dijo el pedáneo á D. Matías:

—No quisiera que esa gente se impusiese de nuestras bromas. Bueno es que medien entre los dos; pero en cuanto á los demás...

—Decís bien. Y perded cuidado, que todo se remediará.

En diciéndolo, hizo entrar al pedáneo en el gabinete, cerró la puerta con un aldabon que daba á lo interior, sentáronse á la mesa uno frente al otro, y tomando D. Matías una de las barajas que habia en ella, la descartó de los ochos y nueves que aun tenia, barajóla y echó sobre la misma mesa una sota y un cinco.

El capitan entonces colocó sobre el cinco una moneda de á dos pesos, diciendo:

—Siempre me voy á la blanca.

—Os lo creo; sois decidido por la blanca, dijo D. Matías jugando con el equívoco.

Y de seguida colocó tambien sobre la mesa un cuatro y un siete. Apuntó D. Leonardo al siete, y volviendo D. Matías la baraja, presentóse otro siete á la puerta.

—No os cobro puerta, dijo pagándole por entero.

—Por la que os abro, tunante, repuso D. Leonardo dándole un ligero capirotazo en la cabeza, y recogiendo la ganancia con regocijo.

Siguió el juego; y aunque primero se presentó la sota, la corrió D. Matías como si no hubiera venido, hasta que apareciendo el cinco, pagó asimismo los otros dos pesos apostados. Echó de nuevo otro *albur* y otro *gallo*, que tambien pagó el banquero, aun cuando el de la apuesta hubiese igualmente perdido el uno de ellos. Ascendia ya, de este modo, la ganancia á ocho duros, y viendo D. Matías que á D. Leonardo le iba gustando el juego más de lo que convenia, díjole:

—Teneis un acierto, capitan, que vais de ese modo á concluir con la banca. Cuidado con que se os vuelva la suerte.

—Decís bien, repuso D. Leonardo poniéndose en pié y embolsándose el dinero. Basta de bromas, que nunca deben apurarse, por más amistad que haya. Tambien recuerdo que tengo qué hacer en este momento, y me marcho.

Con efecto, salió de la alcoba y fuése para doña Agustina á despedirse, haciéndola un cumplido sobre que viese á su hijo en tan alto destino como ella apeteciese.

—Lo que es por ahora, contestó doña Agustina, me limito á hacer que se crie bien, que en lo del destino despues pensaremos.

—No le criareis á vuestros pechos regularmente,

—¡Pues no faltaba más! Cuando en la dotacion de mis fincas hay tan buenas amas. Me parece que no os ha ido mal con la que os prestamos para Juanito.

—Á cada paso estoy más satisfecho de ella, doña Agustina. Creo que á ningun precio hubiera podido hacerme de otra semejante. Así, os agradezco cada dia más vuestra atencion.

Llegóse en esto D. Bartolo al punto en que estaban, y viendo al pedáneo con el sombrero en la mano, díjole:

—¿Cómo es eso? ¿Os vais?

—Sí, buen amigo, mi ministerio no me deja tiempo ninguno para solazarme. No sirvais nunca destinos del gobierno, porque os aseguro que los trabajos os harian envejecer muy pronto.

—Creí que nos acompañaríais á comer.

—No me es posible, D. Bartolo. Pero no se diga que del todo desecho esa amigable atencion. Si no puedo comer del pavo, que de seguro pondreis en la mesa en atencion á este solemne dia, no por eso dejaré de celebrar con mi familia el acaecimiento. Ya sabeis que no ha venido mi esposa por su actual indisposicion. Mandadnos, pues, otro pavo de aquellos que sabe cebar mi señora doña Agustina, con mejor mano de la que nadie tiene en toda la comarca.

Echóle doña Agustina una mirada, que á ser dardo le atraviesa y clava en la puerta de la calle, junto á la cual estaba; pero D. Bartolo le ofreció muy cortesmente que sin demora quedaria otorgada su demanda, y con esto marchó, llevándose mil respetuosas cortesías de todos los demás circunstantes.

Ya fuera de la puerta, volvióse para D. Bartolo y díjole sonriéndose:

—Por supuesto que el pavo que habeis de enviarme ha de regárse con ese buen vino que gastais, para que no se atraviese en la garganta.

Y D. Bartolo contestó con voz de trueno:

—Irá acompañado de su correspondiente líquido, capitan.

CAPÍTULO IV.

Que es continuacion del anterior.

La ida del pedáneo dejó expeditos á los aficionados al juego para que se entregaran á su pasion favorita. Colocándose D. Bartolo en el umbral de la pieza, donde se encontraba el altar en que habian de sacrificarse las víctimas, y adoptando la forma de llamamiento que suele usarse en la milicia, á voz en cuello dijo:

—¡Los de guardia!

Á esta voz, casi todos los que se solazaban con el baile y la música dejaron el campo, y á toda prisa acudieron á luchar con la fortuna, de acuerdo con la invitacion que se les hacia, y no fueron solamente los del sexo fuerte los que tal practicaron, sino que muchas de las damas se dirigieron para el gabinete, precedidas de doña Agustina, que tambien queria *picar*, como ella decia. Pronto puso de manifiesto D. Ma-

tías combinadas pilas de onzas y pesos fuertes con un monton de moneda menuda, y comenzó el juego, atravesándose en él apuestas de alguna consideracion. Dignos, sin duda, eran de estudio aquellos rostros que, á cortos intervalos, marcaban de la manera mas expresiva, ya la duda, ya la esperanza, ya el descontento, ya el terror, y ya la desesperacion: batalla de distintos afectos y de fuertes conmociones, que dejaba ver mil continuados contrastes; goces más vivos por lo mismo que venian tras fuertes penas, y cuadro en que pudieran contemplarse en reducido límite todas esas peripecias del mundo con sus fortunas caidas y levantadas, sus desvaríos y sus arrepentimientos, su generosidad y su codicia, sus goces y sus dolores, su astucia y su simplicidad, sus nobles rasgos y sus infamias.

En aquel juego, sin embargo, no tenian cabida esas trampas que suelen notarse en los de su especie. Era aquella una reunion de gente honrada que se juntaba á satisfacer un vicio, y que violaba la ley del Estado, observando escrupulosamente las leyes que el mismo juego imponia. Aunque estuviesen todos ávidos de ganancia, se conformaban con las reglas prescritas para conseguirla, y el mismo D. Matías, que en otros particulares no hubiera gastado muchos escrúpulos en oposicion á su interés, allí manejaba la banca con una integridad y limpieza, que habrian hecho honor en su destino á cualquier empleado público. Verdad es que la experiencia le tenia demostrado que, á la larga, todos aquellos haberes de los jugadores habian de venir á parar en el fondo que manejaba, siendo así comun sepulcro de aquellas fortunas, y desengaño de aquellas ilusiones, sin ser con todo de bastante eficacia para proporcionar un escarmiento saludable.

Pasaron allí las horas con la velocidad que pasan para la ocupacion y para la felicidad; suspendióse el juego para comer, lo cual hicieron los más de los jugadores apresuradamente, por no perder un tiempo precioso, y hasta las once de la noche duró la diversion. Quisieran algunos que se prolongase más todavía; pero doña Agustina, que habia observado que su esposo perdia ya una cantidad de consideracion, y que picado envidaba otras de alguna importancia en pos del desquite, con razones corteses y admisibles excusas puso fin á la fiesta, retirándose todos pesarosos de que hubiera concluido antes de lo que pensaban.

¿Pero qué habia sido de Paulina y Eustaquio en aquel dia? Razon es que algun tanto hablemos de ellos, ya que hasta ahora nos han llamado la atencion otros sucesos de no menor importancia.

Desde que Eustaquio puso los piés en la sala, Paulina le dirigió una mirada prolongada y tierna, que encerraba en sí todo un amoroso poema; pero él apenas se contentó con ensayar otra dulce mirada en recompensa. Nunca habia parecido á Paulina más gallardo aquel mancebo, y no le hubiera trocado por el mismo Apolo de Belvedere, de quien la habian dado noticia sus lecturas; aunque, si va á decir verdad, pocas veces D. Eustaquio habia llevado pantalones mejor cortados, ni frac que mejor ciñera su talle, ni tampoco se habia rizado nunca la cabellera tan esmeradamente, al extremo de que en toda la jornada hasta la Estancia, no se habia puesto el sombrero, por temor de que le descalabrase. Por el contrario, Paulina, deseosa igualmente de aumentar sus atractivos poco aventajados, habíase dado una mano de cascarilla, que por espesa la dejaba sin vida el rostro, y

por caer sobre su piel morena, que al través de aquel velo se traslucia, proporcionaba un endiablado efecto.

Mientras duró la sagrada ceremonia del bautismo, Paulina encontró medio de colocarse al lado de su amante, sin que se presentara ocasion de cambiar una palabra tan solo. Despues que comenzó Toribio á entonar aquellas décimas dirigidas al ídolo de sus pensamientos, Paulina miraba reiteradamente á D. Eustaquio, como si le pidiera que con otras miradas la significase sentir por ella lo mismo que el otro amador expresaba; pero, aunque D. Eustaquio comprendia aquel deseo y hacia esfuerzos por satisfacerlo, desempeñaba su papel con tan mala gracia, que Paulina se encontraba triste y desasosegada de todo punto. Por lo mismo, apenas desaparecieron su familia y la mayor parte de los concurrentes para acudir al juego que habia de ocuparles, sin ser poderosa á contenerse, llegóse á D. Eustaquio y preguntóle si estaba dispuesto á acompañarla en una vuelta que pensaba dar por la Estancia, porque sintiéndose con frio, creia que la vendria bien algun ejercicio. No tenia el mancebo razon cortés con que excusar la invitacion, y tomándola del brazo por lo mismo, á poco más salieron al campo por la puerta del comedor que á él se dirigia.

Era una de esas tardes de invierno, que tan apacibles son en el clima de Cuba. La temperatura, aunque fresca, no por eso dejaba de ser agradable, y el sol, radiante y puro como en los más hermosos dias de primavera, por todas partes derramaba torrentes de luz y de vida. No por ser invierno dejaba la naturaleza de ostentar todo su esplendor y de ofrecer toda su riqueza de flores y de frutos, allí donde las estaciones apenas se marcan con ligera mudanza; donde el la-

brador en todo tiempo siembra y recoge cosecha, y donde la tierra, siempre dispuesta á recompensar los menores esfuerzos del agricultor por poco aventajado que sea en su arte, apénas es invocada, cuando con pródiga mano reparte sus dones.

Tomó Paulina una larga y estrecha calle de corpulentos árboles, que cubiertos de todo su verdor, poco paso dejaban á los rayos del sol, que por entre la espesura de las ramas se deslizaban á trechos. En aquella calle no se habian colocado en línea recta y guardando armonía todos los árboles de una misma especie; sino que á la vez aparecian en dos torcidas hileras, la palma real en forma de alta columna superada de vistoso penacho, el cocotero, de forma semejante á la palmera, ofreciendo con prodigalidad sus frutos, bastantes para dejar á la vez satisfechas la sed y el hambre, el inmenso sapote, el mango colosal y ramoso, el mamey sombroso y no menos agigantado, con los naranjos y limoneros, tambien de viciosa corpulencia, que entre sus verdes ramas dejaban vèr doradas frutas, como las manzanas mitológicas del jardin de las Hespérides.

Desde aquella calle apenas se distinguia el lejano rumor de los tamboriles, á cuyo son los esclavos de la finca, en bailes salvajes, con extravagantes gestos y desaliñadas figuras, olvidaban las penosas tareas de los dias de trabajo de la anterior semana. Mas fuera de aquel débil rumor, todo invitaba á la meditacion y el recogimiento entre aquellos árboles, de los cuales muchos habian visto trascurrir algunas generaciones, sin que el tiempo hubiese podido menoscabar en nada su hermosura y lozanía. Todo era, pues, allí frescura, verdor, y un solemne silencio, tan solo interrumpido de vez en

cuando por la espontánea caida del fruto sazonado ó de la hoja marchita, ya por algun reptil que se deslizaba entre las ramas, ó ya en fin por el zumbido de algun insecto que pasaba en rápido vuelo; demostrando todo que en aquella soledad, que presentaba el aspecto de la muerte, por todas partes rebosaban, sin embargo, la animacion y la vida.

Á propósito era el sitio para el alma de Paulina, realmente poética, aunque puesta en contacto con la de cieno de D. Eustaquio. Silenciosos anduvieron un corto trecho, la una contemplando las bellezas de la naturaleza que á cada paso veia y que siempre la parecian nuevas, mientras que el otro se iba de largo sin recibir sensaciones agradables ni desagradables; la una entregada á dulces ensueños de amorosa ventura, y el otro pensando en el juego que dejaba detrás, y en el cual pudiera la fortuna mostrársele propicia, á tener para provocarla los medios de que carecia. Al fin Paulina fué la que rompió el silencio diciendo:

—¡Qué bien estamos aquí, D. Eustaquio!

—Sí estamos, contestó el mancebo.

—Dos almas unidas por el amor se elevan sobre lo terrestre, para gozar solitarias de espirituales placeres. ¿No lo creeis así?

—Vaya si lo creo, repuso Eustaquio con marcada frialdad.

—Que el amor sustenta el universo, es una vulgaridad que todos saben; que es una pasion irresistible que nace y muere con el hombre, es verdad que muchos conocen; pero que semejante pasion se apodere de toda nuestra existencia, á tal punto que sin ella ya no sea dable el vivir, extremo es que pocos alcanzan.

—Ya se ve.

—No creais que las palabras basten con mucho para expresar los profundos sentimientos. Si algunas hubiera para pintaros la pasion que por vos tengo, desde luego me serviria de ellas para que conociéseis todo lo que por mí pasa.

—Decís bien. Estoy con aquel que dijo que la palabra se nos concedió para disfrazar los pensamientos.

—No profeseis, por Dios, tan espantosas doctrinas. No priveis á la humanidad de lo único que la hace recomendable; quiero decir, de la nobleza de los sentimientos y de la verdad en manifestarlos. Si supiérais...

—¿Qué cosa?

—Tranquilo mi corazon, viníśteis vos cuando menos lo esperaba á despertar en él una pasion que jamás habia conocido ni pensé excitar en hombre alguno. No creais que nunca imaginé valer más de lo que valgo. La naturaleza no me concedió aquellos atractivos con que por lo comun engalana á las de mi sexo, para proporcionar á los hombres con ellos sus delicias y sus tormentos. Una necia presuncion no me cegaba al punto de creerme dotada de una hermosura que otras en mi lugar hubieran supuesto, y convencida de ello, con un alma nacida para amar, creia que nunca se me presentaria ocasion de hacerlo; creia que estaba condenada á desfallecer lentamente, como lámpara que se extingue por su propio fuego. Advertireis ahora si soy ingenua.

—Cierto que sí.

—La suerte, que me privó de aquellos atractivos dándome á la vez un alma de aquella actividad, hasta á mis padres me arrebató en edad muy tierna, para que no pudiera convertir en su amor la misma actividad de que me sentia capaz. Si viviera mi madre, Eustaquio, ¡cuál otra hubiera

sido tan idolatrada por su hija! Aquel amór inmenso no habria dejado cabida en mí para ningun otro, que tampoco podria provocar.

—Ningun amor es bastante para una madre.

—Pero os presentásteis vos é hicísteis alarde de una solicitacion tal, como creia yo que debian hacerla nacer esas mujeres para quienes el cielo se mostró más benigno que para mí. Dudé, y mucho, de la sinceridad de vuestro afecto, porque no reconocia en mí prendas ningunas que hasta tal punto pudieran interesaros. Así vísteis que rehusé admitir vuestro amor, como pudiera hacerlo una de esas mujeres cuya hermosura las sirviese de título bastante para ello.

—Bien recuerdo lo que me hicísteis padecer.

—Mas supísteis pintar aquellos padecimientos en el idioma que yo sabia sin que nadie me lo hubiese enseñado; en aquel lenguaje que el hombre no inventó, porque la misma naturaleza lo dejó escrito en su alma. Creí sincero vuestro amor, y solté los diques al mio, hasta entonces contenido. No creais, con todo, que siempre me lisonjeaba de haber encontrado lo que antes nunca imaginé; porque habia momentos en que me asaltaban terribles dudas, como suele al hombre suceder, al aspecto de la felicidad completa. Pero acallábanse aquellas dudas al notar que si mis perfecciones corporales no podian interesaros, algunas otras prendas morales pudieran suplirlas, y sobre todo la certeza de que os recompensaria vuestro amor con un amor que nadie pudiera concebir por vos.

—Pues os limitais á pagar estrictamente el mio.

—En el vuestro creí, y semejantes ilusiones me colmaron de ventura. Siempre os he pintado mi pasion, puesto que

nunca pudiese hacerlo en toda su fuerza. Para vos he vivido enteramente desde entonces, sin dejar de consagraros un solo pensamiento, y sin cesar ocupada en alimentar en vos aquel amor por cuantas maneras han estado á mi alcance. Mirad todo el tamaño de mi locura. Emprendí engalanarme más de lo que nunca lo habia hecho, y aspiré á mejorar lo desgraciado de mi rostro con esos afeites que sirven para realzar la hermosura, yo que nunca me habia entretenido en semejantes cuidados. ¿Y lo creereis? Pues muchas veces, despues de una esmerada acicaladura, al advertirme el espejo que todo era inútil á mi propósito, mis ojos vertieron las amargas lágrimas del desengaño. Si nada vale ¡oh Dios! la mujer sin hermosura, ¿por qué me hiciste mujer sin ser hermosa?

Al decir esto, enjugóse con el pañuelo las lágrimas que con abundancia corrieron por sus mejillas, y apresurándose D. Eustaquio á consolarla la dijo:

—Creed, Paulina, que retratada vuestra alma en vuestro rostro, no puede dejar de tener una hermosura menos falaz de la que los otros hombres se pagan.

—Así me lo habeis dicho repetidas veces, y acaso, de puro oirlo, llegué á estimarlo como cierto. Persuasion semejante hizo efectivas aquellas ilusiones que yo nunca esperé ver realizadas, y fué la consecuencia alcanzar una ventura, que, como fugitiva sombra, alguna vez me habian mostrado mis ensueños. Pero vos habeis sido más injusto para conmigo que la naturaleza que me esquivó sus favores, y más cruel todavía que aquellos mismos ensueños que por un momento me halagaban, para que la realidad despues se me hiciera más espantosa todavía.

—¡Qué decís!

—Lo que mejor que yo conoceis. Un capricho os hizo tener inclinacion por mí, y habiendo venido despues el tiempo á convenceros de cuán inmerecidos eran vuestros favores, os pesa de haberme mostrado un amor que conoceis no merezco. En vano habeis tratado de ocultarlo, porque al ojo penetrante de una pasion como la mia no podian esconderse ni aun vuestros más recónditos pensamientos. Sí; de algun tiempo acá sois menos pródigo en las manifestaciones que demostraban vuestro amor, y las que aun me haceis provienen acaso de la compasion que ha sustituido á aquel otro sentimiento.

—¡Os juro que os equivocais!

—Tambien los juramentos son palabras, y hace poco indicásteis que las palabras, de ordinario, servian para encubrir los pensamientos. Si en realidad no tuviérais por mí la pasion que me habeis pintado, ¡considerad cuánto mal me habreis hecho! Dejo aparte mi confusion y vergüenza, y tambien mi dignidad ultrajada, porque aun seria más terrible para mí haber trocado mis tristes desencantos por una pasion inmensa de tan cruel manera burlada. Hay mucha distancia, Eustaquio, entre el bien por que anhelamos, sin haberlo nunca poseido, y la pérdida del propio bien, que ya conseguido, llegó á ser parte esencial de nuestra existencia.

—Pues lo es para la mia vuestro amor, creedlo. Creed tambien que, por mi parte, en estos últimos tiempos os encontraba algo fria y reservada, y por eso, tal vez involuntariamente, no he mostrado mi acostumbrada solicitud por vos. Nos hemos equivocado mutuamente, y de ello me han con-

vencido esas dulces quejas que tan agradablemente han penetrado en el fondo de mi alma. Os habeis expresado con el acento de la verdad, y quedo satisfecho y gozoso.

Dirigióle Paulina una mirada investigadora, y no encontró en su rostro señal alguna que desmintiera lo que habian manifestado sus palabras. La cuitada tenia tanta necesidad de ser convencida, que pocos esfuerzos habian de ser bastantes para conseguirlo. Iba á contestarle con palabras que de nuevo encarecieran su amor ó acaso su agradecimiento, cuando de improviso se presentó, por entre los árboles que formaban la calle en que se encontraban, el colono D. Bruno. Saludóla muy cortesmente, sin dirigir siquiera la vista para D. Eustaquio, y quitándose del sombrero el ramo de sauco que en él llevaba, presentólo á la misma Paulina, con aire galante y á la vez respetuoso.

Recibió Paulina aquel agasajo con muestras de cortesía, dando á D. Bruno las gracias por su atencion, y diciéndola entonces el colono:

—Desde esta mañana lo coloqué en el sombrero para vos. Para una dama como sois, debia ser mejor la ofrenda; pero poco es lo que puede dar el pobre.

—Pues por lo mismo vale mucho para mí, dijo Paulina sonriéndose.

—¡Es que sois tan buena!... Mal haya mi padre que, como otra vez he dicho...

Y seguidamente hízola una respetuosa cortesía y alejóse de allí precipitadamente.

Alcanzóle en aquella especie de fuga el doctor Manresa, que tambien habia asistido á la fiesta, y que de la propia manera habia salido á dar un paseo por el campo, despues que

casi todos los demás concurrentes habian marchado á gozar de las delicias del juego. Quedósele observando á medida que se alejaba, y dijo á doña Paulina:

—¿Por qué motivo se aleja de aquí con tal precipitacion aquel mancebo?

—No lo sé, repuso Paulina. Es un hombre de extraños procederes. Aquí me dejó este ramo...

—En muestra de sus simpáticos afectos, añadió don Eustaquio. Tambien se ablandan los cuadrúpedos. Debeis quedar envanecida, si al cabo haceis semejante conquista.

—No le hago con tales aspiraciones, contestó Paulina. El pobre jóven, aunque de escaso entendimiento, siempre gasta conmigo las más esmeradas atenciones; y como no esté yo muy acostumbrada á provocarlas, otro tanto se lo agradezco.

—Me parece un muchacho de buena condicion, dijo el doctor Manresa, y os confieso que, sin saber por qué, le he cobrado afecto.

—¡Pero es tan bruto!... dijo D. Eustaquio.

—No siempre la inteligencia va unida con la bondad del alma. ¿Pero qué diablos haceis aquí mano á mano? ¿Cómo es, D. Eustaquio, que no vais á tentar la fortuna? Es vuestro hermano quien talla.

—Hubiéralo hecho de buena gana; pero he preferido dar un paseo.

—Pues ya que lo habeis dado, le dijo Paulina, bien podeis proporcionaros ahora aquella distraccion. Así como así, donde todos juegan... Además que vos, tomándolo por mera diversion, arriesgareis muy poco.

—Siempre muy poco, contestó Eustaquio.

Y en esto confesaba más verdad de lo que los otros creian; porque sus fondos, de ordinario, se encontraban muy apurados.

—Si quereis, añadió diciendo á Paulina, podemos jugar una *vaca*.

—Ya sabeis que nada me distrae el juego, contestó Paulina; pero no por eso desecho la proposicion. Me divertiré tan solo con veros entretenido.

En diciendo esto, tomaron otra vez el camino que conducia á la casa de vivienda. Entraron en ella, siguió despues Paulina para las habitaciones interiores y volvió con media onza de oro, que puso en manos de D. Eustaquio diciendo:

—Tomad esta media onza y administradla con acierto, porque os protesto que es mi único capital.

—Pues por lo menos os lo duplico, dijo D. Eustaquio. Al efecto añadiré á esta cantidad la otra media onza que falta para que quede la *vaca* completa.

Con esto dirigióse para la habitacion en que se tenia el juego, sin cumplir la oferta de completar el capital que habia hecho, porque todos sus haberes entonces se reducian á dos pesetas, y una de ellas de peso no muy cabal. Llegóse á la mesa, anunciando á su hermano que iba á jugar por encargo de una dama, y comenzó á jugar, en efecto, sentándose al frente de aquel.

Pareció entonces sobrenaturalmente inspirado para acertar las cartas que habian de venir, porque pronunciándose en su favor la fortuna, no erraba un *albur*, ni un *gallo*, ni una *doble*, ni cuantos más azares se proponian. De esta manera,

muy pronto llevaba ya ganados cincuenta pesos; pero como por la compañía celebrada tenia que dividir la ganancia con Paulina, con una destreza que hubiera hecho honor al más hábil titiritero, íbase empedrando de pesos duros las faltriqueras. Así fué que, adelantado aun el capital en otros cincuenta pesos, de los ciento apenas parecian cuarenta por todo resultado.

D. Matías, que habia advertido aquel acierto con que jugaba desde un principio, comenzó á morderse los labios, sin hacer otra manifestacion; pero los demás jugadores hicieron á poco despues la misma advertencia, y empezaron á apuntar en las propias cartas en que lo practicaba el ganancioso. Advirtióselo su hermano á D. Eustaquio, tocándole dos veces con el pié por lo bajo de la mesa; pero ó no le entendia ó figuraba no entenderle, dejándose llevar del cebo de la ganancia, hasta que dirigiéndole el otro un puntillon, con que de lleno le acertó en la espinilla, fuéle preciso dejar el campo, por temor de que se repitieran aquellas fraternales demostraciones.

Recogió, pues, los cuarenta duros que en la mesa tenia de manifiesto; fuése donde estaba la Paulina, y poniéndola en la mano veinte, como si en la total suma se incluyesen tambien los capitales, díjola con suma galantería que, al dejárselos, con ellos le dejaba el alma. En esto decia más verdad de lo que pretendia, porque de muy buena voluntad los hubiera encerrado en el sepulcro que á los otros guardaba.

Poco despues se dispersó toda aquella gente de que ya se dió cuenta. Despidiéronse todos más ó menos afectuosamente, y al hacerlo Eustaquio de Paulina, estrechóle esta la ma-

no con presion blanda y amorosa, mientras él por su parte ensayó un tierno mirar, que más tenia de bisojo que de amartelado. Con esto, fuése acompañando á su hermano D. Matías, más satisfecho con la ganancia hecha que empleado promovido á mayor dignidad, y con más ilusiones que doncella de quince primaveras.

CAPÍTULO V.

En que se verá la zapatería de D. Alejo.

Dejemos, pues, á los dos hermanos que marchen en paz á su morada, no á larga distancia del *Cerro*, porque la tenian en el barrio del *Horcon*, que está á continuacion de aquel, y hablemos de otros particulares, que hacen muy al caso en los sucesos de la presente historia. En la misma calle de D. Eustaquio, y nó á mucha distancia de su morada, encontrábase la zapatería de D. Alejo, padre de aquella Úrsula de que antes de ahora se hizo mencion, al tratar de los duplicados amoríos del mancebo.

Era aquel establecimiento de mezquina apariencia. Detrás de un gacho cobertizo que daba á la calle, lo que primeramente se distinguia á poca distancia de la puerta eran dos hombres, sentados el uno frente al otro, en unas banquetas de tijera cubiertas con lienzo, con una mesilla á un lado, que llevaba las herramientas necesarias para hacer za-

patos, y al otro lado una tinilla de madera, con agua no muy odorífera, para remojar la suela. Consagrados todo el dia y una buena parte de la noche á su trabajo, pudiera tomárseles por dos figuras mecánicas de movimiento, adorno de aquella entrada, al verles de contínuo martillar á compás la suela y pasar la pita por los zapatos. Sin gastar medias ninguno de los dos por cosa superflua, el uno, que era el de más edad, llevaba una chaquetilla vieja de paño, y el otro estaba en mangas de camisa. Aquel abrigo, sin embargo, era consecuencia de la estacion, porque en el verano, el de la chaqueta la guardaba hasta el invierno venidero, y el de la camisa solia colgarla de un clavo en la misma tienda, dejando al descubierto sus abultados miembros del estómago arriba, y su velludo pecho, que semejaba una zalea.

Penetrando las miradas en lo interior de la tienda, notábase á poco trecho de la puerta un mostrador de cedro, cuyo estado manifestaba el largo servicio que habia hecho desde su colocacion allí. Veíase puesta á él de contínuo una dama, al parecer de más de cuarenta años, de un color moreno subido, belfa y nariz un tanto remachada, con abultados carrillos, los cuales iban de concierto con su más que regular gordura.

Tenia un grotesco conjunto, porque sus piés, aunque pequeños, eran al extremo gruesos; su estatura baja, un tanto barriguda; y notábanse sus abultados pechos, á pesar de ir modestamente cubierta con un pañuelo de seda de las Indias que al cuello llevaba. Tal como era, en aquel mostrador se la veia de continuo preparando los cortes de zapatos para el sexo femenino, que eran los que allí se fabri-

caban. Y bien lo anunciaba el armario (ó sea *armatoste*, como en Cuba llaman á los de su especie), que figuraba aun más atrás del mostrador, porque entre sus vidrieras aparecian aquellos zapatos de distintos tamaños y colores para el expendio público.

Á la reducida puerta de la trastienda, veíanse de continuo unos piés y unas faldas que demostraban encontrarse allí sentada una mujer; y á poco que con alguna atencion se mirase, habia de advertirse que, con efecto, allí se colocaba de ordinario una doncella de unos diez y seis años; porque á cada paso asomaba la cabeza y parte del cuerpo, para atisbar lo que pasaba por la calle. Percibíase de este modo que era de regular estatura, delgada, de color blanco con cabellos rubios, y que en aquel sitio se ocupaba en poner lazos y ribete á los zapatos que ya venian preparados al efecto de mano de los otros obreros.

No quedaria completo el cuadro de aquel establecimiento, si no se hiciera mencion de una negra que parecia de asfalto, robusta mozallona de unos veinte años, trasquilada á flor del cráneo, que con un vestido grosero y mugriento y unos zapatos de hombre en chancletas, á cada paso acudia á la tienda, á virtud de algun llamamiento que al efecto la hacian, ó bien pasaba por ella á la calle, para desempeñar comisiones de compras y de todo género que se la encomendaban á cada paso.

De los dos que trabajaban á la puerta de la calle, el de más distinguido porte, ó sea el de la chaqueta, era D. Alejo, dueño del establecimiento. Á la edad de diez y ocho años fué de la península á Cuba en pos de la fortuna que no creia encontrar en el pueblo de su nacimiento, y allí la

tentó por distintos caminos sin que consiguiese nunca que se le mostrara favorable. Por fin dedicóse al ramo de la mujeril zapatería, cuyo producto le daba para sostener su vida algo trabajosamente, y de oficial pasó en algunos años á dueño del establecimiento de que ya se hizo mencion, el cual sostenia hacia diez años largos en la época á que nos referimos. Tanto para que le ayudara en sus trabajos, como para proporcionar el sustento á un sobrino suyo, que le habia seguido algunos años despues de su marcha para participar de la abundancia de que le creia rodeado, habíale proporcionado la enseñanza del oficio, que era lo más que podia darle. Asistia, pues, de continuo á la tienda D. Jacobo, que ese nombre llevaba, y con un asiduo trabajo, siempre al frente y vista de su tio, como ya le hemos observado, estaba á cubierto de los horrores de la miseria, ganando lo bastante para subsistir, puesto que pobre, muy honradamente.

No siempre habia encontrado D. Alejo su camino lleno de espinas, pues á trechos hubo tambien de recoger algunas flores, que para él no dejaban de tener su precio. Su condicion enamoradiza le inclinaba con demasía al sexo á quien calzaba, y algunas aventuras suyas en la materia se referian, allá por los figones y tiendas que frecuentaba, que aunque fuesen todas entre gente humilde, no por eso dejaban de hacer ruido entre las mismas. En el curso de sus amorosas solicitaciones hízole la suerte tropezar con una Lorenza, sobre cuya moralidad no se referian las cosas más edificantes. Tampoco era limpia la calidad de su estado, porque á más de revelar sus facciones que no sin esfuerzo podia incluírsela en la clase blanca, los que habian conocido

á sus padres resistian llamarla doña Lorenza, y decíanla Lorenza á secas, ó bien *señá Lorenza*, como es costumbre hacerlo en la isla de Cuba con las gentes de la raza negra y sus procedencias.

Pero no era D. Alejo muy quisquilloso para llevar á efecto sus amorosos tratos, porque peores cosas pudieran referirse de él en la materia, y así fué que los llevó muy adelante con la Lorenza. Á poco de entablar sus relaciones, consideró á la elegida digna de ser trasladada á la zapatería, para que en ella figurase nada menos que con el carácter de dueña y señora; y por largo tiempo habian vivido gustosos y pacíficos en matrimonial ventura, sin que por ello mediase el sacramento en el caso. Á semejante union llevó Lorenza aquella Úrsula que tanta impresion hizo en el corazon de D. Eustaquio, y que criada en la casa como hija reconocida de la familia, á la puerta de la trastienda ayudaba á las labores del establecimiento, en la manera que ya se ha observado. El tiempo trascurrido desde que se efectuó la union de sus progenitores habia hecho olvidar por el vecindario su carácter de ilícita, entendiendo todos que era legal el consorcio; y como tambien hubiesen muerto los padres de la Lorenza, abonados testigos de su procedencia, exigia ya sin rebozo que la llamasen *doña*, y los más se acomodaban á ello, por ignorancia, ó por la costumbre, que impone sus reglas tan tiránicamente.

Como hija única é ídolo exclusivo de sus padres, fué criada la Úrsula con todo esmero y regalo en aquella zapatería. Era la Lorenza hacendosa á lo sumo, siendo creible que por calidad tan adecuada á sus miras hubiese resuelto D. Alejo llevarla al punto á que la elevó, y así parece que

quiso trasmitir á su hija tan recomendable circunstancia, consagrándola desde edad muy tierna á los trabajos de aquella tienda, patrimonio exclusivo y única esperanza de toda la familia. Si algo suelta habia sido la madre, en otro tanto se la veia estimar la buena moral, como cosa muy atendible, segun de ordinario suele acontecer; y así procuraba educar á la doncella con el mayor recato, haciéndola entender siempre que el camino de la virtud, aunque en apariencia escabroso, en realidad era el más llano y seguro para arribar á buen término. Sobre todo, la recomendaba con mucho encarecimiento, que la honestidad en la mujer era su mejor prenda, y que asimismo el matrimonio era su mejor, si no su carrera única, debiendo prepararse para ello, por lo tanto, con la adquisicion de todas las dotes que tan importante estado requeria, entre las cuales no era la más desatendible la de la fidelidad á toda prueba, y tal como ella la habia guardado en el suyo.

Con tales máximas, desde temprano sembradas en aquel tierno corazon, prometia la Úrsula ser un modelo de moralidad y juicio más en adelante; pero dos poderosos inconvenientes mediaban para que toda aquella teoría viniera á convertirse en palabras ociosas que no habian de proporcionar el buen fruto á que aspiraban.

Era el primero de los inconvenientes el mismo D. Alejo. Con menos cultura que la dama que habia asociado á sus destinos, lo de menos era, que en sus ratos de enojo rompiese en unas palabrotas bastantes á ofender los oidos menos castos, porque todavía era peor en sus ratos de regocijo, cuando contaba anécdotas y hacia unas alusiones, que bien recomendaban á los maestros con que en su juventud

habia tropezado en las tabernas. Despues de todo, y á pesar de sus años, conservaba su sensibilidad amorosa; dejábala alguna vez traslucir con las criadas que acudian á la tienda en demanda de los zapatos, y á vista de ello, perdiendo Lorenza los estribos, entablaban unas contiendas y salian á plaza tales reconvenciones de una y otra parte, que ciertamente no podian servir de mucho provecho á la educanda. Si entonces Lorenza, á pesar del arrebato de sus celos, se expresaba con algun embozo, D. Alejo echaba por el atajo, explicándose de una manera tan libre como clara; reducíase la contrincante al silencio, luego que advertia los resultados que aquello podria producir en el corazon de su hija; pero esta casi siempre habia oido ya lo bastante para que fuese inútil callar el resto.

El otro inconveniente, y todavía más grave para el propósito de la Lorenza, era mantener en la tienda á su esclava Juliana. Antes de su union con D. Alejo la habia adquirido en compra con sus ahorros, y en solos cien pesos, así por su corta edad de diez años, como por su condicion enfermiza y los resabios con que despuntaba, que proporcionaban el mayor enfado á su anterior dueño. Consagróse la nueva á corregirla lo físico y lo moral; pero aunque en lo primero resultó airosa, no así por cierto en lo segundo. Con sendos purgantes que la suministró de su propia mano, y sin otro consejo médico que el suyo mismo, al fin consiguió limpiarla el cuerpo de malos humores; mas para los del alma, no fueron bastantes los más exagerados malos tratamientos de palabra y obra.

Sisaba la buena Juliana cuanto podia en los encargos que se ponian á su cuidado; rateaba todo lo que era posible en

cuantas cosas la venian á la mano en su morada; de Cupido recibia más flechas que campo enemigo en batalla de indios; y despues de todo, solia dar unas contestaciones á las reconvenciones que se la dirigian, que de continuo hacia con ellas hinchar las narices á la Lorenza. Habíala esta hecho trasquilar á cruces para que no encendiese amorosos pensamientos, y tambien para humillar la soberbia de que decia estar poseida; vestíala siempre con los más groseros lienzos; nunca llevaba otros zapatos que los que desechaba D. Alejo; á cada paso oia mil improperios de los labios de su ama, secundados con algunos mojicones y tirones de orejas; pero nada de esto habia sido bastante para proporcionar su enmienda.

Al fin la Lorenza habia acordado suministrarla todas las mañanas por desayuno unos cinco ó seis latigazos, con un tirapié que habia hecho servicios no menos útiles en la casa, y de este modo castigaba la más ligera falta cometida en aquel dia, ó las pendientes del anterior. Daba entonces la esclava unos alaridos como si fuera primeriza la descarga; pero despues quedaba tan contenta el resto del dia, como si el suceso hubiese tenido cabida en cuerpo ageno. Tan acostumbrada estaba, pues, la una á administrar los latigazos, como la otra á recibirlos; y aun decia la Lorenza que el dia en que los aplicaba con más vigor, era cuando la esclava, como en agradecimiento, se mostraba más cariñosa con ella.

La verdad era que Juliana, por consecuencia de semejante manejo, habia perdido la vergüenza, si antes alguna tenia. Vengábase á veces de aquellos malos tratamientos, incurriendo con más ahinco en las mismas faltas que los

motivaban, y no perdonaba ocasion de maldecir de su ama en todos los puntos á que concurria, acostumbrando decir á menudo, y poniendo tamaño hocico, que no habia peor cuña que la del propio palo. Con esto queria dar á entender que no contaba á la Lorenza entre la clase blanca, á cuya condicion aspiraba aquella.

Pero las sisas y raterías de la esclava, fuera de su inclinacion al mal, llevaban otro objeto más elevado. Desviviase por obtener la libertad de que gozaban otras de su clase, y el único medio con que para ese fin la brindaba la fortuna, era el de obtener un premio de la lotería. Así, pues, para proporcionarse el precio de los billetes que pudieran recompensarla con tanta ventura, no excusaba arbitrio de ningun género, resolviéndose tambien á sufrir las mayores penalidades con el propio fin; que tal inconveniente ofrece en la isla de Cuba el juego de la lotería para la esclavitud allí existente. Con efecto; el esclavo, por aquel cebo de la ganancia, que todo se lo promete, de cualquier modo procura las cantidades necesarias para la adquisicion de los billetes, y lo más regular es que el dueño sea el que en realidad venga á satisfacer su importe. Por nada del mundo hubiera dejado Juliana de tener un billete, ó la parte más insignificante de él por lo menos, en cada lotería; guárdábalo sigilosamente hasta el dia en que se verificaba el juego; y al posterior, como no supiese leer ni conociese los números, con gran recato ocurria á alguna persona de su confianza, para que requiriendo la lista de los premios, viese si estaba incluida ella entre los escogidos del llamamiento. Siempre obtuvo por consecuencia un desengaño, pero nunca fué bastante para introducir en su corazon el des-

aliento, pues á la contra, afirmándose más en su fé, tornaba de nuevo á sus industrias y penalidades, á fin de proporcionarse el numerario que necesitaba para llevar adelante su propósito.

Si la Lorenza era el mortal enemigo de la Juliana, si don Alejo de continuo la improperaba, aunque sin llegar nunca á poner las manos en ella, y si D. Jacobo la mostraba siempre severo rostro, de muy distinta manera procedia Úrsula ciertamente. Á hurto de sus padres, tenia con la esclava la intimidad más estrecha, y mutuamente se confiaban secretos, inocentes de una parte, y otro tanto peligrosos de la otra. Así estaba la doncella en el de la humilde condicion de su madre y en la verdad de sus tratos con D. Alejo, y así sabia mil acontecimientos, cuya noticia debiera serla vedada, de aquel mundo que solo veia por la puerta de la trastienda, en que la prevision maternal la mantenia confinada. Si no es malo por su propia naturaleza el humano corazon, déjase por lo menos arrastrar más facilmente por las instigaciones del mal que por las del bien, y de este modo la moral de Juliana hacia más progresos en la jóven que la que la Lorenza pretendia inculcarla.

Atraido D. Eustaquio por sus encantos, al manifestar su pasion por escrito, fué la esclava quien puso el billete en manos de la doncella, y quien además la inclinó á que correspondiese á aquella solicitacion tán encarecida y verdadera como ella nunca la habia imaginado. Aconsejóla tambien que ocultara de su madre aquellos tratos, porque habia de llevarlos á mal, por su genio descontentadizo en todo, pudiendo hacerse las revelaciones en adelante, segun se presentaran las circunstancias; y la doncella convino, sin más

reflexion en lo acertado de la doctrina. Pero por más precauciones que se guardaron, Lorenza, que no quitaba los ojos de su prenda, algo llegó á sospechar de su inclinacion por el vecino D. Eustaquio, tan solo al notar la solicitud que entrambos gastaban en atisbarse mutuamente; y ya con esta presuncion, una mañana, poniendo los brazos en jarra y contoneándose de una manera muy resuelta, notificó á su hija que preferia verla en un ataud á que se emplease con pisaverdes y holgazanes. Á la vez, y mientras suministraba á la Juliana la acostumbrada dósis de los latigazos, la hizo saber, á voces, que la desollaria viva en el punto de llegar á su conocimiento cualquier acto de tercería respecto de su hija, viniese de la parte que viniera, sin su conocimiento.

Pronto tuvo D. Eustaquio noticia de cuanto pasaba, por el mismo conducto de la Juliana, y acabóselo de confirmar la conducta que con él observaba la Lorenza; porque, al pasar por la puerta de la tienda, como solia hacerlo, más de una vez la vió escupir como en ademan de menosprecio, mirándole de soslayo, y otras oyó que dirigiéndose para don Alejo desde el mostrador, le decia: —No se hizo la miel para la boca del asno, —con otras indirectas del mismo jaez.

Sin embargo, en las cosas de amor los obstáculos sirven de poderoso aliciente, y esto por fuerza habia de suceder con D. Eustaquio. Figuraba no oir aquellas indirectas que se le dirigian; tambien figuraba no ver aquellas groseras demostraciones que censuraban su aficion, y aunque no con tanta frecuencia como anteriormente, no por eso dejaba de pasar por la puerta de la tienda, acicalado con primor, aromatizando la calle con sus perfumes, y caminando casi de puntillas, como si temiese que el piso ofendiera la delicadeza

de sus piés. Aparte de esto, apretaba con sus cartas cada vez más, pintando en ellas la pasion que por horas acrecia en su pecho; y como aquellas cartas llegasen muy fielmente á su destino, encontrábase la doncella cada vez más gozosa de ver el incendio que sus atractivos causaban en aquel corazon, y consideraba muy acertado pagar amor tan inmenso con cuantos sacrificios pudieran exigirse de ella.

En este punto se encontraban, pues, las cosas el dia posterior al del bautizo á que habia asistido el amante en compañía de su hermano.

CAPÍTULO VI.

Juliana es favorecida por el cielo.

No habian pasado muchos dias desde aquel en que concluye el anterior capítulo, cuando héte aquí que amanece D. Eustaquio una mañana dispuesto á hacer reflexiones, cosa que rara vez, hasta entonces, le habia acontecido.

Aquella ganancia hecha en la casa de D. Bartolo, le probó lo agradable que es tener numerario de que disponer. Aumentó con él algun tanto las prendas de su vestuario, compró tambien nuevos perfumes, y entróle con esto tal comezon de adquirir dineros, que esta idea no le dejaba un punto de reposo. El mismo juego podia proporcionárselo, sin duda, como antes habia sucedido; pero D. Matías, tanto por contenerle la aficion que en él observó, como porque se habia picado en razon á la conducta con él observada, habíale manifestado muy formalmente que le pondria en la puerta de la calle á la hora y punto que supiese que se de-

tenia siquiera en mirar una baraja. Pues dedicarse á un trabajo asíduo, con que ir allegando un real tras otro, era empresa demasiado lenta y fastidiosa para un hombre de su condicion. Hacer caudal y á poca costa era lo que lisonjeaba á D. Eustaquio, porque lo demás era operacion de zoquetes, que bien merecian pasarse una vida tal como aquella de que D. Alejo daba ejemplo en el vecindario.

—Todo lo que es de alguna utilidad en el mundo, se encuentra poseido, decia para su capote: de manera que cuantos van recibiendo la luz vienen á ser otros tantos enemigos de los actuales propietarios. Para tener algo de lo que así se han repartido aquellos, forzoso es quitárselo de una ú otra manera, ó por uno ú otro medio más ó menos lícito, más ó menos expedito ó aventurado. La empresa, sin embargo, ofrece de suyo inconvenientes, á veces insuperables. Venturoso aquel que llega á poner la mano en los caudales públicos, que por públicos vienen á ser de todos y de ninguno. La misma abundancia de dueños hace más fácil el despojo, y por grande que el despojo sea, apenas con él viene á ser privado cada particular de una suma insignificante de que tampoco puede disponer. Hé aquí un modo de tentar la fortuna de la manera más fructuosa, sin grave perjuicio de la conciencia, y buenos ejemplos hay de ello cada dia. La dificultad, con todo, está en poder subir á una de aquellas alturas, sin embargo de lo accesibles que se han hecho en estos últimos tiempos.

En llegando á este punto de sus reflexiones, sentóse á una mesa que habia en su estancia, y descansando un codo en ella y sobre el brazo una mejilla, quedó de este modo preparado para resolver el difícil problema que de lleno ocu-

paba entonces su entendimiento. De este modo continuó diciendo para sí:

—Luchar y luchar es nuestro destino bajo el sol. Cada cual pugna en esa lucha por acrecentar sus haberes á costa de los del vecino. Pues si á luchar hemos venido, por mi parte he de luchar á lo héroe. No sé qué voz me dice que he de progresar en el mundo. Veo para ese fin abiertos varios caminos, y si alguno he de tomar, no habrá de ser ¡vive Dios! el que conduzca á lejano término en humilde cabalgadura, sino el que me impela como el torrente, aun cuando sea para hundirme en el abismo.

Encendiósele con esto el rostro y brillábanle los ojos como carbunclos, siendo tal la agitacion de su pecho, que no parecia sino que se hubiese posesionado de él algun demonio del peor linaje. Sobrábanle brios en aquel momento para arremeter con lo más espantable y peligroso, á trueque de hacerse con una pronta fortuna; pero, sin embargo, su imaginacion no le abria determinadamente aquel camino que deseaba para ser llevado con rapidez al término que se proponia.

En esta sazon recordó que el dia anterior se habia jugado la lotería. Unos cuartos y octavos de billetes de ella habia comprado, porque tambien se inclinaba á aquel engañoso cebo de la codicia, recurso de los desesperados y norte de los holgazanes. Ocurriósele que acaso la suerte se habia adelantado á los vehementes deseos que en aquel dia le agitaban, y presuroso corrió á buscar un periódico que contuviese la lista de los números entonces preferidos por la fortuna. Pronto dió con el que acababan de traer á la casa, y sacando entonces los billetes, comenzó á tomarlos uno á

uno con la mano diestra y á cotejarlos con cuidadosa ansiedad con la lista que en la otra mano tenia. Radiante aparecia con la aureola de la esperanza; pero á medida que el cotejo le iba presentando un desengaño tras otro, íbansele nublando la aureola y el rostro, dejándose ver en sus labios una sarcástica sonrisa, claro indicio del despecho que sustituia á la otra pasion que le agitaba.

Un solo octavo de billete le quedaba por requerir, y disponíase á hacerlo ya con extremado desaliento, cuando á deshora le interrumpió en la operacion Juliana, que con precipitados pasos y lanzando lastimeros sollozos, se entró en la estancia, sin más anuncio ni otro requisito.

Iba la infeliz con el rostro recien magullado, y mostrando en las espaldas sangrientos verdugones con que acababan de regalarla por extraordinario. Sorprendido D. Eustaquio con semejante aparicion y aquellos dolientes extremos, inquirió el motivo de todo ello, y díjole Juliana, sin dar treguas al llanto:

—El ama hoy me ha despedazado, y es *su merced* quien de todo tiene la culpa.

—¿Cómo así? contestó D. Eustaquio.

—Ha descubierto los amores de la *niña*.

—Sin duda alguna carta...

—Sí, señor: cogió aquella de la agonía... y qué más sé yo.

—¿Aquella en que la pintaba mis tormentos y fin próximo, si no acababa de obtener el premio de mi pasion?

—Pues, ésa misma.

—Ya veo que te hacia partícipe de los secretos de mi alma. Y la imprudencia de no romper inmediatamente las cartas... ¡Despues que tanto lo habia yo encargado!

—Tambien lo decia yo; pero gustóla tanto aquella carta, que la leia y volvia á leerla, y la puso debajo de su almohada.

—¿Y allí la pilló doña Lorenza?

—Sí, señor; hubo de dejarla olvidada.

—¡Qué descuido! ¡Si nada va derecho con mujeres!

—Y la que viene á pagarlo todo soy yo, dijo la negra aumentando sus sollozos.

—¿Pues cómo supo?...

—Comenzó á hacer averiguaciones, y sin fruto, porque la *niña* todo lo negaba. Pero cátate que D. Jacobo... Aquel *sin vergüenza* que trabaja en la tienda...

—Ya estoy, prosigue.

—Dijo que nadie habia podido llevarla sino yo, porque otras veces habia visto... Y comenzó á chismear...

—¡Bárbaro! ¿Y por supuesto que de seguida te santiguó la Lorenza?

—Y tanto. Véame la cara y las espaldas... Pero no es lo peor eso...

—¿Pues qué, hay más todavía? dijo D. Eustaquio un tanto alarmado.

—He oido á la señora que decia al amo que era preciso desterrarme de la casa... Venderme á un Ingenio... ¡La vida de un Ingenio!... Estoy resuelta á no ir allá de ningun modo.

—Veré cómo impido...

—¡Ah, sí! Es preciso impedirlo. Cuando lo oí decir, me salí á la calle con pretexto de buscar qué sé yo qué cosa. Pero estoy resuelta á no volver á la zapatería. Me fugaré. ¡Dios mio! Pero no... no saldré de aquí.

Al decir esto, comenzó Juliana á temblar aterrorizada. Seguidamente sentóse en el suelo, encogió una pierna, colocó la rodilla en sus manos entrelazadas, y continuó diciendo en tono muy resuelto:

—No; no saldré de aquí. Ya dije que estoy resuelta á todo. Que me maten. Así descansaré.

Al notar D. Eustaquio semejante resolucion, quedó de todo punto indeciso, sin saber qué haria en tan crítico trance. Temia que llevando la esclava adelante su propósito de ampararse de él, le pusiese en graves compromisos con su hermano, y aun con las justicias, si el asunto llegaba á tomar las proporciones que pudieran darle los desatentados procederes de Juliana. Importábale alejarla de allí y volverla á su casa, viniéndole muy bien que de seguida se la trasladara al Ingenio con que la habian amenazado, para que de ese modo allí se sepultara con los secretos que, descubiertos, pudieran de otro modo ponerle en compromiso. Y ya con esta idea, díjola en tono de proteccion:

—No te abandonaré, Juliana.

—¡Ah, sí! Por Dios se lo pido, dijo la negra extendiendo para él los brazos, en ademan de implorar la misma proteccion que se la ofrecia.

—Pierde cuidado, que no te abandonaré. Mas para que no se nos presenten lamentables tropiezos, será preciso que te dejes conducir por mí. Es forzoso que hagas ciegamente lo que yo te indique.

—Sí lo haré, dijo la desgraciada, haciendo aparecer en su rostro una fugitiva alegría que en él provocaba la esperanza.

—Desde luego es preciso que te marches á tu casa.

—¡Ah, no! Me enviarian al Ingenio. No voy al *Monte*. Me ahorcaría primero, repuso con el acento de la desesperacion.

—No hables desatinos, dijo D. Eustaquio alarmado y á guisa de reconvencion. Pasarian algunos dias antes de mandarte allí, y mientras tanto yo...

—¡Cómo algunos dias! Pasado mañana... Tal vez mañana mismo... He oido á la señora prevenir al amo que saliera inmediatamente á verse con D. Blas, el que compra todos los negros malos... Y así vendida, seguidamente al Ingenio. ¡Por Dios, señor!...

Y al hacer esta sentida exclamacion, púsose de hinojos y abrazó estrechamente las rodillas de D. Eustaquio, en tal manera que no le dejaba libre para dar un solo paso.

D. Eustaquio perdia de todo punto la cabeza, sin saber qué partido tomar en tan críticas circunstancias. Abrió tamaños ojos, fijándolos en el suelo, como si allí hubiera de encontrar escrito lo que debiera practicar para salir del atolladero en que su mala fortuna le habia sumido; pero recobrando seguidamente la calma, que mejor que otra cosa alguna podia servirle, dijo á Juliana:

—¿Conque tú crees que no sea yo hombre de cumplir lo que ofrezco?

—Sí lo creo, repuso Juliana, mirándole fijamente y esperando ansiosa lo más que iban á pronunciar sus labios.

—Pues bien. Yo te aseguro que no irás al Ingenio. Hoy mismo...

—Sí, hoy mismo; porque mañana tal vez...

—Pierde cuidado. Hoy mismo lo arreglaré todo.

—Pues ya que hoy mismo ha de arreglarse...

—Pero á fin de que pueda yo obrar libremente, es forzoso que luego te marches á tu casa. No conviene que adviertan tu ausencia.

—Si hoy mismo ha de quedar todo arreglado, no hay para qué vuelva allá. Aquí me quedaré.

—En eso harias muy mal, dijo D. Eustaquio llenándose de la mayor agitacion. Me vas cargando con tus desconfianzas. Ya te he dicho que zanjaré todas las dificultades; mas para ello es preciso que sin demora vuelvas á tu casa.

La esclava, por toda contestacion, tornó á sentarse en el suelo, en la misma actitud que antes tenia, y D. Eustaquio comenzó á patullar por la habitacion, con más agitacion en el alma que mar tempestuoso. Por la violencia, nada favorable podia conseguir en aquellas críticas circunstancias; y en cuanto al ardid, la desconfianza de la esclava, que á todo resistia, alejábale las esperanzas de un buen resultado.

Así permanecieron por un corto espacio de tiempo, hasta que Juliana sacó del seno un papel que servia de cubierta á otro que en él venia, con muestras de estar cuidadosamente guardado. Extrajo el del interior, y resultando ser un octavo de billete de la lotería real, púsose en pié, y dirigiéndose para D. Eustaquio, le entregó el papel diciéndole con desaliento:

—Si Dios me hubiera favorecido...

—Buen recurso, dijo D. Eustaquio con despecho. Precisamente acabo de tirar una porcion de billetes, añadió señalando para los que antes habia arrojado al suelo. Á tu entrada, solamente me faltaba ver el que ha quedado en la mesa.

En diciendo esto, enderezó sus pasos para la mesa á que

se referia, y tomando el periódico, buscó allí el número que habia estampado en el billete de Juliana.

Á poco de requerir la lista, encontró en ella el mismo número que llevaba el billete, y sus ojos brillaron por un momento con desusado esplendor; pero volviendo luego á su estado natural, con muestras de algun enfado, arrojó el billete al lugar en que se encontraban los otros, diciendo:

—La tal lotería es una engañifa. No sé cómo no te has convencido de ello.

Al oirle la esclava, se cruzó de brazos y fijó los ojos en el suelo, como antes habia hecho su interlocutor. Entonces este, tomando el otro billete que en la mesa habia quedado, dijo:

—Tambien el mio será perdido. Ni ganas me vienen de verle; pero al cabo...

Repitió la operacion con la lista, y aunque desde luego se cercioró de que el billete no habia sido premiado, hizo dos aspavientos, volvió á requerir la lista, como si dudase del resultado que le ofrecia, y exclamó:

—¡El bueno era el que precisamente habia dejado! La fortuna se ha puesto de mi parte, Juliana. Mi billete está premiado: está premiado en dos mil y quinientos duros.

Al oirle Juliana, mirábale fijamente, marcando en su rostro una expresion indefinible.

—Aquí tienes: el mismo número, continuó D. Eustaquio presentándola la lista y el billete.

—No conozco los números.

—Es verdad... Con el regocijo lo olvidé.

—¿Conque el mio?...

—La desgracia te persigue, repuso D. Eustaquio.

Y al decirlo, dirigióse para el lugar en que habia arrojado

los demás billetes, tomó un octavo de los no premiados, buscó de nuevo el número en la lista, y dijo, haciendo ademan de devolver á la esclava el billete:

—¡Fácil seria que me hubiese equivocado! Absolutamente nada.

Tomó Juliana el billete, y volviéndolo á arrojar de seguida, dijo con el mayor desaliento:

—¡Qué voy á hacer con él! ¡Dios mio! ¡Si me hubiera yo sacado esos dos mil quinientos duros!

Al decirlo prorumpió en tan amargo lloro, que hubiera provocado la compasion del mismo Lucifer en persona.

—No te apesadumbres de ese modo, Juliana; ya te he dicho que tu ama no cebará en tí al presente su crueleza. Tampoco volverás á tu casa.

—¿No iré? dijo la negra enjugando de repente sus lágrimas con una punta del mugriento pañuelo que al cuello llevaba. ¿De veras que no iré?

—Te repito que no irás. ¿Sabes á dónde vive el síndico?

—¡Qué esclavo no lo sabe!

—Pues bien. Ahora mismo vas á su casa. Dices que tienes dinero para libertarte, y que emplacen á tu amo para que reciba el precio de esa libertad.

—¡La libertad! ¡Dios mio! ¿Y voy á engañar al síndico?

—No le engañarás. Desde ahora puedes contarte como libre.

Al oir esto, quedó Juliana clavada en el piso, muda é insensible, como si de repente la hubiesen arrancado la vida.

—¿Qué diablos te pasa? dijo D. Eustaquio sacudiéndola de un brazo. Te doy la libertad. Así recompenso yo á los que padecen por mi causa.

Juliana entonces prorumpió en risa; seguidamente mezcló nuevas lágrimas con la propia risa, y continuó así mostrando á la vez su íntimo regocijo con la risa y las lágrimas, que, aunque tan contrapuestas entre sí, á veces, sin embargo, son indicio de un mismo sentimiento. Pronto despues, sin ser poderosa á contenerse, volvió á ponerse de hinojos, y dejando caer su cabeza sobre los piés de D. Eustaquio, se los regó con las abundantes lágrimas del más vivo agradecimiento. Pugnó por que se pusiera en pié hasta conseguirlo, y entonces la dijo:

—Date prisa á marchar á la casa del síndico. Cuidado no te atrape antes D. Alejo.

Al oirle Juliana, sin pararse en más despedida ni otro requisito, echó á andar con tan desusada prisa, que á buen seguro que pudiera pillarla D. Alejo si se hubiera propuesto seguirla el alcance. Pero detúvola en su carrera la voz de don Eustaquio, que con instancia la llamaba. Volvió para él y díjola:

—Cuando te pregunten quién es el que te da la libertad, dirás que D. José Ruiz.

—¿Qué D. José Ruiz es ese? dijo la negra un tanto asombrada.

—El Cortado.

—¡El Cortado! repitió Juliana con marcada expresion de disgusto.

—Sí, el Cortado. Seré yo quien te la dé; pero me conviene que suene la accion á nombre de otro.

—Ya entiendo, dijo la esclava.

Y volviendo la espalda, tornó á dispararse como saeta.

CAPÍTULO VII.

El Cortado en la zapatería de D. Alejo.

Al mismo tiempo que pasaban los sucesos referidos en la casa de D. Matías, pasaban tambien en la casa de D. Alejo otros, de que será oportuno dar conocimiento al lector.

Como ya se ha visto, la Lorenza habia tomado de los amores de su hija instruccion más cabal de la que hasta entonces tenia, por medio de la carta que habia sorprendido. Por su contenido se desengañó de que las cosas habian ido más adelante de lo que ella pensaba, y á la vez advirtió que las intenciones de D. Eustaquio no llevaban tampoco el honesto fin que ella deseara en cualquiera que pusiese los ojos en su hija. La manera libre en que se explicaba el mancebo, no dejaba duda en cuanto á su propósito, y esto acabó de encender el enojo en el pecho de la cuidadosa madre. Pagólo desde luego Juliana del modo que se ha visto, y aun con amago

de ser todavía más penosa su correccion; oyó tambien Úrsula mil vituperios de los maternos labios, con algunos espantables juramentos de boca de D. Alejo, que aquella vez tomó parte en el asunto; y aun se vió amenazada la doncella de ser encerrada por indeterminado tiempo en una oscura estancia, donde no tuviese más recurso ni distraccion que los de poner ribete á un zapato para comenzar con otro sempiternamente, cuyo tormento alguna semejanza podia tener con el de Sísifo en el infierno pagano.

Las diez de la mañana serian cuando celebraba Juliana su secreta sesion con D. Eustaquio, y á la misma hora y punto entrábase en la tienda uu hombre como de cuarenta años de edad, de regular estatura, delgado, con unos zapatos blancos de becerro, sin medias y en mangas de camisa, puesto que, para ampararse del fresco de la estacion, llevaba un capote viejo de paño algo injuriado por los insectos. Cubria su cabeza un sombrero de paja muy usado, y en su rostro se advertia un chirlo que le iba de la frente á la quijada, para perderse en la espesura de la patilla.

—Buenos dias, caballeros, dijo saludando á D. Alejo y D. Jacobo, que como de ordinario, se encontraban á la puerta de la tienda.

—Buenos los tenga, D. José, contestáronle á una los saludados.

—¿Qué dice doña Lorenza? dijo seguidamente el del chirlo dirigiéndose para aquella, que tambien se encontraba al mostrador.

—¿Qué he de decir, D. José? contestó la Lorenza. Aquí pasando esta vida como Dios quiere. ¿Y á V. cómo le va?

—¿Cómo ha de irme, doña Lorenza? Como le va siem-

pre á los pobres. Ya habrán Vds. sabido mi última desgracia.

—Ya supimos, D. José, que D. Leonardo el capitan le encontró á V. con un cuchillo de punta, y por consecuencia le puso en la cárcel.

—El diablo coma de sus hígados, contestó D. José encendiéndosele el rostro en cólera. Pero arrieros somos, y en el camino nos encontraremos. Válgame mi madrina la marquesa, que si no, se la luce aquel pícaro.

—¿Cuándo dejareis de ser mala cabeza? díjole D. Alejo á guisa de reconvencion.

—Os habeis empeñado en eso, y no habrá quien os lo saque de los cascos. Decid más bien que cuándo cesará mi mala suerte.

—¿Pero á qué diablos andais con armas prohibidas?

—Qué sé yo. La suerte tambien. Suponed que llevaba amores con una hembra capaz de hacer volver la chabeta á un santo. Pues antojósele á otro, á quien habia favorecido con su cariño, que de nuevo volviera con él dejándome plantado. Ya con esa intencion, me pára en una esquina, y sin rodeos, me hizo saber su propósito de que dejara aquella conveniencia, de grado ó por fuerza. En contestacion, le notifiqué la mia de llevarla adelante. Hízome saber entonces que me daria cuatro palos al salir de mi primera visita á aquella casa. ¿Y qué diablos hubiérais hecho en mi lugar? ¿Hubiérais ido con tan linda embajada al pedáneo, para que os hubiese echado á puntapiés de su casa? ¿Ó bien os hubiérais puesto al cinto uno de esos espadones de cinco cuartas, que se dicen permitidos cuando nadie se resuelve á cargarlos? De seguro que si despues de todo me decido por

engalanarme con él, tras de la rechifla de los pillos del barrio, por el escándalo me lleva tambien D. Leonardo á la cárcel.

—Como si lo viera, dijo D. Alejo.

—Pues por no verlo yo, continuó D. José, me hice de un cuchillejo, de corte más sutil que una navaja, y con más punta que una lezna. Aquel instrumento sí era manuable y decente, y os protesto que si llego á atracarme con el del antojo, afuera se lo saco con toda la tripería.

—¡Válgame Dios, D. José! dijo la Lorenza haciendo un ademan de disgusto.

—Qué quiere V., doña Lorenza, repuso el Cortado. Á nadie provoco, pero tampoco sufro ancas de nadie. Siempre me lo decia mi padre:—Comedido con todo el mundo; pero cuando siquiera te levanten el gallo, acuérdate de quién eres hijo.

—¿Y en qué paró el disgusto? dijo D. Alejo.

—En la cárcel con mi cuerpo, contestó el Cortado. El pícaro de la amenaza supo la manera en que habia yo de defenderme, y, como cobarde, me denunció al pedáneo. Mirad qué hazaña. El tal D. Leonardo me tiene ojeriza, sin que yo sepa el por qué. Buscóme con dos corchetes más, porque solo no se me hubiera puesto delante, y el resultado de todo, dicho queda. He visto el interior de la cárcel, y salgo familiarizado con ella. Os protesto que el local no es tan malo como me creia.

—Mal paradero tendreis, dijo la Lorenza. Es una lástima, D. José, que no os apliqueis á algun trabajo continuado con que ganar la subsistencia. Así os evitaríais más de un tropiezo. Siempre os lo digo, y creedme que lo hago por la estimacion que os tengo.

—Tan agradecido, doña Lorenza; pero ya es viejo Pedro para cabrero. Eso con tiempo, y ya pasó para mí. No sé qué pensó mi padre cuando me consagró á no hacer nada, como si hubiera él de durarme toda la vida. Ahora, considerad el buen efecto que ofreceria yo yéndome diariamente á la miga, ó lo que es lo mismo, intentando aprender á machacar suela. Despues de todo, tambien eso requiere costumbre, y la mia es vivir con la independencia del pájaro que domina en los aires. ¡Cuerpo de tal! Si quereis que se me caigan las alas del corazon, tocadme siquiera las que me dá esta libertad de que gozo. Eso sí, no por ello dejo de ganar mi vida como cualquier otro. A todo hago, por peligroso que sea, como sea breve; y tan servicial soy, que las más de las veces ni aguardo ni recibo recompensa. Dios hizo á cada uno con su genio. Lo que más sinsabores me cuesta, con todo, es esta aficion insuperable por la mujer, de que no puedo prescindir. Pero ya se ve; encarnada esa pasion en mí, la sepultura será la que á un tiempo entrambas cosas devore.

—Pues casaos, y tal vez de ese modo os asenteis.

—No ha dejado de ocurrirme; mas requiere eso tanto circunloquio, que más vale dejarlo donde se está. Vamos á otra cosa, que lo que principalmente me trae aquí es un empeño con mi buen amigo D. Alejo.

—¿Qué empeño es ese? dijo D. Alejo alarmándose un tanto.

—Es poca cosa, D. Alejo, no os asusteis.

—No, hombre; tanto como asustarme...

—¿Nunca os han puesto en la cárcel?

—Ni lo quiera Dios jamás.

—Pues bien; aunque nunca hayais estado en ella, calcu-

lareis que no es lo mismo ir allí que á las Californias. Á la cárcel se va á soltar y no á coger. Allí, pues, hube de deshacerme de unos realejos que tenia, y al presente estoy *per istam*.

Al decirlo signóse en la boca, que abrió al efecto.

—¿Y qué quiere decir eso?

—¡Válgame Dios, y cuán poco entendido sois! Quiere decir que he quedado á la cuarta pregunta. Á D. Leonardo debo tambien haber salido de mi barrio, y aquí nadie me conoce bastante para que pueda fiarme cosa alguna. Necesito que me presteis alguna cosa.

Desde la primera indicacion habia comprendido D. Alejo el punto á donde iba á parar el demandante, y tambien la experiencia le tenia demostrado que todo préstamo que se le hiciera quedaba para siempre sin esperanzas de paga. Temia, sin embargo, que si no se avenia á hacerle al Cortado aquellos servicios de poca importancia que de él exigia, la negativa le dejase expuesto á que le ocasionara todavía mayores perjuicios, porque harto bien conocia al hombre con quien la suerte por acaso le habia condenado á tratar. Por lo mismo, pues, con semblante compungido y con el acento de la resignacion, díjole:

—Ya sabeis, D. José, que siempre ando escaso de fondos. Tampoco he estado yo en las Californias. Así, poco será...

—Cualquiera cosa. Ya sabeis tambien que no soy descontentadizo. Pero entiéndase en préstamo, porque de otro modo tampoco permitiria...

—Sea enhorabuena, repuso D. Alejo ahogando un suspiro.

Y volviéndose para la Lorenza díjola:

—Mira si hay á mano un par de pesetas con que socorrer á este amigo.

Al oirlo el Cortado dirigióse para la Lorenza, quien por su parte, con marcada expresion de disgusto, abrió el cajon del mostrador para sacar las monedas que se la pedian. Luego que lo hizo quisiera cerrarlo prontamente, para que el Cortado no viese las otras muchas monedas de plata que contenia; pero no se escaparon á aquel, que para el caso tenia la vista del águila, y así echando una codiciosa mirada al tesoro, dijo:

—¡Bendito sea Dios! Siempre nadando en oro, y siempre llorando pobreza. ¡Esta zapatería es una mina!

—Pues no lo creais, contestó la Lorenza poniéndole en la mano las dos pesetas que se le habian ofrecido. Algo se gana, pero tambien hay mucho gasto. Precisamente hoy estamos recogiendo hasta el último real, para saldar una cuenta considerable.

—Á donde quiera que vaya he de llegar en mala hora, contestó el Cortado metiéndose las monedas en el bolsillo de los pantalones. Puede que la suerte mejore algun dia.

Á esta sazon la Lorenza, en ademan de haberla asaltado una repentina idea, llegóse al Cortado y díjole:

—¿Quereis ganaros una buena gratificacion?

—Eso no se pregunta. Se supone siempre, contestó el Cortado.

—Pues bien. Me parece que se ha fugado Juliana.

—¿Vuestra esclava?

—La misma. Ha cometido faltas graves. Pensaba corregirla mandándola á un Ingenio, y habiendo salido de aquí

con pretexto de buscar unos efectos que despues hemos visto en casa, tarda mucho en volver, lo que me hace presumir que se haya fugado.

—Desde luego lo juraria yo.

—Pues bien; ¿quereis haceros cargo de traerla aquí? Para vos es muy fácil encontrarla, supuesto que andais por todas partes y la conoceis tan bien como yo. Por vuestro trabajo, si conseguís atraparla, os daré un doblon nada menos.

—Pero no se entienda que entra en cuenta el pico que estoy adeudando. Más adelante...

—De ningun modo se hará cuenta con eso.

—Pues yo os juro que la tendreis aquí muy pronto. Nunca como hoy necesito dinero. Ya vereis si la encuentro, aun cuando á ese fin hubiera de bajar tras ella á lo más profundo del infierno.

Acertada anduvo la Lorenza en hacerle el encargo, porque el que habia de evacuarlo, por sus extensas relaciones con toda la gente á propósito para amparar á la esclava, podia dar con ella con más facilidad que otro ninguno, amén de que muy particularmente la conocia, por haberla visto repetidas veces en la misma casa de D. Alejo.

Despidióse de seguida, con firme propósito de llevar á efecto aquella importante comision; pero antes quiso, como agradecido, ir á la casa de D. Matías para darle las gracias por el beneficio que de él habia recibido. Otras ocupaciones se lo habian impedido hacer hasta entonces; mas encontrándose cerca de la morada de su protector, acertado estimó dejar zanjada á la vez aquella obligacion, que por tal apreciaba el paso.

No bien habia dado algunos para llevar á efecto aquel propósito, cuando parecióle ver que con un ligero trote, y á no larga distancia, doblaba la esquina para otra calle la misma cuya aprehension se le habia encomendado. Y efectivamente, salia de la casa de D. Eustaquio. Con aquel dato no habia de andar á tiento ciertamente, sino que emprendió la busca con más destreza de la que pudiera usar ningun perro de montería. Tomó, pues, un paso de andadura que pronto le hizo doblar tambien la esquina; y como la que buscaba no fuese menos presurosa, ayudóse con reiteradas voces y silbos para detenerla. No prestó ninguna atencion á ellos en un principio Juliana, mas al fin hízola volver el rostro la curiosidad, y advirtiendo que el que la llamaba era nada menos que el mismo que habia de figurar como su libertador, detúvose en mitad de su carrera, estimando que alguna cosa importante queria comunicarla.

Y no para poco la detenia el Cortado ciertamente, porque en llegando á donde estaba, con la ligereza del tigre que salta sobre su presa, y sin decir *oxte* ni *moxte*, entre sus brazos cogió por detrás los de aquella desgraciada, y comenzó á dar voces á unos taberneros, que muy cerca de allí tenian la tienda, para que acudiesen con una cuerda, á fin de atar á aquella esclava que andaba prófuga. Uno de los taberneros prestóse á dar el auxilio reclamado, más que por otra cosa, por vender la cuerda que á la vez se le pedia; y con tan buena ayuda, el Cortado pronto tuvo tan bien atada á la mísera Juliana, que no se lo mejorara el corchete más acreditado en el ramo. Concluida que fué la operacion y pagada la cuerda, echó á la esclava por delante, en camino de la casa de sus dueños.

Tan espantada quedó con aquel imprevisto suceso, que ni supo cómo hacer resistencia, ni acertaba tampoco á formarse clara idéa de lo que por ella pasaba. Ora se le ocurria que D. Eustaquio, de acuerdo con su ama, hacia traicion á su buena fé; ora pensaba que aquello era un trámite, para ella inconcebible, pero no menos necesario por eso para ganar la libertad ofrecida; ora, en fin, quedaba tan aterrorizada como indecisa, sin saber qué juicio formar de los extraños y sucesivos acaecimientos que la asaltaban en aquel dia memorable. Llegaron en esto á la misma zapatería de D. Alejo, sin que Juliana hasta entonces lo advirtiera, que tan preocupado llevaba el ánimo, y allí el Cortado hizo entrega de ella á Lorenza, tan ufano y satisfecho como pocas veces lo habia estado en su vida.

El primer impulso de la Lorenza fué abalanzarse á la esclava, para vengar en ella con sus propias manos los nuevos agravios que la habia hecho; pero contúvola D. Alejo, manifestándola que con más despacio y seguridad pagaria todas sus fechorías en el Ingenio á que se la destinaba. Convino la Lorenza en lo acertado de la reflexion, que no fué poco en medio de la ira de que estaba poseida, y dando seguidamente al Cortado el precio de su trabajo que le habia ofrecido, condujo á la esclava á un cuarto, donde atada como vino la encerró, para que de allí fuese á sacarla el nuevo dueño á quien la destinaba.

CAPÍTULO VIII.

En que se continúa tratando de la libertad de Juliana.

Despachada aquella grave comision, llevó el Cortado adelante su propósito de ir á la casa de D. Matías, para darle las gracias por la merced que de él habia recibido, y con alguna diligencia que tuvo, pronto se encontró en la morada de aquel. No estaba el dueño en ella, pero vínole de molde el Cortado á D. Eustaquio, porque precisamente habia mandado buscarle por todas partes para que allí ocurriese luego. Como efectivamente tratase de sacar de cautiverio á Juliana, porque de este modo con parte de su propia hacienda la libertaba de las penalidades con que la habian amagado, y no quisiese aparecer como autor de aquel beneficio, para no provocar el enojo de la familia de Úrsula, á ninguno conocia más abonado para que figurase en aquel asunto, como al mismo que habia elegido. El Cortado, efectivamente, era hombre dispuesto para todo.

Así, pues, no bien le vió D. Eustaquio, cuando presentándosele el regocijo en el rostro, díjole:

—¿Al fin han dado con vos?

—Nadie, que yo sepa, contestó el Cortado. Venia á dar las gracias á mi padrino por su último beneficio. Así Dios le proteja, para consuelo de los desgraciados.

—No está mi hermano en casa; pero haréle presente vuestro agradecimiento.

—Antes hubiera venido; pero un hombre que sale de la cárcel, algunas cosas tiene que arreglar. Hoy hice propósito de no suspender la visita por nada del mundo. Sin embargo, dirigíame para acá cuando me fué forzoso ocuparme en una comision tan de justicia como lucrativa. Está escrito que ha de ganarse el pan sudando.

—¿Pues qué os ocurrió?

—Poca cosa. Se habia fugado la esclava de D. Alejo... ese zapatero de aquí cerca...

—Ya estoy, proseguid, dijo D. Eustaquio precipitadamente.

—Pues doña Lorenza, como ahora la dicen, aunque Lorenza la conocí yo...

—Sí, proseguid.

—Encargóme que se la buscara, *per quantum vos*...

Y al decirlo, con el pulgar y el índice de la mano derecha hizo ademan de tomar el tiento á una moneda.

—¿Y aceptásteis la comision?

—Y tras de aceptada, la desempeñé lucidamente. Al volver de esta esquina próxima, di con la alhaja...

—Acabad, dijo D. Eustaquio, ya lleno de zozobra.

—Y atándola como de mi mano, derecho la llevé al ama,

que, sin duda, habrá de darla por sus hazañas la recompensa debida. Por lo que vi, no quisiera hallarme en su pellejo...

—¡No sabeis el mal que habeis hecho! dijo D. Eustaquio dándose una palmada en la frente.

—¿Cómo así?

—Sabed que esa esclava tiene derechos á una recompensa de mi parte. Voy á darla la libertad; mas no conviniéndome aparecer como el que la hace semejante favor, precisamente os buscaba...

—¿Para que figure yo como el que la otorga?

—Cabal. Y la casualidad ha hecho que hayais aprehendido á Juliana cuando iba á casa del síndico...

—Pero presumo que no la matará la Lorenza.

—Matarla no; pero piensa venderla prontamente á un Ingenio.

—No hay sino impedirlo con más prontitud aun, dijo el Cortado con mucha calma.

—Y os habeis atado las manos con el papel que acabais de representar. Os hubiera yo gratificado generosamente...

—Sois hombre para poco. Tan sueltas tengo las manos ahora como antes de entrar en la zapatería. Si por la correspondiente paga aprehendí á la prófuga, eso no me impide ganarme algunos reales por medio del acto meritorio de darla la libertad. ¡Cuántos veo que, muy acomodados, se van al pro y al contra por aumentar la hacienda! Conque á mí que no me llega la sal al agua...

—Luego resolveis servirme, á pesar...

—De muy buena voluntad, y queden los pesares para otro. ¿He de libertar la esclava yo?

—Y yo entregaré el precio.

—¿Y la cosa es urgente?

—Sí, porque la han amenazado...

—Pues ahora mismo quedará, de un modo ú otro, zanjado el negocio.

—¿Qué pasos vais á dar?

—Esos corren de mi cuenta. Pronto os la daré de todo.

—Mas os suplico que en nada suene mi nombre.

—¿Á qué ha de sonar? El mio es sobrado al efecto.

En diciendo esto, hizo una cortesía y tomó la puerta de la calle, enderezando seguidamente sus pasos para la misma zapatería de donde antes habia salido.

Pronto entró, pues, en ella con notable desembarazo, y dirigiéndose para D. Alejo, díjole:

—D. Alejo, nada hay estable en el mundo, porque todo varía en él continuadamente. Así es ley de la naturaleza.

Al oir D. Alejo semejante introduccion, suspendió la obra de un zapato en que entendia, y quedósele mirando fijamente á la cara.

—Á veces tambien, prosiguió el Cortado, cuando el hombre comete una mala accion, suele arrepentirse y aun recompensarla con otra buena. De todas maneras, el arrepentimiento es meritorio.

—¿Y á dónde vais á parar con esa prosa? dijo D. Alejo con alguna impaciencia.

—Dígolo porque despues de haber atado á Juliana como lo hice, y traídola por esas calles del modo que la traje, me he vituperado semejante proceder. Ello es que me ha entrado un reconcomio que no puedo echar de mí, y que me inclina á compasion por la esclava.

—Pues bien puede dejarse de eso, saltó y dijo la Lorenza, que desde el mostrador habia prestado atencion á todo lo que habia dicho el Cortado. Resuelto está que se la ha de castigar, y no ha de valerla ningun padrinazgo.

—No hablaba con vos, señora mia, contestó el Cortado con gravedad. Á D. Alejo es á quien me dirijo.

—Pues no está por demás que entrambos sepais lo dicho; contestó la Lorenza moviendo la cabeza de una manera resolutiva.

—Como iba diciendo, D. Alejo, prosiguió el Cortado tornando á encararse con aquel, me ha inspirado compasion aquella infeliz, y estoy dispuesto á aliviar su pena.

—Veamos de qué modo, dijo D. Alejo con mucha calma.

—Dándola desde luego la libertad.

Cuando esto oyó D. Alejo, sin contestar una palabra, volvió á tomar el zapato que habia abandonado, para continuar su obra. Mas no tuvo el mismo sosiego la Lorenza, que, sin ser poderosa á contenerse, exclamó:

—Acabáramos. Ya veo para lo que os ha servido el dinero que os di. De seguro habeis estado en la taberna á levantar de codo.

—Dejémonos de personalidades, doña Lorenza. No os vacieis por la lengua, porque soy poco sufrido.

—Mejor lo haríais yéndoos á dormir la mona.

—¡Por vida!... dijo el Cortado con un movimiento de enojo; mas reponiéndose prontamente, prosiguió con calma, puesto que con resolucion á la vez:

—Repito, D. Alejo, que vengo á dar la libertad á Juliana, y así podeis decirme su precio para que se extienda la carta y se os haga la entrega del dinero.

—¿Y de veras quereis hacerla esa buena obra? contestó D. Alejo en tono de fisga.

—Y tan de veras, buen amigo.

—Pues á la cárcel me lleven. ¡Y decíais hace poco que no existian allí las Californias! Muy rico debeis estar.

—Si lo estoy ó no, es cuenta exclusiva mia, contestó el Cortado amostazándose un tanto. He venido aquí para tratar un negocio seriamente, y no para ser blanco de cuchufletas. Andémonos con tiento, digo, porque no permito que nadie me falte al respeto.

—Es que el que viene aquí á moler sois vos, dijo la Lorenza saliendo del mostrador afuera y montada en cólera. Bien podeis coger la puerta y dejarnos en paz. ¡Por dónde la ha tomado!

—¡Mujer! gritó D. Alejo, ¿quieres sosegarte? Pues no faltaba otra cosa sino que viniéramos ahora con esos escándalos. Gracias á Dios que nunca ha tenido para qué entrar la justicia en esta casa.

—Pero es una osadía y una desvergüenza...

—Bien sabes que no está en su juicio. No le imites tú.

El Cortado, al ver adelantarse para él á la Lorenza, se cruzó de brazos y con mucho sosiego oyó el diálogo que siguió á aquella accion. Despues que hubo concluido, volvióse para D. Alejo y díjole, siempre con la misma calma:

—¿Conque no os avenís á arreglar este negocio extrajudicialmente?

—No, señor, contestó D. Alejo con gravedad.

—Pues en semejante caso se arreglará de otro modo.

—Como os parezca.

—Queda al presente concluida mi mision aquí.

—¡Vaya bendito de Dios! contestó la Lorenza, que no veia la hora de que saliese de la tienda.

—Y ya que de ese modo queda concluido el principal negocio, llégale ahora la oportunidad al otro. Doña Lorenza: con mujeres no entro yo en dimes y diretes; las agasajo como amante, cuando lo merecen, y de otro modo absolutamente no las hago caso. En cuanto á vos, D. Alejo, estais en vuestra casa, que es para mí un sagrado; mas si quereis, dad cuatro pasos de puertas afuera, y mano á mano ó de cualquier otro modo, estoy dispuesto á que tengais una muestra de que no estoy borracho y de que estais hablando con un hombre.

En diciendo esto, salióse á mesurados pasos, detúvose un momento luego que estuvo fuera, como esperando que le siguieran, y viendo que nadie lo hacia, echó de nuevo á andar con su acostumbrada ligereza.

Quedaron la Lorenza, D. Alejo y aun D. Jacobo contemplándose por algun espacio de tiempo en el mayor silencio, hasta que al fin la primera dijo al segundo:

—Preciso es, Alejo, cortar relaciones de una vez y para siempre con hombre semejante. Tan solo le faltaba ya la nueva gracia que le hemos advertido. ¡Mal haya la bebida!

—¡Qué le hemos de hacer, mujer! contestó D. Alejo. Bien sabes que nunca le he recibido aquí con buena voluntad. Pero es que le temo, y hago de tripas corazon.

—Pues ya á mí me va cargando en demasía, y te protesto que...

—Déjale estar. No le hagas caso. Harto le conozco; pero si le muestro colmillos, el dia menos pensado me jugará

una mala pasada, y yo no quiero relacion ninguna con la justicia.

—No tiene él la culpa ciertamente.

—Bien lo veo; si no tuviera protectores, otro gallo le cantara. Pero cómo ha de ser: al pobre no le queda más recurso en todo, que sufrir hasta que Díos quiera. Lo que más necesita, despues del dinero, es la paciencia.

Callaron con esto, sin que otra vez volviera á tocarse el asunto; pero no habia pasado media hora, cuando ve aquí que se entra por las puertas un alguacil, no con extremada cortesanía por cierto. Llegóse al mostrador, colocó en él su sombrero de menos que de media vida, y un garrote nudoso con que iba armado, y sacando de la faltriquera del costado de su levita de lienzo varios papeles, buscó entre ellos, y quedándose en la mano con uno y volviendo al bolsillo los demás, con voz ronca dijo:

—De parte del señor síndico vengo á citaros para mañana á las diez.

—¿Y para qué me quière su señoría?

—Trátase de dar la libertad á una esclava vuestra...

—Mia no es, contestó prontamente D. Alejo. Corresponde á aquella señora, añadió señalando para la Lorenza.

—Lo mismo da, repuso el alguacil. Lo que es la citacion viene para vos, y al señor síndico explicareis lo que en el caso medie.

—¿Y quién es el que intenta libertarla? dijo la Lorenza moviendo la cabeza y frunciendo las narices.

—Un tal D. José Ruiz, contestó el de la justicia.

—Vaya, vaya, buenas ganas tiene el señor síndico de perder su tiempo.

—¡Lorenza! exclamó D. Alejo á guisa de reconvencion.

—Si lo pierde ó no, él sabrá lo que se hace, repuso el alguacil no con mucha amabilidad.

—¿Pero no han visto Vds. que está bebido ese hombre?

—¡Cómo se entiende eso! dijo el alguacil.

—¡Lorenza! exclamó de nuevo D. Alejo. Mira cómo hablas.

—No permitiré yo que así os expreseis respecto de su señoría, añadió el alguacil.

—No, señor, advirtióle alarmado D. Alejo. No se ha contraido al señor síndico. Ya se guardaria ella... Se ha referido á D. José Ruiz.

—Sí, á D. José Ruiz, añadió la Lorenza. Al señor síndico ni siquiera le conozco de vista; pero sí bastante al otro perillan. Acaba de salir de la cárcel; todo su haber en el mundo son cuatro pesos y dos pesetas que yo misma le he dado; y rebajado lo que haya bebido en la taberna, no sé yo cómo pueda dar la libertad que dice.

—Norabuena, dijo el alguacil. Hareis esa historia al señor síndico, y su señoría resolverá con su justificacion y habilidad reconocidas.

—Decís muy bien, añadió D. Alejo. Todo se le hará presente con el debido respeto.

—Pues ya que la citacion queda evacuada, dijo el alguacil, réstame ahora cumplir la otra parte de la órden que he recibido.

—¿Qué otra cosa se ha servido disponer su señoría? dijo D. Alejo humildemente.

—Me ha prevenido que constituya á la esclava en depósito, mientras se resuelve lo correspondiente sobre su libertad.

—Buena gana de molestar, dijo la Lorenza. Es imposible, he dicho, que pueda el Cortado...

—¡Lorenza! gritó D. Alejo con severa voz.

—Creereis lo que os parezca, dijo el alguacil á Lorenza; mas, en cuanto á mí, me llevaré la negra de todos modos.

—Pues señor, estamos frescos, repuso aquella. De manera que cualquier botarate puede decir que liberta...

—¡Lorenza! exclamó D. Alejo nuevamente. Las autoridades se obedecen ciegamente. No me comprometas.

—Es que si hay resistencia, dijo el alguacil, con dar yo cuenta...

—No, señor, repuso D. Alejo alarmado. La prevencion superior se cumplirá inmediatamente.

Y sin dar tiempo á otra contestacion, derecho fuése al cuarto en que estaba encerrada Juliana, y de seguida la puso en manos del alguacil. El insulto habia embargado el habla á la Lorenza, y si no fuera por el temor de causar compromisos á D. Alejo, y tambien de tener con el mismo un grave disgusto, allí hubiera arremetido con Juliana para desfogar su enojo, y acaso con el propio alguacil, si á ello intentara oponerse. Por su parte D. Alejo, al hacer al ministro la entrega de la esclava, díjole muy paso:

—Suplícoos, señor, que no hagais caso de las cosas de Lorenza. Las mujeres son de suyo irreflexivas y desbocadas, y aquel demonio de la mia...

—Perded cuidado, contestóle el alguacil. Acostumbrado estoy á esos nublados.

En diciendo esto, recogió el sombrero y el garrote, y haciendo una ligera inclinacion de cabeza, salióse afuera echando la negra por delante.

Diéronse entonces Lorenza y D. Alejo á discurrir sobre el resultado que habian de tener aquellos pasos, y unánimes convinieron en que deberia devolvérseles la esclava, porque era casi imposible que el Cortado pudiese llevar á efecto aquella intencion de libertarla, hija del estado en que accidentalmente se encontraba su razon. Al dia siguiente, sin embargo, habiendo asistido la Lorenza al acto provocado, hubo de nombrar perito, en union del libertador, para que se hiciera la tasacion de la esclava, y hecha que fué, inmediatamente se procedió á la entrega del dinero, la cual se hizo á nombre del Cortado, quedando la Juliana tan libre, en consecuencia, como más no pudiera estarlo.

Entonces sí que hubieron de devanarse los sesos D. Alejo y Lorenza, intentando comprender aquel misterio, que de todo punto les era impenetrable. Desde luego convenian en que era imposible que el Cortado, de sus fondos, hubiera hecho regalo de tanta importancia. Fijáronse por un momento sus sospechas en D. Eustaquio, para deducir despues que tampoco podia haber suministrado los dineros para aquella empresa, supuesto que sus haberes poca ventaja sacaban á los del mismo Cortado; y concluyeron en que, sin duda, Juliana poco á poco les habia ido hurtando aquella suma, para alcanzar despues con ella la libertad, blanco principal, si no exclusivo, de todos sus deseos y esperanzas.

Divulgado despues el caso por todos aquellos contornos, la fama hizo saber que el verdadero libertador habia sido D. Eustaquio, y entonces la voz del pueblo, que no siempre suele ser atinada, le presentó como un hombre generoso, que, con una accion recomendable, evitaba á la esclava los sinsabores que por su causa iban á ocasionársela. Y no so-

lo, decian, ha llevado á efecto aquel rasgo de nobleza y agradecimiento, no solo se ha mostrado compasivo y justo, sino que para que la accion tenga más mérito, con modestia desusada, ha hecho que un tercero aparezca ser el que ha llevado á efecto la piadosa obra. Ensalzáronle con esto, tanto más cuanto menos lo merecia; y hasta un pintamonas discurrió formar y remitirle un cuadro el dia de su natalicio, en el cual aparecia envuelto en una nube, dejando caer en el sombrero del Cortado unas monedas, que este á la vez iba entregando á la Juliana, puesta de hinojos, para que de ese modo se libertara. Solo el mismo D. Eustaquio veia en el asunto claramente, y allá á sus solas, despechado, discurria sobre lo inmerecido de tantos elogios. Ataviado aparecia ante el público con el arrebol y los adornos postizos; pero al desnudarse en su habitacion, y viéndose feo y asqueroso como en realidad era, el recuerdo de aquellos mismos elogios eran otras tantas espinas que le punzaban el corazon.

CAPÍTULO IX.

D. Eustaquio se adquiere la estimacion del Sr. D. Homobono.

Quedáronle de la lotería que no le habia destinado el cielo dos mil duros, despues de rebajado el importe de la libertad de Juliana, y puso en conocimiento de su hermano D. Matías que buenamente los habia sacado en aquel legítimo juego.

—Vas teniendo á la fortuna de tu parte, díjole D. Matías, y cuando se decide en pro de un hombre, suele ser tan extremosa como cuando le viene en contra.

—Pues si blanda se me muestra, dijo D. Eustaquio, no he de permitirla, por mi vida, que lo haga ella todo. Resuelto estoy á ayudarla en cuanto me sea posible.

—Indudablemente vales hoy dos mil duros más que antes, suponiendo que algo valieses. En los tiempos que corren, el hombre no es más que una adherencia de su bolsillo. ¡Así te desengañaras de ello!

—Voylo estando más de lo que crees.

—Posesiónate de un talego, y sin meterse nadie en el cómo lo hubiste, habrá de servirte de escudo en todo. Es como si dijéramos: *el pabellon cubre la mercancia.* ¡Acertado principio!

—Tan estoy en ese principio, que despues de reflexionarlo maduramente, he resuelto adelantar, aun cuando sea á costa del más ímprobo trabajo. Si hasta ahora tuve repugnancia á tu profesion, hoy resuelvo aplicarme á ella con todo ahinco. ¿Y con quién pudiera hacer más ventajoso estudio que contigo? Espero que no me rehusarás semejante favor.

—Debe suceder con el dinero lo que con el vino. Mientras más aficion se le cobra y más la aficion se satisface, más y más crece todavía.

—¿Conque no rehusas?...

—¡Cómo he de rehusar! Dame los brazos. Te garantizo que con alguna aplicacion, serás un hombre de provecho. Desde mañana comenzarás tu práctica conmigo, y quiera Dios iluminarte, para que puedas recoger la abundante mies que ofrecen los pingües campos en que voy á introducirte. Aguza el ingenio y fatiga el brazo, que para muy poco has de servir si no obtienes provechosa recompensa.

Al dia siguiente, con efecto, comenzó aquel aprendizaje con fé decidida y vocacion inmutable. Pronto supo encuadernar un expediente, foliarlo, llevarlo y traerlo, revolverlo y atestarlo de diligencias necesarias é infructuosas, y adelantando á pasos más largos todavía, con asombro de su mismo hermano, domeñó la materia de tal modo, que en unos seis meses supo poner decretos y autos y sentencias in-

terlocutorias y definitivas, puesto que en los casos más arduos se aconsejaba con D. Matías, para quien no habia cosa desconocida en aquel terreno.

Pero lo que más habia de valerle, y con efecto le valió, fué la proteccion decidida que tuvo á bien acordarle el juez á cuyo despacho le consignó D. Matías.

No era el Sr. D. Homobono ciertamente lo más á propósito para desempeñar aquel delicado encargo. Comenzó sus literarios estudios con muy buena voluntad, sin que esta pudiese suplir la falta de entendimiento, que, como las dotes corporales, en algo puede modificar el hombre, pero nunca rehacer del todo contra la intencion de la naturaleza. Aspiraba, pues, á obtener un título de abogado, y calculaba que si el desempeño de esta profesion, por trabajoso, no le ofrecia un espacioso camino, para eso estaba el otro más llano de la magistratura, en que tambien podia ayudarle el favor de que su familia gozaba. Así, pues, no se detenia en calcular, entre otros inconvenientes, el mal papel que, despues de todo, habia de representar en una corporacion en que suelen brillar personas dignas de suma consideracion bajo todos respectos.

En medio de aquellos estudios, que con tan poco provecho hacia, sorprendióle la última guerra de sucesion acaecida en la península. Afilióse en la buena causa, y en ella hizo los adelantos que no habia podido lograr en el derecho. Con efecto, supo dirigir más que medianamente una compañía, contribuyó una vez á que se tomase á la bayoneta una posicion arriesgada, batióse otras con mucho valor, sin huir la cara al enemigo en ninguna circunstancia, y por ello no tardó en obtener el grado de teniente coronel, que merecia

tanto y mejor que cualquier otro. Pero durábale aun aquella torcida aficion por la magistratura, que habia mamado en la leche, y no estaba satisfecho con la espada sin que á su lado figurase tambien la balanza de Astrea. Por esto hizo valer sus méritos en una carrera para obtener recompensas en la otra, sin duda por la mucha analogía que guardan entre sí; y de ese modo, de teniente coronel en la milicia, pasó á teniente gobernador letrado. No era esto difícil de hacerse durante la guerra civil, porque entre los muchos y graves males que consigo traen, es uno de ellos el de empeñar á toda la nacion en las armas, con grave menoscabo de las ciencias y letras, que vienen por lo mismo á quedar representando un papel de los más inútiles y subalternos. Cualquier otro, sin embargo, que no fuese el hombre á que nos referimos, se habria andado con más tiento, para no acometer aquello en que de seguro habia de quedar muy mal parado.

Seguramente D. Homobono habia olvidado en los campamentos lo poco que habia logrado alcanzar de las cátedras, porque nunca se habia encontrado más á oscuras en la ciencia del derecho; pero así como el hombre adinerado, solamente por ello, suele creerse apto para entender y resolverlo todo, así tambien suele existir semejante presuncion entre los que han conquistado cualquiera posicion algo notable en el mundo. Confúndese comunmente de este modo la ciencia con el valimiento.

Por consecuencia, no se mostró su señoría más medroso en el campo adonde se le llevó, de lo que lo habia estado en el de las batallas, ni extrañó la repentina trasformacion de Marte en Temis, que al mismo Ovidio no ocurriera. Co-

menzó, pues, á resolver las más graves dificultades, con tanto mayor desembarazo, cuanto que en ellas no encontraba ningun estorbo de los que hubieran visto ojos más perspicaces, y tanto valia esperar sentencia de su boca como sacarla á la suerte de un cántaro. Enredábanle sí los pormenores de las fórmulas, que absolutamente desconocia; mas suplió á esto desde un principio D. Matías, quien de este modo fué ganándole poco á poco la confianza. Pero nunca habia logrado hacerlo en tanto, que aquel se dejase guiar de él ciegamente, como hubiera logrado conseguirlo con otro de menos entereza. Con efecto, el Sr. D. Homobono, en los asuntos, daba sus tajos y reveses allá como él lo entendia; estaba persuadido de que nunca sufria equivocacion alguna; en consecuencia de ello jamás reformaba sus opiniones, y despues de todo, usaba un genio de tanta fuerza, que rechazaba cualquiera insinuacion, con la brevedad, impulso y estruendo que el cañon despide la bala.

Por esto no se avenia muy bien con él D. Matías, y así propuso en su ánimo dejarlo en herencia á D. Eustaquio, desde que este comenzó su aprendizaje. Con semejante intencion, pues, llevábale consigo á despachar con el señor D. Homobono, y despues que estuvo algo diestro en la profesion, efectivamente le dejó que se entendiera como pudiese con su señoría. En el caso vino de molde, sin embargo, lo que dice el adagio, de que *no hay mal que por bien no venga.*

Dedicóse D. Eustaquio á estudiar aquel señor, y desde luego convino en que lo primero que habia de hacerse para vivir en paz con él era guardarle la estrecha sumision que la ordenanza militar con buen fundamento, exige en el in-

ferior respecto del superior. En consecuencia, volvió á encontrar en él su señoría aquella ciega obediencia y profundo respeto á que se habia acostumbrado en la milicia, y de fijo nunca tuvo asistente que le sirviese de mejor grado, ni con más exactitud cumpliera sus mandatos. Por ello fué cobrando á D. Eustaquio buena voluntad, y acabó de tenérsela de todo punto, luego que aquel, despues de tentar el vado y convencido de que la lisonja era el mejor camino para acabar de vencerle, se entró por él de la manera más decidida.

Así, pues, no abria una sola vez la boca el Sr. D. Homobono para expresar alguno de sus acertados pensamientos, sin que D. Eustaquio, bajando respetuosamente la cabeza, dejase de dar una muestra de profunda conviccion; y tal costumbre fueron adquiriendo los dos en esto, que maquinalmente su señoría, á cada dos frases, buscaba con los ojos aquella cabeza sin cuyo movimiento parecia no serle posible seguir discurriendo. Además, D. Eustaquio diariamente le referia los encomios que de su probidad y ciencia hacian los litigantes que resultaban gananciosos en los litigios; decíale que aquello sí era desempeñar con bendicion un destino; lamentábase de que algun dia la justicia en la ciudad hubiera de verse privada de tan firme apoyo; y por fin, un amigo suyo, poeta huero pero á la par facundo, por distintas veces compuso á su nombre unos versos suscritos con la inicial E., en que comparaba á su señoría con todos los jurisconsultos de la antigüedad romana. Unos tras otros fueron apareciendo en los periódicos, y leyéronlos íntegros solamente el señor D. Homobono y D. Eustaquio, porque nadie más pudo á tanto resolverse.

Con esto, su señoría acabó de cobrar al mancebo un cariño que mal pudiera encarecerse. Si no osaba D. Eustaquio pedirle á las claras ningun favor en la administracion de justicia, con alguna frecuencia, sin embargo, conseguia recabar de él lo que queria, valiéndose de una industria que, desde que comenzó á ensayarla, le dió los mejores resultados. Guárdabase bien de hacer oposicion, ni aun indicacion la más ligera, á las opiniones que su señoría hubiese formado sobre cualquier negoció, pues entonces no le quedaba más que hacer sino mover la cabeza en muestra de profundo convencimiento, como ya se ha dicho; mas apresurábase á emitir su opinion en los casos en que le convenia, antes que el Sr. D. Homobono llegase á combinar sus ideas, y de seguro entonces las que oia encontraban acomodo en su cabeza, para enunciarlas despues como legítimo parto de ella. De este modo, D. Eustaquio tenia notable influencia en los litigios, admitia empeños, hacia servicios, granjeaba nombre, adquiria importancia y, por consecuencia, llevaba á sus entradas un aumento, que era lo que más le importaba de todo.

—Bien veo ya que harás carrera en el mundo, decíale á menudo D. Matías. Reconozco en tí especiales disposiciones para conseguirlo.

Y á esto contestó una vez D. Eustaquio:

—Por lo que hasta ahora he tocado, creo que es necedad dejar de rendir al poder ciego homenaje en ninguna circunstancia. Para subir con seguridad, es arriesgado sistema luchar con los que están colocados arriba; vale más conseguir con humildad, que el más cercano nos tienda una mano caritativa con que nos coloque á su lado. Así puede irse ascen-

diendo de escalon en escàlon, y empléese entonces la soberbia en dar cón el pié al que indefenso queda debajo.

Contemplábale pasmado D. Matías; desengañábase de que los grandes hombres no siempre revelan lo que han de ser desde sus primeros años, y convencíase de que su hermano habia de llegar á un punto que á él no le era dado alcanzar.

CAPÍTULO X.

Cómo doña Bernarda vió á Lorenza, y lo demás que se siguió.

Mientras D. Eustaquio iba adelantando en la privanza del Sr. D. Homobono, segun se ha visto en el capítulo anterior, acaecian otros sucesos, de que es preciso hacer mencion.

A la zapatería de D. Alejo iba, con alguna frecuencia, aquella doña Bernarda que, en calidad de comadre, vimos figurar en el capítulo primero de esta historia. Decian las gentes que era muy antigua aquella amistad entre la Bernarda y la Lorenza, y fuera ó no de fecha más ó menos atrasada, lo cierto es que la comadre nunca dejaba pasar dos meses sin que hiciese una larga visita en aquella tienda. En ocasiones, solia tener dilatados y secretos coloquios con el ama del establecimiento, é imponíase siempre con particular empeño de todo lo concerniente á su hija Úrsula, mostrando de ese modo interesarse hasta en los más insignificantes pormenores referentes á aquella.

Por las manifestaciones de Lorenza, supo doña Bernarda las pretensiones de D. Eustaquio, conviniendo ambas en que aquello debia mirarse como cosa de poca importancia, evitándose todo mal resultado tan solo con alguna vigilancia. Cuando la Lorenza sorprendió la carta que tantos sinsabores ocasionó á Juliana, nada dijo del particular á doña Bernarda, sin embargo de que acostumbraba ponerla al corriente, como ya se ha manifestado, de cuanto hiciese relacion á la Úrsula; y si bien despues ocurrió el suceso de la libertad de la esclava, doña Bernarda convino con los demás, en que el Cortado la habia dado aquella libertad con el mismo dinero que al efecto Juliana hubiese puesto en sus manos.

Pero cuando trascurrido un mes del suceso, ya se pregonaba que la libertad era debida á D. Eustaquio, así como tambien que se decidió á darla para evitar los malos tratamientos que por su causa sufria, sin duda hubo de llegar todo ello á oidos de la Bernarda. Y fué consecuencia la de que una mañana, como á las siete de ella, presurosa se entrase en la zapatería, pudiéndosela leer en el rostro la agitacion de que estaba su corazon poseido.

Apenas hubo de saludar á D. Alejo y D. Jacobo que, como de ordinario, figuraban á la puerta de la tienda; pues dirigiéndose desde luego para el mostrador en que se encontraba la Lorenza, hízola ademan de que queria hablar con ella á solas. Prestóse á esto sin demora el ama de la tienda, y llevándola para un cuarto interior, despues de haberla hecho sentar, díjola:

—¿Qué es, doña Bernarda, lo que os pasa, que tan de prisa andais?

—¡Ay, amiga! contestó doña Bernarda jadeando por su

gordura y su fatiga. ¿Es cierto que alguna vez maltratásteis ó pensásteis castigar á Juliana, con motivo de ese malhadado amor que D. Eustaquio ha concebido por nuestra Úrsula?

Dirigióla Lorenza una mirada investigadora, y sin duda para pensar mejor lo que hubiera de contestarla, instóla para que tomase alguna cosa que la repusiera de aquel afan que la aquejaba; pero lo resistió doña Bernarda, insistiendo en su pregunta con mayor ahinco todavía.

—Os diré, contestó al fin la Lorenza. No hice más que amenazar á la esclava por exceso de precaucion, con que la castigaria severamente si por acaso llegaba á ser medianera en el propósito de D. Eustaquio. Pero no creais por eso que llegara á serlo, ni tampoco que aquel mozalbete haya ido tan adelante... Ahí es nada de mi vigilancia, doña Bernarda. Os protesto que ni celda de monasterio, ni calabozo de inquisicion guardarian mejor á Úrsula de lo que lo está en mis manos. ¡Bonica soy, por cierto!... Vamos, ni siquiera merece hablarse de ello.

—No quisiera que por la cuenta que os tiene conservar aquí á Úrsula, fuéseis á ocultarme cosa alguna.

—¡Qué he de ocultar! Lo dicho, dicho. No hay tales carneros. ¡Pues vendria yo ahora á que me enseñaran á gastar franqueza, cuando por franca, tal vez, me encuentro en el estado en que estoy!

—¿Y no sabeis quién ha dado la libertad á Juliana?

—Yo misma.

—¿Qué me decís, Lorenza?

—Digo que yo misma, porque estoy segura de que el precio que sirvió para esa libertad, me lo ha ido rateando aque-

lla bribona. Ahora he venido á desengañarme de que algunos dineros que á veces soliamos echar de menos en casa...

—No prosigais, que estais equivocada.

—Fácil fuera. La equivocada sois vos, si creeis que aquel tuno del Cortado...

—El que ha dado la libertad á Juliana ha sido D. Eustaquio, amiga mia.

—¡Esa es otra! Lo mismo se la dió D. Eustaquio que el Cortado. Tan á propósito para el caso es el uno como el otro.

—Pues ello es preciso que os desengañeis. El público no dice otra cosa.

—Buen testigo me traeis...

—Sí, doña Lorenza. No os quepa la menor duda en lo que os digo. Lo sé de buena tinta.

—Puede que así sea.

—Pues así es, dijo doña Bernarda en un tono que no admitia réplica.

—Norabuena. Creo que así haya sido. ¡Sabe Dios qué enredos se traigan el D. Eustaquio y la Juliana!...

—No deben ser otros, Lorenza, que la tercería de la esclava respecto de esos amores con Úrsula. Preferiria cualquiera otra desgracia, por importante que fuese, á que me la sedujera D. Eustaquio. Tened vigilancia, por Dios.

—Bien me sé atar el dedo en estas materias, sin tantas recomendaciones. Habrá dado D. Eustaquio la libertad á Juliana por motivos que él sepa; pero que haya adelantado mucho con Úrsula, eso sí podeis dudarlo. Nunca despues de aquel suceso ha estado la casa más tranquila, porque ní se pasea apenas el perillan por el frente de la tienda. Aquí no entran más que los parroquianos, y para eso no pasan

del mostrador. La criada que ahora tomé en alquiler, está más vigilada que la misma Úrsula. Solamente viene, de vez en cuando, mi prima Teodosia, y de esa respondo yo más todavía que de mí propia.

—¿Conque de veras no temeis absolutamente?...

—De ninguna manera. Estais viendo visiones. Cuanto más que, segun he sabido últimamente, D. Eustaquio anda ocupado en otra empresa de amoríos. Me han asegurado que va á casarse, y por horas, con una moza que vive en una Estancia del Cerro.

—¿De veras?

—Con una tal Paulina, hija ó qué sé yo de un D. Bartolo...

—Ya sé de quién me hablais, doña Lorenza, dijo Bernarda quedando por un momento pensativa, como si tratase de combinar las ideas que de tropel la asaltaban. Ya sé de quién me hablais. Bien conozco á esa familia, porque en ella hube de ejercer no há mucho mi ministerio.

—¡En quién!

—En la esposa de D. Bartolo, y ahora recuerdo que algo noté... ¿Sabeis lo que me ocurre?

—Si no os explicais...

—No os quede duda de que D. Eustaquio nos ronda la prenda con más ó menos disimulo. Siendo así, creo que el mejor modo de impedir con tiempo que las cosas sigan más adelante, será poner lo que pasa en conocimiento de su futura. Mientras lo sea Paulina, todo lo podrá conseguir de D. Eustaquio.

—Cierto: que si el futuro fuese pretérito, ya podríamos buscar empeño de más eficacia. No está por demás lo que

decís. Nunca tengo la precaucion por inútil, y cada dia más y más me voy convenciendo de ello.

—Pues á la mano de Dios.

En diciendo esto, sacó unas monedas de oro y las entregó á la Lorenza, diciendo:

—Ya que he venido hoy, os entregaré dos mesadas adelantadas, aunque la última no cumple hasta de aquí á diez dias. Pero os repito, amiga mia, que cuideis de mi Úrsula con la mayor eficacia. Considerad que si por cualquier modo la perdiese, no me quedaria más que un triste porvenir.

—Bien podeis descansar en mi vigilancia, como ya os tengo dicho.

—Sobre todo, no me dejeis ignorar nada de lo que respecto de ella suceda. Bien sé que vigilareis, bien sé que remediareis cualquiera desgracia en cuanto sea posible; pero creed que ninguna vigilancia ni remedio ninguno pueden ser tan eficaces como los que provienen del corazon de una madre. ¿Me lo prometeis?

—Os lo prometo.

—Pues bien, veamos ahora á Úrsula por un momento, y me marcharé.

Llamaron de seguida á la doncella, y presentóse con mucho desembarazo. Unos ojos más penetrantes que los de la Lorenza habrian advertido que de algun tiempo al en que nos referimos, Úrsula oia con más repugnancia que nunca los consejos que la dirigia sobre el comportamiento que debiera observar, que se mostraba más indolente para el trabajo de lo que nunca lo habia sido, y que su rostro denunciaba repetidamente que allá en su interior se encontraban en esforzada lucha secretos y contradictorios pensamientos.

Sin embargo, recibió con buena gracia las caricias que en aquel momento la hizo doña Bernarda, y oyó con resignacion sus encargos reiterados para que nunca se apartara en un ápice de los consejos que la daba su madre, y sobre todo, para que la hiciese partícipe de cuanto pasaba en su corazon, por insignificante que fuese, porque la maternal experiencia era el verdadero timon que debia guiar la nave de la juventud imprevisora y ciega.

Luego que doña Bernarda traspasó el umbral de la puerta, llamó la Lorenza á D. Alejo sigilosamente, y abandonando este una obra que entonces le tenia muy empeñado, con rostro asombradizo dirigióse á oir lo que querian comunicarle.

Díjole la Lorenza:

—Alejo, están pasando cosas muy extraordinarias.

—¿Pues qué sucede? dijo D. Alejo, asentándose los espejuelos mejor de lo que estaban.

—Has de saber que el que dió la libertad á Juliana no ha sido otro que D. Eustaquio.

—¿Con esa me sales ahora? repuso D. Alejo, haciendo á la vez ademan de retirarse.

—Aguarda. Ha sido D. Eustaquio, te digo, quien la dió la libertad. Me lo ha hecho saber doña Bernarda, y tambien está muy al cabo de todo lo que ha pasado aquí, bien que en algo haya podido yo disfrazárselo. Ahora, considera lo que será de nosotros si nos quitan á Úrsula. Bien sabes de cuánto socorro nos es la mesada que su madre doña Bernarda me pasa por aquel cuidado.

—Pero ¿crees tú que nos la lleve porque se le antoje á D. Eustaquio libertar?...

—Porque haya libertado á Juliana, no; pero sí porque considere que Úrsula no se encuentre en nuestra casa tan bien guardada como debe estarlo.

—Però no sé yo cómo haya podido D. Eustaquio... En aquel tiempo no estaba todavía con el teniente gobernador.

—Déjate de tenientes gobernadores, y escúchame.

—Vamos, dí.

—Es preciso tener una rigorosa vigilancia.

—Pues más de la que hay...

—Es poca. Ya está demostrado. Lo primero que has de hacer, ya que estás siempre á la puerta de la tienda, es no quitar el ojo á D. Eustaquio cuando vaya por la calle, á fin de que no se te pase por alto ni un gesto ni una mirada.

—Desde que está con el teniente gobernador anda tan encopetado...

—No piensas más que en el teniente gobernador, y no en lo que te interesa.

—Pero si sube D. Eustaquio como la espuma con aquel apoyo... Vamos, no te impacientes, prosigue.

—Despues, no has de permitir que vuelva á poner aquí los piés el Cortado.

—Y quieres que me proporcione un lance...

—¡No sé para qué llevas esos pantalones, gallina! Ya verás cómo le despacho yo.

—Vamos, sosiégate. Si vuelve por aquí, ya veremos de ponerle en la calle. Lo que únicamente temo son las resultas de un escándalo. Bien sabes que nada quiero con la justicia. Por lo demás, soy tan hombre como otro cualquiera.

—Pues es preciso que lo demuestres.

—Bien. ¿Y qué más ha de hacerse?

—Es preciso no perder de vista á las personas que aquí acuden á comprar los zapatos, y gastar seriedad con ellas.

—Ya veo por dónde vienes.

—Sí, seriedad te digo. Bien te conozco. Lo más fácil es que D. Eustaquio se valga de cualquiera de esas parroquianas para deslizar un papel ó hacer una seña de inteligencia...

—Bien, todo eso se evitará. ¿Hemos concluido?

—Por fin, es preciso que no des confianza ninguna á la criada que tenemos en casa. Ese genio tuyo acaso contribuyó á la pérdida de Juliana.

—Pues no sé qué confianzas...

—Con Juliana debiste ser más severo siempre. En cuanto á la actual criada, te digo que no haya confianzas. Eso las alienta para todo.

—Pero repito que no sé qué confianzas...

—Á mí nada se me escapa. El otro dia oí que la preguntaste si la gustaban los zapatos blancos.

—Y por eso solo... Eres un demonio con tus celos.

—No se trata de celos. Trátase de que no convienen esas confianzas, sino que de tu parte haya mucha severidad y de la suya mucho respeto. En cuanto á la vigilancia de Úrsula, queda á mi cargo. Ahora, hemos concluido.

Inclinó D. Alejo la cabeza, y refunfuñando tomó el camino de la puerta, para ocupar en ella su acostumbrado sitio.

CAPÍTULO XI.

En que se refiere lo que pasó á Paulina con doña Bernarda.

El célebre Cabanis ha dicho, que eso que llaman amor, no es más que un parto de las sociedades. Ganas me vienen aquí de hacer sobre la materia una disertacion tal, que demostrase muy á las claras hasta qué punto ha podido tener razon en su aserto aquel médico filósofo; pero en el compromiso de ir narrando los sucesos de esta historia, en cuanto pueda, segun arte, no hay para qué vaya á engolfarme en digresiones, que hicieran arrojar el libro á más de un lector descontentadizo. Me limitaré, por lo tanto, á hacer observar lo yá muy observado, de que el amor, si no nace precisamente de las privaciones, por lo menos crece con las dificultades, y acaba de subir de punto con los imposibles. Y con esto, pasemos de Cabanis al colono D. Bruno, que no es poco pasar á fé.

Visto está que D. Bruno andaba al extremo enamorado

de doña Paulina, y que á su modo se lo habia dado á entender en cuantas ocasiones favorables para ello se le habian presentado. La distancia que entre los dos mediaba, en vez de ser motivo para que su pasion menguase, á la contra, la avivaba más y más, de concierto con aquella doctrina que antes hubo de sentarse. Tampoco he de disertar sobre si el amor encuentra más cabida en el pecho de los hombres de aventajado ingenio, que en el de aquellos á quienes plugo al Criador negar don tan precioso. Dejémoslo para otros que sobre ello se resuelvan á escribir un libro, ya que sobre cada átomo se van publicando á centenares; y notemos solo que si D. Bruno estaba á cien leguas de poder escribir la *Locura de amor*, no por eso dejaba de rebullirle en el cuerpo y en el alma.

Cualquiera creeria que aquello de que el amor amansa á las fieras se habia dicho por D. Bruno. Á su entrada en la Estancia, era tan montaraz como indolente, desaseado en su persona, en sus modales grosero; y con unos arranques de jabalí acosado, que harian peligrosa su permanencia en cualquier punto; pero desde que Cupido puso en él su mano, del todo fué un hombre distinto. Gastaba más esmero en su persona, mostrábase más cuidadoso en desempeñar los deberes de su ministerio, y aun prestaba dócil oido á las advertencias y consejos que se le dirigian. Con esto último adelantaba tambien en el aprendizaje de su oficio, tanto como hasta entonces habia dejado de hacerlo.

Con Paulina gastaba unas atenciones, que en las circunstancias en que se encontraba no se las hubiera mejorado ninguno de esos cultos amadores que con tanto acierto saben pintar su pasion. Como acostumbrase Paulina las más

de las tardes, cuando el buen tiempo lo permitia, á dar un paseo por la Estancia ó por la otra limítrofe, que tambien correspondia á D. Bartolo, las más veces la salia al encuentro para presentarla en homenaje la flor más hermosa que la estacion actual ofrecia, ó la fruta más sazonada que con toda solicitud hubiese cuidado con aquel propósito, allí donde la naturaleza con mano liberal, en todas épocas y siempre, brinda al hombre flores y frutas. Si por haberse alejado demasiado, la sorprendia la noche en el camino, antes de que hubiese podido llegar á la casa de la hacienda en que habitaba, por seguro podia contar con que habia quien sobre ella velase cuidadosamente. No andaba muy largo trecho, con efecto, sin que advirtiese á su lado los perros de su guardador, claro indicio de que aquel desde alguna distancia la seguia los pasos, dispuesto siempre á ofrecerla su amparo; y á veces tambien se presentaba él mismo á saludarla cortesmente, para continuar haciéndola más cercana compañía.

Hablaban entonces del cultivo y de la cria de los animales de la Estancia, de los trabajos del campo, de las siembras que se habian emprendido y de las esperanzas que hacian nacer, oyendo siempre D. Bruno con atencion y recogimiento las observaciones agrícolas de Paulina, tan adelantadas como pueden serlo donde, como en Cuba, la agricultura se encuentra todavía en la infancia. En el curso de la conversacion, hablaba Paulina de sus gallinas favoritas, y de una ternera que la habia regalado su tia, y que miraba con especial atencion; y entonces el rústico la encarecia todo su afan por aquellos animales, á que atendia con el mayor cuidado, como si más claramente dijera que con gusto echa-

ba sobre sí esos trabajos para complacer al dueño. Á veces hablaban tambien de algunos de los robos acaecidos por aquellos contornos, y otras desgracias provenientes de los malvados que solian presentarse en aquellos lugares; y entonces D. Bruno daba á entender el cuidado en que le ponian las excursiones de Paulina, su solicitud por evitarla el menor tropiezo, y su resolucion de defenderla en todo trance, mostrando, al expresarse así, más fiereza en su semblante de la que pudiera presentar ninguno de los paladines cuyo nombre ha conservado la fama.

¿Conocia Paulina que habia inspirado al mancebo la pasion de que daba tan repetidas muestras? Mal pudiera ocultársele siendo mujer, cuyo principal negocio en la vida es regularmente el de inspirar aficion al otro sexo, atisbar los resultados, y exagerarlos con alguna frecuencia. Muy al cabo estaba, pues, de la pasion de D. Bruno, y no la pesaba de ello, por más que en el caso no viese otra consecuencia probable que la de hacer sufrir al rústico los rigores de una aficion que ella inspiraba, y que envanecia su amor propio, tan pocas veces halagado bajo aquel concepto. Agradecíale, pues, sus atenciones y el esmero que con ella gastaba; pero estaba muy lejos de pagar su amor, como el aspirante quisiera, porque se encontraba empeñada con D. Eustaquio en aquellos tratos de que ya se ha hecho mencion, y ocupada así el alma, no daba cabida á otra pasion del mismo género. Ni eran para compararse las prendas que adornaban respectivamente á los dos amantes, cuando tan inmensas ventajas sacaban las del petimetre á las del labriego; pero con todo, la que habia contado en el curso de su vida solos dos homenajes de aquella naturaleza, no era razon que entrase en los

desperdicios de otras más favorecidas de la fortuna. Se equivocaria, sin embargo, el que por esto dudase en lo más mínimo de la pureza de alma de Paulina, pues aquel comportamiento exclusivamente debia achacarse á la vanidad, que tan de lleno impera en el corazon humano.

Las visitas de D. Eustaquio entonces eran menos frecuentes de lo que antes lo habian sido, y desde que se encontraba más alejado del propósito de contraer aquel matrimonio, mostraba menos trabajo en fingir la pasion que antes figuraba consumirle. Resistió Paulina persuadirse de ello en un principio; pero tantas pruebas de su desapégo la fué dando D. Eustaquio, que por poca que fuese su disposicion á verlas, al fin no pudieron quedar del todo oscurecidas. Por consecuencia de ello, más de una vez hubieron de verter sus ojos las amargas lágrimas del desengaño, y á veces tambien, en momentos de despecho y rabia, proponíase firmemente notificar al mancebo su intencion de dar punto á aquellos amores, que turbaban el sosiego de su alma, sin otra recompensa que las del engaño con que se los pagaba. Pero por más decidida que entonces estuviera para tomar semejante resolucion, la esperanza, que nos promete siempre contentar nuestros deseos, acudia á alejar las realidades, haciéndola aun dudar de la existencia de lo mismo que estaba palpando. Encontrábase así más vacilante que bebedor arrepentido á quien ponen la bota en la mano.

Tal era el estado de las cosas, cuando una tarde, como á las cinco de ella, detúvose á la portada de la Estancia una *volante* de alquiler, y sin hacerse esperar mucho, bajó de ella la comadre doña Bernarda, sacudiéndose el vestido, como si fuera dable que hiciese buena figura á quien tan mala la

tenia. Llevaba la pérfida en la mano un muñeco de barro, que representaba un San Miguel tirando desapiadadamente á Satanás de una oreja, que ya le llevaba medio desprendida, con lo que el artífice habia creido, sin duda, dar muestra de sublimado ingenio. Saludó, pues, á voces y con el mayor regocijo á D. Bartolo y doña Agustina, hízose traer al hijo de aquellos, que llamaba suyo, y dijo á la verdadera madre:

—Regularmente, doña Agustina, aficion me queda por todos los que manejo; pero lo que es este niño no se me aparta de la memoria, y mal pudiera resistirme á verle.

En diciéndolo, llegóse más á él, y comenzó á jesusear, añadiendo:

—¡Si está como una bola! ¡Dios le bendiga! Aquí le traigo esta fruslería...

Y de seguida pasó Satanás á manos del muchacho, para acabar en ellas muy pronto sus padecimientos.

Buscando despues con los ojos á Paulina por toda la sala, como no la encontrase, preguntó por ella, y dijéronla que, como de ordinario, acababa de salir por la Estancia á dar su cotidiano paseo.

—Ya me lo figuraba, dijo doña Bernarda. Siempre filosofando esa chica. Quiero sorprenderla.

Y tomando con esto un trotillo algo pesado, dirigióse para la calle de árboles adonde acostumbraba ir Paulina, para clavarla en el corazon la saeta que llevaba preparada.

Á poco que anduvo, divisóla á lo lejos, y llamóla con reiterados silbos. Á ellos retrocedió Paulina, y yendo la una para la otra, pronto hubieron de reunirse. Entonces dijo doña Bernarda:

—¡Cáspita, amiguita, y qué bien haceis en menear así

las piernas! que eso es otra tanta salud. Así tuviera yo tiempo para consagrarme al ejercicio, porque advierto que me pongo demasiado gruesa, y sudo á mares en cuanto doy cuatro pasos.

—No es excesiva vuestra gordura, contestó Paulina con una amable sonrisa.

—¿Os parece que no, eh? Teneis razon, porque otras hay que para solo moverse, han de dar cuarenta resoplidos. Aquí donde me veis, todavía tengo la agilidad que á los veinte años. Lo que quisiera seria no engordar más.

—Así estais en buenas carnes. Y despues tan fresca y de tan buen semblante...

—¡Zalamera! ¡Qué peligroso varon seríais!

—¡Pluguiese á Dios que fuese hombre!

—Vamos, que no os debe pesar mucho ser mujer. Continuad vuestro paseo, que os haré compañía por un ratito. Una mujer enamorada no cambiaria su estado por todas las coronas de Europa.

—¿Y quién os ha dicho que me encuentro en ese caso?

—¿Quién? ¡Como si ese pecado, para sabido, necesitara llevarse al confesonario! Cuando nos encontramos en esos trances, hija mia, los ojos se vuelven lenguas pregoneras, los más ligeros ademanes son públicos carteles, y hasta la misma reserva es nuevo comprobante de nuestro estado.

—No quisiera, sin embargo, que os equivocáseis.

—Fácil seria. D. Eustaquio no me dejaria mal, si aquí estuviera.

Sonrojóse Paulina, dando con esto una muestra de asentimiento á lo que se la decia, y por algun rato siguieron caminando silenciosas, sin que interrumpiese aquel silencio

otro ruido que el de las hojas secas que iban hollando con sus pasos.

—Como os decia, prosiguió doña Bernarda al notar que Paulina no tenia traza de reanudar la conversacion, mal pudiérais intentar disimularlo. Harto se conoce vuestra aficion por aquel mancebo; y despues de todo, nada tiene de vituperable. Es bien plantado, de buen rostro, y si ninguna carrera seguia, para eso le ha deparado Dios últimamente el teniente gobernador, á cuya sombra crece como la espuma.

—Sí parece que mejora su condicion.

—Y tanto. D. Eustaquio todo lo puede con el Sr. D. Homobono. Nadie lo hubiera dicho de esa fiera; pero, hija mia, el mozalbete le ha cortado el ombligo. Así va él medrando que es una bendicion; y no habrá, por cierto, quien á mal se lo tome. El Sr. D. Homobono, segun dicen los que entienden de esas cosas, apenas sabe de leyes; y no hay más que verle aquella cara, para convencerse de que no debió tenerla Salomon. Si el chico le adiestra en el picadero y le saca de ahogos, justo es que tenga recompensa de su trabajo. Lleve el uno los honores y utilidades; pero por lo menos de las últimas participe el otro. Así llegará á hacerse todo un hombre.

—Sí, doña Bernarda, me parece que mucho promete Eustaquio.

—Lo que siempre he dicho. No hay como agarrarse á buenas aldabas, y quédese otra conducta para los tontos. Don Eustaquio hará una buena fortuna, y otro tanto os hallareis, amiguita. Pero eso sí, debeis irle á la mano en esto de derrocharla. Es muy gastador.

—¿Cómo podeis asegurar eso?

—Cuando yo os lo digo... No hace muchos dias que dió la libertad á una esclava... Juliana se llama, por cierto. ¿Y por qué diríais que se resolvió á hacer semejante acto de generosidad?

—Acaso algunos buenos servicios...

—No fueron malos... Pero mejor será callarlo, aunque es cosa que anda en lenguas, y no hay quien no lo sepa.

Semejante reticencia, por fuerza habia de picar más la curiosidad de Paulina, porque abria campo á las más alarmantes conjeturas respecto de una persona que tanto la interesaba. Por lo mismo, dijo á doña Bernarda con la mayor solicitud:

—Quisiera, doña Bernarda, que me dijérais eso que todos saben, y que yo absolutamente ignoro.

—Es que ni por asomo, hija mia, me gustan cosas que parezcan chismes. Ya me pesa haberlo indicado, y no quisiera, despues de todo, causar disgustos...

—Decídmelo, por vuestra vida; y si es cosa sobre que deba guardar secreto, tambien os prometo guardarlo religiosamente.

Cuando esto decia Paulina, los colores que sucesivamente iban cambiando en su rostro, y la notable alteracion que se presentaba en sus facciones, daban claro indicio de que eran muchas é importantes las desagradables imaginaciones que la asaltaban en aquel trance.

—No hay para qué os alarmeis de ese modo, prosiguió la Bernarda tocándola cariñosamente en un hombro. Es preciso, hija mia, que vayais aprendiendo á saber vivir, y sobre todo, á dirigir al hombre que va á asociar al vuestro su destino.

—Pero no os acabais de explicar claramente, repuso Paulina, ya con marcada agonía.

—Allá voy. ¡Qué ejecutivos son los amantes todos! Satisfaré vuestra curiosidad, no tanto para que os pongais al cabo de lo que pasa, cuanto para que en el caso pongais oportuno remedio. Todos los jóvenes, hija mia, en esto de inclinaciones mujeriles, poco más ó menos, son unos mismos. De todo nos han privado los buenos de los hombres; pero en pago, esta atraccion que tenemos... Mucho he pensado en ello, y formareis juicio...

Un movimiento de impaciencia de parte de Paulina, advirtió á doña Bernarda que causaban disgusto todos los rodeos de que se valia para referir los hechos que de ella se deseaban saber, y cortando por lo mismo las reflexiones en que iba á empeñarse sobre las ventajas seductoras del sexo á que pertenecia, continuó diciendo:

—Suelen los hombres, hija mia, ser un tanto caprichosos en materias de amor, y así, por más sinceramente enamorados que estén de una persona que tanto lo merezca como vos, no es extraño que, como de paso, halaguen la vanidad de otras hermosuras, aunque menos lo merezcan. Esas inclinaciones de rebote, pudiera decirse, son las que una mujer prudente ahoga en su cuna, con cierto tacto y delicadeza que el cielo, entre sus otros beneficios, tambien nos ha concedido á nosotras, y entonces no tienen consecuencia alguna. Quiere decir, que todo eso en un principio no vale nada; pero que, á dejársele tomar cuerpo, puede ser importante.

—Ya sé lo que quereis decirme. Eustaquio me es infiel. ¡Bien me lo decia el corazon, de algun tiempo á esta parte!

—No infiel, en toda la fuerza de la expresion. Pero hay en su vecindad una doncella llamada Úrsula, hija de unos honrados artesanos, á cuya personita no puede mirarse mucho sin peligro. El D. Eustaquio parece que se entretuvo... Niñerías, por supuesto. Ni relaciones formales ni cosa que se le parezca. Y solo porque la esclava medió alguna vez en semejantes puerilidades, y los dueños, dando á las cosas más importancia de la que tenian, quisieron maltratarla, cátate que remanece un dia dándola la libertad. Por eso os dije que habríais de irle á la mano para que no tire de ese modo el dinero.

—Mucho os agradezco, señora, lo que me habeis referido, dijo Paulina con una calma figurada, que dejaba ver muy á las claras, sin embargo, la tempestad que se agitaba en su pecho.

—Si os lo he dicho, prosiguió doña Bernarda, tambien llevé por objeto impedir que el hecho llegase á vuestra noticia, dándosele más importancia de la que en realidad tiene. Ahora seguid el consejo de quien cuenta más experiencia que vos en estas cosas. No son motivo para que de ninguna manera os proporcioneis un disgusto con D. Eustaquio; pero sí para que impidais que prosiga con su conducta, dando motivo á que la maledicencia, que de muy poco necesita, continúe suponiendo lo que no existe.

No contestó Paulina una palabra á semejante consejo; y continuando el paseo con doña Bernarda, hablaron de cosas que por insignificantes no merecen mencionarse, hasta que la última creyó oportuno despedirse. Hízolo, pues, tornando á la casa en que se encontraban D. Bartolo y su esposa, y salió muy satisfecha del resultado que habia de te-

ner el propósito que tan á su satisfaccion habia desempeñado.

De ordinario nos equivocamos en las resoluciones que solemos adoptar respecto de otros, porque no nos encontramos al cabo de su verdadera condicion. Determina esta en cada individuo una manera de proceder distinta y hasta contraria en iguales circunstancias; y es comun, sin embargo, que supongamos que un tercero ha de obrar en ellas como nosotros lo hariamos. Proviene de aquí que en el mundo las almas buenas hayan de llevarse continuados chascos, y tambien que las malas desacierten alguna vez. Doña Bernarda, pues, en el caso de Paulina, hubiera procurado desviar á D. Eustaquio de aquella inclinacion traidora, valiéndose para ello de cuantos recursos, así cómicos como trágicos, hubieran estado á su alcance, á fin de asegurar la posesion del esposo que, nunca como entonces, tanto prometia; mas Paulina, por el contrario, á la vez de considerar como la más grave de las ofensas aquella falta de fé á sus compromisos, de repente veia desvanecidas todas las ilusiones que en su pecho habia hecho nacer D. Eustaquio, y consideraba indigno de ella al mayor extremo procurar atraerle con ningun arbitrio. Juzgaba que la única medida acomodada á su situacion y conveniente á su dignidad era romper de una vez aquellos tratos, en que no mediaban la misma buena fé y consecuencia por entrambas partes; y asi proponia en su ánimo firmemente practicarlo, aun cuando los esfuerzos que para ello tuviera que emplear hubiesen de concluir con su vida.

CAPÍTULO XII.

En que se verá al armador y la marquesa.

Razon tenian las gentes para asegurar que D. Eustaquio prosperaba de una manera que no habia más que pedir. Habitaba ya en casa propia, tenia un quitrin para el uso diario, otro más rico para los dias solemnes, y por medio de aquellos carruajes salpicaba con el barro de las calles las caras descontentas del modo en que labraba su fortuna. No satisfecho aun con las entradas de su oficio, y teniendo á la mano el ejemplar de D. Bartolo, que tanto habia adelantado con lucrativos préstamos, dióse tambien á ellos con buenas garantías y con mejores intereses, y de este modo y en breve tiempo, ya echaba la pierna encima al mismo D. Matías su hermano.

Habíase afeitado una mañana como á las siete de ella, lo cual hacia siempre de propia mano, porque, segun decia, ninguna masculina habia de manosearle la cara; rizóse la

cabellera con el esmero que solia, redactó dos sentencias, una civil y otra criminal, para despues llevarlas á la censura del Sr. D. Homobono, y arrellanándose en un sillon, y colocando una silla á los piés para estar todavía más cómodo, entregóse á la sabrosa lectura de la *Gaceta del gobierno.*

Espaciándose estaba en un reglamento sobre la colocacion de sumideros en la capital, cuando le interrumpió en la lectura un mulato que le servia de ayuda de cámara, para anunciarle que deseaba hablarle un criado.

—¿De parte de quién? dijo con un gesto de impertinencia.

—De mi señora la marquesa de la Novedad, contestó el mulato con sumo respeto.

—Que pase adelante.

Y presentándose á poco despues en la estancia un negro de buen porte y de humilde traza, dijo que la señora marquesa suplicaba al Sr. D. Eustaquio, que en saliendo de casa, segun acostumbraba, tuviese la dignacion de pasarse por la de S. E., que al efecto en ella le esperaba.

—Dí á la señora que dentro de una hora estaré á sus órdenes, contestó D. Eustaquio.

Marchóse el negro despues de haberle hecho dos profundas reverencias, y á la hora indicada, se encontraba don Eustaquio, con efecto, en la casa de la marquesa, anunciando su llegada. Y no bien lo hizo, cuando dieron órden para que se le introdujese en la habitacion en que se encontraba entonces el ama de casa.

Era aquella habitacion un cuarto espacioso, magníficamente amueblado, con ricas colgaduras, algunos cuadros

de precio, y suelo de mármol blanco, en medio del cual se veia un floron de tanta riqueza como gusto. Estaba sentada la marquesa en un sofá de rejilla de caoba y á su lado, en una silla, aparecia tambien otro personaje, desconocido para D. Eustaquio. Pero antes de tratar de él, justo es que nos detengamos en la marquesa, porque amén de su elevada posicion, así lo reclama la cortesía que se debe á su privilegiado sexo. Parecia contar aquella señora poco más de cuarenta años. Era regular su estatura, delgada, de rostro pálido, cabello negro como las plumas del cuervo, y unos ojos tambien negros, grandes y rasgados, de suma vivacidad y brillo. Heredera de su título, lo habia trasladado á su esposo, con quien habia contraido matrimonio hacia algunos años, y el cual pertenecia á una familia que contaba tanta hidalguía como pobreza. Así es que aquel marido, no solo no habia llevado hacienda alguna al consorcio, sino que tampoco era muy á propósito para adelantar la que se habia puesto en sus manos, pues aparte de su ineptitud general para todo, de continuo andaba achacoso, ofreciendo así nuevos cuidados á su consorte. Habíase verificado aquel matrimonio á repetidas instancias del marqués difunto, particular amigo del padre de D. Estéban, que así se llamaba el esposo de la marquesa. No queria el marqués morir sin dejar establecida á su hija, quien siempre, por su parte, habia mostrado despego por el estado matrimonial, contra lo que regularmente acontece con las de su sexo; y bien convencidos estaban todos de que, si al fin habia sujetado su cuello al matrimonial yugo, debíase enteramente á las súplicas de su viejo padre, que las habia apurado con el rigor del poderoso que quiere llevar al cabo un de-

seo, y con la terquedad que la naturaleza va proporcionando al hombre con los años. Por lo demás, se conjeturaba que si el aspirante á la mano de la futura marquesa no era hombre á propósito para darla brillo, ni felicidad cumplida, tampoco podia suponerse que la hiciese desgraciada, porque era de condicion mansa y cariñosa, que no es poco, y aparte de lo irascible y asustadizo que se le encontraba siempre en puntos de honor, en todo lo demás podia muy bien traérsele del cabestro.

Á poder de éste vino, pues, la marquesa, como ya se ha dicho; pero no tan solo no se la encontraba satisfecha con su estado, sino que, segun muestras, era además desgraciada. Con una posicion ventajosa, y con un caudal crecido, apenas se presentaba en la sociedad á ostentar aquellos dones de la fortuna, para excitar la envidia de los demás, segun costumbre. Vivia, pues, en el mayor recogimiento, consagrada al manejo de sus intereses y al cuidado de su marido, cuyas continuadas enfermedades daban no poco en qué entender; y en su semblante serio y melancólico, apenas aparecia de vez en cuando alguna ligera sonrisa, como rayo fugitivo de sol, no bastante á disipar una constante niebla. Siempre denunciaban sus ojos que en sus horas de soledad, que eran muchas, habian vertido amargas lágrimas que procuraba ocultar. No por eso se mostraba descontenta de su esposo, ni desesperada de su situacion: alguna pena trabajaba en su interior profundamente; pero cuál fuese esta, era lo que nadie habia alcanzado.

Al verla en aquel estado constante de tristeza y disgusto, su esposo, que en mucho la estimaba, dábala sentidas quejas, atribuyendo la causa de todo á su estado, que no la

permitia proporcionarse los goces que de otro modo hubiera disfrutado; pero ella entonces, con las más afectuosas demostraciones, trataba de alejar de su mente aquella idea desconsoladora, haciendo marcado esfuerzo por disimular la oculta pesadumbre que la abrumaba. Mas á despecho de todos sus propósitos para conseguirlo, aquel hondo pesar, como el mitológico buitre de Prometeo, la devoraba las entrañas. De dia en dia iban decayendo sus fuerzas y alterándose más y más sus delicadas facciones, y sin ningun mal físico que pudiera reclamar en su ayuda la medicina, se asemejaba al tísico, consumido por una fiebre cotidiana. No sirven para remediarlo todo el poderío y las riquezas, y aun suele á veces suceder que consigo traigan infortunios que, á pesar de serlo, desdeñan presentarse en la morada del pobre.

Volviendo ahora al hombre que estaba sentado al lado de la marquesa, sin duda pasaba de los cincuenta años, y era de baja estatura y regordete. La cara parecia un pimiento, con su mismo encarnado, sus prominencias y su bruñido; la barba entrecana y borrascosa, y los ojos negros, pequeños y ásperos, que tiraban á los del cerdo. Llevaba un frac negro deslustrado, corbata blanca y un chaleco corto de seda, que hacia grandes esfuerzos por subírsele de la barriga al pecho.

Despues de los primeros cumplidos, hizo la marquesa que D. Eustaquio se sentara á su otro costado, con lo que vino á quedar á frente del desconocido, y de seguida díjole:

—Me perdonareis, D. Eustaquio, la molestia que os he causado.

—Nada de eso, señora; podeis contar con que de cual-

quier modo y á toda hora, estoy siempre dispuesto á complaceros, repuso D. Eustaquio haciéndola una graciosa cortesía.

—Mil gracias, añadió la marquesa con una amable sonrisa. Me he tomado la libertad de mandaros llamar, porque queria recomendaros muy eficazmente á un antiguo amigo de la casa, que es D. Julian Tortosa, aquí presente.

Tortosa saludó, y para hacer mejor efecto, se arregló con las dos manos el chaleco, que ya habia emprendido su acostumbrada fuga.

—Hubiera yo hablado al mismo teniente gobernador sobre el asunto de este amigo, continuó la marquesa; pero he considerado que nadie como vos podrá contribuir á que sea servido.

—Señora, dijo D. Eustaquio con aire resuelto, yo muy poco puedo con su señoría... Mi destino á su lado es muy subalterno, y el cariño que me dispensa no llega á tanto...

—Dejad á un lado la modestia, repuso la marquesa, que al cabo estamos de lo mucho que valeis. Tengo amistad bastante con vuestro hermano D. Matías, á quien algunas veces he solido ocupar, y me cabe la satisfaccion de que siempre me haya servido. Lo mismo espero de vos.

—No dudeis, señora, de mi deseo de hacerlo; pero no es la mejor intencion lo que baste para conseguirlo. No me es posible.

—Pues nada, es preciso que sea. D. Julian es el que me proporciona hace mucho tiempo los brazos que necesita mi Ingenío, y en honor suyo debo decir que nunca me ha desollado como hacen otros. Por lo tanto me es forzoso servirle, y sabed que es un hombre tan rico como influyente y

agradecido, cuya amistad no os vendrá mal. Es preciso, amigo mio, que los hombres se valgan unos á otros en cuanto puedan.

Á semejantes insinuaciones, cambió D. Eustaquio enteramente de aspecto. Habia estimado en un principio que se trataba de buscar su apoyo en pro de algun mísero, lo cual hubiera sido para él una recomendacion absurda; porque, segun decia, la infelicidad no solamente no prometia nunca nada digno de atencion, sino que hasta por contagiosa debia mantenerse siempre á larga distancia. Así, en un principio, habíale parecido tan espantosa como estúpida la cara del recomendado; mas luego que se puso al cabo de la especie de hombre que era, comenzóle á encontrar aquel *no sé qué* que dicen las gentes, y que viene á ser la expresion de buenas dotes morales en el individuo á que se refiere. Por lo mismo, y desde entonces, presentóle por su parte un aspecto benévolo y oficioso á lo sumo. En consecuencia, dijo:

—Basta, señora mia, el empeño que manifestais, para que haga yo cuanto sea posible en el asunto á que os referís. Por otra parte, las buenas prendas que, segun decís, adornan al Sr. D. Julian, le dan derecho para exigir de mí cuanto estime oportuno.

—Gracias, buen amigo, dijo D. Julian.

—Nadie como yo, Sr. D. Julian, rinde tributo al mérito, donde quiera que lo encuentre.

—Pues en tal caso, dijo la marquesa, os entendereis los dos francamente.

—Eso es, dijo D. Eustaquio, mi Sr. D. Julian puede explicarse sin empacho.

—Pues amigo mio, dijo Tortosa, yo soy un hombre á la

pata la llana, y por lo mismo me esplicaré sin circunloquios, como acostumbro. Estoy ocupado hace largos años en la trata de África, con lo que me ha ido muy bien, y sobre esto tengo amor al oficio á que debo mi fortuna, que es más que regular. Cuando era permitido el tráfico lo hice sin obstáculos, y despues he continuado haciéndolo dia por dia, allanando estorbos segun se van presentando, porque, como dicen, el que hace la ley hace la trampa.

—Obrais muy bien, Sr. D. Julian, dijo D. Eustaquio. Contribuid á invalidar ese tratado, con que la pérfida Albion quiso sumirnos en la miseria. Para la agricultura, es tan indispensable el negro como el buey; y mientras no se convenzan de ello en Europa, poco adelantarán en el ramo. Por eso digo que obrais con mucho acierto, contribuyendo al adelanto del país con esa benéfica inmigracion africana.

—Yo no me paro en tales retóricas, pues aprovecho mejor mi tiempo. Lo que sé, amigo mio, es que me pagan bien los negros que hago traer, y eso es lo que me importa. En el asunto, sin embargo, unas veces más y otras menos, se presentan tropiezos que es preciso salvar, y por ello precisamente deseaba hablaros.

—Decid, pues.

—D. Saturnino Lamprea es un hombre á quien debo muchos servicios en mi profesion. Allá en Cabañas, me ayudó muchas veces á ocultar algunas partidas de bozales, con una fidelidad á toda prueba, hasta que pude salvar los tropiezos que se me presentaban. Buenos reales valieron á D. Saturnino aquellos servicios; pero no ha podido nunca levantar cabeza, porque tiene una numerosa familia que le devora. No hay plaga peor que la familia, D. Eustaquio; y por eso

me he guardado bien de tenerla nunca. Pues D. Saturnino hubo de salir de Cabañas, porque dieron allí en decir que, á más de los negros, receptaba algunos criminales; y aunque le pude salvar de las dos calumnias, fuéle forzoso venirse al Cerro, donde vive honradamente en una Estancia que ha arrendado, y cuyo arriendo, por cierto, tengo yo que pagarle muchas veces.

—¡Desgraciado!

—Y tan desgraciado como agradecido. En esa Estancia, pues, algunas veces igualmente me ha prestado sus servicios, economizándome mis maravedises, que de otro modo hubiera tenido que gastar; porque, amigo mio, ya se va haciendo un bautizo esto de entrar negros. Todos quieren coger, y no poco, con las malditas trabas de la introduccion; y como hay que andar con el talego abierto, por mejor precio que tenga el artículo, mucho va costando á los pobres armadores, despues de haber hecho todo el trabajo.

—¡Es una iniquidad!

—Que no tiene igual. Expone uno su dinero, da mil pasos para salir del puerto, y para adquirir la mercancía, y para traerla, y para ocultarla, y para colocarla, y vienen despues de todo mil aspirantes con su cara de vaqueta á participar del sudor de un hombre honrado, solo por hacer la vista gorda, ó por prestar un auxilio insignificante. Ya esto va siendo no vivir.

—Y decíais que D. Saturnino...

—D. Saturnino me ha seguido sirviendo en el Cerro como en Cabañas. Parece que tambien, como allí, hubo de dar albergue á un caminante que dicen ha resultado ser ladron, y el ladron no se ha cogido, y D. Saturnino se encuentra

en la cárcel. Considerad que es un hombre tímido y pacífico que vive en el campo, y que con razon teme á los salteadores. Le piden por favor que le dejen pasar uná noche en su casa, y ¿qué diablos ha de hacer? Si se los niega, se ve expuesto á que le hagan terrible daño, porque el escarmiento de aquellos malvados no es cosa muy corriente por cierto.

—¿Y estará en el mayor abandono toda la familia del desgraciado?

—Toda la tengo acuestas, señor mio. ¿Cómo he de abandonar á un hombre que tanto me ha servido, y de quien todavía necesito? Pero lo qúe más me escuece de todo, es el motivo verdadero de la persecucion que se le hace.

—Algun busilis habrá en ello.

—Sí que lo hay. Un D. Bartolo el Estanciero, como le llaman, tiene fincas próximas á la que conserva arrendada D. Saturnino. El tal D. Bartolo es el mayor bribon de que tengais idea. Hace muchos años que puse en depósito unos negros en su poder, y; amigo de mi alma, me robó tres de ellos, con un descaro que no pudiérais concebir. Diómeles por muertos, que tal le vea yo á él, y con esto descompadramos, como era consiguiente. Pues no contento con haberme despojado así del fruto de mi trabajo, me tiene mala voluntad, y tambien á D. Saturnino, porque de él me sigo valiendo en mi ejercicio.

—No lo extraño, Sr. D. Julian. Están los hombres muy distantes todavía de tener idea exacta de lo justo y de lo injusto.

—Allá se las haya, con tal que me dejen en paz. Todo lo puede D. Bartolo con el pedáneo del lugar...

—Bien le conozco.

—Pues ya calculareis lo que de él puede esperarse. Él es el verdugo de D. Saturnino. Pero, eso sí; dejaria de llamarme Júlian, si no consigo arrancarle la máscara para que le quiten el destino. ¡Inhumano! Hay hombres, buen amigo, que no aciertan á cumplir con lo que deben al prójimo, ni tienen la nocion más ligera de la caridad. No sé cómo pueden vivir.

Al decir esto el armador, mostraba tan profunda conviccion y empleaba fervor tal, que se le encendió aun más el rostro, que no parecia sino que toda la sangre iba á salírsele por los poros de él. Estimaba el buen hombre la caridad como relativa, y no como absoluta, sin que sea raro que así se entiendan los deberes y las virtudes entre la pobre humanidad.

Mas sin detenerse tampoco D. Eustaquio en réflexiones semejantes, díjole:

—Señor Tortosa, mientras más os oigo, mayor motivo tengo para admirar la rigidez de vuestros principios y la bondad de vuestro corazon. Prendas son estas de mayor valimiento para mí de lo que pudiérais figuraros, y á salvo saldrá la víctima que me recomendais, ó mal han de andarme las manos.

—Contad con mi agradecimiento. Bastante conozco el mundo para saber cuál es la mejor recompensa de los servicios. Perdonadme si me explico tan claramente, pero ya os advertí que en mí todo es franqueza.

—Lo que principalmente quiero es que me concedais vuestra amistad.

—Podeis disponer de ella.

—Cada hombre en su profesion debe proteger á sus semejantes, por aquello de hoy por tí, y mañana por mí. Tambien tengo mis puntas de comerciante, y creo que debo hacer algo por la agricultura del país.

—Pues cuando gusteis, puede combinarse...

—Ya tendremos ocasion de vernos.

En diciendo esto pusiéronse en pié, saludó D. Eustaquio con la mayor atencion á la marquesa, que ni siquiera la habia prestado á su diálogo con D. Julian, quedando absorta en sus melancólicas y continuadas reflexiones, y acompañó el armador á su nuevo amigo hasta la puerta, dándole otro estiron al chaleco, y haciéndose allí los dos cuatro profundas reverencias.

CAPÍTULO XIII.

Lo que concertaron Teodosia y Úrsula.

Raro es en la isla de Cuba el adulterio, que tanta boga va teniendo en las ciudades populosas que aspiran al mayor grado de ilustracion; pero por desgracia, no puede decirse lo mismo del contubernio.

La cubana que jura fidelidad á su esposo al pié de los altares, ordinariamente cumple aquel juramento; es buena esposa y mejor madre de familia, y si de algo puede tachársela, es de un excesivo amor á aquella misma familia, que á veces la impele á sacrificar el porvenir de sus hijos, á trueque de no verles desamparar el regazo materno. Todavía, loado sea Dios, no se tiene á gala allí escarnecer el matrimonio, presentándolo al público como una institucion cuya ridiculez no puede ocultarse á los despreocupados. Las costumbres no han sancionado todavía semejante principio; las mismas costumbres en el trato y en la manera

de vivir, no hacen posible aquel adulterio sin que se ponga de manifiesto al público, y como ese público lo murmura y lo reprueba altamente, la esposa excusa el anatema que sobre ella lanzaria, y el esposo evita el menosprecio, que tambien es consecuencia de aquel torcido paso.

Viviendo cada familia en una sola casa, no es posible que nadie la frecuente ocultamente; y saliendo siempre la cubana en carruaje con más ó menos compañía, tampoco es dable que sus acciones todas dejen de tener siempre testigos de vista. Creo haber notado Jovellanos, que era menos frecuente el adulterio en los tiempos en que hacia compañía constante á la mujer la severidad de las dueñas; y en Cuba, más que dueñas son los ojos del público, que todo pueden traslucirlo, y que no perdona la falta. Así, la adúltera ha de resolverse á serlo arrostrando á las claras con la opinion general, que es obstáculo que no se salva con suma llaneza.

No sucede lo mismo con el contubernio, cuya suerte ha sido tan varia en todas las instituciones y en todas las épocas de la Europa antigua y moderna; con ese contubernio, ora admitido con sujecion á reglas y principios, ora perseguido con más ó menos rigor, ora disimulado en fuerza de las costumbres, harto poderosas para hacer abierta resistencia á la prevencion legal y al precepto religioso. No hay en Cuba esas crecidas masas de obreros, cuya manera peculiar de existencia tanto favorece el concubinato en las grandes poblaciones industriales; pero otro motivo no menos poderoso media para que á lo sumo se extiendan aquellos ilícitos consorcios. Ese motivo es la diversidad de razas que pueblan la feraz Antilla.

En la raza negra esclava no hay para qué se busque moral

ninguna en la materia de que tratamos, porque la impiden el embrutecimiento y las trabas que consigo lleva la institucion de la misma esclavitud; y por lo que hace á la libre, poco menos sumida en la degradacion, tampoco hay gran cosecha de virtudes que recoger en el mismo género. El cruzamiento de las razas negra y blanca, va proporcionando la mulata, de matiz distinto, segun en ella supera una de esas dos razas; y la posicion de la mulata es difícil para establecerse en matrimonio de una manera que llene sus aspiraciones, por lo regular dirigidas á conquistar ella ó conquistar para sus hijos un puesto entre la raza blanca; entre esa raza que viene á ser la aristocracia de la negra, y la china, y la mulata, y la asiática, y de la india, que por do quiera aparecen en aquel rincon de la tierra, que ha sabido procurarse marcada importancia en el mundo.

Razones de buena política no permiten autorizar entre las razas blanca y negra un matrimonio que las pondria á un nivel, quitando el prestigio que á toda costa debe conservarse en la primera; y tambien la opinion pública alzaria un grito de indignacion y menosprecio contra el que intentase dar una muestra peligrosa de despreocupacion en este punto. Lo mismo acontece respecto de la mulata notoriamente conocida por tal, menguando la repugnancia segun se va alejando de la africana fuente ó purificando su sangre con el cruzamiento de la blanca. Mientras no lo ha conseguido, fuerza es empeñarse, á la mulata del sexo débil, en consorcio ilícito con la raza aristocrática, y es así muy comun cierta especie de matrimonio morganático sin sacramento, ó más bien de la mancebía reglamentada en Roma, y heredada en España, con aquella legislacion y principios en que descan-

saba. No es extraño tampoco que en esas mismas uniones obren las propias causas para proporcionar la fidelidad que regularmente se guarda en los matrimonios legítimos, ni tampoco que las familias se constituyan bajo un pié de estabilidad regularizado, observándose en ellas buenas y pacíficas costumbres.

Con semejantes explicaciones, serán menos extraños los sucesos á que daba lugar aquella Teodosia, prima de la Lorenza, que segun habia dicho esta á doña Bernarda, era la única que frecuentaba su tienda, como quien más que nadie merecia su confianza respecto de Úrsula.

Efectivamente, eran primas Teodosia y Lorenza; bien que la segunda fuese *cuarterona*, ó sea hija de mulata y blanco, y la otra *china*, porque su padre, mulato tambien, sin poder cruzar su raza con la blanca, la habia hecho retroceder mezclándola con la negra. Tan notable desproporcion en el estado de las dos primas habia impedido que hubiesen estrechado las relaciones que de otro modo habria exigido el parentesco, y así es que cada una de ellas habia seguido sus destinos, no tan solo sin cuidarse de aquellas relaciones, pero aun tambien con un recíproco desvío. Porque si á la Lorenza no la venia bien hacer ostentacion de aquel parentesco, mediante sus aspiraciones á ser considerada como de la clase blanca, Teodosia, ofendida de su orgullo y burlándose de su inútil presuncion, tambien excusaba tener con ella ningun roce. De poco tiempo al en que nos referimos, sin embargo, Teodosia habia depuesto aquel encono que antes ostentaba en toda ocasion, habíase granjeado la amistad de Lorenza con mil obsequiosas atenciones, y aunque de continuo estaba en su casa, muy en cuidado se tenia poner de

manifiesto ni hacer la más pequeña alusion á la existencia del parentesco, con que pudiera la Lorenza considerarse humillada. Con quien, sobre todo, gastaba las más esquisitas atenciones era con Úrsula, felicitando siempre á su madre, porque la hubiese concedido el cielo una prenda que á las gracias de lo físico reuniese las mejores condiciones de lo moral.

Cuando Teodosia estaba con Úrsula delante de la Lorenza ó algun otro miembro de su familia, apuraba todas las máximas de virtud y recogimiento que habia podido atrapar en los sermones de cuaresma á que de continuo asistia; y como habia oido á su prima su intencion de que Úrsula no contrajese compromisos de ninguna especie con hombre alguno, por más ventaja que ofrecieran, hacia, sobre todo, hincapié en la falacia del sexo fuerte, presentándolo, sin excepcion, como el natural enemigo de la mujer, siempre dispuesto á causar su desgracia. Concluia de aquí, que lo mejor era no detenerse siquiera á mirar ninguno de esos rostros pérfidos, y menos todavía á escuchar almibaradas frases, tanto más ponzoñosas cuanto con mayor dulzura se presentaban. Y aconsejábala, por lo tanto, que manteniéndose siempre en alarma con su corazon, lo entregase á su madre para que ella lo dirigiese enteramente, de una manera acertada y provechosa.

Cosa muy distinta era Teodosia, sin embargo, cuando se encontraba á solas con Úrsula, y harto bien dejaba entonces conocer la pérfida que del todo estaba vendida al oro que la daba D. Eustaquio. Decíala:

—Más amor te tengo de madre que de tia, y por lo mismo, como madre he de hablarte cuando pueda hacerlo sin chocar con las extravagancias de Lorenza. Lo primero que

debemos hacer, hija mia, es acomodarse cada cual á su estado. No puede ocultársete el ridículo papel que hace mi prima cuando ha pretendido salirse del suyo. Harto bien saben todos lo que es, menos ella, que por resultado ha sacado engañarse á sí sola. Desde que comenzó á tener uso de razon, la dió por figurar como blanca; y nunca puede pretenderlo menos que ahora, porque la vejez, que la ha venido de golpe, pone más de manifiesto lo que es realmente, y despues de la peluca que para más disfrazarlo se ha puesto en estos últimos dias, la cara que la hace lo va diciendo á voces. No me explicaré así delante de extraños; pero entre la familia, puede hablarse en plata.

Á esto no dió Úrsula otra contestacion que una melancólica sonrisa. Con ella dejaba conocer que, sin escapársela el ridículo de que se cubria Lorenza, á la vez sentia la posicion en que á ella y su madre las hubiese colocado la fortuna. Continuó Teodosia diciendo:

—Tú, hija mia, no has de reducirte á contraer matrimonio con un *pardo libre*, porque todos aspiramos á ganar y no á perder. Tampoco tienes capitales para tentar á esos que no pudiendo adelantar por otra via que la del matrimonio, por todo pasarian, mucho más contigo, que te falta ya tan poco para poder figurar en la clase blanca. Tienes que seguir, pues, el ejemplo de tu madre, pero haciendo mejor eleccion que la que ella hizo de tu padre. Tu posicion es muy distinta de la que Lorenza tenia á tu edad.

Á esto nada contestó Úrsula, demostrando así su convencimiento sobre un particular que en un principio Juliana, y despues Teodosia, habian mil veces inculcado en su tierno corazon. Y mucho menos pudo hacer objecion alguna,

cuando halagando la pasion de que estaba poseida, continuó diciéndola su infernal tentadora:

—Nadie en el mundo, hija mia, puede convenirte mejor que D. Eustaquio. Jóven, de regular parecer, y cada dia más adinerado, ¿qué otra cosa pudieras apetecer? Me consta que está por tí rendido á lo sumo. Debes pagar, pues, su amor con todo género de sacrificios; ¿y quién sabe si andando los tiempos, y viniendo con ellos la prole, á la hora menos pensada le toca Dios el corazon, y te eleva á donde nunca pudiste llegar?

Insinuadas estas ideas un dia tras otro en el corazon de Úrsula, al fin habian quedado grabadas en él de una manera indeleble. Su natural era bueno, su alma sensible, su sencillez mucha y su timidez extremada. Veia así tan llano el camino que se la proponia seguir, cuanto que en su misma casa encontraba el ejemplo unido á la doctrina con satisfactorio resultado, y ya deseaba vivamente que acabase de ofrecérsela la ventura por el único camino que la era concedido alcanzarla.

Así las cosas, un dia de aquellos en que Teodosia podia hablar con Úrsula á sus anchuras, la dijo:

—Hija mia, al presente más que nunca está D. Eustaquio rematado por tí, y temo que al pobre mozo acabe de volvérsele el juicio, maquinando el modo de proporcionarte la felicidad.

—¡Cuánto se lo agradezco! contestó Úrsula humedeciéndola los ojos el amor y el agradecimiento.

—Pero por más que discurrimos, solo hemos podido sacar por consecuencia, en largo tiempo, que es preciso echar á cabo ese negocio. ¿No crees lo mismo?

La tímida Úrsula, por toda contestacion fijó los ojos en el suelo:

—Estás de entero acuerdo con nosotros, y eso es lo que todos debemos apetecer. Pues discurriendo por aquí y por allí, al fin nos hemos fijado en un plan, que todo lo combina.

Al oir Úrsula semejante anuncio, levantó los ojos del suelo, y con la mayor ansiedad los fijó en Teodosia.

—Ya es cosa resuelta, prosiguió diciendo aquella, que no es posible que D. Eustaquio celebre contigo el matrimonio que desea. Pues sacarte de aquí para estar unidos hasta la muerte, ofrece el inconveniente de esa mal fundada ojeriza que tu madre tiene á D. Eustaquio, pues el pobre D. Alejo es un santo varon que en nada se mete. Si tu madre no se opusiera á tu felicidad, como dice el mismo D. Eustaquio, todo iria bien, y nadie tendria para qué meterse en los tratos de Vds.; mas si te marcharas de aquí, de seguro que Lorenza armaria un escándalo, y los resultados no podrian ser buenos. D. Eustaquio, que sabe muy bien las leyes, dice que esas cosas se toleran, pero que no se permiten cuando causan reclamaciones y escándalos, como los que tu madre daria.

—¿Y entonces es preciso renunciar á nuestro amor? dijo Úrsula llena de amargura.

—Nada de renunciarlo. No es el aspirante hombre que se ahoga en poca agua. Á vista de esos obstáculos es cuando ha discurrido el modo de allanarlo todo perfectamente. ¡Á que no caes en él!

—¿Qué entiendo yo de esas cosas, Teodosia?

—Pues él sí entiende. Supon tú que un amigo de D. Eus-

taquio, porque á los hombres de valimiento nunca les faltan, hace el trampantojo de casarse contigo; lo consigue de grado ó por fuerza; no vuelve á parecer, despues de concluida la ceremonia, y pudiendo ya disponer de tí...

—No prosigais, Teodosia, dijo Úrsula temblando de horror, como la hoja que agita el viento.

—¿Qué es lo que te pasa?

—¡Callad, por Dios! ¿Cómo os ha podido ocurrir semejante infamia? ¡Guardaos de volvérmelo á indicar siquiera!

—Pero... es que... repuso Teodosia balbuciente y sin saber qué decir, porque no esperaba tan agria reconvencion.

—¡Ir yo á contraer matrimonio con un extraño!... Y solamente para violar de seguida el mismo juramento empeñado... ¡Dios mio!

Y en diciéndolo, soltó las riendas á un sentido llanto, bastante para conmover todo pecho que no fuera de insensible mármol.

El de Teodosia quedó conmovido efectivamente por un momento, y fué su primer impulso atraerla á sí y enjugar sus lágrimas, pidiéndola perdon por la ofensa que se las hacia derramar; pero los criminales saben ahogar bien pronto los suspiros que lanza su conciencia moribunda. Comprendió Teodosia, por la actitud de la doncella, que su resolucion habia de ser roca inexpugnable, en que se estrellarian sin fruto todos sus esfuerzos por el camino adoptado; y por lo mismo la ocurrió de repente otro arbitrio, hijo legítimo del mismo Satanás que la inspiraba..

—No nos hemos entendido, hija mia, dijo á Úrsula haciéndola en el rostro blandas caricias. Sin duda no nos hemos entendido.

—Sí, Teodosia, debo estar equivocada. ¿No es verdad que no me habeis propuesto lo que yo he creido? añadió enjugando sus lágrimas con su pañuelo.

—¿Cómo has podido creer, Úrsula?... ¿No tienes ilimitada confianza en D. Eustaquio y en mí?

—Sí la tengo... enteramente... contestó Úrsula reclinando su cabeza en aquel pecho, de interior más negro que su exterior todavía.

—Pues bien; ese casamiento no será real, hija mia, vendrá á ser lo que llaman un casamiento por poder. Habrás oido hablar de eso... ¿Tú no sabes lo que es casarse por poder?

—He oido algo de ello; pero no sabia lo que significaba.

—Pues supon tú que D. Eustaquio no se resuelve de presente á celebrar un público casamiento contigo, por no malquistarse con su hermano... Es preciso que no olvides tu condicion.

—Sí, es verdad.

—Pues otorga poder á ese amigo, que no tiene hermano ni quien le haga oposicion alguna. El amigo da los pasos, celebra el casamiento como si él mismo lo hiciera, la esposa corresponde á su esposo el del poder; y cuando D. Eustaquio pueda publicar el matrimonio, para eso está el poder, que se coloca en una escribanía. ¡Bobalicona! ¡Qué atrasada estás en estas materias!

—¡Qué he de saber yo!

—Pues yo algo sabia, y he acabado de imponerme perfectamente con D. Eustaquio, que segun te consta, tiene todas las leyes en la uña. Ya ves que hace más todavía de lo que pudiéramos esperar, pues se verifica el casamiento nada

menos que en toda regla y como Dios manda. No tendrás de qué quejarte.

—No, Teodosia, estoy satisfecha.

Pero al decirlo, continuaba Úrsula derramando copiosas lágrimas.

—¿Por qué te afliges ahora? dijo Teodosia con algun mal humor.

—Por nada, contestó Úrsula tratando de contener las muestras de aquella afliccion involuntaria. Estoy contenta; ¡oh, sí! lo estoy; pero no sé por qué, sin quererlo, las lágrimas... Yo soy así.

—Vaya, dejémonos de niñerías. Ya estás en el plan, y ahora lo que se hace preciso es que ayudes á llevarlo á efecto. Como el apoderado ha de presentarse en clase de aspirante á tu mano, es preciso que en todo caso sostengas que es tu voluntad casarte con él. ¿Tendrás resolucion bastante para ello?

—Sí que la tendré. Nunca menos que ahora puedo renunciar á D. Eustaquio. Pues no faltaba más, cuando así se resuelve á darme las mayores muestras de su cariño.

En este punto de la conversacion se encontraban, cuando de improviso entró Lorenza, y reparando en el rostro de su hija las señales de la pena que la habia acongojado, dijo:

—¿Qué es lo que pasa á esta muchacha?

—Son, dijo Teodosia apresurándose á contestar, las últimas lágrimas que derrama por su aficion á D. Eustaquio. Ahora sí respondo de que ese negocio queda del todo concluido. Está dispuesta Úrsula á casarse con otro cualquiera que no sea él. Ya la he convencido de ello. ¿No es verdad, hija mia?

A esta pregunta contestó Úrsula haciendo con la cabeza una señal de asentimiento, y llenándola Lorenza de mil caricias, dijola:

—Esa buena resolucion que has adoptado, hija mia, vuelve la vida á tu madre. No esperaba yo menos de tí. Tiempo llegará en que puedas contraer un matrimonio que te haga feliz.

Y acortando entonces Teodosia más razonamientos, despidiose y echó á andar para la tienda. En llegando á ella, dijo contoneándose:

—Adios, D. Alejo; siempre en el yunque...

—Como ha de ser, prenda, contestó D. Alejo. Siempre tan gachona y...

El resto del galanteo quedósele atravesado en la garganta, porque divisó la estampa de Lorenza, que venia á tomar en el mostrador su puesto acostumbrado.

CAPÍTULO XIV.

En que se abre nuevo porvenir á D. Eustaquio.

Las nueve de la mañana serian del dia siguiente al en que tuvo D. Eustaquio la entrevista con el armador, cuando entraba el primero en el despacho del Sr. D. Homobono. Convencido como estaba de que para medrar en el mundo no hay como apurar la lisonja con el superior, salvo desquitarse con el que vale menos que el mismo adulador, don Eustaquio no perdonaba ocasion de dar á su señoría las mayores muestras de la simpatía respetuosa que le profesaba, segun él decia. Encontrábase así el Sr. D. Homobono más halagado de lo que lo fué nunca ninguna doncella por su amante en vísperas del matrimonio. Servíale para todo cuanto pudiera necesitar con la mayor resolucion, y las más de las veces se adelantaba á adivinarle los pensamientos para proporcionarle agradable sorpresa. Habia advertido, por ejemplo, que en aquellos dias su señoría sufria con los

callos de una manera que no le dejaban un punto de sosiego. Cargó, en consecuencia, con unos zapatos ya arrinconados, sin que su señoría lo advirtiese, y marcándose en ellos los lugares que ocupaban aquellos enemigos de su reposo, en el dia á que nos referimos, se presentó con dos pares nuevos, en que estaban salvados los inconvenientes que los otros presentaban.

Al probárselos D. Homobono, quedó sumamente complacido de ver lo holgados que sus callos estaban en el calzado nuevo. Agradeciólo en el alma, por cuanto habia de evitarse continuadas mortificaciones, y no pudo dejar de admirar el tino con que D. Eustaquio habia estudiado el asunto para proporcionarle resultado tan favorable, y la destreza artística del *périto*, como decia, que tan de lleno hubiese secundado sus miras. Á veces, semejantes atenciones, que parecen insignificantes, suelen ganar mejor los corazones que otras más ostentosas, y esta observacion no se habia ocultado al despierto mancebo.

Aprovechando, pues, ocasion tan propicia, dijo D. Eustaquio:

—Ha de venirnos, Sr. D. Homobono, una sumaria que se ha formado últimamente á un D. Saturnino Lamprea, por receptador de ladrones.

—Pues será preciso hacer un escarmiento con él, porque...

—Sí, señor, es preciso contener esa inclinacion á tomar lo ageno, que ya raya en demasía. Pero es el caso, que conozco personalmente á Lamprea; me consta que es un honrado padre de familia, y se pretende hacerle víctima de una calumnia.

—¡Harto estoy de ver esas picardías!

—Parece que no se lleva bien con el pedáneo del Cerro...

—Pues.

—Y le ha formado una diabólica sumaria.

—Pues nada, D. Eustaquio, ya sabeis cuál es el rigor de mi consigna. Es preciso aclarar eso, y caiga el que caiga.

—Luego que se ratifiquen las declaraciones y se amplíen y se oigan otros testigos imparciales, aparecerá la verdad en todo su esplendor.

—Á bien que vos habeis de entender en eso. Por nada del mundo permitiria que se tocase á un inocente en el pelo de la ropa. Fusílese al que falta á sus deberes; pero el que cumple con ellos, lleve limpia su hoja de servicio. Ese es y ha sido siempre mi sistema.

—De ello, señor, está convencido el mundo todo.

Ocupáronse en otros negocios oficiales, que no es del caso referir aquí, y luego que hubieron concluido, saltó don Eustaquio y dijo:

—Ayer, Sr. D. Homobono, he tenido el gusto de leer con mucho cuidado el *Reglamento sobre los sumideros*. Creo que alguna parte ha tenido en él usía.

—He sido yo quien le dió la última mano.

—Ya lo conocí, contestó D. Eustaquio.

Y para obsequiar las manos, como antes habia obsequiado los piés, añadió:

—El público todo bendice las manos que le han proporcionado semejante beneficio.

—¿Conque les parece bueno?

—Todos los periódicos de hoy lo celebran á porfía. Los

periódicos revelan siempre los verdaderos sentimientos de los pueblos.

—Pero más que todo, conviene á los gobiernos oir en privado á hombres entendidos y sinceros que les abran el camino del acierto. Por lo uno y lo otro os tengo.

—Entendido no seré, Sr. D. Homobono; pero en cuanto á lo sincero, ninguno me lleva la palma.

—Puede que no os pese esa conducta.

—Á ninguna recompensa aspiro. Serviré en lo que pueda á mi país, y sobre todo cuando, como en el caso á que nos referimos, se trata de los intereses materiales, que son los que convienen.

Anuncióse en esto al jefe de policía, y D. Eustaquio, á semejante anuncio, intentó retirarse; pero el Sr. D. Homobono, que estaba decidido en aquellos momentos á manifestarle su cariño y á darle muestras de su proteccion, díjole que se quedase, á lo cual obedeció con todo el placer que solia hacerlo.

Luego que el jefe y el teniente gobernador hablaron de cosas indiferentes, díjole el segundo al primero:

—Amigo D. Serapio, tengo que haceros una recomendacion.

—Ya sabeis que podeis disponer de mí.

—Pues aquí teneis un jóven, continuó D. Homobono señalando para D. Eustaquio, que hablándoos con franqueza, es verdaderamente una alhaja. Respondo de su inteligencia y buen comportamiento, y como sé lo mucho que valeis, espero que le proporcionareis algo que merezca la pena.

Al oir esto púsose en pié D. Eustaquio, é hizo una corte-

sía, que por devota y contrita, más parecia de cofrade á patron de su hermandad, que otra cosa ninguna...

Contestóle el jefe con otra cortesía muy ligera, y midióle despues con la vista de los piés á la cabeza; hecho lo cual, preguntóle:

—¿Y á qué os habeis dedicado?

Antes que contestara D. Eustaquio, hízolo por su cuenta el Sr. D. Homobono, diciéndole:

—Se ha dedicado á varios estudios... á lo menos lo deduzco por los resultados que he obtenido en las distintas materias que he solido tocarle. Siempre he tropezado con un hombre lleno. Y sobre todo, en las cosas del foro es muy aventajado.

—¿Sí, eh?

—Despues, con la práctica que ha adquirido conmigo, puedo responderos de que es capaz de servir cualquier destino.

—Lo que es para eso, si no el todo, lo primero es la buena voluntad. Desempeñará una capitanía pedánea.

Dirigió el Sr. D. Homobono la vista para D. Eustaquio, y al través de la profunda humildad de que estaba revestido, conoció una apariencia de disgusto, que en vano queria disfrazar. Por lo tanto, dijo al de la policía:

—Lo que es una capitanía pedánea... no... sé... yo... si...

—Pues por obispo no ha de empezar, amigo D. Homobono. Tome por de pronto la capitanía, y eso le servirá de mérito para irse despues empinando. Tampoco la capitanía que os propongo es una cosa cualquiera.

—Ya calculo que, tratándose de empeño mio, os portaríais como lo haria yo en vuestro lugar.

—Precisamente acaban de hablarme, haciéndome saber una fechoría del pedáneo del Cerro, y voy á dar pasos para que á la mayòr brevedad se le destituya.

—Y en su lugar se nombrará...

—Á vuestro recomendado. ¿Cómo es su gracia? continuó mirando de soslayo á D. Eustaquio.

—Me llamo, señor, contestó D. Eustaquio poniéndose en pié, Eustaquio Barullo, para servir á usía.

—Pues buena canongía os llevais, dijo haciéndole una señal con la mano para que se sentara. Lo cual hizo, diciendo:

—Aunque reconozco... que no soy merecedor...

Y lo demás se lo dejó por decir, porque el respeto le tenia trabada la lengua. Mas el Sr. D. Homobono, tornando á encararse con el de la policía, díjole:

—¿Y qué ha hecho el capitan que va á destituirse?

—Nada más, contestó aquel, que haber atropellado á un hombre honrado, so pretexto de que oculta ladrones. Algunas de las suyas sabia yo; pero ya son esas palabras mayores.

—Pues hombre, acaban de remitirme el proceso del calumniado, y ya tenia formadò sobre el asunto el mismo juicio que me manifestais.

—Me huelgo de ello. Vos hareis justicia por vuestra parte y yo por la mia. Y vóime, D. Homobono, que otras cosas llaman mi atencion.

—Mucho me alegro de veros tan guapo.

—Á su tiempo, haré llegar á vuestras propias manos el nombramiento del recomendado.

Y en diciéndolo, diéronse los dos amigos un estrechon de

menos; volvió el de la policía á hacer una ligera inclinacion de cabeza á tres rendidas cortesías que por su parte le hizo D. Eustaquio, y pronto traspuso la puerta del despacho del D. Homobono. Volviéndose entonces este para D. Eustaquio, díjole:

—Como de molde nos ha venido todo. Tiempo hay que pensaba hacer algo por vos, y la suerte, á deshora, me deja cumplido el deseo.

Pero D. Eustaquio no contestó á nada de esto una palabra; antes mostraba un aspecto tan compungido, como si algo le quitaran en vez de dárselo. No se le ocultaba que la capitanía pedánea del beneficio era, para un hombre como él, una mina que podia explotarse con buen resultado; pero no sabia bien los medios de que para ello podia valerse. Por otro lado, ya conocia la que entonces tanto rendimiento le daba; hallábase muy bien con ella, y dolíase de perder lo conocido por lo que aun no lo estaba. No se escaparon á D. Homobono su confusion y disgusto, y por lo mismo díjole:

—¡Parece que no os contenta el destino que os he proporcionado! Creo, sin embargo, que en posicion y en utilidades vale algo más que el que ejerceis.

No era acertado, sin duda, demostrar á su señoría que en el caso habia mucho que hablar, ni lo era tampoco provocar sobre ello las sospechas del Sr. D. Homobono; y por lo mismo D. Eustaquio se apresuró á decirle:

—Bien conozco, Sr. D. Homobono, toda la merced que me hace usía, y atiéndola como agradecido. En posicion y en utilidades ganaré, y pondráseme tambien en camino de ir más adelante todavía; ¿pero me recompensará todo eso

el perder á usía? Como á padre le miro, bien me encuentro á su lado, y alejarme de él, empeora por una parte lo que por otra mejora mi condicion.

Sonrióse D. Homobono, un tanto conmovido al oir este razonamiento, y contestó prontamente:

—Si por padre me teneis, dejad que bajo ese concepto os guie, y ya vereis si os pesa de ser mi hijo. Falta me haceis; pero os suplirá vuestro hermano D. Matías, ó cualquier otro de vuestra confianza. Probad con la capitanía, y despues se pensará en otra cosa.

—Bien conozco que esas capitanías son una prebenda para los que anteponen las ganancias al deber; pero los que al revés se portan...

—Pierden en dinero lo que ganan en estimacion. El empleado público, por fuerza tiene que elegir, si no cuenta más que con el sueldo, entre ser pobre ó no llenar su deber. La alternativa es peligrosa, y por lo mismo os proporciono un destino en que, por no haber ese sueldo, podreis andar más holgado. Mil os lo envidiarian.

Sin querer D. Eustaquio apurar más la materia, manifestó entonces con las más encarecidas expresiones lo agradecido que estaba á la merced que recibia, bien que insistiendo en que turbaba su contento aquella separacion que consigo llevaba, y D. Homobono por su parte le recomendó que siguiera portándose siempre como hasta entonces lo habia hecho, y tambien que procurase, antes de ocupar el nuevo destino, que saliese Lamprea de la cárcel en que desgraciadamente se encontraba.

Marchóse despues á su morada D. Eustaquio, y entregóse allí á mil meditaciones sobre la revolucion que en su porve-

nir se habia operado en aquel dia. Resuelto estaba á seguir el buen consejo del Sr. D. Homobono, sobre continuar portándose como antes lo habia hecho, y en verdad no necesitaba para ello de otro apoyo que el de lo bien que le habia probado su sistema; pero como la ambicion le acosaba más y más cada dia, en los nuevos destinos que se le abrian encontraba, ora un campo lleno de flores, de esperanzas halagüeñas, de melodiosos sones y de eternal ventura, ora en fin, le veia atravesado por negros fantasmas y caprichosos monstruos, que en medio de su camino se lanzaban hácia él para devorarle. Encontrándose, pues, en tan contrarias imaginaciones, al caer de la tarde, presentósele Tortosa con un rostro radiante como el sol, que entonces se ponia.

—Amigo de mi alma, díjole; vengo á daros la enhorabuena.

—¿Y de qué, Sr. Tortosa?

—Hoy es dia de entero triunfo para mí. Permitidme que no me descubra, pues vengo sudado.

—Sois muy dueño... Estais en vuestra casa.

—He logrado hundir al pícaro de D. Leonardo.

—Ya lo sé.

—Conseguido esto, no me hubiera atrevido á proponer á la vez que os calzaran aquel destino.

—Pero otro lo ha hecho por vos. Me tienen ofrecido el puesto.

—Pues por eso me he apresurado á venir á felicitaros.

—¿Y entendeis que tengo motivos para holgarme mucho de ello?

—¿Pues no lo creeis así?

—No creo que esa capitanía me haga enterrar millonàrio.

—Callad, por Dios. Sois demasiado jóven, y por lo tanto muy inocente todavía.

—Sí, Tortosa, aun necesito acertados consejos.

—Pues ese destino, á más de otras gangas, puede serviros para que me ayudeis en mucho, y ayudarme á mí es llenar el bolsillo, y no con hierro ni plomo. ¿No decíais que estábais resuelto á proteger la agricultura del país?

—Y á vos con ella.

—Pues iremos de acuerdo. Ayudaos unos á otros, hermanos, como decia mi tio el canónigo. Acabadme de poner en libertad á D. Saturnino, tomad ese destino que os viene como anillo al dedo, y ya vereis si os caen pesos duros como granizo.

Sacó en esto un pañuelo de seda amarillo, limpióse el sudor que le chorreaba por todo el rostro y el cuello, y añadiendo que tenia que acudir á otro negocio, porque siempre andaba atareado y de prisa, marchóse dejando á D. Eustaquio ya conforme con su nueva mutacion de estado.

CAPÍTULO XV.

Donde se demuestra que las cosas sagradas no lo son para los criminales.

Si Paulina habia resuelto, á vista de lo manifestado por doña Bernarda, tener con D. Eustaquio una séria explicacion, con miras de efectuar un rompimiento con él, por su parte D. Eustaquio habia suspendido el pié de la Estancia, entregado como estaba á otros proyectos de más valía. Anunció, sí, D. Matías su hermano, que tan ocupado se encontraba á la sazon, que no le era posible dar vado siquiera por un momento á los negocios para cumplir con la amistad y el deber; pero aquellas ocupaciones se prolongaban tanto, sin duda, que pasaban unos tras otros los dias, sin que el mancebo pareciese donde antes lo hacia continuamente.

Dedujo por esto Paulina, que D. Eustaquio, no tan solo hacia abierta traicion á su amor, sino que tampoco se tomaba ya el trabajo de ocultarlo, uniendo de este modo á

la falsía el menosprecio. No la daba, pues, ocasion para que ella le manifestase el abandono que de él intentaba hacer, porque la ganaba por la mano, haciéndolo él antes de ella. De esa manera, pues, acababa de humillar de todo punto su amor propio; y si la falta de fidelidad es hecho grave para el corazon de una mujer, aquella humillacion de su amor propio es de mucha mayor importancia todavía.

Paulina, pues, llevaba un dardo atravesado en el corazon, que no la dejaba sosegar un punto. La pérdida de su adorador, con todas las ilusiones que esa pasion crea, la mantenia sumida en la melancolía más profunda que pudiera asaltar á humano corazon, pero Paulina no queria convenir en que aquella pérdida fuese para ella tan importante como lo era realmente. Su amor propio ultrajado queria sustituir á la otra ilusion perdida la nueva ilusion de que la primera la importaba poco, y empeñaba así en su pecho un rudo combate, que no bastaban en mucho á sostener sus débiles fuerzas. Al verse de todos modos vencida y desamparada, aliviaba su pena con raudales de lágrimas, que corrian abundantemente cuando no habia testigos importunos cuyas miradas detuvieran su curso.

Pero más que sus lágrimas, habíala concedido el cielo un talisman de eficacia mayor para alivio de sus desgracias. Murió su madre en la mayor pobreza, y por toda herencia habia dejado un rosario que consigo llevaba siempre, resto de la fortuna con que contó en tiempos más prósperos. Aquel se habia dado á Paulina por sus tios cuando consideraron que tendria razon bastante para conocer su precio; y si ese precio, para cualquier otro, por el oro de que estaba recargada la prenda, podria estimarse muy bien en cien pe-

sos, para ella no habia oro en el mundo que pudiese pagarlo. Aquella prenda de religion y de amor maternal, las dos cosas más importantes que ella encontraba en el mundo, era el único lazo que la unia á su madre, á quien apenas conoció, y la única muestra que habia dejado aquella á su hija de su breve tránsito por la tierra. Á ella acudia en sus horas de amargura; con ella rezaba, teniendo así reunidos á Dios y á su madre; y cuando la llevaba consigo, su contacto mitigaba su agonía, como el son del arpa los arrebatos de Saul.

Acababa de entregarse una tarde con más fervor que nunca á la oracion, por encontrarse su alma en mayor congoja que la ordinaria, y aliviada con esto salió á dar su acostumbrado paseo por el campo. Estaba el cielo sereno, presentando por todas partes un hermoso azul, interrumpido tan solo por ligeras y plateadas nubecillas, que se entretenian en ir formando lentamente caprichosas y fantásticas figuras, y solo allá en el horizonte, y hácia la parte que daba al mar, notábase una faja de poca anchura, formada por otras nubes más espesas y un tanto oscuras que allí se iban amontonando. De aquella parte venia tambien un aire fresco y húmedo á templar el calor, que en aquel dia habia sido pesado y bochornoso; y con esto comenzaron las hojas de los árboles á agitarse como en muestra de regocijo, preparándose tambien á recibir el rocío vivificador de la noche, cuya venida se aproximaba.

Sin parar mientes Paulina en aquel cuadro de la naturaleza, en que otras veces solia espaciarse, echó á andar á la ventura, con la cabeza ocupada de melancólicas imaginaciones; pero no bien habria una hora que se entretenia en aquel

ejercicio, cuando á su alrededor y sobre ella comenzaron á caer unas gotas gruesas, como si fueran de granizo y á cortos intervalos. Levantó entonces los ojos al cielo, y advirtió que de aquella parte del mar, de que ya se hizo mencion, aceleradamente adelantaban espesas nubes de la faja negra que marcaba el horizonte, y se convenció de que la venia encima la borrasca, con aquella prisa con que nacen, crecen y concluyen bajo el trópico. Paseando entonces sus miradas por todos aquellos contornos, advirtió que se encontraba á mucha distancia de su casa y en paraje que no solia frecuentar; mas como á tiro de fusil, estaba la vivienda de otra Estancia, y precipitando los pasos, los enderezó para esa morada, que podia prestarla abrigo contra la tempestad. Apenas pisaba los umbrales de aquella rústica habitacion, cuando comenzó á caer á torrentes el agua, y desatándose los vientos, pusiéronse con ella en lucha para convertir la tierra en un mar alborotado.

Si el lector recuerda la pintura que antes se hizo de la casa de D. Bartolo, formará idea de aquella en que entraba Paulina, por lo que respecta á la distribucion de las piezas, aunque las de la última eran de dimensiones mucho más reducidas. Tampoco las paredes eran de mampostería como las de D. Bartolo, pues las roturas de ellas dejaban ver que se habian fabricado con unas varas entrelazadas y cubiertas con barro, á que llaman *embarrado*, sosteniéndose además el edificio en unos troncos de madera dura, que tambien figuraban en el artificio de la pared. Por fin, el techo, armado igualmente con vigas y varas, estaba vestido con *pencas* de guano, que por lo viejas se habian convertido en asilo de ratones y alacranes, dejando ver por varios puntos algunos

rayos de luz, que venian á concentrarse y morir en aquella espesura.

En muebles, no habia más que contar sino una mesilla de pino vieja, con unas vasijas de barro, unos cuantos taburetes de cuero, algunos de ellos ya sin espaldar, y un machete en un rincon de la pared.

Y por lo que hace á los habitantes del lugar, aunque parezca descortesía no haber comenzado por ellos, distinguíase el ama de casa, que era una mujer como de cuarenta años, seca y amojamada, sucia y pobremente vestida; cinco muchachos de cinco á un años, tres de ellos enteramente desnudos, retozando juntos en el suelo con dos perrillos que contribuian á su regocijo; y las palomas que volaban unas de la mesa á las sillas y de las sillas á las vigas del techo, mientras que otras se arrullaban tristemente entrando y saliendo de unos cajones, depósito de su posteridad, que estaban de manifiesto en las dos piezas inmediatas.

Sentados en unas sillas se encontraban además dos hombres, con vestido campesino y siniestra catadura. Ambos tenian puestos sus sombreros de paja de anchas alas. El uno de ellos, con la pierna cruzada y sujetándose el pié con la mano izquierda, fumaba con la diestra un tabaco que á cada paso miraba, para observar lo que en él iba ganando la lumbre; y el otro, con las piernas extendidas por el suelo, á cada paso bostezaba, con muestras de mal traido y trasnochado.

Saludó Paulina cortesmente, y pidió que la permitieran permanecer allí, mientras pasaba el chubasco que la habia sorprendido por aquel lugar; y entonces el ama, ni de una manera expresiva ni con desenfado tampoco, contestóla que

podia estar en su casa todo el tiempo que estimase oportuno. Y á la vez de decirlo, presentóla uno de los taburetes que adornaban la sala, pidiéndola que se sentase, lo cual hizo, dando gracias por la atencion.

Por buén rato no dijo ninguno de los circunstantes esta boca es mia, hasta que al cabo el que fumaba, dirigiéndose para el ama de la casa, la dijo:

—¿Y será cosa de que tengan mucho tiempo al hombre en gayola, doña Andrea?

—Hay buenas noticias, contestó la mujer. Ayer me han asegurado que pronto saldrá, y que á alguno ha de pesarle. No porque seamos pobres, hay quien deje de mirar por nosotros.

Tornaron á quedar sumidos en el silencio, mientras Paulina por su parte seguia contemplando el bullicioso juego de los muchachos que se encontraban en la sala. Hacíala gracia el mayor, que llevando la cara chafarrinada toda con el polvo del suelo en que se revolcaba, parecia al extremo despabilado. Por lo mismo llamóle, y no se lo hizo repetir el muchacho, porque corrió para ella como saeta, y pronto le tuvo de bruces en sus piernas, con la mayor confianza. Entonces díjole Paulina:

—¿Cómo te llamas, hijo mio?

—Justo, contestó él.

Entretúvose Paulina en hacerle algunas caricias, mientras el muchacho la miraba de hito en hito, hasta que de repente la dijo con alegre rostro y á media voz:

—Á mi padre le llevaron ayer á la cárcel.

—¿Y cómo se llama tu padre?

—Saturnino Lamprea.

—¡Justo! gritó la mujer que, puesto que á alguna distancia, le habia oido sin embargo; no molestes á esa señora.

El apellido de Lamprea causó á Paulina alguna turbacion, porque varias veces le habia oido nombrar á D. Bartolo con aversion marcada, y tambien habia oido decir que en su casa se hospedaban ladrones, y que de ella habian salido los que en aquellos últimos dias hicieron un robo ál doctor Manresa. Cayó entonces en la cuenta de que, embebida en sus pensamientos, se habia alejado de su casa más de lo que solia, viniendo á parar á la Estancia que hacia poco tiempo habia arrendado Lamprea, entre otras que á la sazon estaban desocupadas por aquellos contornos. Sin embargo de su turbacion, insistió con doña Andrea para que no hiciese alejar á su hijo del punto en que parecia encontrarse tan bien; mas aquella replicó que todo lo que en el mundo podia dar á sus hijos era una buena crianza, y reiteró á la vez, en tono decisivo, la prevencion de que fuese Justo á jugar con sus hermanos.

Al retirarse el muchacho, metió Paulina la mano en un bolsillo del delantal que puesto llevaba, y al sacar de él una bolsa para dar á Justo una moneda, cayó al suelo el rosario, que sin duda habia olvidado guardar en su casa, en medio de sus distracciones.

—¡Dios mio! dijo para sí. Me temo que he de perder de todo punto la cabeza; y recogiendo con esto el rosario, guardólo y dió á Justo la moneda, quien recibiéndola con regocijo fué de seguida á enseñarla á su madre.

Continuaron esta y Paulina en hablar del estado del tiempo y otras generalidades, á que parecian prestar muy poca atencion los dos hombres que tambien estaban allí presen-

tes, y que de vez en cuando hablaban entre sí muy paso, hasta que, levantándose, á la postre anunciaron su marcha.

—Pero aun no ha concluido de llover todavía, dijo la Andrea; bien que pronto escampará, porque así lo va indicando la espantosa tronada que de repente se ha levantado.

—Ya sabeis, doña Andrea, dijo el uno de ellos, que tenemos jornada para dos horas largas antes de llegar á casa, y se nos viene encima la noche. Que no haya novedad, y que el hombre salga tan bien como se espera.

En diciendo esto, saludaron á la Andrea y Paulina, y fuéronse. Prosiguió Paulina en su diálogo con aquella, dirigiendo la vista de momento en momento hácia la puerta de la calle, para observar el tiempo, que efectivamente más y más abonanzaba; y luego que de todo punto cesó la lluvia, púsose en pié, y anunció que se marchaba antes que acabara de cerrar la noche.

—No quiero deteneros, dijo Andrea, porque no habreis de encontrar muy bueno el camino. Pero á bien que, como ha sido tan fuerte el aguacero, tampoco estará intransitable, segun otras veces suele ponerse. Excuso brindaros esta casa, que es vuestra.

—Gracias, señora.

Y saliéndose por la puerta, echó á andar Paulina con toda prisa, sin pararse mucho en evitar el barro, porque la aguijoneaba el deseo de llegar pronto á su casa, asaltada como iba de siniestros presentimientos que no acertaba á explicarse. Si bien habia cesado la lluvia, conservábase el cielo anubarrado como si estuviese descontento de no haber desplegado toda su furia, y veníase de este modo á más andar la noche, para acabar de envolverlo todo entre sus negras

sombras. Encontrábase ya Paulina á la mitad de su camino, cuando fuéla preciso atravesar por en medio de unos árboles que en aquel se cruzaban; titubeó involuntariamente y detúvose por un momento, más calculando luego que toda dilacion habia de ponerla todavía en mayores peligros, con paso firme entróse por la arboleda. Pronto tuvo motivo para arrepentirse de ello, sin embargo.

No habria andado, con efecto, veinte pasos, cuando de cada uno de los costados de la misma arboleda salió un hombre, que la detuvieron el paso. Disfrazados iban con unos luengos capotes de paño burdo, y en las cabezas unos pañuelos que les cubrian hasta las frentes, y sin duda los rostros llevaban tambien pintarrajados, segun se dejaba traslucir á la luz dudosa del crepúsculo.

—No hay que moverse, dijo uno de ellos. Entréganos lo que ahí llevas, y pronto, que tenemos prisa.

Desde luego conoció Paulina lo que todo aquello significaba, y acometióla un terror convulsivo que no la permitia sosegar un punto. Sacando fuerzas de flaqueza, sin embargo, entregó la bolsa, los pendientes y un alfiler que al pecho llevaba, de poco precio todo, dándolo con muestras de buena voluntad; y concluida que fué la entrega, dijo con desfallecida voz:

—Nada más tengo.

—Aun otra cosa de precio tienes, dijo el mismo que la habia hablado. Venga, y evitarás que te registremos hasta el hígado.

Sacando entonces Paulina el rosario, y teniéndolo fuertemente, dijo:

—Aun tengo aquí una prenda que me es más cara que

la vida. ¡Es un rosario que fué de mi madre, la única herencia que pudo dejar á su hija, la única memoria que tengo de su existencia en el mundo!

—No eres boba. Lo mejor te guardabas. Venga el rosario. Tus otras prendas no merecian haberte detenido.

—Aunque fuérais tigres, los tigres tambien aman á sus madres. Creedme como si os hablase en la hora suprema. Esta es prenda de mi madre, que murió antes de que yo pudiese hacer por ella lo que debe una hija. Es el tesoro que hay para mí de mayor precio en el mundo. ¡Os daré veinte veces su valor! Si no lo tengo, lo buscaré de cualquier modo; haré con otros lo que haceis conmigo para adquirirlo; lo pediré real á real, implorando de rodillas la caridad humana. ¡Á quién no conmoverá el amor sagrado que una hija demuestra por su madre!

—Estamos perdiendo el tiempo, dijo el otro, que hasta entonces habia guardado silencio; y observando que su compañero se mostraba un tanto conmovido, á la vez extendió la mano para tomar el rosario; pero Paulina, pasando de repente de las súplicas al furor, dijo echándose atrás y con la mayor altivez:

—¡No lo profanes, malvado! ¡Mira que aquí están mi religion y mi madre! ¡No has de arrancarme las dos á la vez!

Pero sin detenerse en consideracion alguna, arremetió á ella el bandido; y queriendo huir Paulina, tropezó, y cuan larga era vino al suelo, aprovechando entonces el perseguidor la caida para arrebatarla la prenda de la mano, que era lo mismo que arrancarla el alma. Luego que así la tuvieron en su poder, echaron los dos hombres á andar á paso lar-

gó; pero incorporándose Paulina, fuera de sentido, comenzó á seguirles, diciéndoles á voces:

—¡Ladrones! Llevadme tambien la vida, que para nada la quiero. ¡Á una mujer desvalida! ¡Villanos! ¡Infames!

Caro iba á costarla semejante atrevimiento, porque el más osado de los dos volvió para ella á precipitados pasos, y lleno de las más siniestras intenciones; pero á poco que anduvo, de repente desistió de la empresa, echando entrambos á correr con tal prisa, que no parecian asentar los piés en el suelo. Mas lo que así les puso en fuga se explicará en otro capítulo, porque ya el presente se hace largo.

CAPÍTULO XVI.

Escena entre dos bribones.

Preciso es al novelista excitar la curiosidad del lector para dejarla satisfecha despues; y sin ese aliciente, poco interés presta la novela, aun cuando por otro lado tenga circunstancias recomendables. En el mundo, el mal viene á ser fuente del bien; si no existiera la dolencia del hambre, no se comprenderia el placer del alimento; mientras mayor es la sed, mayor es tambien el gusto con que la apagamos; diríase que el vicio no es más que un mal que se apodera de nosotros, y á que procuramos dar alivio; y la sola desaparicion de un dolor agudo, viene á ser, cuando se consigue, un placer extremado. Esta teoría filosófica, que me parece nueva, merece un tratado especial, en que algun dia, si tengo humor para ello, he de ocuparme con el mismo derecho que cualquier otro. Pero ¿á qué vienen esas indicaciones sobre novelas y filosofías? ¿Acaso la historia que me he propuesto escribir necesita la imaginacion de la una, ni el

entendimiento de la otra? Pues lo he hecho no más que para anunciar que dejaremos á Paulina en el lugar en que se estaba, á fin de atender á otras cosas, porque así se van creando al lector en el alma necesidades que despues tendrá el gusto de ver satisfechas. Si es mucho aparato el mio para tan poco resultado, ¿no vemos otras tantas cosas que se nos ponen de manifiesto, sin más importancia que las del mismo aparato con que se las hace valer? Con esto, vamos, pues, á D. Eustaquio.

Si empleado se encontraba en satisfacer sus ambiciosas aspiraciones, no por eso dejaba en olvido su amor, como ya se ha visto por las insinuaciones que á Úrsula hacia Teodosia. Traíale efectivamente picado aquella inclinacion por la doncella; tanto más, sin duda, cuanto mayores eran los obstáculos que se le presentaban para el logro de su deseo; y habiéndole manifestado Teodosia el artificio de que se habia valido para reducir á aquella á que secundara sus planes, no pudo dejar de aprobar y celebrar al extremo la destreza que la mensajera habia desplegado en tan difíciles circunstancias. Preocupado estaba, sin embargo, calculando quién habria de desempeñar el espinoso papel de su apoderado, con las consecuencias que traia consigo, cuando le anunciaron que el Cortado deseaba verle.

Entró con toda la franqueza que solia en aquella casa, que en cierto modo debiera mirar como suya; y colocando su sombrero en una silla, con abierto y alegre rostro dijo:

—¿Cómo vamos, D. Eustaquio?

—Regularmente. ¿Y vos?

—¿Cómo ha de irme? Siempre al remo, y lo peor es que no se me aclara el tiempo.

—Ya aclarará, cuando menos lo espereis.

—Pero tan tarde puede ser, que nada me importe la variacion. Para vos sí que todo es bonanza.

—Hay de todo.

—Á otro perro... Ya sé que os entra la moneda en carretas. Tambien sé que prestais dinero á los necesitados. Regularmente los pobres son los que aumentan el caudal de los ricos. Precisamente venia...

—¿Á que os preste algo?... No creo que estén los fondos...

—Ya sé que los fondos siempre han de estar mal para mí. No soy yo quien pide el dinero. Es un amigo, y garantiza la paga.

—Algo es la garantía, y mucho si es buena.

—Pues la que conmigo traigo, por ser buena hasta es sagrada. Y aquí está, que no me dejará mentir.

En diciéndolo, sacó un papel del bolsillo, desenvolviólo y extrajo de él un rosario con gruesas cuentas de oro, y un pequeño crucifijo del propio metal, lo cual, todo por su sólo peso, debia valer algo más de cien duros.

—¿De dónde habeis tomado esa prenda? dijo D. Eustaquio, mirando al Cortado fijamente, como si más que en sus palabras, en su rostro quisiera encontrar la contestacion que buscaba.

—¡Cómo de dónde la he tomado! repuso el Cortado leyendo á la vez en el rostro de D. Eustaquio todo lo que significaba la pregunta. ¿Me estimais por ladron acaso? Cierto que si me fuera permitido ajustar las cuentas á los demás prójimos, por uno ú otro camino, habrian de verse en apuro para convencerme de su observancia al peligrosísimo sépti-

mo mandamiento; pero á boca llena puedo rechazar semejante cargo. No sufro ancas de nadie, es verdad: hago á todo para proporcionarme un pan, tambien es cierto; pero á otra infinidad saco ventaja, en cuanto á que no pueda estimárseme como ladron. Ni lo fué mi padre, ni lo ha sido ni piensa jamás serlo su hijo José.

Y decia esto con tal conviccion, y para decirlo empleaba un acento de dignidad y orgullo, que no dejaba la menor duda de que se expresaba con suma verdad. Convencido de ello D. Eustaquio, díjole:

—Dais á mi pregunta más importancia de la que tiene. No he querido decir que hurtáseis el rosario. ¿Mas no puede saberse cómo lo hubísteis?

—Ya manifesté que no es mio. Me lo han dado para que lo empeñe.

—De persona acomodada debe ser.

—En eso puede haber de todo. Os hablaré con la franqueza que acostumbro. Esta mañana muy temprano me encontré un amigo, mala cabeza por cierto, y apenas tropezó conmigo, me dijo:—Cortado, en tu busca andaba.—Pues ya no habrás de seguirme buscando, le contesté. Entonces sacando ese rosario, me añadió:—Como tú eres hombre de relaciones y en todas partes tienes entrada, quisiera que me proporcionaras una persona que diese algun dinero sobre este rosario, hasta que su ama pueda recobrarlo, porque se encuentra hoy muy necesitada. Sabia yo que mi amigo andaba en relaciones con una viuda, y á cosa de viuda me olió lo del empeño, en lo cual hube de acertarlo; porque le dije:—Tadeo, cuando ya le has echado la garra al rosario de la viuda, poco debe quedarla en casa. Emprendió negármelo; pero al fin

se lo hice confesar, y resultó que no teniendo hoy con que desayunarse, lo quieren tomar sobre la prenda.

—¿Y cuánto pide sobre ella?

—Díjome que el rosario valia cien pesos largos; pero que tomase sobre él ochenta. Á otro no explicaria esto, pero á vos sí, por la franqueza que tenemos. Vengan, pues, los ochenta; me embolsaré diez por el corretaje, y los otros setenta irán á manos de Tadeo, y á las de la viuda lo que él tenga por conveniente. Si dentro de un mes no os cuentan los cien pesos por el rescate, el rosario es vuestro. Yo arreglo pronto los negocios.

—Lo mismo hago yo; pero suponiendo que el rosario valga los cien pesos, no habrá quien los dé cuando vaya yo á enagenarlo; y ya calculareis que estoy muy poco dispuesto á servir de balde á la viuda y á D. Tadeo.

—Pero es que al mes os traerán los cien pesos. No se desprenderá tan facilmente una viuda...

—Dejémonos de suposiciones, D. José. Valeis lo que pesais para corredor. Mientras mayor tajada esté de la parte de acá, mayor aliciente tendrá la viuda para rescatar la prenda. Cincuenta y cinco pesos os contaré limpios de polvo y paja. Cinco tomareis por mi parte de corretaje, que dároslo quiero, diez más por el que os han ofrecido, y vayan cuarenta á poder de D. Tadeo, para que se entienda con la viuda. Si de hoy en un mes no se me traen ochenta duros, el rosario es mio, y siga la viuda haciendo sus oraciones como las haya hecho en el mes del plazo.

—Sois duro como *ácana*.

—Como os parezca; pero no suelto un real más de lo dicho.

—Pues no creo que hacemos negocio.

—Yo veo que sí, y voy á sacar los cincuenta y cinco.

—Verdad es que si llevo la prenda á otra parte, todo se volverán escrúpulos...

—Á nadie mereceis la confianza que á mí, y cualquier otro os haria pagar bien cara esa confianza. Concluyamos el negocio, que tengo que hablaros de otro que os interesa mucho más todavía.

Y sin esperar contestacion, dirigióse para un armario que habia en la misma estancia, guardó allí el rosario, sacó los cincuenta y cinco duros, y dijo dándoselos al Cortado:

—Contad, pues, para que hablemos de lo otro más interesante.

El Cortado resistió en un principio contar la suma que se le habia entregado en cincuenta y cinco pesos fuertes; pero D. Eustaquio resistió admitir semejante prueba de confianza, é insistió en que se hiciera la cuenta. Mientras en ella se emplea, diremos que efectivamente en aquella mañana se habia encontrado con su amigo Tadeo, y le habia este propuesto el empeño del rosario de la manera en que lo habia referido; pero lo que ocultó fué que Tadeo le habia encargado que tomase por la prenda lo más que pudiera, no dejándola nunca en menos de cuarenta duros. No fiaba mucho el Cortado en la legitimidad de la adquisicion que hubiese hecho Tadeo, pero importábale un bledo el que hubiera robado ó no el rosario á la viuda que creia, con tal de que él no hubiese incurrido en el delito. Empeñábalo á D. Eustaquio, porque sabia que era hombre bastante á salvarle de cualquier tropiezo, mediante la ganancia que le proporcionaba; y sabia tambien que Tadeo le habia elegido

para que verificase el contrato, precisamente con el objeto de alejar de sí cualquiera responsabilidad que por su lado pudiera resultarle. El Cortado contó, pues, los cincuenta y cinco pesos, poniendo treinta á una parte y veinticinco á otra; y colocándose cada una de las dos sumas en uno de los bolsillos de los pantalones, dijo:

—Si Judas vendió á Cristo en treinta monedas, no he de permitir que el otro pícaro saque más ventaja de esta negociacion. Treinta le daré, y queden las otras veinticinco para mi regalo. Nunca me hacian tanta falta como hoy.

—Es una tentacion irresistible, D. José, tener en las manos el dinero ageno, repuso D. Eustaquio.

—En cuanto salga de aquí voy á entregar los treinta, antes de que ellos y yo nos vayamos encariñando. Lo que es dejarlos de dar, no; pero mientras mayor roce tengamos, más dolorosa ha de ser nuestra separacion. ¡Ay, D. Eustaquio! y cuánto deseo verme con una cantidad decente, que á boca llena pueda llamar mia. Pero de fijo que han de llevarme á la sepultura sin haber conocido ese placer.

—Pues no estais muy distante de poderos contar como dueño y legítimo señor de dos mil duros.

Al oir esto el Cortado, clavó en D. Eustaquio una fija y escudriñadora mirada; despues de un momento prorumpió en una carcajada; y volviendo de seguida á recobrar su seriedad, lanzó una especie de suspiro, diciendo:

—Si yo me viera con dos mil duros, ¡cuerpo de tal! nó cambiaria mi posicion por la del mismo emperador de Rusia.

—Pues os repito que está en vuestras manos meteroslos en el bolsillo, un peso tras otro, hasta completar los dos mil, sin que les falte un real.

Pidió el Cortado explicaciones, y dióselas muy cumplidas D. Eustaquio sobre el servicio que de él esperaba. Á veces vienen al mundo talentos superiores, que echando una ojeada sobre las instituciones sociales de todo género que les rodean, las atacan por los cimientos, y ó bien desde luego las hacen venir al suelo, ó ya las dejan en tal manera conmovidas, que despues por su propio peso vienen á convertirse en ruinas con el solo trascurso de los tiempos. Semejantes genios miran con desden todo lo que crearon sus predecesores, y causan trasformaciones que van adelantando la humanidad ó haciéndola retroceder á veces en el camino que lleva, que es el de la perfectibilidad, segun cuentan algunos. Pues á semejanza de aquellos grandes genios destructores de lo existente, hay otros hombres oscuros, dotados de un escepticismo punible las más veces, que á la manera de Demócrito están siempre con la risa en los labios, y que con el menosprecio en el corazon por todo lo más importante y solemne de las instituciones humanas, nada consideran grave ni digno de respeto, recibiendo, por el contrario, la mayor complacencia en tener en poco, si no en ponerse en pugna, con todó aquello que más digno de consideracion parece. Muy semejante á la condicion de esos hombres originales era la del Cortado.

En poco tenia esas cosas graves é importantes del mundo en que hacia su peregrinaje, y la honra en nada, si no era en ciertos puntos á que la limitaba. Por lo mismo reventaba de risa al escuchar el plan infame que le desenvolvia D. Eustaquio para preparar la deshonra de aquella contra quien se dirigian sus maquinaciones, y aun parecíale muy cómodo representar el papel de marido que se le destinaba, sin otro

percance que el apoderarse de los dos mil pesos que para ello se le ofrecian, y á que su imaginacion desde luego iba proporcionando mil distintas maneras de acomodo, á cual más beneficiosas y halagüeñas. Convino en prestarse á todo lo que de él se exigia, soltando de paso algunas chufletas á su parentesco con D. Alejo, manifestando que nunca habia podido representársele como su padre político, aun en sus más extravagantes ensueños; y de este modo, allí entre los dos infames, quedó resuelto el desgraciado porvenir de la mísera Úrsula, á menos que la Providencia resolviese tomarla bajo su amparo.

—Es un plan tan fino como diabólico, dijo el Cortado á D. Eustaquio con alguna gravedad, y no se os puede negar el talento que os concede el mundo. En cuanto á mí, creed que me presto á todo, no tanto por el dinero, que buena falta me hace, cuanto por este amor entrañable que os tengo.

De seguida dirigiéronse algunas viles é impúdicas chanzonetas sobre el mismo plan concertado, y al fin se despidió el Cortado, talareando una cancion entonces muy en boga en la Habana, que intitulaban *Las amonestaciones*, y comenzaba diciendo:

Primera amonestacion
Que en la iglesia se leyere,
Será el primer parasismo
Que á mi corazon le diere.

CAPÍTULO XVII.

En que el colono D. Bruno hace algunas revelaciones.

Dejamos á Paulina á la sazon y punto en que los malvados que la arrebataron el rosario de su madre dieron á correr con imprevista y denodada furia; y á tal extremo, quedó ella indecisa sin saber qué partido tomar, ni á qué atribuir tampoco aquella impensada resolucion de parte de los que la habian asaltado. Mientras estuvo rodeada de inminentes peligros, habíase encontrado revestida de un valor sobrenatural, que ella misma no pudiera explicarse, y cuyos esfuerzos provenian, en parte, del propio hecho de verse arrebatar una prenda para ella de tanta importancia, y acaso del mismo terror de que se encontraba poseida, porque el exceso de él infunde un pasajero ánimo, que bien pudiera llamarse *el valor del miedo*. En el momento en que Paulina no tuvo que luchar por el rosario, ni se vió cercada de grave peligro, aquel valor ficticio, por una reaccion natural, se

convirtió en terror tan grande, que la mantuvo clavada en el suelo, quitándola el calor de todos sus miembros, sobre que se derramó un frio glacial, á la vez que dándola el corazon repetidos y violentos golpes, parecia que intentaba salirse á toda prisa del pecho que lo encerraba. Por muchas que fueran su turbacion y espanto, no pudo dejar, sin embargo, de dirigir la vista hácia el punto opuesto á aquel por el que marchaban los ladrones, en busca del motivo que les habia hecho adoptar semejante determinacion; y al practicarlo así, advirtió que hácia ella corrian, ya á pocos pasos distantes, los dos perros que solian salirla al encuentro en sus excursiones, y algo más atrás divisó tambien, entre los últimos y dudosos rayos del crepúsculo que se extinguia, una figura humana que parecia traida por los vientos, segun la ligereza con que se dirigia al punto en que se encontraba.

En llegando los perros, detuviéronse en su rápida carrera, hicieron algunas ligeras caricias á Paulina, dieron algunas vueltas á su alrededor, como si quisieran cerciorarse de que no la amagaba ningun inmediato peligro; y mientras el uno de ellos, volviéndose para los ladrones, que ya corrian á alguna distancia, lanzó unos fuertes ladridos, como amenazándoles, el otro se colocó frente á Paulina, sentándose sobre las patas traseras y mirándola fijamente, como si la interrogase sobre el partido que debieran adoptar en aquellas circunstancias. Inmóvil Paulina, esperaba tan solo á que acabara de llegar el colono D. Bruno, pues la venida de los perros no la dejó duda de que precedian á aquel hombre que con tanta ligereza acudia en su socorro.

No se hizo esperar mucho, con efecto, pues á pocos momentos llegó, tan fatigado por la veloz carrera que habia

traido, que apenas podia pronunciar una palabra. Llevaba al cinto el cuchillo que de ordinario figuraba en él; pero su arma principal era un palo de más que regular altura, y grueso en proporcion, el cual manejaba con suma habilidad, y que pudiera servirle de mucho provecho, así para el ataque como para la defensa, en oposicion con cualquiera otra arma. Luego que llegó, se impuso con la mayor solicitud de lo que habia sucedido, y Paulina le manifestó en breves palabras cómo en su acostumbrado paseo se habia descarriado, cómo se habia visto obligada á pedir en aquellas inmediaciones un abrigo contra la tempestad que la asaltó, y cómo, en fin, ya de vuelta para su morada, la acometieron aquellos malvados, quienes la habian despojado de la prenda que para ella tenia más precio en el mundo.

—Era mi mejor, si no mi único tesoro, añadió; mi última ilusion, el único lazo que me unia á la vida, y así, ahora ya no me resta más que morir. Pero no quiero morir de improviso, concluyó dirigiendo siniestras miradas por todas partes, como si todavía la rodearan los peligros que la habian asaltado; quiero morir tranquila, pensando en que voy á reunirme con mi madre, y preparándome para llevar á efecto esa reunion.

Al oir esto el rústico, quitóse el sombrero de *jipijapa* que puesto llevaba, y sacando de él su pañuelo, enjugóse el sudor que le bañaba el rostro, enjugándose de paso tambien dos lágrimas, que al oir á Paulina se habian asomado á sus ojos. De seguida, llenándose de furor, manifestó su deseo de perseguir á los ladrones aunque fuese al fin del mundo, preparándose desde luego á correr tras ellos con la ayuda de sus perros; pero Paulina le contuvo, diciendo:

—No, D. Bruno, no me abandoneis en estos momentos. Si me dejárais sola, me acabaria este terror que me hiela los huesos.

Á lo cual, D. Bruno, sin hacer observacion alguna, silencioso brindóla con su brazo, para que apoyándose en él, emprendieran juntos el camino de su morada; y en cuanto observaron aquel movimiento los perros, se echaron adelante por el propio camino, como si bien supieran de lo que se trataba. Pocos pasos habian andado de este modo, cuando Paulina dijo:

—En buena sazon llegásteis, D. Bruno, porque á no ser vos, sin duda aquel malvado me arranca la vida. ¡Dios mio! ¡Qué facilidad tienen los hombres para privar de la vida á sus semejantes! No parece sino que esa vida sea una de las cosas que tengan menos precio en el mundo. Pero ¿cómo atinásteis con el lugar en que me encontraba?

—Como de ordinario, señora, contestó D. Bruno, al concluir mi trabajo diario, me dirigí por el camino de vuestra vuelta á casa. Como la noche venia, y la tarde habia estado borrascosa, presumí que vuestra detencion proviniera de haberos visto obligada á guareceros de la tempestad en alguna Estancia de los contornos. Entonces me armé de este palo, con el cual desafiaria al mismo diablo en persona, y me dije: «Ya los perros saben que todas las tardes voy á acompañarla, y ellos, mejor que yo, sabrán tambien dónde se encuentra.» Les seguí, por lo mismo, aunque, despues de haber recorrido el camino acostumbrado, se dirigian por distinto rumbo, cuando cátate que de improviso echaron á correr con desacostumbrada prisa. «Ellos saben lo que hacen,» volví á decirme, y eché á correr tras ellos; pero no

habiamos andado así mucho trecho, cuando, con la vista de águila que Dios me ha concedido, os divisé á lejana distancia, en compañía de otras dos personas. Corrí más todavía, hasta que tuve la fortuna de alcanzaros. Os protesto que de aquí en adelante he de conservar la mayor gratitud para con esos perros, y he de prestarles mayor cuidado todavía del que antes he tenido por ellos; porque...

—¡Ojalá Dios, D. Bruno, se digne recompensar vuestros cuidados para conmigo, ya que yo á nadie puedo ofrecer más que desgracias!

—Pues no puedo yo tampoco alabar mi suerte por buena desde el punto en que nací.

—¿Habeis sido desgraciado, D. Bruno?

—La desgracia, señora, comenzó á perseguirme desde que vi la luz. No sé yo por qué unos han de venir al mundo á ser felices, y otros á no serlo nunca.

—Porque los segundos encontrarán su recompensa en otro mundo mejor.

—Eso decia mi madre, y sin duda por semejante creencia no murió ahorcada de su propia mano. Casó muy jóven y con un hombre de letras, pero no siempre la sabiduría trae la bondad al corazon. Mi madre dicen que era tan celosa, que no le dejaba parar ni á sol ni á sombra, trayéndole siempre aburrido, hasta que al fin la tomó tal tirria y murria, que segun me contaban los vecinos, la veia como pudiera haber visto al mismo diablo que quiso tentar á San Antonio. No habia yo nacido aun, bien que ya hubiese dado muestras de estar en el mundo, cuando mi padre tomó una determinacion á que le estoy muy poco agradecido. Decia mi madre que era un pícaro, pero que no debia yo darle

ese nombre, porque al cabo padre mio era; mas como por su conducta no puedo apellidarle padre, y segun mi madre tampoco puedo decirle pícaro, me he quedado sin saber cómo llamarle, aunque á veces suele escapárseme lo de pícaro. Téngale Dios en gloria si es que ha muerto, y haga que él y mi madre en la otra vida se lleven mejor de lo que se llevaron en esta.

—¿Y cuál fué la determinacion adoptada por vuestro padre?...

—Sencilla á fé. Anocheció una vez en casa, segun cuentan, y al otro dia y hasta el presente no se le volvió á ver el gesto en toda la isla de la Palma, donde residiamos. ¿Qué ha sido del doctor? preguntaban las gentes; pero ni él ni nadie contestaban con exactitud á semejante pregunta. Lo único que se sabia era que se habia marchado del lugar, así como todos saben que uno ha muerto sin que ninguno pueda dar razon de dónde ha ido. Sobre esto nos vinieron otras desgracias, porque las unas van trayendo las otras.

—¿Y cuáles fueron? Referídmelas, porque todo lo que es desgracia tiene interés para mí.

—Tenia mi madre una viña, que aunque mezquina, nos daba de comer muy pobremente, y en ella saludé al sol por la vez primera. Acaso hubiese quedado para patrimonio mio, si la suerte no hubiera á la vez hecho que existiese por aquellos tiempos el hermano Salustiano, para tomar la direccion de la casa. Aquel hermano era el sacristan de nuestra parroquia; cariaguileño, alto y seco como un varapalo, y que parecia más alto aun con aquella sotana angosta y mugrienta, con que me parece que todavía le veo. Introdújose en

casa cuando apenas contaba yo siete años, habiendo tomado mi madre amistad con él en la parroquia que de continuo visitaba, y emprendió dirigir mi educacion, así como dirigia á la buena señora por el camino espiritual á que enteramente se habia dedicado.

—¡Pobre señora!

—Aun no lo era del todo en la época á que me refiero; pero lo fué más tarde. El hermano Salustiano, como le decian, la llevaba las novenas más modernas que se daban á luz, y las mejores estampas que se repartian en la parroquia; ya una bugía de los monumentos y la Candelaria, ya palmas del domingo de Ramos, y aun á veces tablillas de chocolate, con recomendacion de que era del mismo que gastaba el reverendo padre Cervero, que tenia mucho nombre de predicador en aquel tiempo. Tambien me enseñó todo lo que él sabia de leer y escribir, que segun entiendo, no era mucho, y solia decir que cuando yo tuviese edad competente, habia de acompañarme á buscar por el mundo á mi padre *Ulisos*, para llevarle en triunfo á Itaca, ó á la Palma, que tanto valia.

—Pues de agradecérsele eran, D. Bruno, tantas y tan solícitas atenciones.

—Si hubieran sido desinteresadas, señora; pero ¡vive Cristo! que no lo eran. Perdonadme si suelen escapárseme algunos votos; pero es costumbre que adquirí de los mozos de la viña. Os juro que procuraré evitarlos, por el respeto que me inspirais.

—Seguid con vuestra historia adelante, dijo Paulina con la mayor dulzura.

—Pues de todo tenian aquellas atenciones, señora, me-

nos de desinteresadas, y pronto se vió el resultado. El hermano Salustiano cargaba con cuanto podia de la casa, y hacia además que mi madre le sacara á cada paso de compromisos pecuniarios que le afligian. Estos gastos, donde habia muy poco con que contar, y la mala administracion de una mujer que descuidaba los intereses terrenales por otros de más importancia, como ella decia, pronto nos pusieron en el compromiso de tenér que vender la viña. Entonces el hermano Salustiano hizo poco más ó menos lo que mi padre, pues si bien no abandonó el lugar, por lo menos no volvió á poner los piés en casa. Ya se ve. Nada tenía que sacar de ella, y el que no tiene qué dar, regularmente no cuenta más que con enemigos.

—Hablais como exasperado con vuestras desgracias.

—Puede que sí, pero creo que más es mi lenguaje hijo de la experiencia. Ello fué que á poco de vendida la viña y de haber suspendido desde entonces el pié de la casa el hermano Salustiano, encontréle un dia en la calle. Iba afanoso, con un tarro de dulce en cada mano, que llevaba á regalar ó le habian regalado, porque empleaba la mayor parte de su tiempo en semejante comercio de golosinas. Vióme, y siguió adelante como si nunca me hubiese conocido; pero dándome prisa y emparejando con él, díjele que mi madre extrañaba mucho su ausencia. «Pues dile que no la extrañe, me contestó, porque al presente no tengo una hora mia.» Añadíle entonces que deseaba que completase mi educacion, y me repuso: «Que ya sabia bastante con lo que me habia enseñado, y que para ganarme un jornal destripando terrones, de poca teología necesitaba.» Con esto concluyó diciendome que no le estorbara el paso, porque estaba

de prisa. Cuando tal oí y tal conducta presencié, viniéronme ganas de bajarme á coger un guijarro con que descalabrarle; pero me contuvo la idea de que con esto habia de ponerme en compromisos que ofrecieran gran pesadumbre á mi madre sobre las que tenia, y dejéle ir en paz. Despues supimos que habia muerto ya viejo y á consecuencia de un hartazgo. Tambien Dios tenga en paz su alma, aunque tanto daño me hizo.

—Teneis buen corazon, D. Bruno.

—Así decia mi madre. De los vivos no me dejo ofender siempre con impunidad, pero á los muertos no guardo ningun rencor. ¿Y para qué? Un hombre muerto es nada; ¿y á qué se ha de tomar la nada en cuenta?

—¿Y al fin murió tambien vuestra madre?

—Luego que la llegó su hora. Con el trabajo de mis manos la sostuve hasta estos últimos tiempos. ¡Pobre señora! Pero al fin tuvo que emprender el viaje como cada hijo de vecino. ¿Y qué mas da? Lo peor que puede suceder es que vuelva á ser cada uno lo que antes ha sido; y si entonces no se quejaba, despues tampoco tiene por qué hacerlo.

—No, D. Bruno. El que llegó á nacer, va en camino de otro mejor mundo, si en este se porta como vos lo habeis hecho.

—Así tambien lo decia mi madre, esperando allá mejor viña de la que aquí habia perdido. Cuando conoció su merced que lo de la muerte iba de veras, me llamó y dijo que tal vez mi padre hubiese fallecido antes que ella; pero que caso de no ser así, si alguna vez llegaba á encontrarle en el mundo, le perdonase todo lo que habia hecho con nosotros, como ella por su parte se lo perdonaba.

—¿Y nunca despues conseguísteis ninguna noticia de él?

—Ni por asomo. Luego que murió mi madre, resolví, ya que ella habia marchado para otro mundo, irme tambien yo del viejo, que por la ausencia de aquella me causaba hastio. Á ninguno habia de enderezarme mejor que á la isla de Cuba, donde decian que se encontraba el dinero como las piedras, y aprovechando el primer enganche de colonos, entre una partida de ellos vine á hacer fortuna, ó á morirme del vómito negro, ó á sumirme en un infierno de padecimientos, que todo puede ser... Pero ¿qué tiene en la boca aquel perro? Brilla como si fuera metal. ¡Sús! ¡Aquí, Turco!

Á semejante llamamiento corrió Turco para D. Bruno, llevando en la boca una cosa que, á los rayos de la luna que iba asomando, brillaba como metal, segun lo habia observado el rústico. Abalanzóse al perro, y quitándole lo que llevaba, resultó ser una cartera con labores efectivamente de metal, que era lo que habia resplandecido á los perspicaces ojos de D. Bruno, y de seguida dijo:

—Sin duda este chisme se habrá caido á algun caminante al pasar por estos lugares. Tomadlo, pues, añadió entregándolo á doña Paulina, y ved si conseguís que vuelva la prenda á su dueño. De seguro que el hermano Salustiano no habria hecho mucho esfuerzo en buscar á ese dueño, si la suerte le hubiera presentado el hallazgo.

—Pues no hemos de imitarle, contestó Paulina; sino que á la contra, hemos de hacer cuanto sea posible para que el propietario recobre su alhaja. Acaso le haga más falta de lo que imaginamos.

Diciendo esto, abrió la cartera, y encontró en ella sola-

mente algunos papeles que la oscuridad no permitia reconocer, por lo cual dijo:

—Papeles contiene, y tal vez sean de importancia, para su dueño al menos.

—Sea lo que fuere, repuso D. Bruno, si la cartera no es nuestra, vaya á manos de su dueño, sin que le falte un pelo, como ya se ha dicho.

Con esto anduvieron no muy corto trecho, sin que se dijeran una palabra tan solo, bien que no por ello perdia su tiempo D. Bruno, pues entregado enteramente al cuidado de Paulina, y sin separar un punto sus ojos de los piés de aquella, íbala indicando los lugares donde pudiera asentarlos de manera que corriesen menos riesgo con el mucho barro que habia ocasionado la lluvia. Pero al fin, Paulina, reanudando el roto hilo de su primitivo diálogo, díjole:

—Como decíais hace poco, D. Bruno, al fin vinísteis á la isla de Cuba. No creo que en ella encontrareis la muerte que anunciábais, y por el contrario, entiendo que habrá de iros muy bien. Es tierra rica y hospitalaria, donde el trabajo halla siempre su recompensa.

—Á ella vine, señora, con las más seductoras esperanzas; pero, como dicen, no es oro todo lo que relumbra, y en todas partes el pobre necesita trabajar mucho para vivir. Sin embargo, más puede sacarse de donde hay que de donde no hay. Gracias al bueno de mi padre, que pudo darme mejor oficio del que tengo. En un principio me llené aquí de desaliento, porque no encontré, como me habian dicho, el dinero entre el barro de las calles. Es duro tener que hacer un caudalejo peseta á peseta, cuando se ve á otros que,

sin trabajar apenas, recogen el oro como si cayera con las lluvias de Agosto. Pero ¿quereis que os diga la verdad?

—Sí, D. Bruno; nunca mis oidos se cerraron á ella.

—Pero es que vais á enfadaros.

—Nunca la verdad me causó enfado.

—Pues en tal supuesto, allá va con Dios. Si no os hubiera encontrado en esta Estancia, no sé yo qué hubiera sido de mí; pero pronto vi que érais tan buena como mi madre, si es que no la sacais ventaja. ¡Por vida!.... Dispensadme, pero esta maldita costumbre... Mi principal placer es serviros, y por vos daria la vida con el mayor contento.

—Gracias, D. Bruno; tambien tengo mucha estimacion por vos, contestó Paulina sin dar á las palabras del labriego toda la importancia que tenian en realidad, y sin convenir tampoco en que hacian en su alma más eco de lo que ella hubiera creido antes de escucharlas.

—Bien veo, señora, que poca esperanza teneis de heredar fortuna, como sucede á los más que andan por el mundo; pero Bruno tiene buen corazon y mejores brazos todavía, y quién sabe si alguna vez clava en él los ojos la Providencia, como decia aquel pícaro del hermano Salustiano. De todos modos, siempre podeis contar conmigo.

—No dudo que haríais mucho por mí.

—Cuanto por un hijo una madre que merezca ese nombre, como decia la mia que Dios haya. Bien veo que á alguien que no os merece habeis enagenado el corazon; pero sentiré tan solo que seais desgraciada, y si él fuese la causa, creo que le destriparia; pero perdonadme estos disparates, porque la cabeza se me pierde cuando pienso en ciertas cosas. No sé yo por qué esas cosas han de ir tan mal en el

mundo; pero sí que para estar en él se necesita sufrimiento sobre todo.

En esto, advirtieron que por el camino que llevaban, venian gentes con un farol; y dándose prisa para alcanzarles, á poco que anduvieron se encontraron con D. Bartolo, quien acompañado de algunos negros que llevaban unas descomunales trancas, habia salido tambien en busca de Paulina, alarmados como estaban Agustina y él con tan notable tardanza.

CAPÍTULO XVIII.

Que refiere la caida de D. Leonardo.

Luego que Paulina puso el pié en la casa de la Estancia de sus tios, acometiéronla estos con mil preguntas sobre todo lo que habia pasado, sin esperar siquiera á que por su órden pudiera irlas satisfaciendo, pues una tras otra se precipitaban, como en casos semejantes suele acontecer. Despues de algun espacio dé tiempo, lograron ponerse al cabo D. Bartolo y su esposa de los sucesos principales que habian ocurrido á Paulina en aquella tarde, tan fecunda en ellos; y entonces comenzaron los dos consortes á deshacerse en exclamaciones, y observaciones, y conjeturas, tan precipitadas y tumultuosas como las preguntas que las habian precedido.

—Ya esto no se puede sufrir, decia doña Agustina. No sé qué va á ser de nosotros con tantos ladrones. ¡Robarla el rosario de su madre! ¡Desalmados! Y qué falta nos hace una

Inquisicion, pero de lo bueno. Un padre Torquemada, pero tan quemador como aquel santo varon, para que bien mereciera el apellido. ¿Pero daño no te hicieron, hija mia? Susto sí. Ya lo considero. ¡Pobrecilla! ¿Y no conociste á ninguno? Por supuesto, vendrian disfrazados, como ellos acostumbran. ¿Y les hiciste resistencia? Ya se ve, como que te arrebataban la única prenda que te dejó tu madre. Si soy yo, me muero del susto. ¿Y tuviste valor, eh? No te hacia con tanto. ¿Conque te socorrieron á tiempo? Buena fortuna fué.

De este modo se mantuvo doña Agustina preguntándose y contestándose por largo tiempo, y tomaba un momento de reposo, y tornaba á la carga despues, agitándose á la vez como azogada. Por lo demás, era costumbre en la buena señora racioeinar por medio de preguntas y respuestas que á sí misma se hacia, por lo que sus amigos solian distinguirla con el apodo de *Catecismo de Fleury.* Por su parte D. Bartolo paseábase á lo largo y á lo ancho de la sala en que se encontraba, con muestras de imaginativo, y en los claros que dejaba la copiosa lluvia de doña Agustina, decia por su parte:

—Esos ladrones eran los mismos que estaban en casa de Lamprea cuando se encontraba allí la muchacha. De manera que nada ha valido poner á aquel pícaro en la cárcel. Ya lo diremos á D. Leonardo, y el rosario parecerá. Será lo que quieran D. Leonardo; pero este asunto lo ha tomado á pechos, y les pondrá las peras á cuarto.

Entretanto, callaba Paulina, entregada á sus tristes pensamientos, con muestras de melancólica y doliente, hasta que fijando la atencion en esto doña Agustina, llegóse para ella y díjola:

—¿No te encuentras bien, hija mia? Cómo has de encon-

trarte, despues de tantos sustos. ¿Y quisieras recogerte, no es verdad? Ya se ve que te conviene mucho. Vamos, sígueme.

Y obedeciéndola Paulina, la condujo á su cuarto, donde con la mayor solicitud la ayudó á desnudarse. Al tiempo de hacerlo, tropezó con la cartera que la habia dado á guardar D. Bruno, y dijo:

—¿Pero qué libraco es este que traes contigo? Vamos, es el hallazgo del perro, que dijiste. ¿Y qué ha de hacerse con él? Aquí lo pondré en tu armario, porque ahora no estamos sino para que descanses y te repongas. ¡Estás helada! Si es lo que digo. Ni fritos en aceite aquellos pícaros...

Con esto dejó descansar á Paulina, que harto lo necesitaba. Al siguiente dia aparecióse en la casa D. Leonardo, llevado por el rumor de lo que habia sucedido, porque las malas nuevas han ido siempre por telégrafo, aun antes de que se hubiese hecho descubrimiento tan maravilloso. Allí le impusieron Bartolo y Agustina de todos los pormenores del nefasto acontecimiento, deduciendo, como muy claramente debia deducirse, que los ladrones habian sido de aquellos que se ocultaban en la casa de Lamprea; de aquel mismo Lamprea sobre que pocos dias antes se habia hecho sentir con toda su fuerza la mano pedánea, que el nuevo hecho de todo punto dejaba desairada, si no en ridículo. Esta insidiosa observacion, hecha de propósito por los dos consortes, para herir de lleno el amor propio de D. Leonardo, produjo todo el efecto, si no más del que esperaban. D. Leonardo dejó aparecer en sus labios una sonrisa llena toda de hiel y de cicuta, y de seguida juró por los manes de sus abuelos, que conmoveria la tierra desde lo más profundo de sus entrañas,

hasta conseguir que el rosario pareciera, y que caso de no ser posible recobrarlo, habia de hacer un escarmiento, que por larga época se conservara en la memoria de las gentes.

Segun se dice, nunca nos encontramos más próximos á la enfermedad, que en los momentos en que gozamos la más completa salud; y acontece tambien que nunca nos encontremos más envanecidos y satisfechos con el poder, como en vísperas de una inesperada caida. Ignoraba el pedáneo que á lo lejos se formaba una negra tempestad que de improviso habia de descargar sobre él; y lleno de orgullo, se creia fuerte cuando era débil, y hacia ostentosos proyectos á la hora en que se eclipsaba su poderío, y amenazaba con dejar caer su brazo en el momento en que iba á quedar seco y paralizado. ¡Triste condicion á fé la del hombre, que está como condenado á vivir siempre entre el temor y el engaño! ¡Víctima siempre del miedo vago y de las ilusiones más vagas todavía! Pero en su momento de entusiasmo, nada de esto se ocurrió á D. Leonardo. Pensaba hacer justicia, cuando más que eso en realidad meditaba una venganza; y tal la tenia en el corazon y la cabeza, que ni siquiera se le ocurrió, antes de su salida de la casa, llevarse algo de ella, como tenia de costumbre.

Con teson acometió la empresa que en su ánimo habia resuelto de un modo tan decisivo. En persona fué á hacer un registro á la casa de Lamprea, amenazando á su mujer con todo su poderío, si no la descubria quiénes fuesen los ladrones; pero aquella negó saberlo á pié juntillas, y don Leonardo la notificó en tono solemne que habia sonado la hora de la justicia, y que á aquel tañido fúnebre, todo criminal debia postrarse de hinojos, para de esa manera espe-

rar un condigno escarmiento. Sobre esto, agitaba á todos sus subalternos para que diesen numerosos pasos y practicasen multiplicadas diligencias, y al ver tanta actividad y tan desusado esmero, preguntábanse aquellos aturdidos qué torrentes se habian despeñado de lo alto, que así habian hecho salir de madre aquel rio, de corriente tan sosegada siempre. Pero es que nunca habian tenido ocasion de verle tan directamente ofendido en su vanidad como en aquella sazon lo estaba.

Tres dias llevaba ya de este tráfago, cuando al cuarto acabó de colmarse la medida de su descontento y de cegarle su enojo. Dijéronle, pues, que Lamprea habia salido de la cárcel, como que acababan de verle sano y salvo en su casa; y entonces soltó los diques á su furor, anunciando que iba inmediatamente á encausarle de nuevo con su mujer, y á constituirles á entrambos en la misma cárcel de donde el uno de ellos habia salido. Nuevo Titan, se preparaba así á rebelarse y á atacar al propio Olimpo; pero á la sazon Jove habia de lanzarle con mano poderosa un rayo, que derribando la estatua de su pedestal, la hiciese caer humillando su frente en el polvo. Cuando de aquel modo blasfemaba, pues, y se disponia á hacer abierta oposicion á sus superiores, ve aquí que le ponen en la mano un oficio. Abriólo, paseó por él sus miradas, y se encontró con que estaba destituido de la capitanía pedánea, previniéndosele á la vez que hiciese luego entrega de ella á D. Eustaquio Barullo. Sintió caer sobre su corazon una pesada losa, bajó sobre sus ojos un negro y fúnebre crespon, y oyó una terrible voz que le decia que el hombre es un miserable, y su vanidad miseria como él.

Todo aquel orgullo vino, pues, á resolverse en humildad y abatimiento, y apenas podia contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos; porque las almas mezquinas, cuando sopla el viento de la prosperidad, consideran el mundo todo como un átomo miserable; pero luego que sopla el viento de la desgracia, apenas se estiman ellas como un miserable átomo en el mundo. Dirigióse el pedáneo con pasos vacilantes á la alcoba de su consorte, llevando el terrible oficio en la mano, para hacerla participar de la amargura de su corazon, y díjola, con aquella franqueza que naturalmente mediaba entre ellos:

—Hija mia, acabaron los tiempos prósperos y comenzaron los adversos; decreció nuestro dia y asomó nuestra noche. Ensayé el ser justo, y me han quitado el destino.

—Bien te lo decia yo, contestó la consorte dando á la vez las mayores muestras de sentimiento. Bien te decia que no te metieras en camisa de once varas, y que siguieras, como siempre, la corriente rio abajo. No me sorprende el resultado que has obtenido.

—Con efecto, contestó D. Leonardo, estregando con rabia entre sus manos el malhadado oficio. Dices muy bien: *al primer tapon, zurrapas.*

De este modo pesábale al pícaro haber dejado de serlo una vez, y á solo esto achacaba su desgracia, sin calcular que á la postre, por uno ú otro camino, habia de venirle el castigo correspondiente.

De seguida fuéle forzoso entregar la capitanía, lo cual hizo con la resignacion y duelo que Abdallah entregó á Granada al Rey Católico:—*Tuyas son, ¡oh rey! puesto que Alláh así lo ha decretado.*

Y entonces vieron, el que entregaba la plaza y el que la recibia, la marcada diferencia que hay entre la fortuna que viene y la fortuna que se va.

D. Leonardo habia muerto, y todos sus dependientes y subalternos se separaban de él, y le miraban con aquel despego y repugnancia con que se mira al cuerpo que fué abandonado por la vida. Sus aduladores, que llevaron á otra parte sus homenajes para seguir medrando, no tuvieron ya ni un momento que consagrarle; ¿y para qué tampoco iban á lacerar sus corazones escuchando los lamentos de la desgracia? Como no tenia más amigos que los que necesitaban de él, su impotencia de servirles concluyó toda relacion entre ellos; y sus muchos enemigos, que andaban encubiertos por temor de su poderío, entonces se presentaban desembozados y á boca llena le vituperaban, exagerando las faltas que habia cometido, y dando por ciertas las que hubiera podido cometer. Su casa quedó desierta como la morada del pobre; en su cabeza el desengaño, y la rabia en su corazon. Aun quedóle la costumbre de pedir, que tan arraigada estaba en él; pero todos los demás habian olvidado la de darle, y así no le quedaba más amparo ni remedio que algo que habia podido reunir y guardar, á lo que él daba el modesto nombre de sus economías.

Á la contra, D. Eustaquio aparecia como el sol de la mañana, que viene de nuevo disipando tinieblas y prometiendo luz y calor por todo un dia. Recibia con el destino la cohorte de sus subalternos, y la otra cohorte de aduladores, de más extension todavía. Su casa se vió tan llena, como vacía la de su antecesor; los amigos de D. Leonardo lo fueron suyos, fieles siempre en conservar aquella afeccion al empleo

y no al que lo desempeñaba; los enemigos del caido se vengaban de él entonando un cántico de alabanzas á favor del que en su lugar se habia levantado; regocijábanse otros meramente por la aficion á las novedades, que tanto atractivo tienen en el populacho; y holgábanse los más tan solo por verse libres de D. Leonardo, celebrando la venida de don Eustaquio como los de Israel la de Gedeon, porque les habia librado del poder de Madian: *Quia liberasti nos de manu Madian.*

En persona fué el mísero (D. Leonardo, quiero decir) á participar su destitucion á D. Bartolo, y allí filosofaron los dos sobre la incertidumbre de las cosas humanas, siendo semejantes reflexiones lo único que le ofreció aquel para alivio de su terrible cuita. Vióle D. Bartolo entonces tal cual era, y apenas le pesó de que le hubiesen destituido, mucho menos cuando en su lugar habian nombrado á D. Eustaquio, de quien más podia esperar aun, y acaso á costa de menores sacrificios que los que el otro le obligaba á hacer. Por su parte, D. Eustaquio no habia olvidado aquella casa á que le unian tantos recuerdos, y puesto que por algun tiempo hubiera suspendido el pié de ella, razonable le parecia presentarse allí, siquiera para ofrecer un destino que ponia á don Bartolo y su fámilia bajo su inmediata dependencia. Si bien no queria continuar sus tratos con Paulina, tampoco era este un motivo para que se pusiese en abierta hostilidad con ella y su casa, y por lo mismo resolvió visitarla con la intencion que se ha significado; mas lo que en la visita sucedió, será bien dejarlo para el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIX.

En que vuelve á tratarse del rosario de Paulina.

Hizo, con efecto, la visita al dia despues de proyectada, y recibiéronle D. Bartolo y su esposa como nunca hasta entonces lo habian acostumbrado; principalmente el primero, que agotó los cúmplidos y plácemes de una exagerada manera. Si en un principio habian disimulado sus pretensiones para con Paulina, por mera consideracion á D. Matías su hermano, y si despues las toleraban de mejor voluntad cuando el aspirante iba hombreando, á la sazon de hacerse persona adinerada y notable en poder, quisieran que cuanto antes anunciase la intencion de su mátrimonio, para acogerla solícitos y precipitar la consumacion del suceso, antes de que los vaivenes de la fortuna vinieran á ponerle ningun obstáculo. Por lo mismo, y aprovechando la primera coyuntura que en el curso de la conversacion se presentó, dijéronle que Paulina aun se encontraba recogida, puesto que

ya levantada, á consecuencia de un grave susto de que ella misma le instruiria, como quien algun remedio podia poner en el caso. Y acompañándole con esto á la habitacion de aquella, allí le dejaron para que á sus solas departiesen lo que estimaran oportuno, en inteligencia de que no habian de dejarse en el tintero lo tocante á los desposorios.

Comenzó el mancebo mostrando el mayor interés por la salud de Paulina, cuyo quebranto revelaba la palidez que bañaba su rostro, y excusóse de no haberla visto antes, porque los negocios en que se habia sumido, apenas le dejaban un momento que consagrar á los dulces afectos que más interesaban su corazon.—El hombre público, concluyó diciendo, es un esclavo de tirano señor, que no le permite cuidarse de sí en manera alguna; y si ha de llenar sus deberes segun corresponde, esle forzoso renunciar á todos los placeres del alma.

—Comenzando por el amor, contestó Paulina. Así me lo habia hecho comprender vuestra conducta, y de algun tiempo acá me he ido acostumbrando á esa idea.

—No, Paulina, no creais por eso que nada del mundo será bastante á borrar vuestra imágen, que llevo estampada en el corazon. Presente y ausente, late por vos hoy, como en los primeros tiempos en que os vi.

—Decís bien; porque esos latidos nunca han debido alarmaros, así como la imágen tampoco ha podido alterar en nada vuestro habitual sosiego. Ó me engañais, ú os engañais á vos mismo.

—¡Qué decís!

—Lo que muchas veces debiérais haberos dicho. Vos no podeis tener amor por mí.

—¿Que no puedo? ¡Ingrata! ¿Pues quién ha sido la que turbó la paz de mi alma, y por primera vez me hizo sentir las dulzuras del amor, con todos los tormentos que consigo trae? ¿Á quién consagré todos mis pensamientos, dia por dia y hora por hora? ¿Y quién me ha obligado á adquirir afanoso una fortuna, tan solo para ponerla á sus piés con mi persona?

—Ya sé quién ha obrado esos prodigios.

—¡Cómo pudiérais dejar de saberlo! Sí, Paulina. No se os oculta este fuego que en mí habeis encendido. Mi existencia depende de la vuestra, y la sola esperanza de verlas para siempre unidas, algo más adelante...

—Me estais equivocando con Úrsula, dijo Paulina con suma calma.

Al oir esta imprevista salida, demudóse todo D. Eustaquio, creciéndole las narices dos pulgadas. Guardó silencio por un breve espacio de tiempo, en fuerza de la impresion que lo dicho por Paulina le habia causado; pero reponiéndose luego enteramente, dijo:

—¿Conque hasta aquí llegó la suposicion de que me habia yo empeñado en amores con esa mozuela? Cierto que nada hay como la calumnia. Prende con la facilidad del fuego, y con la misma lo devora todo.

—Y para acallar esa calumnia, dísteis libertad á la esclava de los padres de vuestra pretendida. Para todos habeis sido generoso, menos para conmigo.

—Es falso, Paulina, que haya dado yo la libertad á aquella esclava.

—¿Pues quién fué entonces?

—D. José Ruiz.

—Por vuestro mandado.

—Es incierto tambien. El amante de Úrsula fué quien sacó de cautiverio á la esclava. Habíale servido en sus amorosos tratos, y quiso evitarla un castigo cruel. La mejor prueba de todo ello es que dentro de pocos dias se casarán los dos amantes. Si procurais averiguarlo, entonces variará vuestro juicio respecto de mí.

—¿De veras se casa?

—Dentro de pocos dias os he dicho. Si ya os pesa de haberme entregado vuestro corazon, en libertad os dejo para que dispongais de él; pero antes de todo, quede mi nombre bien puesto.

—¡Es cierto que se casan!

—Os lo juro por cuanto hay de sagrado en el cielo y en la tierra.

Y decíalo con el acento de la verdad, que realmente le constaba. Al oir esto, quedó Paulina al extremo confusa, dando vivas muestras de no saber qué partido adoptar en aquellas críticas circunstancias. Resuelta estaba hacia algun tiempo á romper con aquel fementido, que de tan cruel manera habia burlado su pasion, y acostumbrada ya á esta idea, en mucho disminuyó el amor que habia sabido inspirarla; pero entonces la protestaba su inocencia, ofrecia la prueba más decisiva que de ella pudiera darse, y luchaban en Paulina su despego por él y la idea de que podia obrar con abierta injusticia, haciéndose acreedora al mismo duro cargo que dirigia á su amante. Iba ya á confesar su falta y á pedir perdon por ella, cuando de repente la asaltó otra idea en que antes no se habia detenido, y enunciándola luego, dijo á D. Eustaquio:

—¿Y cómo estais tan impuesto de los secretos que median entre esos dos amantes?

Vaciló nuevamente D. Eustaquio al oir semejante pregunta; pero la contestó luego con su natural entereza, diciendo:

—Como me atribuyeron los amoríos y el don de la libertad, naturalmente hubo esto de despertar en mí una curiosidad que juzgué oportuno satisfacer.

Esta contestacion, que no era de tanta fuerza como las otras, tornó á introducir las sospechas en Paulina, recordando entonces haber oido hablar á D. Leonardo de un D. José Ruiz, en los términos desfavorables que puede calcular el lector; pero no sabia si era el mismo á quien se referia don Eustaquio; y para cerciorarse de ello, dijo:

—No dudo, D. Eustaquio, que el próximo casamiento de Úrsula acredite la verdad de vuestras palabras. ¿D. José Ruiz decís que se llama su futuro esposo?

—D. José Ruiz.

—Bastante le conozco de nombre.

—¿Le conoceis?

—¡Quién no conoce al Cortado en este barrio!

—Han dado en llamarle con ese apodo...

—Como habrán dado en decir tambien que dió la libertad á la esclava, cuando es imposible que para ello tuviera los medios necesarios. Como habrán dado en decir tambien que se casa con aquella doncella á que nos referíamos.

—Ya me cansan vuestras sospechas, dijo D. Eustaquio con muestras de mal humor.

—No os enfadeis, D. Eustaquio; no quiero que á vuestro amor sustituya vuestro enojo. Ya que no habeis podido ser mi amante, quedad siendo por lo menos mi amigo. Esto

último no os impide llevar vuestro amor adonde lo llevásteis ó á otro punto cualquiera. Sí, conozco que vuestra amante no puedo ser, pero puedo ser vuestra amiga. No me negueis este segundo título. Os hablo con la mayor sinceridad. Despues de haber perdido el uno, quedo conforme con el otro.

Á D. Eustaquio, que, como se ha dicho, no le pesaba de ver concluidas aquellas relaciones, atendiendo á sus nuevos proyectos, y con tal de no quedar malquisto con Paulina por lo que en adelante pudiera suceder, veníale como de perlas la proposicion que se le hacia. Consideró que Paulina, desprovista de la herencia de sus tios, no habia de encontrar un nuevo amante á tres tirones, y echando de sí aquella carga, con la amistad tenia bastante para en todo caso, y segun se presentaran las cosas, tornar á emprender sus solicitaciones; en inteligencia de que donde habian mediado amores, siempre habian de quedar elementos que de nuevo reviviesen la extinguida llama. Por lo mismo, y antes que Paulina retrocediera por el buen camino en que se habia entrado, díjola luego:

—Muy equivocada estais con mi inmenso amor. Es tan grande, Paulina, que nada en el mundo puedo negaros; porque ¿qué prueba mejor de vasallaje puede dar un amador cautivo que obedecer hasta en sus más infundados caprichos á la señora de su alma y dueña de su corazon? Ya que mandais que como amigo os trate, actos de amistad tan solo vereis en mi exterior, puesto que el interior amor lo consuma lentamente. Cuando por oportuno tengais alzar vuestra prohibicion, tornará el amigo á mostrarse amante, como en tiempos más venturosos.

Mordióse Paulina imperceptiblemente los labios, porque aunque de buena fé habia hecho aquella proposicion, no creia que fuese aceptada sin alguna mayor resistencia, lo cual acabó de confirmarla en lo acertado de aquel mismo paso que habia dado con su infiel amante. De seguida, sin embargo, volviendo al pensamiento que sobre todo la traia preocupada de algunos dias á aquella parte, díjole:

—Vuestra amiga tiene que pedir un favor á su amigo.

—Decid, pues, con toda franqueza.

—Soy huérfana, D. Eustaquio; no conocí á mi padre, y cuando principiaba á gozar de las maternales caricias, primera y más cara ventura que conocemos en el mundo, Dios, que pocas me tenia destinadas, llamó para sí á mi madre. No me dejó más herencia que la pesadumbre por su falta, y una prenda religiosa que siempre llevaba consigo, que la servia para mitigar sus penas, y que acaso calculó que habia de necesitar su hija para el mismo efecto. ¡Es terrible cosa que tambien se herede la desgracia!

Al decir esto, las lágrimas se asomaron á los ojos de Paulina, y las entrañas de D. Eustaquio, como si no fueran de guijo, recibieron alguna tierna impresion.

—Continuad, Paulina, que ya deseo saber en qué puedo serviros.

—Mis tios me entregaron aquel rosario cuando supe apreciar su valor, y desde entonces fué mi constante compañero, que nunca me abandonaba. Con él, poco echaba de menos en el mundo; y sin él, nada hay en el mundo que pueda dejarme satisfecha. Habrá cinco dias que salí á dar mi acostumbrado paseo, y descuidadamente lo llevé conmigo. Á mi vuelta me lo robaron unos bandidos de esos que, segun

dicen, han solido ocultarse en la casa de D. Saturnino Lamprea.

—Dadme las señas del rosario, dijo D. Eustaquio sin poder contenerse.

—Es un rosario de siete dieces, de los que llaman coronas. Los granos pequeños son de coral y los gruesos de oro, llevando un crucifijo de oro tambien y de algun valor.

Al oir esto D. Eustaquio, comenzó á mover la cabeza muy ligeramente, con expresion convulsiva; pero reponiéndose luego, dijo con calma:

—¿Conque os robaron el rosario?

—Y desde entonces, la tristeza que de ordinario anubla mi corazon, va devorando mi existencia. No podríais concebir la falta que me hace aquella prenda, y quisiera recobrarla á todo trance. Acaba Dios de poner en vuestra mano la vara de la justicia, y podeis emplearla haciendo que vuelva á mi alma el sosiego. Vuestro predecesor D. Leonardo nada pudo conseguir en el particular; pero si vos lo lográrais, ¡cuánto seria mi agradecimiento! No quiero, D. Eustaquio, que se castigue á esos criminales; con la mejor voluntad les he perdonado; me limito tan solo á que me devuelvan la prenda que me arrebataron. Para ellos tiene poco precio, y el que tiene para mí, no hay oro en el mundo que pueda pagarlo.

—Paulina, dijo D. Eustaquio poniéndose en pié y con tono solemne; el amigo cumplirá con lo que debe á la amistad, y el juez con lo que toca á su cargo. Haré investigaciones para que parezca el rosario, y me lisonjeo de que no serán en vano mis esfuerzos.

Entonces Paulina, sin ser poderosa á contenerse, le tomó entrambas manos con la mayor efusion, diciéndole:

—¡Qué bueno sois para conmigo! ¡Si supiérais cuánto os lo agradezco! Si vos quereis, la alegría volverá á mi corazon.

Á esta sazon, entró en la Estancia doña Agustina, como en busca de algo que habia en un armario, que abrió al efecto. No fueron perdidas para ella las últimas palabras que Paulina pronunció, y al soslayo vió la manera en que tenia las manos de D. Eustaquio, por lo que, como prudente, se apresuró á retirarse luego, diciendo á su esposo:

—¿Creias que me equivocaba? Pues están con una animacion nunca vista. ¿No calculas el resultado? Pues yo calculo que el matrimonio se hará muy pronto. ¿Cómo irá en él á Paulina? Bien merece la pobrecilla ser feliz; y tambien él, porque se va haciendo muy buen chico. Hará prodigios.

Paulina, por su parte, dijo á D. Eustaquio, dirigiéndole una expresiva mirada de agradecimiento:

—¿Os vais ya?

—Sí, Paulina. Os he dicho que los deberes de mi cargo no me dejan un punto de reposo.

—¡Ah! Perdonad. Se me olvidaba otra cosa. El mismo dia en que me robaron el rosario, un perro de la casa se encontró por el campo una cartera. Vi que contenia papeles, y no los he examinado. Tambien mi enfermedad y mis penas me habian hecho olvidarla. Os la entregaré para que, como juez del partido, dispongais que llegue á manos de su dueño, ó que se haga con ella lo que estimeis más conveniente.

De seguida tomó Paulina la cartera del lugar en que la habia guardado, y la entregó á D. Eustaquio, el cual, sin abrirla siquiera, metiósela en un bolsillo de su frac, diciendo que más adelante la examinaria, y daria traza para que

llegara religiosamente á poder de su dueño. Con esto despidióse de Paulina, y de seguida tambien de D. Bartolo y su esposa, quienes á la salida gastaron con él más atenciones que á la entrada todavía, mediante la confirmacion de sus esperanzas, que en su conducta creian haber encontrado.

Dos dias habian pasado de este suceso, cuando á deshora presentóse en la Estancia un dependiente de la capitanía pedánea, llevando un rosario para que se dijese si era el mismo sobre que habia recaido el hurto. Al verle Paulina, sin poder contenerse, arrebatólo de manos del enviado para estrecharlo contra su corazon, desatándose en exclamaciones, y no sin verter lágrimas de regocijo. En vista de lo cual, refirió aquel, lleno de entusiasmo, que el pedáneo habia tomado muy á pechos aquel asunto; que en consecuencia habia hecho las más esquisitas indagaciones, corriendo por montes y valles, y que ya con un dato adquirido y ya con un paso acertado, al fin habia encontrado personalmente la prenda, oculta entre unas piedras, hallándose tambien en camino de descubrir pronto á los autores de aquel hecho criminal.

—Allá se lo dirán de misas á esos desalmados, concluyó diciendo. El capitan es un águila, hombre de mucho estudio y práctica, de teson nunca visto y justiciera intencion, sobre todo. No es, por cierto, aquel D. Leonardo, que se pasaba los dias papando moscas y dejando todo el trabajo á los subaltérnos, para darles despues muestras de su insoportable despotismo, poniéndole á uno como un trapo por lo más insignificante.

—¡Gracias á Dios que comienzan los dias de la justicia! exclamó D. Bartolo con tono solemne.

—¡Ay, sí! repuso doña Agustina. ¿Qué tenia yo dicho?

Ese jóven hará milágros, porque es mucha aquella intrepidez, y muy recomendable aquella moderacion, segun los casos.

El dependiente dijo que se llevaba de nuevo el rosario para arreglar por escrito las diligencias que se habian practicado, con lo cual se entregaria á su dueño en debida forma, como efectivamente sucedió pocos dias despues, y entretanto la noticia cundió por todas partes con velocidad extraordinaria. Hacíanse lenguas las gentes con la actividad y tino de D. Eustaquio, y los periodistas dijeron en un artículo que reprodujeron los unos de los otros:

«Los vecinos del Cerro deben estar altamente satisfechos con el pedáneo que ha sustituido al que dignamente ocupaba aquel puesto. Segun se nos dice, hace algunos dias que á una vecina de aquel barrio robaron un rosario, que era la única prenda que la habia dejado su madre, y del pesar se encontraba la jóven á las puertas de la muerte. El pedáneo que entonces habia en el Cerro hizo las más exquisitas diligencias para la averiguacion del delito, aunque desgraciadamente sin fruto; y sucediéndole el actual, desplegando un celo extraordinario, con una inteligencia privilegiada, con un acierto estupendo y de una manera que casi puede calificarse de milagrosa, ha encontrado la prenda. De este modo ha vuelto la vida á la desgraciada, con quien no se contaba ya, ha derramado el consuelo en una familia respetable, y ha dado á la vindicta pública un dia de júbilo. No nos cansamos de elogiar esos actos repetidos de acierto en todo lo que llega á nuestra noticia, que van formando unos tras otros las más lisonjeras páginas para nuestra historia.»

Y con efecto, las más veces se escribe de ese modo la

historia de nuestra época. Si así acontece con ella, ¿de qué medio valernos para saber con exactitud la de los Longobardos en Italia? Por eso alguien ha dicho que la historia es una *fábula de convencion,* y sin aceptar de lleno calificacion de tanta dureza, nos limitaremos á observar que si el hombre viene á sufrir desengaños en el mundo, no por eso deja de morir bastante engañado en todo.

CAPÍTULO XX.

Que deja ver á Tortosa y la cartera.

Mientras la fama, que tan desacertada anda á veces, llevaba á D. Eustaquio al punto á que no debiera, este, por su parte, no descuidó requerir aquella cartera que, como ya se ha dicho, le habia entregado la doliente Paulina. Abrióla con marcada indiferencia, como quien poco ó nada de provecho esperaba encontrar en ella, mas desde luego le saltó á los ojos un papel que hubo de trocar aquella indiferencia en afan y contento. Era, pues, un pagaré por valor de quince mil pesos, con el nombre en blanco de aquel á cuyo favor se habia extendido; y de tan buena firma, como que aparecia suscrito nada menos que por Julian Tortosa, de quien ya tiene conocimiento el lector. Relamióse D. Eustaquio con aquel hallazgo, por lo que pudiera dar de sí, y con el mayor cuidado dedicóse á escudriñar lo más que ofrecian

las entrañas de la cartera, que con tan buenos auspicios se anunciaba.

Vínole á la mano seguidamente otro papel, con apariencia de carta misiva, fechada en Madrid; y leida que fué, resultó decir á la letra:

«Querido Pepe:

»Despues de haberte escrito extensamente por este mismo correo, debo encargarte que no olvides decirme con oportunidad cuándo deba remitirte el poder para que se verifique el desposorio, pues no veo la hora de remediar mis faltas. Cuando el hómbre envejece, es cuando echa de ver todo el desatino de la mocedad.—Tu Felipe.»

—Quede bendito de Dios el arrepentido, dijo D. Eustaquio, volviendo á doblar el papel como antes lo estaba.

De seguida sacó otros dos papeles que parecian escritos de la misma mano que el anterior; pero por más que se devanó los sesos, no pudo comprender su sentido. No tan solo no formaban las oraciones ningun concepto, pero ni tampoco las palabras; por lo que concluyó resolviendo que allí se encontraba algun misterio, que era para aclarado trabajosa y espaciosamente.

En este punto de la operacion se encontraba, cuando de improviso se presentó Tortosa. Como de costumbre, venia sudando al extremo, á manera de botijo que por todos sus poros despide el agua; y en viéndole Eustaquio, apresuróse á meter la cartera debajo de unos papeles que al frente tenia. No reparó en ello Tortosa, sin embargo de la precipitacion con que se hizo, porque negocios de mayor monta le traian del todo embargadas las potencias del alma; y pronto lo dejó ver, pues á toda prisa dijo:

—Amigo de mi alma: os dije antes de ahora que os habia de caer una granizada de pesos duros, y se os viene encima la nube que ha de descargarlos.

—Loado sea Dios. Sentaos.

—Sí, me sentaré, que he venido echando demonios.

Sentóse con efecto; arreglóse el chaleco, y poniendo la mano diestra sobre un muslo de D. Eustaquio en muestra de cariñosa confianza, continuó diciendo:

—Me veo en un grave compromiso, y vais á sacarme de él.

—Explicaos, pues.

—Tengo ahí una expedicioncilla, que se encuentra á punto de desembarcar.

—Pues á tierra con ella.

—Ese es el caso. Tenia ya concertado el modo de sacarla á salvo por cierto punto, cuando ha hecho el diablo que suspendieran al que gobernaba en él, y me hayan puesto en su lugar á otro que no sé de dónde hayan podido sacarlo.

—Ya. Hombres que no están al cabo de los verdaderos intereses... Es decir, que no ven más allá de sus narices.

—Este ni las narices se ve. ¡Qué hombre tan estúpido! No creeríais el chasco que me he llevado con él.

—Curioso puede ser.

—Ahora juzgareis. Me hice de buenas recomendaciones para con él, y me le presenté luego. Con la franqueza que acostumbro le hablé de la cosa, indicándole que cuando llueve, todos han de gozar del beneficio; y fuéme poniendo un entrecejo que me iba amostazando. Al fin me preguntó socarronamente, si tenia licencia del gobierno para aquel desembarco, y si á él le tocaban algunos derechos por arancel.

¡Mirad qué sandeces! Le contesté que la práctica... y que eso de arancel... y qué sé yo; porque ¿qué habia de contestar á un animal de aquella especie?

—Ya lo creo. Buena la hizo.

—Pues aun falta lo mejor; porque en conclusion, me dijo con mucha pachorra:—Señor mio, en solo una cosa puedo ahora faltar á mi deber.—Señor, gracias, bien esperaba yo... —Solo puedo faltar á mi deber no poniéndoos ahora mismo en la cárcel; pero si es que llega la expedicion, ya sé quién la trae.

—¿Eso os contestó?

—Á la letra. ¡Haya bárbaro!

—Se necesita en los destinos cierto tacto...

—No se puede hablar de *tacto* á un hombre como aquel. Sin duda esas ideas peligrosas... ¡Abolicionista! Y despues llaman á eso cumplir con su deber.

—La integridad no debe ser exagerada, porque todo extremo es vicioso. ¿Y qué partido pensais adoptar ahora?

—Á eso voy. El buque anda por esas costas, corriendo miles de peligros. Por aquí los cruceros ingleses, por allí los buques nacionales de guerra; acá los bajíos, y más allá el infierno, porque apenas le quedan víveres. Determino, por lo tanto, hacer el desembarco por estas playas cercanas. Distribuyo la mercancía por distintos rumbos, colocando gran parte de ella en la Estancia de Lamprea y algunas otras limítrofes; capitan y tripulacion se desbandan como pájaros al rumor del tiro que no les alcanza, y el barco concluye como Troya, en medio de las llamas. Digo que cuento con vos.

—¡Jesus y valme! ¿Cómo puedo yo disimular eso?

—Durmiendo cuando los demás velen, ó en todo caso, persiguiendo la caza á buena distancia del rastro.

—No me siento con ánimo bastante...

—Os le daré yo. Con este, dos favores podeis cobrarme, y antes de que los cobreis, pagaré como yo acostumbro.

—Eso me va á costar lo menos el destino.

—No lo necesitareis despues de cumplida mi oferta. ¿Para qué ha menester destinos el hombre rico?

—Tendré que renunciar á mi porvenir.

—Despues de haberlo asegurado.

—Teneis una voluntad de hierro.

—Y ganzúa de oro, que me introduce en las fortalezas inexpugnables.

—¡Conque os atreveis á proponerme!...

—La décima parte del producto de la expedicion. Debe traer como mil *bultos*, segun les llamamos. Con cien de ellos sereis un potentado. De otro modo, voy á perderlo todo. No abuseis más de mi posicion.

—Poco es la décima. Sabe Dios el compromiso en que voy á verme.

—Daré la quinta.

—Pero serán un estorbo para mí esos negros.

—Yo os los venderé sobre la marcha. Contad con cien mil pesos largos.

Al oir esto, D. Eustaquio comenzó á temblar de regocijo, y parecíale Tortosa un ángel que venia á llevarle consigo, para que con él participara de las glorias celestiales.

—Sois de esos hombres, le dijo, á quienes concedió naturaleza el poder de la fascinacion para con sus semejantes. Por primera vez en mi vida faltaré á mis deberes; pero corro

á mi perdicion, como el ave tímida á la boca de iman de la serpiente.

—¿Conque está decidida el ave?

—Sois irresistible. Haced lo que os parezca.

—Pues en vez de engulliros la serpiente, la arrancareis una buena parte de sus entrañas. Si sabeis servir, no ignorais el arte de cobraros. ¡Ahí es nada! ¡Un doble diezmo de la cosecha!

—La recompensa, Tortosa, debe ser proporcionada al beneficio.

—Sea todo por Dios. Moriré resignado.

En el crítico trance en que se hallaba, Tortosa hubiera ofrecido aun mucho más de lo que concedia, reservando para despues de pasado el riesgo combinar las cosas de manera que quedasen reducidas á lo justo. Con esto, púsose en pié para despedirse, porque en realidad era hombre que no podia desperdiciar un solo momento en su vida trabajosa y asendereada; mas si por su parte habia concluido con don Eustaquio, no este con él, lo cual le demostró de seguida diciéndole:

—¿No recordais, Sr. Tortosa, haber suscrito un pagaré á favor de alguna persona, y con plazo que ha de cumplir dentro de treinta dias?

Á semejante pregunta, que llevaba trazas de interpelacion, quedó por lo pronto Tortosa sin saber qué contestar; dirigió á D. Eustaquio una mirada profunda é investigadora, como queriendo acertar con todo el significado que pudiese tener lo que de él se inquiria, y despues de esto contestó:

—En el curso de mis inmensos negocios extiendo tantos pagarés, y muchos de ellos en blanco, que no me es dable

recordarlos. Así tampoco me es posible contestar á vuestra pregunta. ¿Me permitiríais que á mi vez inquiriese por qué me habeis hecho esa pregunta?

—En el curso de mis inmensos negocios suelen hacerme tantos encargos, que no me es posible recordar ahora quién me indicó que os hiciera la pregunta.

Á esto dijo Tortosa tocándole en el hombro:

—D. Eustaquio; veo que el ave es un águila imperial.

—Y yo veo que la serpiente saca ventaja á la de Eva.

—Buscaré en mis libros, por si me dan noticia del pagaré á que aludís.

—Y en mis apuntes yo, por si está en ellos la persona del encargo.

—Me han hablado del extravío de un pagaré que absolutamente recuerdo. Sin que parezca, no lo pago sobre su palabra á nadie. Mañana pareceria, y tendria que duplicar el abono.

—Me han hablado tambien del hallazgo de otro pagaré en blanco. Creo haber oido decir que el que lo encontró, mediante una buena gratificacion, lo devolveria, y me inclino á que os lo entregue, porque nadie mejor que vos podrá conocer al dueño para devolvérselo.

—Pues cuando os parezca hablaremos despacio del negocio.

—Ya os avisaré.

Con esto, se marchó Tortosa, y volviendo D. Eustaquio á sacar de su encierro la cartera, tornó á intentar comprender lo que contenian los ininteligibles papeles; pero por más que apuró el discurso, tan á oscuras se quedaba como lo estuvo en un principio. Por lo tanto, dejó la operacion para más

adelante, esperando que entonces con más calma y frescura acertaria á descifrar el enigma. Continuó por lo mismo en el exámen de lo demás que la cartera contenia, y desengañóse de que eran apuntes insignificantes, que á solo el dueño podian interesar, y que solo aquel pudiera estimar en su verdadero sentido. Disponíase, en fin, á dar sepultura al hallazgo por entonces, cuando advirtió que habia tambien en él, y adherido á la piel que lo encerraba, un secreto bastante disimulado; y entregándose con suma diligencia á inquirir su contenido, vió que contenia un sólo pedazo de papel doblado en cuatro, en el cual estaba escrito lo siguiente:

U. R. S.

En la planta del pié derecho con cicuta.

—Cosas de magia parecen, dijo para su capote. Por mi vida que he de dedicarme á descifrarlo todo. Á bien que el mágico puede pagar mis lucubraciones generosamente.

Al decir esto, aparecia en sus labios una sonrisa que no hubiera ido mal al rostro del mismo Lucifer, y para que fuese más clara y manifiesta, dábale á la sazon de lleno en el rostro un rayo de sol que se habia introducido por la ventana de la pieza en que se encontraba.

Guardó, pues, la cartera, y arrellanóse en una butaca, para pasar allí el rigor de la siesta, que era en extremo calorosa en aquel dia, pensando en lo que haria con el pagaré que de tan casual manera se le habia venido á las manos. Sin duda Tortosa sabia quién era el dueño del documento, y por lo poco que habia dicho, bien se concebia que habia acudido á él desde que acaeció la pérdida, y que se habia negado á satisfacer su importe mientras no se le presentara el pagaré. Dábalo, pues, Tortosa por perdido; algun nego-

cio de misterio mediaba en el asunto, á juzgar por la manera en que se presentaba; y por fin, Tortosa, bajo pretexto de entregar el documento á su dueño, se habia mostrado conforme en tomarlo por una gratificacion, segun se le indicó.

—Sabré á quién pertenece, más adelante, pensaba don Eustaquio. Si lo pregunto á Tortosa no me lo dirá, porque de este modo confesaria una deuda que procura no satisfacer. Dispuesto se encuentra á tomarlo por una gratificacion, y esta será cuantiosa, como merece el caso. Se lo entregaré en el concepto de que ha de devolverlo á su dueño, y si no lo hiciere, será él quien falte á su deber. Nunca confesará que se lo he entregado yo, y si tal hiciere, para eso es la entrega bajo el concepto de que lo pondrá en manos de aquel dueño. Consistirá entonces mi falta en haberme fiado de un hombre á quien tengo bajo el concepto de honrado á toda prueba.

Tras de aquella ganancia, paseóse por la otra que tambien habia de proporcionarle la expedicion negrera, y no pudo dejar de conocer que aquel dia merecia más que ningun otro contarse entre los bienaventurados, que no suelen figurar muy á menudo en el curso de la vida. Ilusionado con tanta esperanza plácida, quedóse embelesado entre el sueño y la vigilia, para que así fuese más colmada su ventura. En semejante estado, figuróse que navegaba por entre un lago risueño y pacífico, cuyas ondas de plata rompian á compás dos remeros, formando con los remos en la caida un rumor tan extraño como armonioso; las orillas del lago estaban sembradas de ricas flores que le embriagaban en su fragancia; de allí tambien venian las brisas á darle paz y frescura en el rostro, y de trecho en trecho salian á salu-

darle preciosas ninfas, al extremo aderezadas y de ideal hermosura; pero detrás de ellas muy á menudo solia asomar un feo sátiro, que con ronca voz le denostaba, advirtiéndole que no era más que un pillo. Á estas voces bajaba la cabeza avergonzado, y las flores y las ninfas, y las brisas y el lago perdian todos los encantos que, de otra manera, mal pudieran trocarse por los Elíseos Campos.

CAPÍTULO XXI.

Las tribulaciones en la zapatería de D. Alejo.

Las seis de la mañana daban los relojes del barrio, cuando D. Alejo, segun su costumbre, abria su tienda para ofrecer al público los tesoros que encerraba, disponiéndose tambien á comenzar su trabajo de cada dia y de cada hora. Vistióse su delantal de rusia, con más de un remiendo, que daba vivo testimonio de sus continuados servicios, y colocóse al frente de su mesilla, para seguir una obra en que se habia propuesto apurar todo su saber artístico, mediante la especial recomendacion que al efecto le habia hecho una de sus mejores parroquianas. Á poco de encontrarse así dedicado á desempeñar su honrosa tarea, presentósele Lorenza llevándole una taza de café que galantemente acostumbraba á servirle para su desayuno, sin permitir nunca que la criada lo hiciese. Tomó D. Alejo la taza, tragó el contenido en ruidosos y acompasados sorbos, enjugóse los labios con una de las puntas de su mismo delantal, y al devolver la taza á

Lorenza cambiaron una mirada de complacencia, que bien dejaba ver lo que lo estaban en aquel momento el uno del otro.

Contaban los cuitados sin duda con que el dia debiera concluir tan sereno y pacífico como anunciaba su aurora, sin tener en cuenta que las borrascas de la vida suelen acometer á traicion, no dejándose ver hasta que están encima. ¿Pero quién puede responder por la mañana del regocijo de la tarde? Á existir semejante seguridad, dejaria el hombre de estar condenado á la constante incertidumbre, que siempre trata de fijar para nunca conseguirlo.

Habíase puesto tambien Lorenza al mostrador, como acostumbraba, cuando de improviso se les ofreció á la vista lo que habia de comenzar á alterarles la bilis en aquel dia memorable, lo que ciertamente era lo menos que esperaban en el mundo; el triste presagio, en fin, de importantes desgracias.

Digo, pues, que por la acera frente á la tienda, pasó aquella Juliana, en otro tiempo cautiva, y al presente libre como el pez que discurre por entre las aguas del Océano. Iba vestida de muselina de un color encarnado y de un dibujo caprichoso, con zapatos de raso azul y un pañuelo verde de burato, llevando tambien la lana de su cabeza tejida en trenzas y engalanada con una rosa amarilla. Mas no era lo peor que con tan ostentoso atavío se ofreciera á la vista de sus antiguos dueños, como para llamarles la atencion sobre las vicisitudes de los tiempos, darles en rostro con lo pasado y lo presente, y poner en contraste su auge actual con la permanente pobreza de sus amos. Lo peor fué que dirigió para la humilde tienda una mirada de soslayo con

ademan menospreciador, y con la cabeza inclinada á un lado, siguió su marcha triunfal por la calle arriba.

Con tal mirada y semejante conducta, acibaró todo el contento con que habia amanecido aquel dia D. Alejo, y lanzó al corazon de Lorenza un dardo tan agudo como certero, que se lo dejó dividido en dos partes. Con el rostro encendido todo en cólera, y sin poder contenerse, dijo á don Alejo:

—¿Qué te parece de esto, Alejo? ¿Has reparado bien en lo que nos ha hecho esa desvergonzada?

—Ya lo vi, contestó Alejo con su acostumbrado sosiego. No tiene ella la culpa, sino quien supo elevarla á la altura en que se encuentra.

—¿Y crees que estamos en el caso de sufrir estos insultos?

—Qué hemos de hacerle. De lo primero que necesitamos en este mundo es de paciencia.

—Pero hay cosas que no es posible tolerar. ¡Pues no faltaba más! De ninguna manera es de disimularse á Juliana semejante conducta. Primero sacarla aquellos ojos.

—Lo que soy yo, me guardaré de intentar semejante cosa.

—¡Ya se ve! ¡Calzonazos!

—Lo que tú quieras. No me comprometas.

—Todavía he de ver que un dia de estos, el primero á quien se le ocurra te quita la tienda, dejándonos á su servicio por especial favor. Otra seria mi suerte si hubiera prestado oidos á buenos consejos. El hombre que no es hombre es inferior á una mujer todavía. Pero tú no tienes ni amor propio ni amor ageno. En dejándote vejetar estás satisfecho,

aunque te pisoteen. Verdad es que de otro modo sabes indemnizarte del vinagre que todos los demás te dan á beber, y acaso por eso se desmande de este modo aquella puerca.

Así desfogaba Lorenza en D. Alejo el enojo que no podia satisfacer como ella quisiera; pero á bien que aquel, sin alterarse en manera alguna, dejaba pasar el chubasco, contentándose con llevar el compás á los dicterios que se le dirigian, con el son que producia el martillo en la suela.

Una hora larga habia trascurrido del suceso, sin que en toda ella se hubiese sosegado Lorenza, cuando la suerte la dió otro de los golpes que la tenia destinados en aquel dia de prueba. De improviso, y cuando más lejos estaba de su mente, así como tambien de la de D. Alejo, presentóse en la tienda lo que de buena gana hubieran trocado por el mismo Satanás, aunque allí llegara revestido de las más torpes intenciones. Y en efecto, peor que aquel era el Cortado, que en persona se entró por las puertas, dando los buenos dias con su desembarazo de costumbre.

Tambien, á juzgar por su equipo, parecia habérsele mostrado propicia la fortuna. En vez del sombrero de paja llevaba uno de fino castor; al capote habia reemplazado un frac negro muy decente, y en los piés ostentaba unas botas de charol bien trabajadas. Aunque nadie contestó á su saludo, no por eso dejó de tomar asiento, sin que tampoco se lo hubiesen brindado.

—¿Cómo vamos, D. Alejo? dijo de seguida.

—Así así, contestó aquel orejeando.

—Á doña Lorenza no hay que preguntarla, continuó diciendo el Cortado. No pasan dias por ella, y su cara dice que vende salud.

Guardó Lorenza un sepulcral silencio; pero sin detenerse en ello, prosiguió diciendo el Cortado:

—Al fin he entrado por la buena via, D. Alejo, y me va perfectamente, gracias á vuestros buenos consejos. Me he dedicado de lleno al trabajo, y parece que Dios recompensa mi propósito, porque la fortuna me pone buena cara.

Al oir esto D. Alejo y Lorenza, dirigieron una mirada á su equipo, que confirmaba lo que decia, sin saber en qué habia de parar semejante preámbulo; pero él, sin dejar de advertirlo, continuó:

—Estoy en tratos con el confitero de la esquina, y me parece que al fin habré de quedarme con la confitería. Siempre fuí inclinado al dulce, y por eso desde mi infancia tomé algunas nociones del oficio.

—¿Y qué, regalan esa confitería, D. José? repuso Alejo.

—Por su precio, contestó aquel. He encontrado proteccion bastante para adquirir la tienda. No hay como hacerse honrado un hombre para que todos le protejan.

—Nunca he podido decir otro tanto.

—La suerte tambien tiene parte en todo. Como doy ya por mia la tienda, vengo á ofrecérosla, así como á doña Lorenza. Olvidemos antiguos rencores, y vivamos como buenos vecinos. Reconozco que puedo haber cometido con vosotros algunas faltas; me arrepiento de ellas, y mis hechos en el porvenir dirán si es ó no de buena ley semejante arrepentimiento.

Al oir esto D. Alejo y Lorenza, dirigiéronse respectivamente una mirada, volvieron para el Cortado los ojos, y tornaron á cambiar entre sí la mirada primitiva. No daban entero crédito á lo que el Cortado decia, pero tampoco estaban

por una absoluta negativa, teniendo presente lo acontecido con Juliana; desconfiaban de él, pero no era de tratarse lo mismo á un harapiento osado, que al propietario de una confitería que con tan buenos modos protestaba su arrepentimiento respecto de lo que con ellos hiciera. No venia, en fin, el Cortado á pedir como solia, sino á ofrecer, como nunca habia acostumbrado; y por lo tanto, si bien no estaban dispuestos á tratarle desde luego como amigo, por lo menos sus severos rostros se presentaron algo más abiertos de lo que en un principio lo estaban. Alejo dijo de seguida muy formalmente:

—Si llegais á haceros de esa confitería, D. José, quebrareis el ojo al diablo. Es buena empresa, y si bien la manejais, rico he de veros. Me alegro de haber podido contribuir á vuestro actual estado con mi buen consejo.

—Sí, D. José, dijo la Lorenza rompiendo el silencio que hasta entonces habia guardado; ya era tiempo de que sentárais la cabeza. Os felicito de corazon, y Dios os haga prosperar.

—Tampoco, doña Lorenza, he echado en saco roto el otro consejo que por vuestra parte me dísteis, una de las veces que aquí estuve, sobre que pensara en casarme. Mi flaco son las mujeres, lo confieso; pero ahora que me entro por el buen camino, ni quiero mañas viejas, ni tengo tiempo que perder. Por lo mismo, estoy resuelto á doblar el cuello al dulce yugo.

—Y haríais muy bien, repuso Lorenza. El toque está en la eleccion; pero si hay mucho malo, tambien se encuentran buenas muchachas por esos mundos de Dios. No falta en que escoger.

—Eso mismo me he dicho. La prefiero pobre y honrada, á rica con resabios; antepongo la virtud á la hermosura; y sobre todo, me atengo á la buena educacion y al buen ejemplo de los padres.

—Somos de una opinion, D. José; y me huelgo de oiros expresar con tanto juicio.

—Pues para no ir á buscar lejos lo que la suerte me pone á la mano, me resuelvo á admitir la felicidad que la misma me proporciona. Á D. Alejo me dirijo, como aquel á quien toca prestar su respetable consentimiento paterno, sin que por eso deje de implorar tambien el beneplácito de mi venidera madre. Es, pues, vuestra hija Úrsula la que Dios me ha destinado por compañera, y para que esto se efectúe, falta solamente la paternal licencia. Tengo ya el consentimiento de mi futura, como consecuencia de nuestras amorosas relaciones.

Un rayo que, rasgando de repente las nubes en aquel sereno dia, hubiese atravesado veloz el espacio para caer en medio de la tienda amenazando con la muerte y el exterminio, no hubiera causado ciertamente más efecto en los padres de Úrsula, que aquellas terribles palabras del Cortado. Quedaron los míseros, sordos y ciegos, sobrecogidos y temblorosos, sin entendimiento que discurriese una idea, y sin lengua que la expresara. Veian despues al Cortado, envuelto en una nube de negro y espeso humo, haciéndoles espantosos gestos, y de entre ella oian salir una sepulcral voz que reproducia aquella pedidura en matrimonio, que á costa de su sangre hubieran querido evitar. Concebian, en medio de su turbacion, que ese paso del Cortado era principio de una larga cadena de desventuras, si bien no acertaban á desci-

frar el profundo misterio que envolvia la conducta del que se presentaba como aspirante á la mano de Úrsula. Al notar el Cortado, por su parte, semejante silencio, dijo:

—Presumo que quedo bien despachado, por aquello de que el que calla otorga.

Al oir realmente de nuevo aquella odiada voz que otra vez les insultaba, volvieron de su estupor Alejo y Lorenza; pero en aquel trance terrible trocaron los papeles que de ordinario representaban. Á Lorenza se la arrasaron los ojos de lágrimas, que se apresuró á enjugar con la punta del pañuelo que al cuello llevaba; y por su parte Alejo, poniéndose en pié, empuñando el pacífico martillo consagrado á sus labores, en actitud heróica, con ademan imperioso y voz entera, dijo al Cortado:

—Salid de aquí luego, si no quereis que os rompa la cabeza.

No dejó de sobrecogerse el Cortado un tanto; que puesto que nada tuviese de cobarde, no eran para menos lo imprevisto de aquella salida y resolucion que mostraba el denodado Alejo. Levantóse, en consecuencia, y tomando su sombrero, dijo:

—Para negarme la hija, no era preciso tanta fiereza.

—Salid, os digo, sin que de este asunto volvais á decir una palabra.

—La justicia resolverá.

—El diablo cargará con vos primero.

Al decir esto, D. Alejo adelantóse para el Cortado con siniestro propósito; mas aquel, que acaso en otra ocasion, por lo que tenia de camorrista, hubiera empeñado el lance, entonces dejó de hacerlo, para no desgraciar sin duda la comi-

sion que se le habia conferido. Por lo tanto, limitóse á salir de la tienda con más prisa de aquella con que D. Alejo se dirigia para él; y ya en el umbral, dijo, sin embargo, aunque no con voz muy entera:

—No puedo irme á las manos con mi padre.

Ido que fué, quedaron Alejo y Lorenza mirándose de hito en hito, procurando recíprocamente darse cuenta de lo que habia pasado, é intentando, sin duda, formar exacto juicio respecto de lo que significaba tan extraño suceso. Al fin, comunicáronse por medio de las palabras sus pensamientos, para no adelantar otra cosa más que descarriarse en un laberinto de conjeturas, que por ningun punto daba salida. ¿Quién facilitaba al Cortado lo necesario para presentarse en público con aquel lujo de que habia dado muestras? ¿Era cierto que estaba próximo á ser dueño de la confitería que habia anunciado? ¿Cuál era su verdadero objeto en pedir la mano de Úrsula? Por más que Alejo y Lorenza se proponian estos arduos problemas para procurarles solucion, se encontraban tan lejos de hallarla, como pudieran estarlo de resolver la afamada cuadratura del círculo.

Lorenza oia las reflexiones de Alejo como nunca hasta entonces la habia acontecido, porque aquel arranque belicoso que tuvo con el Cortado, aquella dignidad con que se habia portado, y la posicion clásica que adoptó en el momento de soltar de sus labios la terrible amenaza, aquella varonil conducta, digo, le habia rehabilitado á sus ojos. Conoció que D. Alejo era un hombre con quien podia contarse en la hora del peligro; que se reservaba con prudencia para los casos graves; y midiendo su entendimiento por su valor, juzgábale digno de tener voto en Córtes, y aun pidióle su acertado

consejo sobre lo que debiera hacerse en aquellas espinosas circunstancias.

Lisonjeado Alejo con el desusado reconocimiento de superioridad que de él se hacia, recogióse en sí mismo, y á poco despues, y mostrándose tan diestro en el gabinete como esforzado estuvo en el campo de batalla, aconsejó que antes de todo se inquiriese de Úrsula la parte que pudiera tener en tan extraño acontecimiento. Dócil Lorenza al eco de aquella voz autorizada, marchó luego á encontrarse con Úrsula. Hubiera jurado con toda su fé, que la inocente era más extraña todavía que ellos mismos á semejante suceso; porque ¿cuándo ni cómo podia haber tenido ocasion para ponerse en relaciones de ninguna especie con el Cortado? Obedeció, sin embargo, á la indicacion hecha por una inteligencia que acababa de declararse superior á la suya; y aquí la guardaba el cielo una nueva sorpresa, entre las de aquel dia consagrado á las sorpresas, á los desengaños y á la amargura.

Hízola saber Úrsula, con efecto, que hacia algun tiempo que llevaba relaciones con el Cortado, y que tambien tenia concertados sus desposorios con él. *Preguntada* por qué medio se habian llevado aquellas relaciones, dijo que por medio de cartas. *Vuelta á preguntar* quién habia sido la persona que sirviese de correo en la correspondencia, guardó obstinado silencio. *Hizosela cargo* sobre su despropósito de contraer compromisos de semejante naturaleza sin el conocimiento de sus padres, y lo rechazó diciendo, que suponiendo la contradiccion de aquellos á sus miras, y estando resuelta á llevarlas á efecto de todos modos, habia querido cortar prematuros disgustos. *Reconvenida* para que dijese la

verdad y por su comportamiento, mostróse firme en su resolucion, insistiendo en llevar á cabo la adoptada.

Observando Lorenza aquella impenitencia, con las manos en la cabeza, tornó á dar cuenta al avisado Alejo del resultado de la sumaria. Alejo resolvió que la nueva criada, á pesar de la vigilancia que con ella se habia tenido, con negra traicion habia entregado la plaza; y falló su instantáneo destierro. Despues dijo, que en las críticas circunstancias en que se encontraban, se avisase luego á doña Bernarda para que acudiese sin demora, á fin de que con su intervencion se resolviera y pusiese en práctica el partido que se estimara conveniente.

En la tarde de aquel mismo dia fué Lorenza en busca de la Bernarda, y puso en su conocimiento lo que pasaba respecto de Úrsula. Si extraordinaria habia sido la sorpresa de Lorenza y Alejo, la de la Bernarda fué tal, que se hace preciso renunciar á describirla. Pasado el terrible efecto que en aquel momento hizo en ella la terrible nueva, dijo: «Que su cabeza no estaba entonces para discurrir sobre nada; que reflexionaria más despacio lo que en semejante situacion hubiera de hacerse, y que aun lo consultaria con personas de probidad y ciencia, estando segura de que la aconsejarian el medio más oportuno de impedir aquel matrimonio desastrado.»

Esperaron Alejo y Lorenza impacientes la venida del nuevo dia, que cambiase el mal estado de las cosas; pero llegado que fué, antes de que se presentase la Bernarda, la autoridad judicial con que el Cortado amagó, habia dispuesto el depósito de Úrsula, miéntras se allanaban los obstáculos que ofrecia su matrimonio. Esta medida era conse-

cuencia de los pasos dados por D. Eustaquio, de concierto con el Cortado y la misma Úrsula, que con el primero se entendia por el conducto de Teodosia.

Salió, pues, Úrsula de la zapatería, privándola así de su mejor joya, desterrando de aquella morada el contento, ahuyentando las más lisonjeras esperanzas, y condenando á Alejo y Lorenza á largo y lamentable duelo.

Á haberse sacado de allí su cadáver, hubieran quedado la soledad, el luto y las lágrimas; pero al presente, además de todo aquello, dejaba tambien el dolor por su ingratitud, y la agonía por su porvenir, para mayor conflicto de aquellos honrados artesanos.

CAPÍTULO XXII.

Al maestro, cuchillada.

Mientras tanto, no habia resultado baldío el propósito de D. Eustaquio sobre desentrañar el sentido de aquellos ininteligibles papeles de la cartera de que antes se dió cuenta. Consagróse á su estudio con especial solicitud y cuidado, y ayudando á su inteligencia la fortuna, que en todo tiene parte, cayó en la cuenta de que lo incomprensible de las palabras consistia en que en cada una de sus sílabas se hallaba intercalada una letra, guardando el órden con que figuran en el abecedario. Ya con esta clave, muy pronto pudo leer en todo su sentido lo que sin ella absolutamente dejaba de tenerlo.

Quedó instruido, en consecuencia, de que el dueño de la cartera ocupaba algun puesto de consideracion en la milicia, y que era partidario secreto del pretendiente D. Cárlos, por cuyo amor estaba muy dispuesto á hacer traicion á la Rei-

na, á quien servia, conducta que en la humanidad no ha sido muy extraña en ningun tiempo. Por lo mismo le instaba su corresponsal de Madrid, para que activase ciertos planes de rebelion, cuyos pormenores no se descubrian en lo que allí se encontraba escrito, y recomendábale eficazmente que se mantuviese firme en favor de la buena causa, continuando en trabajar por ella, hasta que Dios fuese servido de premiar sus afanes, trayendo al Trono un acertado despotismo, para mayor gloria suya y felicidad de aquellos á quienes habia de alcanzar gobierno tan recomendable.

No hay como la baraunda de la política para aprender á raciocinar con lógica, para ensayarse en profecías y para ver continuados ejemplos de lealtad, moralidad y buena fé. Por lo mismo es ciencia concedida á todos sin previo estudio; materia sujeta á problemas que suelen resolver con hechos los ignorantes más osados; arte de contradicciones, que hace bueno por la noche lo que condenó la mañana; distraccion de ociosos que no tienen otra cosa en que emplear el tiempo; medros de los que viven del trabajo de los demás, y palenque en que las masas de hombres se destrozan, llamando cada cual con igual fervor á Dios en su ayuda. Por eso la diplomacia, su hija, tiene por arte el engaño, por código único la conveniencia, y la fuerza por tribunal. Escribió *Mr. Jouy* un libro intentando aplicar la moral á la política; pero lee el libro algun curioso, y las gentes cada vez con más ahinco aplican la política á la moral.

Sin pararse D. Eustaquio en estas reflexiones, lo hizo en otras que le estaban mejor. Sin duda aquel pecador que esperaba la venida del nuevo Mesías, ayudándola en cuanto le era posible, se encontraba sumido en graves compromisos

políticos, y como precavido, resguardaba sus haberes de los golpes que contra ellos pudieran venir por consecuencia de lo precario de su situacion. Por eso debió pedir y conservar en blanco el pagaré, que fácilmente pudiera trasladarse á otro sin que apareciese en él consignado el nombre de su verdadero dueño. Perdida la cartera conteniendo á la vez los demás papeles, con mucho tiento debiera andarse aquel á quien correspondia para hacer reclamaciones respecto de ella, porque confesar su dominio llevaba consigo una peligrosa denuncia, dado caso de que se viniera en conocimiento del significado de los documentos misteriosos, como ya habia sucedido. Semejantes consideraciones acabaron de resolver á D. Eustaquio para llevar á efecto la operacion que indicó á Tortosa. Ninguna responsabilidad podia traerle con arreglo á los términos en que se habia combinado, y para todo evento tambien quedaba en sus manos un arma terrible con que ofender al enemigo desconocido, que por el solo hecho de presentarse como tal, se hacia blanco de sus tiros formidables.

Tambien habia hecho ya Tortosa el desembarco que habia anunciado, con toda la osadía y desafuero con que lo proyectó. Habíanse echado los negros á tierra entre las sombras de la noche, á manera de asalto que se efectúa por costas enemigas guardadas descuidadamente, y la nave que los llevó tuvo la suerte que destinó á las suyas el heróico Hernan Cortés. Desparramáronse los negros de la propia manera que el armador habia anunciado, quedando ocultos una buena parte de ellos en distintos lugares del Cerro, y yendo la otra á puntos más ó menos lejanos. Semejante hecho, por su mismo arrojo daba ocasion á mil hablillas, y

mayores comentarios se hicieron sobre él cuando se supo que estimándolo el gobierno de la capital como un insulto que se le hacia, por haberse efectuado el desembarco casi á su vista, tomaba sérias medidas para que quedase todo averiguado. Entendian por esto las gentes que de un momento á otro quedaria depuesto de su destino D. Eustaquio, y lamentábanse de que un hombre que habia comenzado á desempeñarlo con tanto acierto y justicia, viniese á sufrir las consecuencias de un asunto en que sin duda no habia tomado parte.

Mientras esto pasaba, Tortosa no parecia en la casa de D. Eustaquio, y este, que por toda garantía de lo prometido no tenia más que su palabra, apresuróse á enviarle recado para que sin demora le viese, con lo cual acudió efectivamente al llamamiento. Luego que se presentó, no queriendo mostrarle una desconfianza que pudiera traerle perjuicio, tomó por principal motivo de la entrevista el otro asunto pendiente del pagaré, diciéndole:

—Os he llamado, Tortosa, porque la persona que encontró el documento de que os hablé antes de ahora, está conforme en dároslo para que lo entregueis á su dueño, gratificándosele con unas buenas albricias, como lo merece el caso. Es un pobre que harto necesita de este socorro.

—Tambien he visto yo al dueño del pagaré, repuso Tortosa, y está conforme en que se le recobre por medio de una gratificacion. No es rico; porque todo su haber consiste en esos quince mil duros que habia puesto secretamente en mi guarda.

—Pues mediante el avenimiento de los interesados, no es difícil que nos pongamos de acuerdo en la importancia de la

gratificacion. Divídase la suma del pagaré entre los dos aspirantes, y quede así equilibrada la pérdida del uno con el hallazgo del otro.

—No tengo órdenes para tanto. Me ha dicho el dueño que ceda solamente la tercera parte, y no pasaré de ahí aunque me emplumen.

Mortificado quedó D. Eustaquio con la codicia de aquel ladron, á quien no le bastaba tomarse una mitad de la ganancia que le proporcionaba el hecho ilícito en que entendian, y por consecuencia dijo:

—Calculad que á no ser un hombre tan de bien el del hallazgo, podria cobraros por entero el pagaré, llenando con su nombre el blanco que en el mismo se contiene.

—Para esto me seria fácil probarle que ningun negocio he tenido con él, de que procediese el débito. Puesto yo de acuerdo con el dueño, resultaria adeudando la cantidad á quien él quisiera, y semejante servicio podria producirme los mismos cinco mil pesos que doy. No debe el del hallazgo estirar tanto la cuerda, que se quiebre y lo pierda todo. Estoy bien consultado.

Calculó D. Eustaquio que si Tortosa, como lo decia, se ponia de acuerdo con el legítimo acreedor, podria este, ó un tercero en que conviniesen, reclamar el documento por suyo, y que confesando la deuda el mismo Tortosa por negociacion con determinada persona, efectivamente D. Eustaquio encontraria suma dificultad en la cobranza, no resultando una causa ostensible de deber. Pues no hacer entrega del pagaré, era proporcionarle ocasion para que se quedase con toda la cantidad. Insistió, por lo mismo, en tono suplicatorio, por que se diera algo más de los cinco mil pesos ofre-

cidos; mas haciéndose firme Tortosa en que el dueño le habia prevenido que no soltase un real tan solo sobre aquella suma, fuéle preciso cerrar el negocio en los términos en que se le proponia, dándose en su interior á todos los diablos, y llenándose de ojeriza contra su compañero en la negociacion. Luego que así fué concluida, dijo D. Eustaquio:

—Parece, Sr. Tortosa, qué ha hecho mucho ruido el asunto de los negros.

—Algo se dice por ahí; pero todo lo cura el tiempo.

—El gobierno toma sérias medidas...

—No las descuido yo.

—Y preveo que, como dicen, venga á perder yo el destino.

—Tambien os contesté que no lo necesitaríais.

—Ya calculo que pronto embolsaré...

—Sobre la marcha. Prevenido vengo para que arreglemos, antes de que se me haga indicacion alguna.

—Ya sé todo lo que sois.

—Siempre juego limpio. En prueba de ello, aquí traigo listas las cuentas.

Y en diciéndolo, desenvainó un enorme lio de papeles, en que habia unos avisperos de números, que dejaron bastante alarmado á D. Eustaquio, quien dijo prontamente:

—¿Y qué tengo yo que ver con esa formidable cuenta? Me ofrecísteis la quinta parte de la expedicion.

—Pero siempre se entiende, por Dios, deducidos los gastos. Eso no hay necesidad de decirlo. Podeis verlas despacio...

—No, Sr. Tortosa, dijo D. Eustaquio con una marcada expresion de disgusto. Apenas entiendo de cuentas, ni tengo

humor para ocuparme en esos trabajos. Decidme por encima los rebajos que hayan de hacerse.

—Desde luego, dijo Tortosa (llevando las hojas de la cuenta de un lado para otro), el costo del buque, que no se ha podido aprovechar por haberse quemado; los efectos para cambiar en África por negros; sueldos de tripulacion, menos al capitan, porque á este se le consignan cincuenta *bultos;* costo de rancho, que es una barbaridad, porque esos diablos comen como buitres... Os iré indicando el valor de las partidas...

—No, Tortosa; seguid adelante con esa orquesta, que os hago gracia de los números.

—Bien la podeis llamar orquesta, porque en ella se tocan todos los instrumentos. Luego creen por ahí que se gana el dinero como se quiere.

—Adelante.

—Despues los premios de esos capitales, que son para el comercio un obligado de clarinete.

—¡Premios tambien!

—¿Queríais que se adelantase el capital sin ninguna recompensa? Pues sin embargo de lo mucho que aquí vale el dinero, y de lo riesgoso de la empresa, solamente se han cargado los premios á un veinte por ciento anual.

—Á bien que los mil negros pueden valer cerca de quinientos mil duros.

—En eso hay su más y su menos. No pudieron embarcarse más que ochocientos, porque el buque estaba vigilado, y tuvo que salir de África á toda prisa.

—¿Y qué más ha sucedido? dijo D. Eustaquio con rostro compungido.

—En alta mar hubo un amago de sublevacion, y fué preciso fusilár diez cabecillas. Ya sabeis el rigor que ha de observarse en estas cosas. El capitan es hombre que conoce muy bien los deberes de su empleo.

—Ya calculo lo que será el capitan.

—Tambien se declaró la viruela á bordo.

—¡Y murió media expedicion!

—Media no; pero sí mucha gente. Como no es posible que haya una esmerada asistencia... Vienen como sardina en banasta.

—¿Por fin, cuántos saltaron en tierra?

—Unos seiscientos, sin contar con los que despues de desembarcados se han extraviado ó robado por los caminos. Luego, los costos de trasporte y gratificaciones por varios conceptos. D. Eustaquio, no es hoy la negociacion lo que en otros tiempos. Cada dia se van apurando más y más las cosas, y el hombre industrioso y trabajador va encontrando más obstáculos para hacer dinero.

—¿Teneis algunos socios en la negociacion?

—Hay sus accionistas, y algunos industriales; porque no iba yo solo...

—¿Y han pasado por esas cuentas?

—¿Y qué remedio les queda? Estas cosas han de dejarse enteramente á la buena fé. El que refunfuña pierde lastimosamente el tiempo.

—Pues digo que el asunto,. bajo todos conceptos.,. En una palabra; quiere decir que los cien mil pesos largos que me ofrecísteis se han convertido en sal y agua, dijo D. Eustaquio disimulando apenas la rabia de que estaba poseido.

—Á las cuentas me remito.

—¿Pero qué es lo que me dejan las cuentas?

—En las matemáticas no cabe error, D. Eustaquio.

—¿Pero qué resultado me ofrecen las matemáticas? Acabemos ya.

—El resultado viene á ser el de que, despues de deducidos los gastos, y estimados en venta los negros á quinientos pesos cada uno, que por muchos de ellos no se asegurará ese precio, os tocan algo menos de treinta mil duros. Por no andar con picos, sin embargo, y por la estimacion que os tengo, os completaré de mi bolsillo aquella suma. Así me porto yo siempre.

Púsosele á D. Eustaquio el rostro cárdeno y verdi-negro, á manera de mosáico, y tragando hiel y vinagre, dijo con calma:

—¿Conque me haceis el favor de completarme treinta mil duros?

—Sí que los completaré. No quiero que se diga nunca de mí que he dejado de corresponder como acostumbro á una persona á quien tanto aprecio.

Viniéronle impulsos á D. Eustaquio de acometerle y ahogarle entre sus manos; pero temeroso de las consecuencias que pudiera producir un escándalo de semejante naturaleza, acordó sufrir su agonía, dándola á conocer lo menos posible. No se le escondia que en el asunto sobre que versaban sus tratos con Tortosa, figuraban manejos tenebrosos, procederes vituperables, ardides ingeniosos y engañifas de todo género; pero nunca le habia ocurrido que respecto de él se hiciese uso de ellos, y menos todavía que la oferta quedase reducida á menos de una tercera parte de su valor. Á no encontrarse tan llevado de la codicia, hubiera advertido,

sin embargo, que si el dolo campea con tanta frecuencia en los negocios que la ley reglamenta, que la justicia resuelve y que la publicidad pone á la vista de todos, por fuerza el mismo dolo no habia de reconocer límites en asuntos de culpabilidad y misterio, donde los que intervienen no reconocen más guia ni freno que sus solos instintos.

En la necesidad de disimular, disimuló pues. En aquel mismo dia recogió de Tortosa los treinta y cinco mil duros, fruto de sus dos negociaciones, y entregó el pagaré, gastando en ello la mayor solicitud, por el temor de que aun viniese á figurar en las cuentas alguna partida olvidada ó advenediza. Percibió el numerario, teniendo aun que mostrarse agradecido al respetable Tortosa, que de su bolsillo le completaba los treinta mil duros, que no arrojaban por entero á su favor las cuentas; y despidiéndose con cortesana hipocresía, á la vez juraba en su interior D. Eustaquio tomar cumplida venganza por aquella fechoría, que aparte de lo ofensiva y traidora, menguaba considerablemente una fortuna con que más de una vez se habia recreado en sabrosos ensueños.

CAPÍTULO XXIII.

En que resultan engañados los engañadores.

No bien llegó á su casa y puso el dinero á buen recaudo, cuando recibió aviso del Sr. D. Homobono para que le viese luego y con toda premura. Calculó que aquel atropellado llamamiento debia tener por motivo el mismo asunto de los negros que le ocupaba, y concibió que con una acertada medida podia quedar bien quisto con su señoría, y tomar á la vez la venganza que habia jurado á Tortosa. Podia este haber advertido su descontento, á pesar del arte que tuvo para disimularlo, y tratar de ocultar los esclavos, sacándolos del punto en que se encontraban, y forzoso era por lo mismo ganarle por la mano en el asunto.

En consecuencia de ello, llamó D. Eustaquio á sus subalternos de policía, y dióles las órdenes más decisivas y apremiantes, para que inmediatamente fuesen á la Estancia de Lamprea y embargasen todos los negros bozales que allí hu-

biese, pues de fijo sabia que conservaba en depósito gran número de aquellos. Extendió tambien sus prevenciones á que se hiciera el mismo registro en las otras Estancias circunvecinas, que se encontraban en igual caso, lo cual podria además descubrir el mismo Lamprea, á quien se dejaria escapar libre en semejante evento. Anunció que marchaba á ponerse de acuerdo con el gobierno sobre el particular; amenazó por una parte y ofreció recompensas por otra, para el caso de que se cumplieran ó dejaran de cumplirse sus órdenes; y concluyó manifestando que de momento volveria para intervenir personalmente en la ejecucion de los actos que ordenaba. Acababa de hacer estas prevenciones, cuando de nuevo tornó en su busca el mensajero del Sr. D. Homobono. Y por lo mismo, con desusada prisa, vióse en la casa y á presencia de su señoría.

Paseábase este en su despacho con muestras de agitado y descontento, y sin dignarse contestar á la reverencia que le hizo D. Eustaquio, díjole con destemplado tono:

—Estoy muy poco satisfecho de vos.

—Ignoro, señor, en qué pueda consistir vuestro desagrado, contestóle humildemente.

—Sabed que por mí no os han quitado ya el destino, que no desempeñais debidamente.

—Ignoro, señor, en qué pueda haber faltado.

—¡Cómo en qué podeis haber faltado! ¿No sabeis que con escándalo ha desembarcado una expedicion de negros á cuatro pasos de vuestra morada, alejándose de las playas el buque despues con la mayor impunidad, y tomando toda la negrada camino de la Vuelta abajo?

—El buque no marchó libre, sino fué quemado. Los ne-

gros no fueron todos para la Vuelta abajo, sino que gran parte de ellos existe en varias Estancias del Cerro. De allí piensan sacarlos pronto los dueños, para llevar á efecto su repartimiento.

Al oir esta explicacion, abrió tamaños ojos el Sr. D. Homobono, y con voz aun más alterada, continuó:

—¡Es decir que sabeis perfectamente lo que pasa, para que así se ponga más de manifiesto vuestra culpabilidad!

—No pude, señor, impedir el desembarco, porque su mismo atrevimiento hacia imposible preveerlo ni remediarlo. Luego que el hecho llegó á mi noticia, me he empleado hora por hora en averiguarlo todo, y las explicaciones que os doy, lo que demuestran es el resultado de mis esfuerzos.

—Pero nada habeis venido á decirme. Aun hoy mismo he tenido que llamaros dos veces. ¿Por qué no habeis comparecido inmediatamente?

—Porque despues de inquirir, me ocupaba en ejecutar á golpe seguro y sin perder el tiempo. En este momento deben estar ya embargando los negros. Lo que siento es no presenciar la operacion, porque en tales cosas solo en mí mismo tengo confianza.

Aclaróse enteramente el rostro del Sr. D. Homobono, dirigióse para D. Eustaquio, y poniéndole familiarmente la mano diestra en un hombro, díjole con satisfaccion:

—Luego que formo juicio de un asunto, con dificultad suelo equivocarme. Impedí que os quitaran el destino, respondiendo de vos al capitan general. Mucho me alegro de que me hagais quedar como esperaba. Quedará tambien S. E. altamente satisfecho de vuestra conducta.

—Así recibiré, Sr. D. Homobono, una doble satisfaccion:

la aprobacion de la autoridad, por el lleno de mi deber, y la particular vuestra, para mí más cara todavía.

—Sí, D. Eustaquio: seguid llenando vuestro deber. No entraré yo á discurrir ahora sobre la conveniencia verdadera que á vuestro país preste la introduccion de más esclavos; pero no cabe duda en que de la manera que se pretende efectuarlo, seria el principal gérmen de la desmoralizacion en él. Ocasionaria la infraccion de las leyes bajo distintos conceptos; corromperia los deberes por la influencia del oro; en cada paso llevaria un delito impune; acostumbraria á los hombres á unos procederes que seria fácil extender despues á todos los demás ramos, y donde no hay moralidad no puede haber prosperidad pública. Esto oigo á hombres muy entendidos.

—Aunque no pudiera expresarlas con tanto acierto, siempre han sido esas mis ideas.

—El escándalo que ahora se ha dado, compromete el buen nombre del gobierno. Ponedlo en el lugar en que debe estar, y vuestros afanes no serán perdidos. Justo es que sean recompensados los buenos servidores del Estado.

—Pues me permitireis que marche á asegurar...

—Sí; desde luego. Si necesitais de auxilios, no teneis más que abrir la boca.

—No lo olvidaré.

Y en diciéndolo, tomó el sombrero, salió de allí á largos pasos, y corrió al punto en que habian de desplegarse sus esfuerzos para reparar la falta cometida en el desempeño de su obligacion.

Constituyóse seguidamente en la Estancia que tenia arrendada Lamprea, donde, con efecto, estaban ya secuestrados

los esclavos, y comenzó á desplegar una actividad y severidad inauditas. Tenia que vengarse del agravio que le habia hecho Tortosa, tanto más imperdonable cuanto que le habia menoscabado el bolsillo de una cruel manera; era forzoso tambien dejar bien puesto su nombre para con su protector; y por fin, su actual conducta podia seguirle elevando á punto todavía mucho más alto del que habia conseguido. En consecuencia, dictó órdenes, pidió auxilios, hizo registros, entabló inquisiciones y sembró el terror por todas partes, preguntándose las gentes, á vista de tan imponente aparato, si de improviso habia llegado el juicio del último dia.

Merced á estos arbitrios, pronto tuvo en su poder una gran parte de la expedicion. Á Lamprea le puso en la cárcel, anunciando que cuando se trataba de llenar sus deberes, hasta al implacable romano Bruto imitaria. Decia que con tanto más rigor se veia obligado á proceder en el asunto, cuanto que habia llegado á su noticia, que lenguas pérfidas habian indicado que se le gratificara con dineros para que disimulase semejante abuso; y hasta el mismo Tortosa tuvo que ocultarse mientras permaneció levantada la cuchilla, pronta á caer indistintamente sobre todo cuello culpable. Á pesar de los resultados inmensos que habia obtenido, seguia conmoviendo el mundo con el mismo encarnizamiento, yendo más allá de lo que la prudencia requeria, porque no hay perseguidor más vehemente que el ruin que pretende alejar de sí las sospechas que infunde. El mismo gobierno tuvo que indicarle, por lo tanto, que se parase en la mitad de su carrera, y deponiendo entonces en tierra la lanza y el escudo, echóse sobre este para descansar de sus fatigas y saborear los placeres de la victoria.

Calculando estaba todas las consecuencias fructuosas que le prometia, cuando se le presentó el Cortado para anunciarle una importante nueva. De las diligencias que se practicaban sobre su matrimonio, resultaba que Úrsula no aparecia como hija de D. Alejo y la Lorenza, sino como expósita de la Inclusa, al cuidado de aquellos.

—Ya caigo en el motivo de semejante misterio, dijo don Eustaquio. Ya sabeis cuál es la verdadera condicion de Lorenza, y como la Inclusa solo se atiene al color de sus hijos, ha querido quitar á la suya la mancha que de otro modo llevaria.

—Estais en lo cierto. No puede ser otra cosa.

—Así tambien será más llano vuestro matrimonio.

—Ya se ve. No hay que pedir licencia á D. Alejo ni puede mostrárseme directamente hostil por lo tanto.

—Pronto os la dará la autoridad judicial, que por fortuna no os conoce bastante.

—Gracias, D. Eustaquio. Voy á seguir activándolo todo.

Decia esto en ademan de despedirse; mas hubo de detenerse al oir á Eustaquio que le dijo:

—En el registro de la cartera encontré un pagaré con el nombre en blanco, por valor de quince mil pesos, y suscrito por D. Julian Tortosa.

—¿Qué decís? repuso el Cortado con algun asombro.

—Que he entregado el documento á Tortosa para que lo dé á su dueño, y he conseguido que os gratifique con quinientos pesos por el hallazgo.

—¡Con quinientos pesos! repuso el Cortado presentando en sus ojos luminarias de regocijo.

—¿No fuísteis vos quien hace muchos dias me entregó una

cartera encontrada por un camino, para que procurara por su dueño? Como entran aquí tantas gentes, es muy posible que me olvide...

—¿Quién duda que he sido yo? repuso prontamente el Cortado.

Bien quisiera Eustaquio mezclarle disimuladamente en alguna intriga, ó ya, como parecia más probable á su entender, hubiese olvidado quién le entregó la cartera, el Cortado no era hombre que dejase pasar en claro una coyuntura que venia anunciándose nada menos que con una ganga de quinientos pesos. Tampoco el que entregó el hallazgo, ¿para qué habia de cuidarse más de su paradero, como no lo habia hecho hasta entonces? Por su parte Eustaquio continuó diciendo:

—Una cartera de cuero de Rusia...

—Pues, de Rusia.

—Con labores de metal...

—La misma.

—Como me dijísteis que no la habíais abierto...

—Ya me guardé bien de eso.

—¡Ay de los desmemoriados de este mundo! exclamó Eustaquio para su capote. Y en alta voz continuó diciendo:

—Pues habiendo encontrado yo el pagaré, hice la entrega á Tortosa, y os conseguí esas albricias que os da de parte del dueño.

Decíalo Eustaquio con tal seriedad y disimulo, que acabó de persuadirse de su olvido el Cortado, y así díjole:

—Es preciso convenir en que las buenas acciones pronto encuentran su recompensa. Al fin concluiré volviendo casaca. ¿Y esos reales dados por aquel hombre generoso?...

—Os los entregaré muy puntualmente.

Fué Eustaquio en su busca á un armario, y mientras tanto bailábanle al Cortado las piernas, de manera que apenas podia tenerse en pié. Entrególe D. Eustaquio la cantidad anunciada, diciéndole:

—Aquí teneis los quinientos pesos en buen oro. Ahora si quereis gratificarme con algo por mi trabajo...

Á semejante insinuacion inesperada, con alguna turbacion rascóse el Cortado una oreja; pero pronto se repuso diciendo:

—Teneis razon, ¡por vida del demonio! No sé cuánto... porque al cabo vos hicísteis el registro... Y en la duda... *Dividatur infans*, como dijo el sabio.

Y con su habitual despilfarro cuando tenia en qué ejercerlo, devolvió á D. Eustaquio la mitad de las albricias que le habia proporcionado.

Dióle aquel las gracias, añadiendo:

—Despues que he entregado el pagaré, algunos hechos de Tortosa que he sabido me hacen desconfiar de su probidad...

—Para eso queda á mi cargo referir el hecho á todo el mundo. Todos sabrán mi hallazgo y los quinientos pesos recibidos. No podrán decir que os habeis quedado con el documento, cuando ningun uso haceis de él.

Semejante apoyo era el que queria tener D. Eustaquio. La aprehension que habia hecho últimamente de los negros, no hacia presumible que se le hubiese cohechado para que faltara á su deber; y debiéndose declarar su enemigo Tortosa, tambien era acertado no dejarle en su poder por entero armas de que pudiera valerse para dañarle, si á ello se resolvia aun con perjuicio de sus intereses. Importábale,

pues, poder contar con una persona que figurase haber hecho la entrega del documento y percibido una gratificacion por ello, pues de ese modo aun podia perjudicar al enemigo en vez de ser por él perjudicado. Fácil hubiera sido que el Cortado se prestase á todo mediante una gratificacion; pero no queria D. Eustaquio de semejante modo dar á aquel sobre sí un ascendiente que pudiera excusar. Oportuno era, pues, que en vez de unirse con el Cortado para engañar á un tercero, procurara ser engañado por aquel, pues esta circunstancia, á la vez de no hacerle perder su prestigio, inclinaria al Cortado en todo caso para sostener la existencia del hecho con su natural descaro, y aun con mayor esfuerzo todavía.

Con efecto, el Cortado refirió el caso á todo el que quiso oirle, y á puro repetirlo, casi llegó á persuadirse de la realidad del suceso, ó por lo menos lo presentaba ya con toda la fuerza de una verdad averiguada, porque tal viene á ser el resultado del hábito.

Por su parte, Tortosa, entonces y aun despues que salvó su compromiso en lo de los negros como mejor pudo y supo, se hacia cruces al hablar de D. Eustaquio, asegurando que era el mayor pícaro que hubiesen traido al mundo los antiguos y modernos tiempos. Contaba cómo despues de haber tomado la mosca le habia vendido inicuamente para granjearse el favor del gobierno, cuidando, por supuesto, de callar la que por su parte habia jugado á su enemigo. Mucho perjuicio pudiera haberle causado Tortosa con semejante acusacion, pero estaba por su parte demasiado acreditado para que se diera fé á sus palabras. Creyéronle tan solo por lo tanto algunos de sus amigos íntimos, pero casi to-

dos concluian en que echaba mano de aquellas suposiciones, por mera venganza de que el injuriado le hubiese perseguido como merecia; y así, sus indignas suposiciones le presentaban todavía bajo un aspecto más desfavorable á los ojos del público.

CAPÍTULO XXIV.

De la súplica que Paulina hizo á Eustaquio.

Los importantes cuidados de que se veia rodeado Eustaquio, no le habrian permitido volver á la Estancia de D. Bartolo, aun cuando así lo hubiese deseado, despues de aquella entrevista con Paulina, de que ya se dió cuenta. No extrañaban Bartolo y su esposa semejante ausencia, porque tambien á la Estancia llegaban los penetrantes sonidos del clarin con que la Fama seguia dando á conocer al mundo sus hazañosos procederes. Envanecíanse con ellos, como tocantes á un miembro de la familia, segun ya le contaban, sobre la cual venia á reflejar todo aquel brillo que arrojaba el meteoro que así se presentaba atravesando el espacio denodadamente.

Pero si D. Eustaquio por entonces no pensaba en honrar con su presencia aquel modesto albergue, forzoso le fué hacerlo á virtud de un llamamiento, que no pudiera ser desatendido por su parte. Á deshora presentósele aquella Matea,

antiguo Mercurio de sus olvidados amores, en un domingo en que la habian permitido salir de la Estancia á solazarse; y con el mismo recato y gracia con que en otros tiempos solia poner en sus manos amorosos billetes llenos de pasion y fuego, sacó uno que en el seno traia oculto, y entrególo á D. Eustaquio. Abriólo este con la consideracion que merecia la que se habia dignado remitirlo, y paseando por él curiosas miradas, advirtió que Paulina le suplicaba encarecidamente, que en aquella misma tarde, si ser pudiese, ó á la siguiente cuando más, acudiera á verse con ella en la arboleda á donde solia Cupido conducirlos en tiempos anteriores.

Dijo que contestaria en persona inmediatamente, y al despedirse Matea, le manifestó el deseo que la asistia de ser pronto su esclava, cuando ganase el título por su parentesco con sus actuales dueños; y quedó Eustaquio preparándose para acudir á la cita, é intentando adivinar el motivo del llamamiento. Sin duda la altura que conquistaba su nombre habia encendido como nunca la pasion de Paulina, y sin ser poderosa á contenerse, le llamaba para confesarle que habian sido inútiles sus esfuerzos por convertir su amor en amistad. Contemplábala agitado el corazon, los ojos lanzando ardientes dardos, y derramando los labios vehementes súplicas, para que tornase á concederla aquel venturoso dominio que suponia haber ejercido en su alma. Proponíase con esto resistir á tan fuertes tentaciones, encastillándose en la resolucion que habia adoptado; pero instigado á la vez del demonio de la coquetería, queria aparecer á los ojos de Paulina tan interesante en lo físico como en lo moral, para que así fuesen mayores sus tormentos y más punzante su codicia por tan envidiables prendas. Vistióse por lo mismo con

el mayor esmero, acicalóse y perfumóse con el mayor cuidado, y deteniéndose en aquella cabellera de que más que de nada estaba pagado, la rizó artísticamente, y la compuso y recompuso, y la atusó y alborotó repetidamente con los dedos, sin acabar de encontrarla nunca el efecto que él quisiera que produjese, hasta que al fin hubo de contentarse con uno de los que más regulares le parecieron.

Pronto estuvo en la arboleda, despues de haber recibido de doña Agustina y D. Bartolo mayores muestras de consideracion y respeto de las que nunca se habian dado á su mismo hermano D. Matías, y luego que se avistó con Paulina, lo primero que hizo fué descubrirse para presentarla la traidora cabellera, sin que fuesen bastantes para que tornase á cubrirla las más reiteradas súplicas. Deseaba, segun decia, que la apacible brisa de la tarde refrigerase una cabeza que el destino habia consagrado á tareas tan multiplicadas como laboriosas; pero ni aun por esa recomendacion se detuvo Paulina á contemplarla como solia hacerlo en otro tiempo. La desatendió cruelmente, como pudiera haberlo practicado con cualquiera otra menos privilegiada, y sin incurrir tampoco en aquellas miradas que D. Eustaquio presentia, y aun menos, sin ensayar aquellas amorosas súplicas de que tambien habia intentado ponerse en guarda, con solamente una regular cortesía, comenzó diciendo:

—Otra vez, D. Eustaquio, se me presenta la ocasion de poner á prueba vuestra amistad.

—Sabeis que podeis contar con ella, como ya os he dicho.

—Me han encargado encarecidamente que os haga una súplica, y creo que por mi mediacion será atendida.

—Sí lo seré, Paulina, en cuanto de mí dependa. Excusado me parece advertiros que en todo lo concerniente al cumplimiento de mis deberes soy inexorable. Vos, que ya debeis conocerme, evitareis por lo tanto...

—No se trata de nada que toque al destino que desempeñais. Lo que se os pide es un servicio de particular.

—Pues con salvedad semejante, bien podeis explicaros.

—Dicen que se casa aquella Úrsula con quien antes de ahora supusieron que tratábais amores.

—Me alegro de que haya llegado el hecho á vuestra noticia. Así os habreis desengañado de la verdad de mis palabras, y de la calumnia que contra mí se forjó.

—Sí, D. Eustaquio; confieso mi equivocacion, y os pido que me perdoneis aquella desconfianza. Me lo hicieron entender así, y hay mucho tiempo que estoy dispuesta á creer cuanto aumente mi desventura.

Al oir esto Eustaquio, confirmóse en la idea que en un principio tuvo de que aquel llamamiento llevaba por fin implorar la continuacion de su amor suspendido; y de nuevo hizo propósito firme de resistir á toda tentacion, por significativa y peligrosa que pudiera presentarse. Con semejante idea, dijo:

—Nunca he pensado casarme con Úrsula, y aun los negocios se me ponen de manera que me seria difícil intentarlo en la actualidad con persona que más lo mereciera.

—Pues la misma que me imbuyó en semejante idea ha tenido el propio desengaño, poniéndolo en mi conocimiento. Estamos convencidas de que nunca habeis pensado en casaros con Úrsula, y por mi parte apruebo que tampoco intenteis hacerlo con nadie. Aprovechad vuestra juventud en

procuraros un nombre y una fortuna, que para el hombre cualquiera época de la vida es apta para el matrimonio.

Díjolo Paulina con tal naturalidad, que fué como echar un jarro de agua sobre aquella cabeza tan llena entonces de fatuidad amorosa, y así desconcertado, repuso:

—¿Y á qué viene entonces la noticia del casamiento de Úrsula?

—Se casa, pues, contra la voluntad de sus padres.

—Allá se las haya.

—Y con el Cortado.

—Siempre escogen mal las mujeres.

—Poco galante estais.

—Debísteis daros por exceptuada.

—Por estar presente.

—Porque de todos modos os considero más de lo que os figurais. Pero me hablábais de un empeño...

—Sí, de un empeño eficaz. Aquella persona que os indiqué, á la vez de darme noticia del casamiento de Úrsula, me ha dicho que vos podeis impedirlo, y me ha suplicado encarecidamente que os pida que lo impidais.

Demudóse D. Eustaquio involuntariamente; mas reponiéndose luego con su natural facilidad, preguntó revestido de calma:

—¿Y por qué cree esa persona que tengo yo semejante poderío?

—Os lo diré con la franqueza que siempre acostumbro. Cree que aun tengo sobre vos los derechos que en un tiempo me habíais concedido, y que vos á vuestra vez teneis predominio en el Cortado, porque á no ser por vuestro influjo y el de vuestro hermano, figuraria en el presidio con

otros criminales que lo son menos que él. Ya veis que os hablo con toda claridad.

—Haceis bien, Paulina, contestó Eustaquio satisfecho de que no estuviese al cabo de lo que verdaderamente mediaba en el asunto. Sin duda la que os habrá hecho el empeño, ha sido la que figura como madre de Úrsula.

—Su madre ha sido.

—Es hija de la Inclusa.

—Pero no por eso deja ella de ser su madre.

—Y bien concibo por qué la hizo expósita.

—¿Por qué presumís?

—Porque en vano aspirà á contarse entre la clase blanca. Los hijos de la Inclusa, por solo que parezcan serlo, deben estimarse tales blancos, y esta preeminencia es la que se ha buscado.

—Me parece que os equivocais. Yo por blanca la tengo.

—Pues mucho os ciega vuestro interés por ella. De poco acá ha venido á llamarse doña Lorenza.

—¡Dios mio! ¿Quién es doña Lorenza?

—La madre de Úrsula que os habló.

—¡Os digo que estais al extremo equivocado!

—Pues entonces, ¿á quién os referís?

—Me he contraido á doña Bernarda.

—¿Á quién?

—Á la comadre que asistió á mi tia en su parto. En casa la habeis visto.

—¿Y es esa la madre de Úrsula?

—Esa es, Eustaquio. Aquí vino con la muerte en el corazon, derramando copiosas lágrimas. Me llamó aparte y me reveló que si para el mundo no era madre, lo era para su

conciencia. Una flaqueza de esas que, obra de un momento, proporcionan resultados para un siglo; la hizo merecer el más dulce de los nombres, envenenado con la falta de la honra, no menos cara. Intentó cubrirlo y conseguir la legitimidad de su hija por medio de la Inclusa; y así conseguido, la colocó en la casa de unos artesanos, donde ocultamente pudiera vigilar sobre ella. Así lo ha hecho continuadamente, pero con vana consecuencia. ¡Qué valen los ojos de Argos contra las armas de la seduccion y de la perfidia! El vicio vela cuando la virtud duerme.

—Teneis razon. No todo va como debiera.

—El Cortado ha conseguido seducir á aquella jóven inexperta, sin que se sepa de qué medios haya podido valerse al efecto.

—¿Pero se casa con ella? ¿Á qué más puede aspirar la hija de una comadre?

—Á tener un esposo honrado, aunque sea de la condicion más humilde y de la más destituida fortuna. Ya se conoce que no sabeis bien lo que es el Cortado. Engañado os tiene.

—Puede que sí.

—No os quede de ello ninguna duda. Su solo nombre causa tan desagradable efecto como la noticia de un espantoso crímen. La humanidad toda, aunque los más lo disimulen, lanza una maldicion involuntaria sobre el malvado.

Al oir esto en boca de Paulina, se estremeció D. Eustaquio, conociendo cuán acreedor era á la maldicion á que se referia; pero disimulando lo mejor que supo, dijo:

—Efectivamente, seria Úrsula digna de compasion si uniera su suerte con la del Cortado.

—Pues eso es lo que debeis impedir, y lo que me ha pe-

dijo aquella madre angustiada, con lamentos que llevaban consigo pedazos de su corazon. Preferiria ver á su hija tranquila en la sepultura, á verla en poder del Cortado. Las lágrimas por lo uno podrian tener consuelo, mas por lo otro ni pudieran tener fin ni tregua. ¿No es cierto que vais á impedir al Cortado que consume aquella obra de iniquidad?

—Paulina, dijo Eustaquio tomando un aspecto de severidad hipócrita. Mi buen nombre es para mí la prenda más cara del mundo y el ídolo á que estoy siempre dispuesto á sacrificarlo todo. Ese vulgo estúpido, que las más de las veces alaba lo que es digno de vituperio y vitupera lo que es digno de alabanza, admitió por cierto, antes de ahora, que trataba yo de seducir á Úrsula. Cuando la suerte me salva de aquel injusto cargo, ¿os parece oportuno que yo la desmienta, mostrando interés por Úrsula é impidiéndola llevar á efecto su matrimonio? No debíais ser vos la que me hiciese semejante empeño.

Quedó Paulina pensativa por un momento, al oir aquellas reflexiones de D. Eustaquio; mas despues de meditar sobre ellas un tanto, dijo:

—No sacrifiqueis á las apariencias la realidad. Por lo mismo que el vulgo es desacertado á par de injusto, contad tan solo con vuestra conciencia para regla de vuestro deber. Haced una accion meritoria impidiendo el enlace de Úrsula con el Cortado. Volved la hija á la madre; impedid la desgracia de las dos; y cuando el vulgo diga que habeis cometido en ello una falta, decíos con calma entonces, que el vulgo es torpe y vos sois bueno. No os hagais torpe como él, para hacerle justo.

—¿Pero creeis que el Cortado, apasionado de Úrsula y

acaso con otras miras, ceda á mis insinuaciones con la facilidad que anunciais? Si tuviese yo autoridad para impedir su desposorio, creed que luego haria uso de ella. He de pedirle que desista de su propósito como un especial favor; y me abrís á la vez los ojos para que contemple toda su maldad. ¿Quereis que quede ligado por un servicio semejante con un hombre como aquel? Me recordàis lo que algunas veces ha solido decirse de los que celebran pacto con Satanás.

—¿Conque no hay consuelo en el mundo para aquella angustiada madre? dijo Paulina viniéndosela las lágrimas á los ojos.

—Llamaré al Cortado; le diré que desista de su matrimonio; le haré reflexiones; le amenazaré, si os parece. ¿Pero será esto bastante para que se detenga en el camino que lleva?

—Es verdad. ¡Qué puede esperarse de aquel hombre!

—Pues yo os prometo que por mi parte se cumplirá lo que he ofrecido.

—Y yo os doy las más rendidas gracias, aun cuando el resultado no corresponda á vuestros deseos. ¡Pobre doña Bernarda! Por lo menos habreis ganado conocer como debiérais á aquel bribon.

—Confieso que no le tenia por tanto.

Concluido este diálogo, siguieron paseándose y hablando de cosas indiferentes, sin dejar de la mano D. Eustaquio aquel propósito con que habia venido de llamar la atencion de Paulina, por todos medios, hácia los atractivos de su persona; pero Paulina, en vez de espaciarse en ella, no quitaba la vista del lado derecho de los árboles, por entre los cuales caminaban. Dos veces habia distinguido por aquel

punto al colono D. Bruno, como en ademan de seguirles los pasos, con el rostro tan desencajado y descolorido, que bien á las claras dejaba conocer el espantoso tósigo de los celos que le estaba abrasando las entrañas. Temió Paulina una súbita explosion de ellos, con las fatales consecuencias que pudieran traer; y por lo mismo, acortando razones, fingiendo cansancio, y levantando la voz, sobre todo, para que pudiera oirse á larga distancia lo que decia, tomó el camino de la casa de vivienda, donde pronto estuvieron de vuelta, y de donde tambien se despidió el mancebo sin demora.

Doña Agustina, al notar aquellas citas y misterios, no cabia en el pellejo, mostrando su alborozo á su consorte, diciéndole:

—¿Qué te parece, Bartolo? La cosa marcha. ¿Y no es cierto que cada dia se pone más galan? Hoy vino con todos sus alfileres. ¿Á que no pasa la cosa de un mes? Veremos si me equivoco.

CAPÍTULO XXV.

En que se ve toda la impresion moral que puede producir una comida.

Ocúltase el hombre para satisfacer casi todas sus necesidades y aun placeres corporales, como avergonzado de estar sujeto á las leyes inmutables de la materia; pero en semejante conducta hace una privilegiada excepcion á favor de la comida. Tan solo alguna persona de poca cultura es la que pretende figurar que vive sin alimentarse, cuando se halla delante de los que puedan ser testigos de lo contrario; pues al revés, los que más adelantados están en la ciencia del mundo y en los cortesanos usos, conocen toda la importancia de una buena comida en reunion de gentes. No nos referimos á aquellos hombres que, dominados del vicio de comer, calculan, mientras digieren, el goce de lo que ha de proporcionarles una nueva digestion; que viven como la bestia atada al pesebre, y que fueron destinados exclusivamente para el alimento. Nos contraemos á los que, como gene-

ralmente sucede, consideran aquella comida en concurrencia como acto solemne é importante, como lazo de fraternidad y pacto de alianza entre los hombres, como distincion honorífica y como medio adecuado para celebrar y solemnizar los grandes acaecimientos.

Nada tiene de importante que se reunan tres ó cuatro amigos á apurar los placeres de la comida, y aun concédaseles que lo hagan hasta el extremo de lograr una indigestion, como no sea peligrosa, pues con la misma franqueza y fraternidad podrian concertarse para ir á un juego de pelota ó tomar un baño. Lo que sí provoca á consideraciones filosóficas, es una comida de aparato, una de duelo, una patriótica, y sobre todo una diplomática. Presentan estas los fenómenos de dar importancia á un acto tan material del hombre, como puede serlo cualquier otro de los suyos, de mezclar las pesadumbres con los manjares, de mostrar el amor patrio por medio de la masticacion, y de sujetar los destinos de las naciones al estómago de sus representantes.

La historia, que entre sus buenos ejemplos nos presenta muchos malos, como que viene á ser espejo de la humanidad, nos ha trasmitido la descripcion de más de un banquete solemne con motivos distintos, y con más ó menos malas consecuencias. Fueron escandalosos los de los emperadores romanos, bien que estos presentaron con toda su deformidad todos los vicios y crímenes; han proporcionado más de una escena eminentemente trágica, y han servido tambien de ocasion para algun envenenamiento clásico. Aparte de estos abusos que hace el hombre de las cosas más sagradas, la comida ha continuado siempre con toda

su respetable importancia. No hay acaecimiento notable en la vida en que no figure; no hay fiesta ni regocijo en que no sea de rigor; y donde falta, deja un vacío que provoca el descontento y la murmuracion. Comiendo, los hombres se humanizan, como acontece á las fieras; y más de una desgracia se cortaria en el mundo, y más de un tratado importante fijaria su suerte evitando torrentes de sangre, si los empeñados como cabezas en tan arduos asuntos se reuniesen á comer, y de sobremesa discutieran, satisfechos y risueños, sobre los medios á proposito de allanar dificultades con mútuas concesiones.

Si D. Eustaquio en realidad era un solemne bribon, en apariencia se portaba de una manera ejemplar, que le hacia acreedor á las consideraciones públicas; y el público siempre y en todas partes rinde un instintivo homenaje al hombre á quien rodean la rectitud y las virtudes. Cuando pensaba precisamente en hacer renuncia del destino, por lo poco que despues de lo hecho ya le prometia, algunos vecinos estimables del Cerro, engañados como los demás, quisieron darle una muestra de consideracion y aprecio, y discurriendo sobre cuál habia de ser más adecuada á su buen propósito, vinieron á tropezar en esa universal costumbre de la comida. En consecuencia reuniéronse, dispusieron una de las más expléndidas en fonda acreditada, y cuando menos lo esperaba D. Eustaquio, vióse entrar á dos de ellos que venian á suplicarle que les hiciese el honor de reunírseles en señalado dia y determinada hora, para desempeñar aquella importante operacion de comer juntos y mejor de lo que solian.

Si va á decir verdad, semejante muestra de distincion,

tal como era, en vez de dejar satisfecho al mancebo, causóle pesadumbre, porque harto sabia lo indigno que era de semejantes manifestaciones, y sobre todo porque para un pícaro no hay mayor suplicio que la presencia de los hombres de bien, y de muchos de ellos iba á verse rodeado. De este modo vendrian á ser sensibles censores mudos de su conducta; cada elogio se tornaria en un cargo, cada mirada satisfactoria vendria á ser una dura reconvencion, y cada muestra de aprecio una bofetada que pudiera hacer venir al suelo la máscara que le cubria. Intentó, pues, libertarse de aquel infierno á que se le queria arrastrar; pero tales fueron las corteses insistencias para que echase á un lado la modestia y aceptara el homenaje, que no le fué posible continuar en su excusa sin exponerse á llamar la atencion.

Llegó, pues, el dia señalado, que era muy próximo, y poco antes de la hora convenida dispúsose nuestro héroe para la marcha. Vistióse con decencia, excusando los afeites que solia, porque iba á verse entre personas que los menospreciaban, y aun apenas atendió al arreglo de la cabellera que tan pagado le tenia, porque no estaba para adornar por fuera una cabeza entonces tan preocupada por dentro. No se daba prisa en acudir á la cita, porque hubiera querido que se prolongase indefinidamente el plazo; pero tampoco se atrevió á faltar á ella, y así, á la misma hora convenida encontróse en el lugar de la reunion. Presentáronle los que le habian convidado á los demás comensales, que entre todos componian once, completando así la docena D. Eustaquio, y diéronle aquellos la mano con efusion, que fué como lanzarle un puntapié, á juzgar por el efecto que en su alma hacian tales demostraciones. Avisaron en

esto que estaba servida la sopa, y colocando á D. Eustaquio en el lugar preferente de la mesa, allí quedó, á pesar de su resistencia, como si le hubieran sacado á la vergüenza pública. Bien lo demostraba en la torpeza de sus modales y angustia de su rostro, pero atribuíase todo á la modestia que ordinariamente va con los hombres de verdadero mérito.

Comenzaron, pues, todos con la mejor voluntad y buen apetito á honrar el arte del cocinero, que era de los más entendidos en su clase; veíales D. Eustaquio saborear á porfía aquellos manjares, hábilmente condimentados para excitar el apetito, sin que por su parte pudiese engullir más que estopa, porque en ella se le resolvian todos los bocados que ensayaba tragar. Y era lo bueno, que de vez en cuando se los sazonaban aun mejor, hablando del respeto que se adquiria el hombre que sin consideraciones humanas se consagra á llenar enteramente sus deberes.

Pero aun quedábale por apurar el cáliz de la amargura cuando le llegó la vez á los brindis, que tambien son obligatorios en circunstancias tales. Uno de los convidados dijo, poniendo de manifiesto una copa de vino de Madera:

A la honradez.

Bebieron todos por ella, é imitándole otro, dijo:

A las virtudes.

Y un tercero se anunció diciendo:

Al hombre que cumple con su deber.

Y como nunca falte algun poeta ó aspirante á serlo en cualquiera reunion, uno de los que allí habia de la última

estofa, invitó á que se sirviera el *Champagne*, y luego que lo estuvo, poniéndose en pié, copa en mano y dirigiéndose á D. Eustaquio, le soltó á la cara la siguiente quintilla:

Diz que el hombre fué criado
De Dios á la *semejanza;*
Mas su *imágen* solo es dado
Representar al honrado
Que tu proceder alcanza.

Con esto, quedó como si le hubieran disparado con municion á boca de jarro, y así puso de angustiado el rostro. Otros que no eran proponentes de brindis, ni se habian puesto en relaciones con Apolo, discursaron en breves pero sentidas palabras sobre la santidad de las virtudes que á D. Eustaquio faltaban, y al fin suplicáronle que por su parte algo dijese.

Turbado como estaba, lleno de contusiones y acribillado de heridas, casi arrepentido de sus villanos procederes hubo de encontrarse á la sazon. Por lo mismo, en balbuciente tono manifestó lo profundamente agradecido que estaba á todas aquellas inmerecidas consideraciones de que era objeto, añadiendo que todo lo que habia practicado lo consideraba no más que muy comun en el que quiere cumplir con los deberes que le están impuestos. Y decidiéndose por el propósito que antes habia tenido de renunciar la capitanía, aprovechando el momento de anunciarlo de una manera ostentosa, dijo que consideraba superior á sus fuerzas el desempeño de los cargos públicos, y que iba á renunciar el que obtenia, sin admitir otro alguno. ¡Venturoso él, si hubiera persistido

en aquel arrepentimiento pasajero que asaltaba su empedernido corazon!

Fué una voz la de todos la que se levantó para suplicarle que desistiera de semejante propósito, y continuase dando ejemplo al mundo, como antes lo habia hecho; pero mantúvose firme en su resolucion, y acabó con esto de parecerse á los grandes hombres, que despues de haber hecho importante bien á la humanidad, se sumen en la soledad y el retiro, para desde allí contemplar su obra y gozar tranquilos de la fruicion que por sí solos prestan los beneficios que han derramado.

Entre los convidados que allí figuraban, distinguíase un hombre alto, envuelto en carnes, de buen rostro y mejor talle, blanco rosado, pelinegro, y ojos tambien negros, rasgados y de mucha vivacidad. Aquel hombre habia hablado muy pocas palabras, y durante toda la comida no quitó los ojos de D. Eustaquio, en tanto que este, á pesar de las otras atenciones que le habian ocupado, por más de una vez habia sorprendido las miradas que clavadas en él de continuo tenia el desconocido. Habíansele presentado entre los demás, anunciándosele su nombre; pero como fueron tantos los de la presentacion, ni en un principio hubo de parar la atencion en él, ni menos todavía érale posible recordar su nombre. Preocupóle despues, sin embargo, aquella insistencia en contemplarle que observó, sin que le fuera posible acertar con el motivo de ella.

Á poco de concluido el banquete, trató de despedirse don Eustaquio, y lo hicieron todos de él afectuosamente, insistiendo en el disgusto que les causaba aquella determinacion que anunció, y de la cual no quiso retroceder con todo. En lle-

gando á despedirse el hombre misterioso de que se ha hecho mencion, acercóse á D. Eustaquio cuanto más pudo, extendióle la mano, y díjole á media voz:

—Cada vez me confirmo más en que sois tan caballero como honrado.

—Mil gracias... No merezco... dijo D. Eustaquio, creyendo que nunca habia de llegar á su término aquella terrible granizada.

—Quisiera hablaros de un asunto tan delicado como importante.

—Iré á vuestra casa. Decidme dónde...

—Mejor está ir yo á la vuestra. ¿Á qué hora podeis recibirme mañana?

—Desde las ocho de la mañana en adelante...

—Á las nueve de ella me tendreis allí.

Estrechóle la mano, y despues de haberse despedido don Eustaquio de los demás circunstantes, tomó el camino de su casa.

Molido llegó á ella, como si hubiera recibido mil palos. No podia desechar de sí la vista de aquellas personas que parecian haberse reunido para escarnecerle en vez de celebrarle, y cuyos elogios todos se iba repitiendo para hacer más dilatada su amargura. Resonábale en el corazon la voz de aquel hombre que le habia supuesto caballero y honrado, para hablarle bajo semejante concepto de un asunto delicado y grave; y parecíale oir á la vez el tañido de una campana fúnebre, sin poder explicarse la causa de ello. En medio de la agitacion que tenia, extendió y dirigió un oficio haciendo la renuncia de la capitanía, y segun el arrepentimiento de que á la sazon se encontraba poseido, hubiérase

creido que al dia siguiente iba á devolver todo lo que habia tomado indebidamente, y á sepultarse en un claustro para en él llorar sus culpas hasta su salida de este mundo.

Al otro dia, sin embargo, ya repuesto de su turbacion, sus ideas habian de tomar distinto curso del que entonces tenian. Era un pecador demasiado empedernido para que tan pronto tuviese en él cabida un constante arrepentimiento, y lo menos se hubieran necesitado de cinco comidas como la que le habian dado en aquel dia para que la oveja extraviada de una vez volviese al redil.

CAPÍTULO XXVI.

Que da cuenta de la visita que hizo el Sr. Ordoñez á D. Eustaquio.

Por lo mismo, al dia siguiente citado, pesábale de haberse arrepentido, como cualquier otro pudiera arrepentirse de haber pecado. Estimó haber obrado acaso con ligereza al renunciar la capitanía pedánea; mas calculó que sus últimos hechos en ella debieran haberle desacreditado de todo punto con los que pudieran proponerle abusos para seguir medrando. Con arreglo á sus miras, estábale bien abanarndo un puesto que en adelante no le presentaba otra perspectiva que la de llenar deberes con toda la exactitud y pureza de que acababa de dar tan ostentosas muestras. Esperaba que los servicios hechos se le recompensarian de alguna otra manera; acaso aquella renuncia no le fuese admitida, obligándosele á continuar en el desempeño del cargo; y despues de todo, lo que mejor le estaba era continuar adelantando su fortuna, ya bastante considerable, por medio de especula-

ciones que para nada tuviesen que mezclarse con los actos de la vida pública.

Embebido estaba en tales pensamientos, cuando le anunciaron la llegada del personaje de la víspera, con quien se habia dado cita para aquella mañana.

Entró con aspecto cortesano, y sentóse luego que para ello fué invitado, y así hecho, dijo:

—Comenzaré repitiéndoos lo que os dije ayer, sobre tener que tratar con quien estimo ser tan caballero como honrado.

Hizo á esto una cortesía D. Eustaquio, resintiéndose un tanto de las magulladuras de la víspera, y contestó:

—Podeis explicaros con toda franqueza.

Y á esto continuó el desconocido diciendo:

—Ahora tardes, yendo por el campo á caballo, hubo de encabritarse por repetidas veces, y espantarse otras tantas, por ser el animal jóven y demasiado fogoso. En los esfuerzos que hice para contenerlo, creo que hube de perder una cartera, que por acaso llevaba en el bolsillo del costado de mi frac; pues lo cierto es que al buscarla en casa, no me ha sido posible encontrarla.

—No recuerdo vuestra gracia, dijo D. Eustaquio con una amabilísima sonrisa.

—Me llamo José Ordoñez para serviros. Creo que es un nombre bastante conocido en esta capital.

—Y digno de todo mi respeto, atencion y consideracion, dijo D. Eustaquio haciendo una profunda reverencia. Podeis continuar, estimable Sr. Ordoñez.

—Aquella cartera, continuó Ordoñez clavando una fija mirada en D. Eustaquio, contiene apuntes insignificantes, otros

papeles que pueden tener importancia para mí, y un pagaré con el nombre en blanco, por no haber creido oportuno estamparle el mio.

Detúvose aquí Ordoñez; pero D. Eustaquio nada contestó, dando muestras de estar imaginativo; por lo cual, sin duda, añadió aquel:

—Aquel pagaré, señor mio, encierra todos mis ahorros, que vienen á ser mi fortuna única. Está suscrito por D. Julian Tortosa, en cuyo depósito puse mis haberes devengando un insignificante premio; y al avisarle de la desgracia que me habia sucedido, me contestó que no podia entregarme el dinero al cumplir del plazo, mientras no pareciese el documento, pues por su naturaleza equivalia á un billete de banco, y se exponia á pagar por duplicado el dinero. Hágole de buena fé, y por nada del mundo quisiera ocasionar el menor quebranto á un hombre que me ha prestado servicios.

—Bastante siento haberle perjudicado contra mi voluntad...

—Así lo considero. Sin embargo de aquella buena fé que le supongo, ha llegado á mis oidos que un hombre, de mala opinion por cierto, refiere haber encontrado un pagaré suscrito por Tortosa, que por vuestro conducto le entregó...

—Ese hombre es el Cortado.

—Con ese apodo he oido llamarle.

—Pues refiere la verdad.

—¿Y tendríais á bien decirme la cantidad y el plazo del documento?...

—¿No os ha visto Tortosa en estos últimos dias?

—Absolutamente.

—¡Sí se portará ese hombre como apenas me atrevo á figurarme!

—Temiéndomelo voy.

—En su poder tiene vuestro pagaré.

—Explicaos, dijo Ordoñez cambiándosele la color del rostro.

—El Cortado puso aquella cartera en mi poder, que casualmente habia encontrado una noche, sin que la abriese por cierto, á lo menos segun me aseguró. En cumplimiento de mi deber, requerí su contenido, y me encontré con un pagaré suscrito por Tortosa, con el nombre del dueño en blanco, y por valor de quince mil pesos...

—¡Es el mio efectivamente!

—Tambien encontré otros documentos con apariencia sospechosa...

Al oir esto Ordoñez, acabó de inmutarse enteramente; pero sin demostrar D. Eustaquio que lo advertia, continuó diciendo:

—Y en semejantes circunstancias, creí que era de mi deber examinarlos tan cuidadosamente como el asunto lo requeria. Pero si el pagaré hubiese estado ardiendo, no me hubiera dado más prisa para soltarlo de mis manos. Por lo mismo llamé á Tortosa, á fin de que me instruyese de quién era el dueño, y lo excusó. Su conducta me dió á entender que queria ocultarme aquel nombre para evitar que supiese el del dueño de los demás papeles, que por consecuencia se me hicieron más sospechosos todavía. Entonces entregué el pagaré á Tortosa, para que por su parte lo diese al propietario, indicándole que gratificara con alguna cosa al del hallazgo; y así lo hizo, poniendo en mi poder los quinientos pesos que despues percibió el Cortado.

—¿Y supo Tortosa que los otros papeles os infundian sospechas?

—Ni una palabra le comuniqué de ello.

—Pues ya conozco su intencion.

—¿No os ha entregado el pagaré?

—No, señor, repuso Ordoñez encendiéndosele el rostro en cólera.

—¡Si hay hombres para todo!

—Y los otros papeles de la cartera...

—¿Los ininteligibles? Ayer dejaron de serlo para mí.

Al oir esto Ordoñez, quedó como estatua de blanco mármol. Á juzgar por el concepto que tenia formado de D. Eustaquio, creyó que aquellas palabras contenian la formacion de un procedimiento criminal contra él, y su perdicion consiguiente. Así, bajando la cabeza, dijo:

—Considero que nada os hará faltar á vuestro deber.

—Estad cierto de ello.

—Tan cierto como perdido para siempre.

—Ayer, despues que tuve el gusto de comer en vuestra compañía, á la vuelta á casa volví á emplearme en meditar sobre los papeles ininteligibles, y di con la clave que pudiera hacérmelos comprender. Comencé entonces su lectura...

—Y os hicísteis dueño de mi existencia.

—Conocí que iba á verme en la necesidad de proceder contra vos, cumpliendo con mi ministerio...

—Y procedísteis contra el criminal.

—Suspendí la lectura, y me di prisa á extender y remitir el oficio de la renuncia de la capitanía pedánea, que en la comida habia anunciado.

—Así, dejásteis de ser juez.

—Y sin embargo de presumir cuál sea el contenido de los papeles, no he olvidado que no nací para delator. El pedáneo retenia la cartera, y el particular la pondrá en vuestras manos.

En diciendo esto levantóse, dirigióse para un armario, y volvió para Ordoñez, llevando en las manos la cartera.

El Sr. Ordoñez habia supuesto en D. Eustaquio las buenas prendas que á él le adornaban, porque siempre nos vemos inclinados á revestir á los demás de nuestros propios sentimientos, y por eso sucede que un hombre de bien tiene que hacer un esfuerzo para desconfiar de los otros, á la vez que un bribon no cree posible que puedan encontrarse hombres de bien en el mundo.

Era, pues, honrado y caballeroso al extremo, y si á pesar de ello no correspondia segun debiera con lealtad al gobierno á quien servia, es porque las gentes lo creen dispensado todo cuando se trata de política, viniendo á hacer de ella un campo de hostilidades en que son disculpables todas las asechanzas, todas las intrigas y aun las infamias de peor linaje. Fuera de aquellas buenas dotes, tambien Ordoñez era valiente más allá de toda expresion, habiendo dado asimismo muestras de una liberalidad poco comun en muchos casos en que se habia puesto á prueba.

Sus esfuerzos en favor del aspirante al trono de España habian sido del todo infructuosos, viéndose cada dia en mayor descrédito una causa que, aparte de los derechos legales de sucesion, trataba de anteponer el atraso al progreso que los tiempos habian traido con la ilustracion y cultura; pero empeñado en ella Ordoñez, habia estimado como punto de honra no retroceder, por no dar muestra de inconsecuente

con los principios que una vez habia sostenido. Aquella figurada nobleza en la conducta de D. Eustaquio le habia conmovido profundamente, sin embargo. En ella tenia el ejemplo de un hombre que, por no faltar á lo que de él hubiera exigido el destino que desempeñaba, se apresuraba á renunciarlo para poder en consecuencia portarse libremente como particular. Aun bajo semejante concepto; creyó que desmerecia mucho en la opinion de D. Eustaquio, pues si guardaba secreto sobre su proceder, que debia estimar vituperable, era tan solo por considerar que se haria más vituperable todavía cometiendo una bajeza. Era, pues, dueño de aquel secreto D. Eustaquio, y en cierta manera hacia de él un cómplice forzado, obligándole á callarlo por delicadeza entonces, y con mayor esfuerzo todavía si sucesos posteriores hacian aun de mayor importancia aquel secreto.

Semejantes consideraciones no podian dejar de hacer profunda emocion en un alma del temple de la de Ordoñez. Si hubiera podido atraer á D. Eustaquio á la misma causa á que se habia consagrado, las dificultades quedaban allanadas de todo punto; pero no siendo así, ¿cómo permitir que un hombre que con tanta nobleza se portaba, dia por dia estuviese reducido á guardar un secreto sobre lo mismo que considerase al extremo vituperable?

Bajo tales impresiones recibió Ordoñez la cartera que en sus manos puso Eustaquio, quien por su parte en el profundo abatimiento de aquel solamente advirtió la impresion pasajera de un bribon, sorprendido en una de las suyas, que por lo mismo ve á punto de desgraciarse. Entretanto, Ordoñez abrió lentamente la cartera, buscó los dos papeles ocasion de su compromiso actual, y á la vez de irlos ha-

ciendo menudos pedazos, dijo á D. Eustaquio á media voz:

—Sin duda, amigo mio, creeis que el Sr. D. Cárlos V no tiene derecho para aspirar á semejante título.

—Sr. Ordoñez, yo en cosas de política... ni quito ni pongo rey... contestó Eustaquio lleno de temor, y dirigiendo la vista por todas partes, cual si temiera que todo se volviese oidos para escuchar lo que anunciaba aquella introduccion.

—No os alarmeis, D. Eustaquio. Si por mí os habeis comprometido una vez, creedme que no lo estareis otra.

—Me limito á cumplir segun debo...

—No prosigais, porque indirectamente me haríais cargos que ya me he hecho yo.

—Cada cual puede seguir sus opiniones...

—Y yo entiendo que debo cambiar las mias. No conoceis bien á Ordoñez. Cumplísteis como caballero, y él cumplirá lo mismo con vos.

Creyó D. Eustaquio que iba á proponerle alguna recompensa pecuniaria por la conducta que habia observado, y púsole el rostro más afable que en su vida hubiese tenido; pero ya puede calcularse cuán aventurado era semejante supuesto.

—Sí, D. Eustaquio, prosiguió Ordoñez diciendo; como juez, os puse en grave compromiso, y supísteis salvarlo apresurándoos á renunciar vuestro destino. Como particular, no os considerais tan expedito como tan generosamente habeis supuesto, y Ordoñez procederá con vos segun con él habeis procedido. La causa que prohijé no ofrece en la actualidad las mejores esperanzas; mas por lo mismo, creia de mi deber serle consecuente. Si vuestra renuncia salvó al

juez de un compromiso, la mia salvará de otro nuevo al particular. Os juro que, al romper esos papeles, quedaron rotas todas mis relaciones con el asunto á que se referian. Podeis congratularos de haberme atraido á vuestra bandera por el único medio á propósito para conseguirlo.

Pasmado quedó el mancebo al oir semejante manifestacion, pues ciertamente no esperaba ni podia presumir que en el mundo hubiese persona capaz de proceder tan hidalgo. En consecuencia, y por toda contestacion, permaneció en respetuoso silencio, estrechando la mano del Sr. Ordoñez, que por su parte parecia encontrarse un tanto conmovido, hasta que al fin le dijo Eustaquio:

—Vuestro secreto en mi poder á nada os obligaba, señor Ordoñez; pero mucho me alegro de ver separado á un hombre como vos de la causa á que os consagrásteis. Creedme, que más me complazco de ello por vos que por mí.

Dióle Ordoñez las gracias con suma cortesanía, manifestándole el singular aprecio que le inspiraba, y ofreciéndole su amistad con cuanto él valiese. Y concluidos que fueron sus cumplidos, díjole poniéndose ya en pié para despedirse:

—Por supuesto, D. Eustaquio, que si intentase yo reclamar de Tortosa judicialmente el dinero que me adeuda, seria tiempo perdido.

—No contando con más testigo que yo...

—Pues os protesto que hoy mismo quedaré pagado.

—Mucho me alegraria; aunque no concibo...

—Ya os impondré del resultado.

Con esto fuése, y quedó Eustaquio haciendo reflexiones sobre todo lo que habia pasado. Érale duro de creer que Ordoñez hubiese seguido la conducta de que habia dado mues-

tras por el solo motivo que para ello figuró. Si en el primer momento admiró su conducta, despues sus pensamientos ruines se la presentaban como imposible del todo, y concluyó por lo mismo en que, ó bien Ordoñez habia tomado aquel pretexto para separarse de una causa que ya creia desesperada, ó que trataba de engañarle mostrándose arrepentido, para seguir conspirando como hasta entonces lo habia hecho.

CAPÍTULO XXVII.

La otra visita que hizo el Sr. Ordoñez á Tortosa.

Ya que hemos comenzado á tratar de los esfuerzos que hacia el Sr. Ordoñez para recobrar su cartera con lo que contenia, sigámosle en los demás pasos que se proponia dar al efecto. De la casa de Eustaquio marchó á la suya; y en ella vistióse su uniforme, sin duda porque le convenia ir armado para la empresa que meditaba, aunque con calma, con grave entereza; y ya en este equipo, dirigióse tambien á la casa de Tortosa. En llegando, preguntó por él, y al punto se le facilitó entrada para la estancia en que aquel se encontraba.

En la casa de Tortosa, que era toda de un solo piso, como las más de la Habana, habia, sin embargo, al fondo del patio una escalerilla de madera, bastante maltratada ya por el tiempo, que conducia á dos piezas altas, y por ella subió Ordoñez. Entró por la única puerta que daba á la misma escalera, y encontróse en una habitacion de regulares dimen-

siones, de ningunos adornos, y empolvada de una manera que demostraba no ser hombre de mucha limpieza el dueño. El único mueblaje que en ella figuraba eran dos mesas con dos carpetas á manera de cartapacio, de esas que se usan para los trabajos del comercio, y unas siete sillas bastante usadas, de madera de nogal y con asiento de paja. Por la puerta que abria paso para la otra habitacion, se distinguian una percha con algunas piezas de ropa; un catre de tijera vestido de rusia, con una colgadura de tela muy fina, que encarnada cuando nueva, habia perdido el color como enfermo desahuciado; una caja de hierro destinada á guardar dinero; tres sillas como las de la pieza de recibimiento; una cómoda vieja, y debajo de ella una hilera de zapatos que representaban una larga familia, desde el tatarabuelo al tataranieto.

Á una de las mesas estaba sentado Tortosa, con unos pantuflos de badana color de violeta y una chaquetilla sin chaleco, de lienzo tan sutil, que dejaba ver perfectamente la camisa y la labor y color de los tirantes que le sujetaban los pantalones. Á la otra mesa se veia tambien sentado un mancebo como de hasta veintisiete años, de ojos azules y pelirubio, con un enorme libro delante, en que escribia y formaba números.

Luego que entró el Sr. Ordoñez, saludó con cortés gravedad, y dijo:

—Me alegro de veros sin novedad, Sr. Tortosa. Siempre con buena salud.

—Siempre trabajando, Sr. Ordoñez. ¿Vos tan bueno? Tomad asiento.

—Tenia que hablaros...

—Siempre estoy á vuestra disposicion.

Y en diciéndolo Tortosa, sea porque comprendió que Ordoñez queria hablarle á solas, ó ya porque no estimara oportuno que el otro mancebo se impusiera de lo que por su parte pensaba manifestarle, volviéndose para él dijo:

—Podeis ir ahora, Manrique, á buscar la correspondencia que haya traido el correo.

Á esta insinuacion, levantóse Manrique, tomó el sombrero que tenia colocado en la misma mesa, y pronto se oyeron sus pasos por la escalera. Luego que se fué alejando el rumor de ellos, dijo el Sr. Ordoñez á Tortosa:

—Sin duda considerásteis oportuno alejar de aquí á ese mancebo, para que no se impusiera de nuestra conversacion.

—Con efecto. Me inspira la mayor confianza; pero no sabia si querríais vos que se impusiese de vuestros asuntos particulares.

—No me parece conveniente tampoco que se ponga al cabo de todos los vuestros. Cosas hay, Tortosa, que deben esconderse de todos los demás. Por lo mismo, y para que nadie venga á interrumpirnos...

Sin concluir la frase, dirigióse Ordoñez para la puerta y cerróla, dando vuelta á la llave; y á semejante determinacion comenzó Tortosa á pestañear con tal prisa, que no se tomaba un punto de reposo. Volvió para él Ordoñez, y manteniéndose en pié, sin admitir el asiento con que de nuevo se le brindaba, dijo con voz entera y ademan resuelto:

—Sé que os han entregado el pagaré que se me extravió, y vengo á percibir su importe.

Al observar Tortosa aquella imponente actitud, llenóse de un temor que en vano quisiera disimular, y lo primero que

le ocurrió fué que D. Eustaquio habia puesto en conocimiento de Ordoñez el hecho, para vengarse de él. Mas no concebia, con todo, cómo pudiera haberse decidido á hacer semejante confesion, en negocio que tanta criminalidad ofrecia por las dos partes. Por lo mismo quedó inmóvil y mudo, sin saber qué partido adoptaria en aquel tan crítico trance.

—Tortosa, dijo Ordoñez con una feroz mirada al observar semejante indecision; sorprendido os habeis quedado. Pues acabareis de estarlo cuando sepais, que ha llegado la última hora de vuestra vida, si no quereis prolongarla restituyéndome lo que me habeis usurpado.

—¡Sr. Ordoñez!

—Sí, Tortosa. El pagaré teneis. La justicia en el asunto es impotente, como no se os ocultará; pero si aspirais á ser criminal impune, tambien puedo serlo yo. Elegid inmediatamente.

—Á un hombre indefenso...

—Tambien me robásteis estando indefenso yo.

—¡Sr. Ordoñez! dijo Tortosa, con el terror que pudiera haber tenido si se encontrara allí encerrado con dos leones; no extrañeis que me sorprenda vuestra conducta. Efectivamente, el pedáneo D. Eustaquio me entregó vuestro pagaré, figurándome que en sus manos lo habia puesto un tercero...

—Nada figuró en el hecho el Sr. D. Eustaquio; entrególe el pagaré un D. José, cuyo apellido no recuerdo, por estar en una cartera que casualmente encontró por el camino en que la perdí.

Acabó esto de llenar de confusion el alma de Tortosa, creyendo que pudiera ser posible lo que Eustaquio le mani-

festó, ó que por lo menos habia tenido bastante habilidad para ponerse á salvo, proporcionando un tercero que figurase haber entregado el pagaré y recibido el dinero que dió para recobrarlo. Conoció por lo mismo que le era imposible negar el hecho, exponiéndose á los terribles resultados que entonces le amenazaban, y por lo tanto dijo:

—Será cierto que ese tercero lo diese á D. Eustaquio. De este lo recobré para ponerlo en vuestro poder, porque no quise faltar á vuestra confianza, manifestando que os pertenecia.

—En eso hicísteis bien.

—Y si no os vi inmediatamente, ha sido porque no me lo permitieron los compromisos en que me he visto en estos últimos dias. Habrá llegado á vuestros oidos...

—Sí ha llegado, Tortosa, y quiero admitir vuestras excusas. Dadme el dinero, y asunto concluido...

—Os advierto que aun faltan unos cuantos dias para que cumpla el plazo. Siempre lleno religiosamente...

—Son quince dias los que faltan, Tortosa. Acabad de persuadiros de que estoy resuelto á no irme de aquí sin el dinero. De otro modo, entregadme el pagaré.

Habíalo roto Tortosa, como inútil ya, y mal pudiera entregarlo por lo mismo. En consecuencia, prefirió á confesarlo aprontar la paga; pero sin abandonarle su codicia, aun en el trance extremo en que se hallaba, dijo:

—Si me rebajais los premios de esos quince dias, no hay inconveniente...

—No vengo á negociar. Vengo á pedir mi documento ó su importe.

—No pelearemos por cosas de poca monta. Os abonaré

el importe. Me permitireis levantarme para tomarlo de la caja.

—Podeis hacerlo.

Pero al permitírselo Ordoñez, se mantuvo como cosido á él, y dispuesto á atravesarle de parte á parte, al menor indicio que advirtiera de que intentara hacerle traicion. Más en cuidado estaba Tortosa de excusar lo uno que Ordoñez de impedir lo otro, porque tal era el pánico que de él se habia apoderado.

Por lo mismo abrió la caja con toda fidelidad, sacó de ella diez mil pesos en onzas de oro, y las colocó en la cama, diciendo:

—Estamos en paz. Podeis contarlos.

—Os he visto hacer la cuenta, y solamente llega á diez mil pesos.

—Hay que rebajar los cinco mil que por gratificacion di á D. Eustaquio.

—Os equivocais en un cero.

—¡Cómo en un cero!

—No dísteis más que quinientos.

—¡Os juro por los huesos de mi padre!...

—Dejad en paz los huesos de vuestro padre. Completadme los cuatro mil quinientos pesos que faltan á mi dinero.

—¡Conque quereis arrancarme cuatro mil quinientos pesos!...

—¡Tortosa! dijo el Sr. Ordoñez encendido en cólera, y poniendo mano á la guarnicion de la espada. No confundais vuestros procederes con los mios. Si volveis á faltarme...

—Bien me guardaré de eso, Sr. Ordoñez. Sin duda os ha hecho creer el pícaro de D. Eustaquio...

—¡Callad! No ofendais á un hombre á quien nunca podreis imitar.

—Ya se ve que sí. Estais equivocado. Os digo que es el bribon mayor...

—¡Silencio! Cuidado si volveis á poner lengua en la honradez de un hombre que merece vuestro mayor respeto.

—¡Era lo que me faltaba que oir! dijo Tortosa atribulado, agitándose y haciendo movimientos de ir para uno y otro lado, sin moverse por esto del punto en que se encontraba.

—Acabemos, Tortosa. Completadme lo que me adeudais.

Volvió á abrir la caja Tortosa, viniéndosele las lágrimas á los ojos, y comenzó la cuenta de los cuatro mil quinientos pesos con un aspecto tal, que parecia habérsele ido el juicio. Algunas palabras entrecortadas escapábanse de sus labios. Al completar dos mil pesos se detuvo, volviéndose para Ordoñez, diciendo:

—Pero señor...

Continuó la cuenta al advertir el terrible aspecto de aquel; á los cuatro mil volvió á detenerse, creyendo que estaba completa la suma; pero advirtiéndole Ordoñez en dos palabras que estaba equivocado, hizo un esfuerzo supremo, y dió con los cuatro mil quinientos en el mismo lecho en que les aguardaban los diez mil.

Luego que el Sr. Ordoñez vió completos sus catorce mil quinientos pesos, sacó dos talegos que al efecto traia preparados, é invitando á Tortosa para que le ayudara, repartió entre aquellos talegos el numerario. Hecho esto, pidióle tambien que cargase con uno de ellos, hasta llevarlo al car-

ruaje que tenia apostado á la puerta. Díjole Tortosa con suma humildad que podria llamarse á un criado para que llevara á efecto la operacion, pero con la mayor dulzura le contestó Ordoñez:

—Cargar dinero no deshonra, buen amigo. Bien sabeis que es hoy la mayor distincion en el mundo.

Con esto hubo Tortosa de echarse el saco acuestas, imitándole el Sr. Ordoñez, y cuidando de que fuese por delante. Bajaron la escalera, llegaron al carruaje, depusieron en él la carga, y á punto de despedirse, dijo Ordoñez á Tortosa:

—Amigo Tortosa, concluyeron nuestras cuentas de numerario. Si creeis que el modo en que lo han sido requiere alguna satisfaccion, bien sabeis dónde podeis encontrarme. Dispuesto me hallareis en toda ocasion á dárosla.

—Á pesar de pesares, no tengo mayor queja de vos, pues solo me duele que hayais desconfiado de mí. Aquel pícaro sin igual...

—Os he dicho que no os permitiré calumniarle á mi presencia. No le conoceis.

—Aun me temo no conocerle bastante. Es lo que nunca pude figurarme.

—Pues haríais bien en estudiarle mejor para que os sirva de ejemplo.

—Id norabuena, dijo Tortosa con suma calma y moviendo lentamente la cabeza.

Montó Ordoñez en el carruaje, que pronto se alejó de allí, y volviendo á entrar en su casa Tortosa, aturdido con lo que le pasaba, tornó á subir lentamente la escalerilla, entró en su escritorio, pareciéndole que allí comenzaba de nuevo á representarse la terrible pesadilla que aun le agitaba el

alma, y concluyó por buscar algun descanso, echándose en el lecho que tenia al lado de su caja, como si de este modo hubiera querido poner juntas su muerte y su vida. Sin duda en D. Eustaquio habia encontrado la horma de su zapato, como suele decirse; pero por esta misma consideracion se llenaba más de rabia contra él todavía, dudando que el mismo Satanás pudiera sacarle ventaja. Maldecíale con la hora en que por la vez primera le conoció en la casa de la marquesa, y tantas y tan vivas emociones como hubieron de agitarle en aquel dia le produjeron una fiebre, de la cual salió al cabo para continuar sus negociaciones, llevando siempre en el alma la imágen de D. Eustaquio, que le acompañó hasta el sepulcro.

CAPÍTULO XXVIII.

Dies alba notanda lapillo.

Mientras Ordoñez arreglaba sus cuentas con Tortosa de la manera que ya se ha visto, D. Eustaquio habia marchado á ver al Sr. D. Homobono, para poner en ejecucion un proyecto que acababa de asaltarle y que le prometia ventaja, como todos los suyos. Al llegar, pues, á aquella morada, compuso el rostro como solia, dándole un barniz de sinceridad y modestia que no se lo mejorara ninguno de cuantos pícaros solapados corren con abundancia por el mundo. Impúsose con filial solicitud del estado en que se encontraba la salud de su señoría, y sabiendo que era buena, manifestó no serle posible explicar el contento que por ello sentia, y de seguida añadió:

—Tengo que poner en vuestro conocimiento una nueva, Sr. D. Homobono.

—Tambien tengo otra que comunicaros yo.

—Anoche he renunciado mi destino.

—Y esta mañana he sabido que concluye el mio.

Con efecto, el correo habia llevado la noticia de que estaba depuesto, y las gentes que creen saberlo todo decian que aunque el gobierno se hallaba satisfecho de su honradez, nó de la propia manera de su aptitud para desempeñar el oficio que le habia encomendado, habiéndose dado prisa por lo mismo á separarle de él. Manifestó D. Eustaquio la pesadumbre que le cabia por semejante acontecimiento, y desde entonces perdió para él su señoría cuatro quintos, si no nueve décimos del valor que antes le calculaba; y aun aquel valor hubiera quedado reducido á cero si no le necesitara todavía para el proyecto que traia entre manos. Desde ese momento tambien, su rostro fué menos humilde, su voz más entera, sus modales más sueltos, y hubo más osadía en la manera de expresar sus pensamientos.

—Siento que hayais dejado la capitanía, dijo D. Homobono, porque todos ganaban con el buen ejemplo que dábais en ella.

—Menos yo, señor mio. Me ponia en mil compromisos, no faltaba por eso quien desollara mi reputacion, y despues de todo, no estoy para servir destinos de balde. Sin sueldo son nulas las entradas de aquel, segun lo he palpado.

—Ya lo veo; pero la manera en que os habeis portado merece alguna recompensa. Vuestra honradez es para mí un título que os habilita para pretenderlo todo. Si antes de mi marcha puedo serviros de algo...

—Tan solo quisiera por mis servicios una recompensa, que no es importante.

—¿Y es?...

—La aprehension de los negros que hice, sobre mil trabajos que tuve que emplear en ella, me ha ocasionado mil enemistades. Aquellos negros han de darse en clase de *emancipados* á algunas personas, y ninguna puede tener más títulos que yo para que se le conceda preferencia en el caso, encontrándome dispuesto á abonar la misma cuota que cualquier otro. Bien pudieran concedérseme unos cincuenta.

—Justo me parece. Aunque la agricultura es preferida para semejantes concesiones...

—Precisamente para fomentar la agricultura los quiero. Unos amigos se han propuesto darme la mano, condolidos de mi pobreza, y un hacendado se ve reducido á casi regalar su finca por falta de brazos, pues tuvo la buena idea de irlos enagenando unos tras otros.

—Entendia bien sus intereses, sin duda.

—Asaltóle una pasion de ánimo por la falta de una correspondencia amorosa, que á no estar ciego hubiera agradecido en el alma, y aconsejáronle que jugara á los naipes por distraccion. Hízolo así, y pronto pasó la distraccion á vicio, como tan de ordinario acontece. Para reparar los descalabros del juego, vendia hoy dos negros, con la esperanza de que mañana adquiriria el valor de cuatro; pero esos mismos resultaba perdiendo, hasta que hubo de quedarse sin ninguno. Sucedióle lo que á los que comienzan á beber *brandi aguado* para curarse las flaquezas del estómago, y acaban destruyendo aquel órgano con el alcohol puro. Cualquiera diria, Sr. D. Homobono, que el peor mal del mundo son los placeres.

—¿Y esa finca arruinada es la que piensan facilitaros los amigos?

—Me dan lo necesario para adquirirla de una manera muy cómoda; y por medio del arbitrio que os propuse, pienso restituirla los brazos que el juego la quitó.

—Pues os repito que me parece muy justa la pretension, y espero que no quedará desatendida. Á vuestro celo precisamente se debe la existencia de aquellos emancipados.

D. Eustaquio habia dicho la verdad en la historia del jugador desgraciado, y tambien era cierto que habia proyectado hacerse de la finca, si no con el dinero de sus amigos, por lo menos con el suyo. Siguió hablando con el señor don Homobono sobre los vaivenes de la suerte, más caprichosa que potentado ocioso, y despidióse satisfecho de haber empleado bien aquel dia con la adquisicion de los emancipados, porque en cuanto al contratiempo de D. Homobono, juzgaba acertado dejarle para sí solo el sentimiento que pudiera causar, supuesto que á cada uno van tocando los suyos.

Pero habia comenzado propicio aquel dia, y estaba destinado á concluir de la propia manera. Al llegar á su casa, encontró que Ordoñez hacia algun rato que le esperaba en ella, y desde luego advirtió que en la silla al lado de la que ocupaba el huésped, descansaba un talego de angelical aspecto. Preguntóle solícito si habia recobrado de Tortosa su dinero, como se prometia; y á la respuesta afirmativa mostró tal contento y dióle unos plácemes tan cordiales, como que la presencia del talego le anunciaba que alguna parte habia de caberle en aquellos cautivos que así venian rescatados del moro.

—¿Con que al fin soltó el dinero? dijo en conclusion.

—No hizo resistencia ninguna.

—No me lo figuraba yo.

—Pues yo no dudé nunca de su amabilidad.

—¿Y os entregó todo?...

—Los catorce mil quinientos duros sin bajarles un real.

Quedó absorto D. Eustaquio al oirlo, y aunque le importaba no hacer sobre el caso demasiadas preguntas por no aparecer sospechoso, sin embargo, dijo:

—Creí que con algunas excusas hubiera tratado de sincerar su conducta...

—No señor; me dijo solamente que conservaba el dinero á mi disposicion, para cuando cumpliera el plazo del documento. Tambien me añadió que os habia entregado cinco mil pesos...

—¡Haya pícaro!

—Pero despues me confesó que todo era broma.

—Es que ciertas bromas... son muy poco delicadas.

—Perdonádsela por su buena intencion. Con ella quiso darme á entender, que habiéndome vos salvado el dinero con la delicadeza que lo hicísteis, era de mi deber daros aquellos cinco mil pesos.

Con esto comprendió D. Eustaquio poco más ó menos lo que pudiera haber pasado entre Ordoñez y Tortosa, y mientras tanto aquel dirigióse á coger el talego. No pudo dejar de sonrojarse un tanto al notar el fino proceder de Ordoñez, lo cual atribuyó este á que Eustaquio se sonrojaba de recibir numerario en recompensa de su buena accion. Por lo mismo díjole, sin acabar de coger el talego:

—Todo quiero, Sr. D. Eustaquio, menos ofender vuestra delicadeza extremada.

—Nunca podreis ofenderme con nada, Sr. Ordoñez.

—Somos amigos. Es un verdadero hallazgo para mí ese dinero, y entre los dos lo hemos hecho. Lo justo era dividirlo como hermanos, y sin embargo, hago la particion del leon. Admitid siquiera lo que el mismo Tortosa creyó que os era debido.

—Ese dictado de amigo allana todos mis escrúpulos. Le adquiero con el sacrificio que me imponeis, y estoy dispuesto á hacer aun cuanto más tengais por oportuno exigirme.

—Pues ahí teneis en ese talego los cuatro mil quinientos pesos que faltan para completar los cinco mil que os tocan. ¿Me permitireis otro abuso?

—Os he dicho que podeis disponer de mí libremente.

—Pues me atrevo á suplicaros que el pico de los quinientos lo deis al otro jóven que encontró la cartera. Al cabo se portó bien, y así se le completarán mil pesos.

—Precisamente acababa de ocurrirme lo mismo.

—No es casualidad que los hombres de bien tengan unas propias ideas. Extravagantes para muchos...

—Pero de mayor mérito por lo mismo.

Con esto, y despues de algunos más cumplidos, al fin despidióse Ordoñez, y Eustaquio reunió el contenido del talego al de sus demás haberes. Calculaba enviar por el Cortado para comunicarle la buena nueva que le esperaba por su parte, mas muy á punto vino aquel con otra relativa á su casamiento. Por lo mismo entró diciéndole:

—Me he apresurado en venir á daros parte del resultado de mi matrimonial gestion.

—¿Pues qué novedad hay? preguntó Eustaquio inmediatamente.

—La autoridad judicial acaba de concederme la licencia

solicitada. Parece que algunas personas ocultamente trabajaron para impedirlo.

—No dejó de ocurrírseme, y por eso hice de mi parte cuanto me era posible para conseguir el buen resultado que me anunciais. Tambien he visto algunas veces á Úrsula para confirmarla en su propósito.

—Me parece muy acertado.

—Son amigos los que la tienen en depósito, y así he podido, so pretexto de aquella amistad, visitarla alguna vez en estos últimos dias.

—Yo doy la cosa por hecha. ¿No os parece lo mismo?

—Desde luego.

—Pues bajo ese supuesto, tenia una cosa que deciros...

—Hablad, pues.

—Supuesto, digo, que la cosa es hecha, quisiera que por cuenta de la dote que me habeis indicado... Estoy apuradillo, D. Eustaquio.

—Sois un abismo para engullir dinero. Pocos dias hace que os di quinientos pesos.

—Es verdad... quinientos ó... Sea lo que fuere, D. Eustaquio, el dinero veo que no remedia las necesidades, porque van creciendo con él. Despues, es lo último tener acreedores. Parece que le llevan á uno la cuenta de lo que coge. Nunca he debido menos que hoy, ni tampoco nunca me he visto más hostilizado.

—Os fueron encima...

—En cuanto vieron que me empinaba. Por aquí un duro, por allí tres pesetas... Vamos, aquello fué un despacho de tesorería en dias de pagamento. Hasta enemigos que hacia ya difuntos se presentaron á reclamar. Al fin tuve que ar-

marme de resolucion por salvar algo; que de no, acaban conmigo. Comencé á pedir de nuevo, y todos se desbandaron.

—Lo peor es que nunca saldreis de ese estado.

—¡Cómo ha de ser! Así vamos tirando.

—Sin pensar en el porvenir.

—Poco puede pensar en el porvenir el que tanto tiene que hacerlo del presente. Hasta donde llega, llega; y por lo que hace á la última jornada, para eso contamos los pobres con el hospital. Hay quien cuide de nosotros, por fortuna.

—Lo que es por ahora, os tiene Dios presente.

—¿Lo decís por la boda?

—Además de eso. Entregó Tortosa el importe del pagaré á su dueño.

—¡Bellaco! Nunca lo hubiera creido.

—Y el dueño, que ha resultado ser el Sr. D. José Ordoñez, además de aquellos quinientos pesos, me ha entregado otros quinientos para vos.

—Siempre estais para bromas, D. Eustaquio. Con ciento que me diéseis á cuenta...

—Si no quereis creerlo, dispuesto estoy á cambiaros los ciento por aquella gratificacion.

—¿Hablais de veras, D. Eustaquio?

—Os hablo muy formalmente.

—¡Cáspita! Eso se llama ser caballero. Bien me decia el corazon, cuando para acá venia, que andaba por buen camino. Si la dieran esos señorones por perder las carteras...

—Se remediarian los pobres.

—Como Dios manda.

—Pues voy á entregaros esos maravedises.

—¡Lo bien que me vienen!

Sacólos D. Eustaquio en oro y colocólos sobre la mesa. El Cortado se adelantó, y metiendo mano en ellos, comenzó á embolsar las onzas con mucha expedicion, diciendo:

—Manoseándolas estoy, y aun me parece todo mentira.

—Pero estais olvidando que, como la vez de marras, hay quien tenga tambien derecho á una gratificacion.

—Creí que estas venian sin capadura.

—Como os parezca, dijo D. Eustaquio poniendo un severo semblante.

—Ha sido una broma, repuso el Cortado. Ahí queda el tributo debido.

Y dejó en la mesa la mitad de la suma, menos una onza que se tomó de más, como por equivocacion. De seguida dijo:

—No diré esta vez nada de semejante gratificacion, y os agradeceria que tampoco por vuestra parte lo divulgárais.

—Perded cuidado.

—No quiero que vuelva á alborotárseme aquella gente. Vayan noramala.

Despidióse con esto, diciendo:

—Ya que está concedida la licencia, me parece bien no perder tiempo...

—Bien veo que á todos nos conviene.

—Pues al avío.

—Mañána mismo daré los pasos necesarios para que quede arreglado todo.

De seguida fuése, y quedó Eustaquio al extremo complacido de aquel dia, en que la suerte le habia ofrecido reunidos el honor, la utilidad y la esperanza lisonjera de sus amores. ¿Quedaria Úrsula sacrificada de la manera infame

que se proponia? ¿No se presentaria en el curso de los acaecimientos alguno de aquellos imprevistos que suelen echar por tierra los proyectos mejor concebidos y las esperanzas mejor fundadas, casi á punto de realizarse? Si el lector se toma el trabajo de continuar la lectura de la presente historia, más adelante encontrará la contestacion de aquellas preguntas.

CAPÍTULO XXIX.

Que refiere lo que pasó entre la marquesa y D. Eustaquio.

Pronto llegó, con efecto, el siguiente dia, y más que nunca estaba resuelto Eustaquio á llevar adelante el plan en que entendia hacia largo tiempo. Daba prisa para que le sirviéran el almuerzo á fin de no perder momentos preciosos, cuando á deshora recibió una esquela de su amiga la marquesa, en la cual le decia, que así por encontrarse indispuesta, como por haberse agravado los males de su esposo, no la era posible ir á verle personalmente entonces, como habia pensado; pero que le suplicaba con el mayor encarecimiento que en aquel propio instante pasase por su morada, porque tenia que hablarle de un asunto que no admitia la menor dilacion.

Contestó luego que sin demora acudiria al llamamiento, y quedó imaginativo, calculando cuál pudiera ser la causa que obligaba á llamarle así con tanta premura. Ocurriósele que no podia ser otra que alguna referente á Tortosa, sin

acertar por esto qué fuera lo que aquel pretendiese. Cualquiera cosa á que pudiese aspirar, sin embargo, por fuerza habia de ceder en menoscabo de su fortuna ó buen nombre; y así, preciso era que se revistiese de toda entereza para dar la más resuelta negativa á los favores que de él iban á implorarse. Pero á bien que para ello no necesitaba de mucho un hombre de condicion tal como la que ha podido advertírsele en los sucesos que se llevan referidos de su historia.

Almorzó, pues, á toda prisa, y pronto estuvo en la casa de la marquesa. Dijéronle que se sentara en la misma pieza en que en tiempos atrás habia hecho conocimiento con Tortosa, y que tuviese la bondad de aguardar por un momento, porque pronto saldria la señora. Y con efecto, no se hizo esperar mucho, porque á cosa de diez minutos despues ya entraba por una puerta que daba á otra habitacion, la cual cerró de nuevo con especial cuidado.

Notable mudanza habia hecho el tiempo en la marquesa desde que no la veia D. Eustaquio, pues sus facciones se encontraban profundamente alteradas, puesto que antes mucho lo estuvieran, y en su rostro se veia la palidez de la muerte. Parece, como lo creyó D. Eustaquio, que el agravamiento de la enfermedad de su esposo que preparaba un término á sus prolongados males, la habia afectado de una manera tal, como su rostro solamente pudiera demostrarlo. Despues de haber recibido por sus desgracias un cumplido que más tenia de cortesano que de verdadero, dijo:

—Os llamo, D. Eustaquio, porque hay en el mundo hombres de una infamia tal, que no parece posible que pueda sustentarlos la tierra.

—Teneis razon, señora marquesa, dijo Eustaquio algo turbado por lo bien que la observacion le cuadraba.

—Uno de esos hombres, á quien habeis protegido precisamente por haberle yo proporcionado esa proteccion, trata de consumar una de aquellas infamias que toda alma honrada debe apresurarse á impedir.

Al explicarse así la marquesa, reanimáronse sus apagados ojos y dejóse ver retratada en su rostro la más profunda indignacion. Por su parte Eustaquio acabó de entender que se referia á Tortosa, como creyó en un principio, y por lo mismo contestó prontamente:

—Me alegro de que os hayais desengañado de la especie de hombre que es. Si le he favorecido, ha sido tan solo por consideracion á vos.

—Así lo creo, y por ello, á pesar de todo, os vivo agradecida.

—¿Y qué ha emprendido ahora?

—Suponed que una mujer desgraciada cometió una falta que envenenó su existencia para siempre. El honor, muchas veces falso oropel que obliga á cometer crímenes, la indujo á alejar de sí una hija fruto de aquella falta, enviándola á la Inclusa, madre general que sustituye á las que no merecen semejante nombre. Por su órden se extrajo despues á la niña de aquel establecimiento, y se la puso al cuidado de una viuda virtuosa que la educara esmerada y regaladamente, imprimiendo en su corazon las máximas morales y religiosas que la impidieran incurrir en aquella misma falta que ocasionó su nacimiento. Pues cuando mejores esperanzas á todos prometia, y cuando se la presentaba acaso un hermoso porvenir, ese hombre consiguió alucinarla hasta el

extremo de que esté dispuesta á celebrar con él un casamiento más funesto para ella que la misma muerte. Ese es el objeto que me ha obligado á pediros que viniéseis á verme con tanta urgencia.

Al oir esto Eustaquio, recordó el otro empeño que en la propia materia le habia hecho Paulina poco tiempo antes, y no pudo dejar de preguntarse si se le habria considerado á propósito para poner estorbo á los casamientos de todas las hijas de la Inclusa. Sin perjuicio dijo:

—No sé, señora, cómo podria yo remediar...

—Estoy instruida, D. Eustaquio, de los muchos servicios que habeis prestado á ese hombre. Me aseguran que no puede huiros la cara, y por lo mismo espero...

—Señora marquesa, estais equivocada. No tengo absolutamente ascendiente alguno con semejante hombre, y muy al contrario...

—No me vengais con excusas inadmisibles, dijo la marquesa presentando en su rostro muestras de dolor y disgusto. Sabed, D. Eustaquio, que esa jóven me interesa más de lo que pudiérais figuraros. Sabed que estoy resuelta á evitar su perdicion, á costa de cualquier sacrificio. ¿Quereis que os diga más?

—Pero, señora, por grande que fuese vuestro empeño y por poderosas las razones que tuviérais...

—La madre de esa jóven es una persona con quien estoy unida por estrechos lazos, es una desventurada á quien amo tanto como la compadezco. En fin, y por decíroslo todo de una vez, es una cercana parienta mia. La he ofrecido que su hija no será sacrificada, y creed que cumpliré mi palabra. Vos me ayudareis, dijo con voz entera y resuelto

tono. Lo quiero, debeis hacerlo; os haríais tambien culpable si me desairáseis. Pero perdonad, añadió cambiando repentinamente de tono; estoy reducida á suplicar y no á mandar. No tengo títulos ni aun para pediros ese favor; pero si me lo otorgais, los adquirireis muy grandes sobre mí, y el tiempo os demostrará en adelante lo mucho que vale servirme en asunto á que tanta importancia doy.

—Calculad, señora, que en vez de tener yo ninguna influencia sobre ese hombre, al presente soy su más mortal enemigo. Á vuestros oidos puede haber llegado que últimamente hube de tomarle la mayor parte de una expedicion de negros que con escándalo introdujo.....

—¿Á quién os referís? dijo la marquesa con la mayor agitacion.

—¿No habeis querido hablarme de D. Iulian Tortosa?

—Os hablaba del Cortado.

La agitacion de la marquesa se apoderó á su turno de don Eustaquio; pero pronto calculó que aquella se habia equivocado, á juzgar por lo que habia expuesto con referencia á la jóven, y por lo mismo dijo prontamente:

—Me parece que estais por vuestra parte tambien equivocada, señora.

—¡Cómo equivocada!

—He oido que efectivamente se casa el Cortado, y aun si he de decir verdad, hasta consejo le he dado sobre su matrimonio; pero de seguro que no ha de contraerlo con la persona que decís. Aunque aparece como hija de la Inclusa, se sabe de cierto que lo es de una comadre.

Al oir esto la marquesa, quedó al extremo confusa é indecisa, preguntando de seguida:

—¿Y cómo se llama esa comadre?

—Ignoro su apellido, señora; pero generalmente se la conoce por doña Bernarda.

—¿De cierto sabeis que sea su hija la jóven á que me refiero?

—Ella misma lo ha dicho.

—¿Podria ser? contestó la marquesa quedando imaginativa.

—Ni tampoco se encontraba la jóven al cuidado de ninguna viuda.

—¿No estaba al cuidado de una señora viuda?

—Nada de eso. Estaba en la zapatería de un tal D. Alejo, cuyo apellido tambien ignoro.

—¿Será cierto, Dios mio, que estemos equivocados? Pero no puede ser. Esa misma doña Bernarda es quien ha avisado á mi parienta...

—Será ella la equivocada.

—No puede ser, digo.

—Pues no concibo...

—La señora viuda tiene efectivamente una zapatería que gobiernan unos encargados suyos.

—Podrá tenerla; pero no conozco yo en la zapatería de D. Alejo otro dueño que él, ni más viuda que la parda Lorenza, que nunca ha sido casada, y que hasta ahora figuró como madre de la jóven á que me refiero.

—¡Dios mio! volvió á exclamar la marquesa estrechándose con la mano la frente. ¿Pero es cierto que se casa el Cortado con una hija de la Inclusa? No sé dónde tengo la cabeza.

—Ya os dije que era cierto.

—¡Y dijisteis verdad! Anoche le llamé aquí. Pedíle que no verificara ese casamiento, y con la mayor desvergüenza me contestó que por nada del mundo podia prescindir de su pasion. Iba á insistir por mi parte, y con suma grosería me dejó con la palabra en la boca. ¡Amor él! ¡Infame!

—Pruebas de amor da, señora, cuando se resuelve á casarse.

—Y tal vez no será con la persona que yo digo.

—Desde luego aseguraria yo que no es.

Á esta reflexion aclaróse el rostro de la marquesa, y la agitacion de su alma quedó en suspenso, como la calma del huracan, para tornar despues con mayor fuerza. Así preguntó de repente:

—¿No se llama Úrsula la doncella á que os referís?

—Úrsula se llama, dijo Eustaquio representándosele á su vez la confusion en el rostro.

—Pues entonces... D. Eustaquio, continuó la marquesa, no extrañeis mis vacilaciones ni el empeño que muestro en este asunto. Os he dicho que se trata de una persona á quien tanto quiero como á mí propia, y soy vehemente más allá de toda expresion. Se moriria si su hija se casara con un hombre como el Cortado. ¿Os encargaríais de una comision delicada? ¡Decid que sí! que aun no sabeis cómo puede recompensaros la persona á que me refiero.

—Estoy á vuestra disposicion, señora.

—Pues bien. Ved á esa Úrsula que decís. Preguntadla, ó que la pregunte el Cortado... pero no; de ninguna manera el Cortado. No permitais que tenga confianzas con ella. Ni que la vea tan solo. Decidla vos que conoceis á su madre; que aunque parece mala es buena, y que os diga...

En este punto miró la marquesa á todos lados, como si quisiera cerciorarse de que no la oia ningun testigo, continuando despues:

—Instadla para que os presente la planta del pié derecho. Pero no: manifestadla de parte de su madre, porque lo que haga yo es como si ella lo hiciese, manifestadla que os revele si en la planta del pié derecho tiene alguna señal.

—¿Y si la tuviere?...

—Si la tuviere... Recordad bien. Si fuere una U, una R y una S, marcadas con cicuta, esa es la persona que digo.

En este momento recordó Eustaquio que en la cartera de Ordoñez se encontraban apuntadas aquellas propias letras, indicándose asimismo que debian figurar en un pié; pero no podia calcular con precision la analogía que tuviese lo uno con lo otro. De seguida dijo:

—Si se encontraran en la jóven las señales que decís...

—Impedireis á todo trance que se lleve á efecto su matrimonio con el Cortado, dijo la marquesa llena de resolucion.

—Haré cuanto sea posible para ello.

—¡Clavadle un puñal en el corazon!

—¡Qué decís, señora!

—Es verdad. Perdonadme. Estoy excitada. Pero ¿cómo ha de ser posible que Úrsula contraiga matrimonio con el Cortado? Vos le conoceis bien. La consagraria para siempre á la desgracia y al vilipendio. Convenceos de ello, y hareis un supremo esfuerzo para conseguirlo.

—El esfuerzo supremo se hará, señora; dijo Eustaquio en tono solemne.

—Pues entonces, se ha salvado aquella desgraciada. Así

lo creo yo. Su madre al saberlo quedará tranquila. Yo ayudaré á tranquilizarla. ¿No es verdad que puedo tranquilizarla enteramente?

Á esto movió D. Eustaquio lentamente la cabeza, como dando á entender con ello el tamaño del compromiso en que se le ponia. Advirtiólo la marquesa, y poniéndose en pié, díjole:

—Si la jóven fuese la que yo digo, hareis el esfuerzo que habeis prometido para que desista el Cortado de su propósito. Si no lo conseguís, prometedme al menos que le hareis suspender el matrimonio tan solo por...

En esto se detuvo, levantó los ojos al techo como para hacer un pronto cálculo, y despues continuó diciendo llena de amargura:

—Quince dias bastarán. Pero hacédselo demorar por veinte. Vais á prometérmelo como caballero.

—Como caballero, os ofrezco hacer los últimos esfuerzos para complaceros en todo. Si no pudiese lograrlo, creed por mi honor que ha sido por algun imposible insuperable.

—Os lo creo. ¡Cómo podríais hacer imposibles! Será bueno el resultado. Pero en el último caso, prometedme que el matrimonio no se verificará sin que otra vez nos hayamos visto.

—Eso sí os prometo desde luego.

—¿Me lo jurais?

—¿Creeis que para cumplir la palabra que empeño necesito?...

—Es verdad, que el que puede faltar á su palabra, suele hacer lo mismo con sus juramentos...

—Pues me jacto de que ni á lo uno ni á lo otro...

—No debí dudarlo, dispensadme. Y ahora me permitireis que acuda á continuar asistiendo á mi marido. Es un deber que lleno con el mayor gusto.

—¿Y creeis que no tiene remedio su mal?

—No me atrevo á lisonjearme de su alivio, contestó la marquesa con dolor profundo. La tísis es un mal espantoso. Se aproxima su partida de este mundo, y él mismo va contando las breves horas que tiene marcada su existencia.

Con esto extendió su blanca y delicada mano á D. Eustaquio, repitiendo:

—Cuento con vos. Ya me vereis.

—¿Conoceis por ventura, dijo D. Eustaquio despues de haber estrechado la mano de la marquesa, ó mejor dicho, teneis amistad con el Sr. D. José Ordoñez?

—Mucho le he oido nombrar, pero no tengo con él relacion ninguna. ¿Por qué me lo preguntais?

—Queria hacerle un empeño de poca consideracion...

—Pues no le conozco. Si quereis, procuraré averiguar qué personas puedan tener influencia en él. Deseo serviros en todo lo que se os pueda ofrecer.

—Os doy mil gracias. No me es difícil por otro conducto...

—Como os parezca.

De seguida despidióse definitivamente D. Eustaquio, y la marquesa fué á desempeñar los deberes de buena esposa, á la cabecera del lecho de su marido.

CAPÍTULO XXX.

Cómo un sueño puede ser adivinatorio.

Al separarse D. Eustaquio de la marquesa, no pudo dejar de hacer extensas reflexiones sobre la verdadera condicion de aquella Úrsula, cuyo destino estaba entonces en sus manos.

Indudable era que no debian contarse por sus verdaderos padres á D. Alejo y Lorenza, porque la comadre doña Bernarda lo habia manifestado así á Paulina, reclamando á la vez aquella maternidad por suya, cuando á virtud del empeño que la hizo intentó impedir su proyectado matrimonio con el Cortado.

¿Y seria aquella Úrsula la misma á que se habia contraido la marquesa en su nuevo empeño?

Convenian las dos en el nombre y ser hijas de la Inclusa. Pero la una se habia criado en la zapatería de Alejo y Lorenza, estimando todos á la última como su madre, mientras

que la otra, segun dijo la marquesa, habia estado bajo la tutela de una señora viuda, de ejemplar conducta, cuyos requisitos de virtud y viudedad no podian aplicarse á la Lorenza sin algun esfuerzo. Con todo, habia añadido la misma marquesa, que la viuda á que se referia era dueña de una zapatería gobernada por subalternos, y esta circunstancia, que por una parte ofrecia obstáculos respecto de la identidad de Úrsula, por otra la confirmaba, en cuanto convenia en ser la que aparecia como su madre dueña de un establecimiento de aquel género. Pero las dificultades que en el caso de ese modo se presentaban, con facilidad habrian de aclararse, á virtud de la señal inequívoca que la propia marquesa habia dado, para que se viniera en conocimiento de la jóven á que por su parte se contraia.

Y dando por resultado las señales mencionadas que fuese una y la misma la Úrsula á que todos se referian, ¿quién era, pues, su verdadera madre? Presentaba este punto grave y profundo misterio á D. Eustaquio.

Cosa averiguada era que Alejo y Lorenza no tenian ningun derecho á la filiacion de la jóven. Como madre se habia presentado doña Bernarda para impedir el matrimonio, con todo el empeño y esfuerzos que pudiera haber puesto en práctica al efecto la que mereciera semejante nombre. Esto, sin embargo, por una parte lo ignoraba la marquesa, á la vez que por otra habia asegurado que la maternidad correspondia á una parienta cercana suya, por quien tenia la mayor estimacion y cariño; y no parecia posible á D. Eustaquio que fuese la comadre aquella parienta cercana, y mucho menos era dable que lo fuese, cuando la propia marquesa habia dado muestras de extrañeza al anuncio de que

doña Bernarda habia figurado ó dado á entender que era la madre de Úrsula.

Adelantando D. Eustaquio sus reflexiones con la libertad que para ello presta la imaginacion, hasta llegó á suponer que fuese la propia marquesa la verdadera madre de aquella Úrsula á quien se referia. Pero ¿era esto creible de una mujer que habia dado siempre muestras de la mayor virtud y más extremado recogimiento? Su matrimonio, por otro lado, prestaba menos camino á la suposicion. Aunque se habia expresado con mucho fuego é interés en el asunto, su carácter era vehemente, su posicion la tenia acostumbrada á no encontrar obstáculos á sus pretensiones; los deseos de la mujer se presentan por lo regular con exageracion, y tratábase además de una parienta inmediata suya, á quien profesaba extremado cariño.

Tampoco sabia siquiera la marquesa con exactitud dónde ni cómo se hubiese criado Úrsula, ignorando asimismo quién figurara como su madre. Por fin, Ordoñez tenia en la cartera un apunte que sin duda era referente á Úrsula. Suponia esto, si no un conocimiento de ella, por lo menos estrechas relaciones con los que por su suerte se interesaran, y la marquesa ni siquiera conocia á Ordoñez más que de nombre, por la visible posicion que ocupaba en el mundo. ¿Y por qué habria pedido la marquesa que se suspendiera tan solo por veinte dias el matrimonio del Cortado? Habíase contentado despues con que D. Eustaquio la viese de nuevo antes de que se llevaran á efecto los desposorios.

Mientras más vueltas le daba, menos podia sacar una conclusion clara y precisa en asunto que se presentaba tan enmarañado, y por lo mismo resolvió limitarse por entonces

á hacer con Úrsula las averiguaciones que pudieran proporcionarle alguna luz en aquel caos, á reserva de seguir adelantando en sus investigaciones, segun lo permitieran su ingenio y las circunstancias. Aun para aquella averiguacion era preciso que procediese con cautela, porque acaso se hubiese inclinado á la jóven á callar una circunstancia cuyo descubrimiento pudiera interesar que se mantuviese oculto á aquellos que la habian tenido en su guarda.

En consecuencia, y suspendiendo por entonces las proyectadas diligencias sobre el matrimonio del Cortado, en la tarde de aquel mismo dia fuése á la casa en que se encontraba depositada Úrsula, y donde tenia entrada franca, segun le hemos oido decir á él mismo antes de ahora. Y excusado será recomendar que iba tan galano y lleno de perfumes como quien queria mantener las ilusiones que le conservaran el dominio de aquel juvenil corazon á tanta costa conquistado.

Estaba Úrsula aquella tarde de mejor aspecto de lo que lo estaba todavía ordinariamente, porque las hermosuras aun más acabadas suelen, como el tiempo, tener sus dias más ó menos radiantes, y aun nublados y borrascosos. Sus facciones infantiles y menudas, el aspecto de candidez con que la naturaleza habia adornado su rostro, la mirada dulce y lánguida de sus ojos azules, y la vida y la salud que se notaban en su rostro, con cierta expresion de amor y ventura que se advertia en ella al dirigirse á D. Eustaquio, hubieron de poetizarle, pero con exageracion, su alma prosáica y árida.

—Sol de mi ventura, comenzó diciéndola; me temo que nunca he de poder resistir los ardientes rayos de tus ojos,

porque á medida que voy adelantando en la costumbre de verlos, ellos y tú vais ganando en esplendor.

—¿Tan hermosa te parezco hoy? contestó Úrsula lanzándole con intencion una de aquellas miradas que, como otras veces la habia dicho, le dividian el corazon en dos partes.

—Eres boton de rosa que comienza á desplegar sus galas al suave calor de una mañana de Abril.

Y sin duda por mañana de Abril con todos sus encantos se contaba él. Por su parte Úrsula, mientras menos comprendia aquellas flores, más satisfecha se hallaba con ellas, porque en el mundo, loado sea el Señor, lo más ininteligible es lo que se considera de mayor mérito. Lo claro y llano tiene poco valor, si es que no escuece las más veces.

Siguió D. Eustaquio, como la mañana de Abril á que aludia, poniendo de manifiesto más y más flores, hasta dejar embriagado con tanto aroma al ídolo de sus pensamientos; y á tal punto se impresionó con ello Úrsula, que llegó á decirle, sin tener muy en cuenta la reserva y recato que siempre deben acompañar á su sexo:

—Al extremo deseo, Eustaquio, acabar de unir mi suerte á la tuya, de una vez y para siempre.

—Sí, para siempre, contestó Eustaquio. Nos destinó naturaleza el uno para el otro, y bien que colocados en puntos separados y distintos, la atraccion nos reunió con aquella fuerza oculta del iman sobre el acero. En vano las circunstancias traidoras quisieron alejarnos al uno del otro, porque así no hicieron más que prestar nuevo aliciente á nuestro amor, y á nuestra resolucion mayor fuerza. Pronto verás cumplidos tus deseos, que no son otros que los mios, y da-

remos al mundo nuevo ejemplo, entre los pocos que tiene, de amor constante y fidelidad eterna.

—Mucho: espero que me serás siempre fiel.

—Mi último suspiro llevará mi última protesta de mi amor por tí.

—¡Si supieras cuán feliz soy con creerlo así!

—Serias injusta y cruel si por un solo momento lo dudaras. Tú eres exclusivo objeto de mis realidades por el dia y de mis ensueños por la noche. En esta última, precisamente, tuve respecto de tí un sueño, á la par que lleno de delicias tambien misterioso, que no acierto á explicarme.

—¿Y podria yo saberlo?

—Te lo contaré. Embriagado de tu amor, algunas veces dudaba de él, sin embargo, porque la desconfianza tambien va con el amor verdadero; y en vano me protestabas tú la realidad de tu pasion, pues si en el momento quedaba convencido, despues la duda cruel tornaba á fatigar mi corazon. En semejante estado pasaba por entre un bosque espeso lleno de verdor y frescura, donde todo respiraba silencio y sosiego, menos mi alma agitada; y soltando al viento mis amorosas querellas, al fin el eco que las repetia, abandonando mis palabras, expresó su propio pensamiento, haciéndome saber que la mujer que estaba destinada para mi felicidad, desde su nacimiento llevaria consigo un retrato oculto, indicio del que estaba impreso en su corazon.

—Acaso entonces yo...

—Aguarda. Llenéme de vacilacion y amargura, pensando si no serias tú la que llevaras contigo aquel retrato, cuando á pocos más pasos que anduve te encontré en el mismo bosque, disfrazada de pastora, y más hermosa de lo que

eres, si cabe, con aquella sencilla vestimenta. Estabas junto á un arroyo, y en él tus piés, dando celos á la blancura de los cristales que figuraban sus aguas. Así sorprendida, cuando ya repuesta tuviste tiempo para preguntarme la causa de la melancolía que denunciaba mi rostro, te la dije con franqueza, y entonces con la satisfaccion en tu semblante y con esa sonrisa que solo á tí fué concedida, me dijiste:—Tu retrato, desde que te vi lo tengo grabado en mi pecho, y desde el primer albor de mi razon, encontré en mi pié grabadas tambien las iniciales de *Un Retrato Secreto*. Me enseñaste la planta del pié llevando en él impresas aquellas letras, y á tu presencia caí de hinojos, viendo que estaba cumplido el oráculo.

Encendiósele á Úrsula el rostro, y abriéronse sus ojos con muestras de espanto, las cuales no hubieron de escaparse á D. Eustaquio, y continuó diciendo:

—En medio de aquella felicidad, la vigilia sucedió al sueño, las sombras de la noche vinieron tras la dulce claridad del bosque, y la duda reemplazó en mi alma á aquella satisfaccion embriagadora de que un momento antes me hallaba revestido. No sé si habré de mostrarme supersticioso dando crédito á los sueños, pero sí que desde entonces no tiene mi corazon aquel sosiego de que antes gozaba.

—¿Y por qué? contestó Úrsula continuando en la misma agitacion que tuvo al principio.

—¡Qué sé yo! Quisiera encontrar en tí aquellas señales que vi en el sueño... Pero ¡qué devaneos!

—¡Y si las tuviese! dijo Úrsula bajando la cabeza, un tanto sonrojada y con un ligero estremecimiento.

—¿De veras las tienes?

—¿Es cierto lo que me has dicho, Eustaquio?

—¿Me crees hombre capaz de mentir?

—Pues es preciso no ser tan incrédulo con los sueños. Siempre me ha dicho Lorenza que descubren muchas cosas ocultas, y que tambien predicen lo que ha de suceder. Ella soñó que habia muerto su madre, estando buena y sana, y á los dos dias la acometió un ataque apoplético que la llevó al sepulcro. Tambien soñó otra vez que iba á sacar la lotería próxima un número determinado: buscó el billete del número, y aunque no la fué posible encontrarlo porque se habia vendido, resultó premiado nada menos que con el premio mayor.

—Es lo que digo: yo no dejo de creer enteramente...

—Pues bien: para que acabes de desengañarte, tengo en el pié esas letras que dices. Ahora no creas en mi amor. ¡Ingrato!

—¡Dios mio! dijo Eustaquio; dame fuerzas para resistir á tanta felicidad. ¿Y tú no sabes quién te marcó esas letras?

—No me las marcó nadie. Lorenza me ha dicho que nací con ellas; pero que nunca hablara de esas cosas con persona alguna, porque las doncellas bien criadas no se entretenian en hacer saber á los demás...

—Tenia razon. ¿Y nadie te ha preguntado nunca?...

—Nadie. ¿Á qué iba yo á hablar de ello?

—¿Ni en estos últimos tiempos?

—Nunca. Yo á nadie lo he dicho, ni nadie me lo ha preguntado. Decia Lorenza que ese era un defecto que yo tenia. Una marca que Dios sabe lo que significaba, y que hasta horror me cogerian las gentes si llegaban á tener conocimiento de ello. Si te confieso que las tengo, es porque co-

nozco ahora el motivo por qué me fueron dadas por el cielo. De otro modo, siempre te lo hubiera callado.

Aquella mezcla de sencillez, de ignorancia y de supersticion, bien dejaba conocer la buena condicion con que á Úrsula habia dotado la naturaleza, y el fruto de una educacion tal como habia podido recibirla de Lorenza. Sin duda esta, para evitar una indiscrecion de parte de la doncella, la habia persuadido de que las señales que en el pié llevaba eran á manera de signos cabalísticos, cuyo conocimiento pudieran hacerla menos valer. Holgóse Eustaquio del acierto con que habia procedido para que el secreto se le descubriera, porque de otro modo, de seguro se habria quedado sin saberlo.

Aun no satisfecho con lo que habia adelantado, y teniendo siempre presente aquella cartera que contenia el mismo secreto, cuya explicacion deseaba, preguntó á Úrsula:

—¿Conoces tú á D. José Ordoñez?

—Ni le habia oido mentar nunca. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Nada. Me hicieron un encargo para él, y habíanme dicho que solia ir á la zapatería de D. Alejo, y que en ella podrian darme razon de su morada.

—Pues tampoco allí le oí nombrar jamás.

Siguió Eustaquio apurando el númen que le inspiraba en aquella tarde para encarecer la fuerza de la pasion que decia tener en el alma; hasta que al fin, dando y recibiendo protestas de una fidelidad y constancia eternas, materia inacabable entre amantes á puro repeticiones, al cabo marchóse, dejando á Úrsula entregada á sabrosos pensamientos sobre su porvenir.

CAPÍTULO XXXI.

Donde se verá á D. Eustaquio ir por lana y salir trasquilado.

Mucho interesaba á D. Eustaquio saber quién era verdaderamente Úrsula, para que pudiese dejar de poner en práctica cualquiera diligencia que le prometiera aclararle semejante misterio, y los mismos obstáculos que se le ofrecian para conseguirlo le avivaban más el deseo, porque hay caracteres á quienes sirven de aliciente los estorbos que á otros hacen desmayar desde luego en su propósito. El Sr. Ordoñez, sin duda, podia servirle de mucho en aquel trance; pero despues de lo sucedido con Tortosa, calculaba que era preciso irse con él con tiento, pues que era un hombre poco á propósito para que sin riesgo pudiera tratársele con engañifas. Sin embargo, y con la intencion de arrancarle el secreto que pretendia, tanto fiaba en su habilidad el mancebo, que se creyó bastante apto para lidiar con él sin exponerse á alarmar su honor, ni á excitar los arranques de su esforzado genio.

Con esta mira, pues, al siguiente dia de la entrevista con Úrsula, fuése á ver al Sr. Ordoñez, y muy á punto llegó, porque hubo de encontrársele ya cerca de la puerta de la calle, á donde se dirigia para no retornar á su casa tal vez hasta la noche. Luego que vió á Eustaquio, desistió de su propósito, é hízole entrar y tomar asiento en la sala con suma cortesanía.

—Mi venida tiene tan solo por objeto, Sr. Ordoñez, el gusto de veros. Por lo mismo, si salíais á algun negocio...

—Por urgente que fuera, lo dejaria de la mano para tener el placer de estar un rato con vos, contestó Ordoñez con suma amabilidad.

—De salud no hay que preguntaros, porque vuestro rostro dice que no puede ser mejor.

—Me prueba el calor más de lo que hubiera creido. Nadie diria que nací y me crié en clima frio. Vos tan bueno.

—A Dios gracias, siempre lo estoy, á pesar de la vida trabajosa que he llevado.

—No ha sido holgada la mia. ¿Al fin os admitieron la renuncia del destino?

—Hícela de una manera tan decisiva, que no era de esperar otra cosa.

—Confieso que despues que nos vimos, me vinieron ganas de dar algunos pasos para que no os la admitieran; pero dejélo de hacer al considerar que no es aquel destino para un hombre como vos. Debeis poner más alta la mira, y por mi parte resuelto estoy á ayudaros con cuanto puedo y valgo.

—Por ahora no pienso tomar destino alguno. Con el numerario que debí á vuestra generosidad, y algun socorro que me prestan unos verdaderos amigos, pienso hacerme

de una finca á que no faltan más que brazos. Para esto he pedido algunos emancipados.

—¿Y teneis esperanzas de que os los concedan?

—Como además de dedicarlos á la agricultura, contraje el mérito de haber embargado los de la expedicion...

—Ya estoy. Haré tambien por mi parte cuanto me sea posible para que sea atendida como debe vuestra justa pretension.

—Os doy encarecidas gracias, Sr. Ordoñez.

—No hay de qué. Más os debo.

—Esa cuenta está de todo punto saldada.

—Mientras os podeis consagrar á los trabajos de esa finca; se os hará el tiempo insoportable. El ocio lo es, por lo menos, para un hombre de laboriosidad.

—Aun así suelen no faltarme cuidados; si no mios, agenos.

—¡Hola!

—Al presente me ocupo en poner estorbo á la celebracion de un matrimonio.

—Y si lo conseguis, puede que hagais á la vez la felicidad de los dos aspirantes, dijo Ordoñez riéndose. Cosa es esa de buen principio siempre, pero de cuyo fin suele decirse lo contrario.

—Pues en el que digo, podria sucederlo al revés. Es una hija de la Inclusa...

—¿De la Inclusa? dijo Ordoñez, mostrando interés en la pregunta.

—Sí, señor, de la Inclusa.

—Hoy, amigo mio, todas las hijas de la Inclusa me inspiran el mayor interés. ¿Qué sucede á esa á quien os referís?

—Tiene concertados sus desposorios con un mancebo, y á punto ya de realizarlo, me han hecho empeño eficaz para que vea de impedir el matrimonio.

—¿Cómo se llama la doncella á que os referís?

—Úrsula.

—¡Úrsula! repitió Ordoñez con mayores muestras del interés que antes habia manifestado.

—Sí señor, ese nombre lleva.

—¿Y cuál es el fundamento de semejante oposicion?

—Dicen que el pretendiente no es hombre bastante merecedor...

—Pues; algun perdido.

Movió á esto Eustaquio la cabeza en señal de duda, sin resolverse á dar en el caso una respuesta afirmativa, y mucho menos á pronunciar el terrible nombre del Cortado, bastante á introducir el espanto en los más esforzados pechos, atendiendo á la exageracion de la fama. Pero continuando Ordoñez cada vez más en aquel interés que desde un principio habia manifestado, dijo:

—¿Se puede saber, D. Eustaquio, quién os ha hecho el empeño para que pongais estorbo á ese matrimonio?...

—No se me ha encomendado el secreto...

—Decídmelo entonces, pues de otro modo no aspiraria á saber ese secreto, aun cuando de mi parte se guardara como cumple á un hombre de honor.

—Ya dije que la persona de la recomendacion no tiene motivo para hacer de ello un misterio. Es la señora marquesa de la Novedad.

Al decir esto, fijó Eustaquio las miradas en Ordoñez, y no pudo dejar de advertir la alteracion marcada que presen-

tó su rostro. Seguidamente dijo Ordoñez, con algun más calor del que le permitia su serenidad habitual:

—D. Eustaquio, mucho os debo; pero aun me pone la suerte en el caso de pediros un nuevo favor por el gran interés que en el asunto tengo.

—Podeis explicaros, Sr. Ordoñez.

—¿Cuándo tuvísteis en vuestro poder mi cartera, no advertísteis en ella un apunte que contenia las tres letras mayúsculas U, R, S.?

—Algo me parece haber visto, pero no detuve en ello mayormente la atencion.

—Mucho y muy mucho me interesa saber si esa jóven á quien os habeis referido lleva en la planta del pié derecho marcadas aquellas tres letras con cicuta.

—No es eso tan llano como á primera vista parece, señor Ordoñez.

—Lo considero, mas no es imposible, sin embargo. Con alguna astucia y habilidad podeis conseguirlo, y os tengo por hombre de buena discrecion y entendimiento.

—Especial favor me haceis.

—Además, si no os lisonjeais de conseguirlo, podeis en el último caso ponerme en contacto con la jóven...

Semejante indicacion no era del agrado de D. Eustaquio de ninguna manera, porque á virtud de aquel contacto, Ordoñez pudiera llegar á saber mucho más de lo que el mismo Eustaquio por su parte quisiera, y por lo mismo prontamente repuso:

—No creo que sea preciso apelar á ese extremo. Decís bien, que con algun cuidado y sutileza...

—Norabuena; descanso en vos enteramente.

—¿Teneis amistad con la marquesa?

—De nombre no más la conozco.

—Creí que alguna relacion...

—Por mi honor os lo aseguro.

No era hombre Ordoñez que por su honor pudiera asegurar una cosa que no fuese cierta, y así dejó á Eustaquio confundido la circunstancia de que aquel y la marquesa tuvieran tal identidad de miras, y el propio empeño en el asunto de que trataban, sin que siquiera de vista se conociesen. Pero más confuso hubo de quedar todavía cuando Ordoñez prosiguió diciendo:

—En el caso de que en el pié lleve la jóven aquellas señales, á todo trance y á cualquiera costa, D. Eustaquio, impedireis ese matrimonio.

—Pero, Sr. Ordoñez, dijo Eustaquio, os daré la misma contestacion que me ví en necesidad de dar á la marquesa. Haré esfuerzos, pero...

—Trabajad con ella y á la vez con él. No os podré dar una pauta precisa; pero vos, que sois entendido...

—Trátase de un hombre enamorado, y por más destituido que se le considere...

—Sin duda, cuando media esa oposicion, no es acreedor al enlace que pretende celebrar con la doncella, repuso Ordoñez con la voz alterada.

—Norabuena. Haré el último esfuerzo...

—Y si no fuere bastante á vuestro propósito, mirad si podeis conseguir que se suspenda el matrimonio por cosa de veinte dias.

—¿Qué es esto? dijo para sí D. Eustaquio. ¿Cómo existe semejante igualdad de miras entre unas personas que no se

conocen ni se comunican? Y es evidente que no se comunican, cuando Ordoñez no sabia de la existencia de Úrsula.

De seguida, y temiendo que si se comprometia en aquel plazo á su cumplimiento pudieran quedar frustrados los planes que tenia concertados respecto de Úrsula, repuso á Ordoñez:

—Os repito que haré cuanto esté en mi mano por conseguir lo que deseais. No necesito, Sr. Ordoñez, haceros protestas sobre mi decision por serviros; pero cuando las cosas llegaran á tocar en un imposible...

—¿No hay ningun medio legal para impedir, ó por lo menos suspender ese matrimonio?

—Al presente no conozco ninguno...

—Pues bien, D. Eustaquio, os digo ahora como os dije cuando el asunto de Tortosa... ¿Cómo se llama ese hombre?...

—Se llama Ruiz...

—Pues bien, repito, en el caso de que nuestras persuasiones no sean bastantes á conseguir lo que deseamos, me hareis el favor de avisarme inmediatamente. Cuando en las cosas que tan de cerca me tocan la ley es impotente, veo yo si algo puedo hacer por mí mismo. Os prometo que mucho ha de poder ese hombre, si no debiendo casarse con Úrsula, consigue á pesar de mi oposicion llevar á efecto su propósito. ¿Qué destino tiene Ruiz?...

—Va á comprar una tienda...

—Norabuena. Quedamos en lo dicho, amigo mio. No permitiré lo que no esté muy en el órden.

Decíalo con una resolucion, que bien demostraba lo dispuesto que debiera considerársele á llevar á cumplido efec-

to lo que ofrecia, y pesóle entonces á D. Eustaquio en el alma mil y mil veces haber dado el paso que en tan riguroso compromiso le ponia. Siguieron hablando despues de cosas poco importantes, hasta que al fin hubo de despedirse nuestro héroe, no sin oir que se le reiteraba el mismo encargo de impedir el matrimonio del Cortado en los términos en que se le habia suplicado. Por su parte dijo:

—Tal vez sean personas acomodadas los padres de la jóven...

—Perdonadme. Es un secreto...

—Solo por el interés que me inspira...

—Más adelante lo sabreis. Os lo prometo.

Hubo de marcharse, pues, y en el camino para su casa maldijo en su interior el propósito que le habia conducido á presencia de Ordoñez para hacer indagaciones respecto de la verdadera condicion de Úrsula. Habia ido á tomar noticias sobre el asunto, y en vez de haberlas conseguido, se habia visto obligado á darlas. Comprometido estaba tambien á no permitir el casamiento del Cortado sin dar antés prévio aviso á Ordoñez, y dar ese aviso erá poner un insuperable obstáculo para el enlace, pues la experiencia tenia demostrado que Ordoñez sabia impedir con mucha eficacia lás injusticias que la misma ley no alcanzaba á remediar. Pues dejar de darle aquel aviso era aun más peligroso todavía, porque el enojo de Ordoñez, que de la otra manera habia de emplearse en el Cortado, del otro modo seguramente recaeria en el mismo Eustaquio, y aunque hombre de mucha inteligencia y astucia, era enteramente profano en la profesion de los peleantes, y nada entendia de achaque de armas.

El mismo interés que por Úrsula mostraba Ordoñez, hízo-

le adelantar sus pensamientos hasta creer que bien pudiera ser su padre. Siendo la madre la parienta de la marquesa, segun esta habia dicho, nada de extraño tenia por lo mismo que la marquesa y Ordoñez solamente de nombre se conocieran. Pero entonces, ¿á qué el apunte de la cartera sobre la marca que en el pié llevaba Úrsula? ¿Cómo la madre no habia instruido á Ordoñez de todo lo que pasaba? Preciso era convenir en que mientras más datos se iban presentando á D. Eustaquio para aclarar el misterio, más enredoso se le ponia. Sin embargo, lo que más le apuraba entonces era el compromiso en que se habia puesto de suspender el casamiento de Úrsula con el Cortado, y muchas reflexiones tenia que hacer y mucho qué combinar para que pudiese salir con bien de semejante atolladero. Por lo pronto su imaginacion, por lista que fuera, no le presentaba camino fácil para salvar los inconvenientes que se le ofrecian, sin menoscabo de su gusto y provecho, y por lo tanto acordó pensarlo más adelante y espaciosamente, esperando qué aun habia de tener aquello tan buen fin como hasta entonces lo habian tenido todos los demás sucesos en que la suerte tuvo por conveniente empeñarle. Dejémosle por lo tanto discurrir, y llevemos adelante el plan propuesto en la narracion de esta historia.

CAPÍTULO XXXII.

El casero y el doctor.

Varias acepciones tiene la palabra *casero* en el diccionario de nuestro idioma, pero además de ellas cuenta en la isla de Cuba con otro significado muy usual. Llámase *casero* allí el que va por las calles vendiendo artículos de comercio, ya sean géneros ó comestibles ú otros cualesquier efectos, y esta misma denominacion da el vendedor á sus parroquianos, usándola en diminutivo las más veces, para demostrar su amabilidad y cariño con los compradores. Además de esa acepcion rigurosa de la palabra, recíprocamente suele tambien usarse entre vendedores y compradores, aun cuando los últimos sean los que para la negociacion acudan á las tiendas de los primeros.

Tenia, pues, D. Magin por caseros á casi todos los vecinos del Cerro, y entre ellos al doctor Manresa, de quien algunas veces se ha hecho mencion en la presente historia; y antes de verles reunidos en la mañana á que ha de refe-

rirse este capítulo, bien será que algunas palabras digamos respecto de los dos.

Natural de Tenerife en las islas Canarias era D. Magin, y muy jóven fué á la isla de Cuba para consagrarse al ejercicio de la agricultura en ella. Mozo de labranza por algunos años, al fin abandonó el oficio, viéndose con unos reales que habia logrado reunir á fuerza de mil economías y privaciones, para abrir al público una tienda en que ofrecerle legumbres y maiz y viandas y frutas. En semejante comercio no hubo de soplarle del todo mal el viento de la fortuna, y así contrajo matrimonio con una doncella, que puesto que pobre y de humilde condicion, fué siempre muy honrada. Á la par de su honradez, su fecundidad dió un aumento considerable á la familia de D. Magin, pues llegaron á ver reunidos hasta nueve hijos á la vez; pero todos pudieron sostenerse, bien que no regaladamente, con los productos de la venta de D. Magin, que en su comercio subalterno tenia un nombre muy acreditado.

Como el tiempo, destinado á presidir la aparicion y desaparicion de las generaciones, así D. Magin debia ser testigo de todo el tránsito que la suya hiciera en el mundo; pues mientras él envejecia, el sepulcro fué devorando á sus hijos, de más ó menos edad, unos tras otros y jóvenes todos, concluyendo con arrebatarle tambien á su mujer, para que volviese á quedar todo como si el matrimonio no hubiera ocurrido. Tantos cuidados empeñaron en gastos á D. Magin; el mudable viento de la fortuna cambió de rumbo, y con sesenta años, vióse ya viejo, cansado y sin dineros, y trocadas en tristes memorias todas las ilusiones agradables de la vida.

Por único haber, quedóle un caballo que habia comprado en los tiempos de su prosperidad para solazarse con algunos paseos en él; y lo que primero fué regalo, le sirvió despues de recurso en su pobreza. Diez años habia, en la época á que nos referimos, que D. Magin en aquel caballo, enjaezado con una especie de angarillas ó espuerta tejida con guano á que llaman seron, llevaba viandas y frutas por las calles del Cerro y vendiéndolas de casa en casa, para con el producto de la venta sustentar su trabajosa vida. Á la misma hora veíasele siempre, con exactitud matemática, pasar por el propio punto, llevando del diestro á la cabalgadura, viejos, graves, acompasados y puestos en los huesos los dos; y tal era la costumbre de verles así reunidos, que era forzoso hacer una especie de abstraccion para poder representarse á D. Magin sin la añadidura del caballo, ó al caballo sin la añadidura de D. Magin. Era su compañero de todos los dias y todas las horas; juntos ganaban la vida; juntos salian y entraban, gozaban y sufrian, y de este modo hallábanse estrechamente unidos. *Adeo sumus familiares*. Á esos dos miembros, pues, habia quedado reducida tan extensa familia, como para muestra de las humanas vicisitudes.

Pero no todo era sinsabor y disgusto para D. Magin; porque ¿qué estado en la vida no tiene encantos en compensacion? Si trabajos le asaltaban, tambien su voz autorizada daba consejo á muchos jóvenes paisanos suyos, que acudian á beber en aquella fuente las lecciones de la experiencia. Tambien con sus parroquianos solia tener sus ratos de sabrosa plática sobre las cosas públicas y las privadas entre los vecinos. Tratábanle con especial atencion y cariño las *caseras* que habia conocido en la infancia y veia despues figu-

rando como madres de familia; recibíanle con alborozo los muchachos en las casas á donde llevaba á vender la fruta; y así sus diarias excursiones venian á ser un paseo distraido y variado, á menos que las privaran de todo su atractivo las inclemencias del tiempo, ó la travesura de algun pillo del barrio que le escatimase algo del seron, lo cual le hacia montar en cólera, desfogándola con mil improperios que, como torrente, se despeñaban entonces de sus labios.

En una mañana lloviznosa, pues, iban D. Magin y el caballo hollando el barro de la calzada del Cerro, que con la lluvia estaba llena toda de bascosidad y marea; y á poco que se separó de la puerta de una casa, detúvose en la del doctor Manresa.

El doctor Manresa, su paisano, hacia tambien mucho tiempo que vivia en aquella vecindad. Á su llegada á la isla, fué á ejercer su profesion en los campos del interior de ella; pero habiéndose hecho de algun capital, aunque no de grande importancia, consideró que podia lucir su ciencia en teatro de mayor extension. Con la mudanza de domicilio, cambió tambien de sistema médico, para que la revolucion fuese así más completa en su estado; y de este modo desertó de *alopático* para convertirse en *homeopático*. Verdad es que, como lo mismo le daban las dos cosas, aunque hubiese tomado más apego á la homeopatía, inquiria de los dolientes á cuál de los dos bandos pertenecian, para en consecuencia acometerles con las sanguijuelas ó los glóbulos. De una y otra manera vivian y morian; estaban todos satisfechos, y el doctor no menos, pues dominando las dos facciones rivales, habia acrecentado regularmente su fortuna en la época á que nos referimos.

El negro que servia al doctor tomaba á la puerta de la calle la racion diaria que dejaba allí D. Magin, cuando fué para él Manresa, cerrando un *Eusebio por Montengon*, que á la sazon leia, á fin de tener con aquel su rato de plática, como algunas veces acostumbraba. Para proseguir despues su lectura, colocó el dedo índice por marca en el libro, que no tuvo á bien desamparar; y oportuno será advertir de una vez, que durante el diálogo, siempre que á su entender enunciaba una idea significativa ó graciosa, la acompañaba con su risa de satisfaccion, y principalmente cuando algo decia en latin.

—¿Qué dice D. Magin? sirvió de introito para su diálogo.

—Qué hemos de decir, doctor; aquí pasando esta vida, hasta que Dios nos llame á descansar.

—Pesada está la mañana.

—Toda la noche ha estado lloviendo, y no me parece que aclare tampoco en todo el dia. En esta tierra, el agua es como la fortuna. En diciendo á protegerle á uno...

—¿Pero tanta humedad no os hace ningun daño?

—No me sentia hoy muy bien.

—Si quisiérais un glóbulo...

—Nada de glóbulos. No estoy por lo moderno. Á mis remedios viejos, que siempre me han curado mis alifafes. En la Estancia de D. Bartolo tomé una copita, y desde entonces voy siendo otro hombre.

—¿Y cómo está la familia de D. Bartolo?

—No tiene novedad, gracias á Dios. Cuando Dios favorece, es por entero.

—Sí ha sido D. Bartolo afortunado.

—Ha sabido aprovechar los buenos tiempos. Y despues

de todo, no es tan mal hombre como dicen. Procurando cuidar lo suyo... Pero, amigo, el que no lo atiende bien, lo pierde. ¡Pues no hay pocos, por cierto, dispuestos siempre á dejarle á uno en cueros!

—Es verdad, D. Magin. Vamos de mal en peor.

—Y tanto. Siempre la gente ha sido traviesa; pero antes se tropezaba siquiera con alguno en quien medio pudiera fiarse un hombre. Hoy es preciso, al verles tan solo la sombra, enderezar las puas como el erizo; y aun con esto, no hay para qué contarnos por salvos. Así, hace muy bien don Bartolo en volverse todo ojos.

—Y está bastante rico.

—Ahí nos viéramos. Está más de lo que parece.

—Otro tanto se encontrará su hijo.

—Si le viviere. Nadie sabe para quién trabaja; y puede suceder todavía que el paisano D. Bruno al fin venga á cargar con todo.

—¿Hablais de D. Bruno el colono?

—Del mismo.

—¿Y cómo puede llegar á adquirir?...

—Las mujeres, dóctor. Si muchas veces arruinan á los hombres, tambien suelen empinarlos. Hay de todo.

—No os comprendo.

—¿Pues no conoceis á doña Paulina?

—Bastante la conozco.

—¡Buena muchacha es en verdad! Á la muerte de su tio, ha de tomar su tajada; y si el hijo muere, ya se ve que ha de llevarse entonces todo aquel caudal. Pues ahí entra D. Bruno.

—Querreis decir D. Eustaquio.

—Yo sé bien lo que hablo. ¡Qué D. Eustaqnio ni qué calabazas!

—¿Pues no lleva amores doña Paulina?...

—Llevó. Eso se ha acabado ya. D. Eustaquio quiso hacer como dicen de los musulmanes: tenerlas por racimos; pero no pasa por esto doña Paulina. Así es que se atufó, y...

—Se pasó á D. Bruno. No lo dudaria, porque las mujeres... no hay por donde tomarlas.

—Poco á poco, doctor. No debe culparse á doña Paulina. Yo estoy muy al cabo de todos esos secretos; porque precisamente el muchacho, por distintas veces, ha tomado mi consejo; y así todo se ha dirigido con acierto, aunque me esté mal el decirlo.

Esta revelacion picó la curiosidad del doctor Manresa, y se propuso dejarla de todo punto satisfecha, aun cuando para ello hubiese de demorarse allí D. Magin más tiempo del que conviniera á sus intereses. Para conseguir su objeto, bastábale tan solo sostener con aquel la conversacion que habia emprendido; porque D. Magin tenia especial gusto y aun tomaba por un honor enredarse en pláticas con un hombre tan científico y considerado como el doctor. Despues de todo, la copita que confesó haber tomado en la casa de D. Bartolo, hacíale estar entonces más comunicativo que otras veces. Por lo mismo dijo:

—¿Y cómo pudo D. Bruno hacer esa conquista?

—Á poco de acomodarse en la Estancia, comenzó á echar tanto ojo á doña Paulina; porque aunque no tenga tan linda cara ni tanto desparpajo como otras que adquieren así partido, es un ángel bajo todos conceptos. El muchacho me confesó que por ella habia perdido el dormir y el comer, pero

que no se resolvia á significarla todo lo que la hacia sentir. Cobardías de enamorados.

—¿Pero adquirió brios despues?

—Gracias á mi consejo; porque á más de asegurarle que doña Paulina estaba destinada para él, le dije que acometiese como hombre, y que el que no se arriesga no pasa la mar, y que yo habia visto un caso y otro en que más de un dependiente habia llegado á principal por medio del santo matrimonio... Pues, lo más á propósito para animarle y desencapotarle.

—Y de seguida puso sitio á la plaza *secundum artem.*

—¿Cómo es eso?

—Digo que se despabiló, y enamoró cual debia á la doncella.

—¡Como un maestro! Verdad es que esos diablos de cosas, pocas lecciones necesitan.

—¿Y consiguió al fin ser correspondido?

—Su trabajillo le costó. Pero hoy con la flor, mañana con la fruta, y con esta atencion y con la otra morisqueta, y al fin con un me muero... La mujer es de quien la trata, doctor, y un erre que erre...

—*Gutta cavat lapidem sæpe cadendo.*

—Si seguimos con el latin, entonces me doy por vencido.

—Quiere decir que una gota de agua, con la continuacion hace agujero en la piedra.

—Ya eso lo entiendo. Dichosos los que han podido aprender tales cosas. Yo, pobre de mí, aunque con bastante disposicion desde jóven, como todos me decian...

—Pero segun contábais, al fin consiguió D. Bruno...

—Digo que no le fué muy llano; pero dos circunstancias

vinieron á favorecerle. Fué una haberse desengañado doña Paulina de que D. Eustaquio no la queria, y fué la otra la de que D. Bruno una vez la salvó materialmente la vida; porque yendo una tarde con un rosario...

—Estoy al cabo de todo lo que entonces pasó.

—Pues adelantó mucho D. Bruno con aquel beneficio. Doña Paulina es agradecida; D. Bruno se ha dejado dirigir en todo por ella, y en honor de la verdad, le ha puesto desconocido. Sucedió lo que por fuerza habia de suceder con todas esas cosas. Al fin se aconchabaron.

—¿Y no lo han oliscado D. Bartolo y su esposa?

—Ni miaja. Hoy, sin embargo, deberán saberlo todo.

—¿Cómo así?

—Porque he dicho á D. Bruno que no pierda más tiempo y acabe de llevar á efecto su intencion, que es la del matrimonio, como la Iglesia lo manda. Bien lo merece doña Paulina, le he añadido. Sobre ser tan buena, te traerá con qué ayudarte, porque todo ese caudal de su tio vendrá á ser tuyo. Aquel niño no vivirá.

—¿Y qué seguridad teneis de eso?

—Yo me entiendo, doctor.

—Aun estais por los augurios.

—Esté por lo que estuviere, el correo lo dirá. El ensayo que he hecho en el asunto no me deja la menor duda... Pero vos no creeis en esas cosas.

—Absolutamente.

—Mejor para vos.

—Lo que creo, D. Magin, es que D. Bruno habrá de encontrar fuerte oposicion para su matrimonio en los tios de Paulina.

—¿Porque es pobre?

—Y porque nunca un amo ve con buenos ojos que un asalariado suyo...

—Pues ya quisiera D. Bartolo, despues de todo, contar con tan buen linaje como D. Bruno. Al padre de D. Bartolo le conocí yo allá en Tenerife, que era de mi mismo pueblo, y vergüenza me da decir en lo que se ocupaba. No podrá él contar otro tanto de la familia de D. Bruno.

—Siendo este de la Palma, debo yo conocer su familia. ¿Cómo es su apellido?

—Guzman Manresa.

Al oir este apellido el doctor abrió unos ojos, que se le vieron al doble grandes de lo que los tenia, y luego dijo:

—¿Pues quién era su padre?

—Su padre era un D. Domingo, buena alhaja por cierto. Abandonó á su madre á pocos meses de su matrimonio, dejándola en cinta, sin que haya vuelto á saberse más de él, y murió la pobre dejando á su hijo abandonado en el mundo, y consumida la poca hacienda que tenia. No deja de ser curiosa esa historia, porque hay hombres para todo.

Mientras D. Magin hablaba, iba creciendo en tal manera el espanto de Manresa, que estuvo á punto de escapársele de las manos y venir al suelo el *Eusebio por Montengon* que en aquellas llevaba. Y con mucha agitacion dijo:

—Puede ser tambien que D. Bruno suponga la paternidad que dice.

—¡Cómo que suponga! Pues bien acreditada la trae en la fé de bautismo, que sobre el cuerpo lleva siempre. Á mí me la ha enseñado, y por cierto que al verla ya tan estropeada y mugrienta le dije: —Muchacho, ponle una cubierta

y guárdala en paraje seguro, porque á puro manosearlo vas á quedarte sin el documento.

—¿Y se llamaba su madre?... dijo el doctor no queriendo dar crédito aun á lo que escuchaba.

—Doña Teodora Blanco. Abuelos paternos, D. Juan y doña Braulia Patiño; maternos, D. Marcelino y doña Catalina Estevez. Fácil fuera que lo olvidase. Si me ha hecho leer la hoja cinco veces, y cuando otras además hubo de intentarlo, se la recité de coro. Lo que es la memoria no me flaquea.

—Ya lo veo.

—¿Pero qué teneis, doctor? Parece que os encontrais indispuesto.

—Tal vez por haber estado aquí á la puerta con este aire tan húmedo...

—Pues nada. Dejaos de glóbulos. Creedme. Tomad como yo dos ó tres deditos de anisado... pero que sea bueno... y ya os acordareis de Magin.

—Sí, D. Magin, voy á tomarlo... expuso el doctor sin saber apenas lo que se decia.

—Pues que no sea cosa de cuidado, repuso Magin dando al caballo una palmada en el anca para que de nuevo emprendiera su camino.

Entendiéndole muy bien la cabalgadura, echó á andar al paso acostumbrado, emparejando con ella D. Magin, mientras Manresa por su parte acudió solícito á sentarse en un sillon, porque apenas podia tenerse en pié.

CAPÍTULO XXXIII.

Que debe leerse, como los anteriores.

Mientras pasaba la escena de que se dió cuenta en el anterior capítulo, D. Eustaquio, despues de continuar sus reflexiones sobre el importante asunto que entonces absorbia de lleno su atencion, al fin se habia fijado en un partido que estimaba ser el único oportuno para zanjar todo inconveniente.

Empeñado como tan eficazmente lo fué en impedir el matrimonio del Cortado, ó por lo menos en suspenderlo, sin duda para que con la suspension pudiesen otros preparar el mismo impedimento, ocurriósele que las circunstancias se le presentaban muy á propósito para que de ellas pudiese sacar un partido provechoso. Arriesgado era recurrir á Ordoñez con ningun término conciliatorio, porque ya estaba demostrado que era hombre decidido á llevar todas las cosas á punta de lanza, y por lo mismo con quien debiera tratarse el

asunto que D. Eustaquio meditaba era con la marquesa, á reserva de que así allanado, pudiera despues venderse á Ordoñez como fineza la misma conclusion.

No dejaba D. Eustaquio de estar enamoriscado de Úrsula, como lo habia estado desde mucho tiempo atrás, pero el sacrificio de aquel amor podia traerle otra ventaja más sólida; y siendo así, no habia para qué se anduviese en vacilaciones un hombre de buen cálculo. Por lo mismo acordó don Eustaquio presentarse á la marquesa sin demora, para hacerla saber que el Cortado no desistia de su amoroso propósito, á despecho de cuantas observaciones, súplicas y amenazas se habian puesto en uso de su parte, y que á la contra, aquella misma eficacia de sus empeños le habia alentado para efectuar sus desposorios á toda prisa. Iria así á avisarlo, en cumplimiento de su palabra empeñada, porque tampoco el enamorado novio se avenia á dilatar por veinte, ni por quince, ni tampoco por tres dias la realizacion de su felicidad, sin que él, Eustaquio, atinase con el partido que debiera tomar en tan crítico trance.

Mucho habia de alarmarse la marquesa con semejante nueva; y cuando más empeñada estuviese en hacer exclamaciones, y cuando más se esmerase en idear planes para impedir el desposorio, entonces tocaba á D. Eustaquio insinuar diestramente que, atendida la condicion del Cortado, de que tan al cabo estaba la marquesa, el único partido que pudiera adoptarse con fundada esperanza de buen resultado, era el de proponerle una suma de dinero bastante á hacerle olvidar aquel amor funesto. ¿Cómo habia la parienta de la marquesa de excusar ningun sacrificio, por importante que fuera, para lograr la salvacion de Úrsula? Y dado

caso de que la fortuna no hubiese favorecido bastante á la parienta para que pudiese hacer semejante desembolso, ¿era creible que la marquesa, contando con un inmenso capital, dejara de hacer un sacrificio para conseguir aquello en que habia mostrado empeño tan eficaz? Pues en el caso de que la cantidad que se ofreciera valiese la pena de sacrificar el amor, D. Eustaquio no era un héroe de novela ni un amante de teatro, para llevar su fuego y constancia hasta el extremo de perjudicar por ello otros intereses de más importancia y solidez.

Con este bien meditado propósito, resolvióse á ir de seguida á la casa de la marquesa, y no tardó mucho en llegar á ella. Entraba por la puerta, sin embargo, cuando á la vez entraban unos negros, igualmente por la misma puerta, un aparato fúnebre completo y de lo más rico que hubiese en la capital. Sobrecogióse á su vista, porque era hombre al extremo temeroso de la muerte, bien que nunca pensara en ella, alejando siempre de su imaginacion á toda prisa cualquiera idea que pudiese asaltarle sobre aquel término tan constante é inevitable de todo lo que vive, que á todas horas nos amenaza, mientras creemos que las amenazas no serán realizadas, que siempre tenemos al frente sin nunca verlo, ó que sin dejar de perseguirnos por un momento, casi siempre nos coge de improviso.

Preguntó á uno de los negros que entraban los fúnebres arreos para quién iban destinados, y por su boca supo que pocos momentos antes habia fallecido el marqués de la Novedad. Con ésto salióse de la casa á toda prisa, calculando que la marquesa en aquellos tristes momentos no estaria para cuidarse de hijos y matrimonios agenos, por mucho

interés que respecto de ellos hubiese mostrado, y decidió irse á despedir del Sr. D. Homobono, quien precisamente en aquel dia debia marcharse para Europa.

Iba pensando por el camino, que en el asunto de Úrsula no se le presentaba la fortuna tan propicia como habia acostumbrado ofrecérsele en todo, pues apenas ideaba un plan con la esperanza mejor fundada de provechoso, cuando le salia al encuentro un inconveniente para ponerle en grave aprieto. En mitad de estos pensamientos, dióse por la misma calle de manos á boca con una negra harapienta que le detuvo llamándole por su nombre, y algun esfuerzo hubo de hacer para venir en conocimiento de que la que así le detenia era aquella Juliana de quien mucho se ha hablado en el curso de esta historia.

Lejos de ir entonces tan ataviada y fanfarrona cómo en aquel dia memorable en que pasó por la puerta de D. Alejo, causando enojos á la Lorenza, apenas la cubrian entonces unos rotos y no limpios trapos. Estaba en la espina, andaba á pasos lentos, explicándose de una manera cansada y fatigosa, y á mucho trecho se la percibia un aliento aromatizado con aguardiente y tabaco, del cual llevaba un cabo en la boca. Luego que la reconoció D. Eustaquio, díjola:

—¿Qué es eso, Juliana? ¿Has estado enferma?

—Sí, señor. Acabo de salir del hospital.

Con lo que dijo y con lo que su aspècto ofrecia, bien conoció Eustaquio que aquella desgraciada se habia entregado á todo género de vicios.

—Mal te prueba la libertad, mujer.

—¡Ay! Es verdad. Cuando estaba en la casa de D. Alejo, pasaba mil trabajos, pero despues me ha ido peor. Fuí-

me á vivir con unas conocidas, y lavábamos ropa; però concluyó la fiesta robándome una noche toda la mia, de manera que me dejaron sin tener qué ponerme absolutamente. Despues enfermé y me llevaron al hospital, de donde salí hace no más que dos dias.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Ni lo sé. Pensaba buscarme un acomodo; pero ¿quién ha de admitirme en el estado en que me encuentro? Casi estoy por pedir limosna. Hoy no tengo qué comer.

Á semejante indicacion sacó D. Eustaquio un duro, y púsolo en manos de la desgraciada. Recibiólo con suma humildad y agradecimiento, y de seguida dijo:

—Quisiera pedirle otro favor.

—Veamos, pues.

—En mi enfermedad hice promesa á la Vírgen de las Mercedes, de si sanaba de aquella, andar vestida de cañamazo por un año. Pienso cumplir la promesa, porque así tambien me ahorraré gastar en otros vestidos; y si me diera algo para ayuda...

No pudo dejar de sonreirse D. Eustaquio, al notar la doble mira que llevaba Juliana en la compra del humilde vestido á que aludia. Con él efectivamente daba cumplimiento al voto en que se habia empeñado, y por un año se ahorraba de comprar mejores vestidos, sin que por ello pudiera resentirse su vanidad para con sus prójimos. Dióla otro duro para ayuda del trage, considerando la manera en que la ignorancia entiende las prácticas religiosas; y tambien consideró el perjuicio que habia hecho á Juliana con sacarla de cautiverio, diciendo para su capote:

—Buen argumento es este de Juliana para la filantropía

inglesa. No tanto importa ser libre, como aprender antes á serlo. Á no haber mediado aquel aprendizaje, el bien se torna en grave daño. ¡Funesta libertad la de esa desgraciada!

Con esto separóse de ella á toda prisa, tanto porque no se podia avenir nunca con la desgracia, cuanto porque temia que Juliana tuviese aun algunas otras pretensiones que continuaran menoscabándole el bolsillo.

Pronto llegó á la casa del Sr. D. Homobono, y de seguida le anunció este que se le habia hecho concesion de los emancipados pretendidos, en lo cual no pudo dejar de conocer D. Eustaquio la mediacion de Ordoñez, sin embargo de que su otro protector atribuia el buen resultado á su sola eficacia. Y dióle por ello tan repetidas gracias, como si en realidad así lo creyera.

Supo igualmente que su señoría se embarcaba aquella misma tarde para emprender su viaje; y aunque hubiera sido oportuno que D. Eustaquio le acompañara hasta el buque, como es uso entre personas que se guardan estrecha amistad ó de íntimas relaciones, veníale mal la hora de semejante despedida. Á pesar de ello hubiera verificado el acompañamiento, si creyera que el Sr. D. Homobono aun pudiera ayudarle en algo; pero no estimándole ya servible ni provechoso, no era razon que se molestara en dar pruebas de agradecimiento. Excusóse del acompañamiento por lo mismo, manifestando de seguida que iba á recogerse porque se sentia indispuesto; y prodigando en palabras lo que economizaba en obras, segun igualmente suele acaecer en el mundo, con las más encarecidas expresiones pintó el sentimiento que no le causaba aquella separacion. Con menos prosa y más verdad, el Sr. D. Homobono, le manifestó el aprecio que le te-

nia, y con esto se separaron esperando no verse más en esta vida.

De camino para su morada, tornó D. Eustaquio á hacer reflexiones sobre la manera de salir del atolladero en que le habian puesto aquellas relaciones con Úrsula, supuesto que la muerte del marqués le habia hecho venir abajo el bien meditado proyecto que pensaba dejar realizado en aquel dia. De nuevo volvió á internarse en las profundas imaginaciones que primeramente hubieron de asaltarle con semejante motivo, y no acertando entonces á discurrir cosa que de provecho le fuese, dejólo para más adelante, consagrándose solamente á saborear la concesion de los emancipados que se le habia hecho, y proponiéndose sacar de ellos el mejor partido posible.

CAPÍTULO XXXIV.

Cómo D. Bruno pidió á doña Paulina en matrimonio.

Verdad dijo D. Magin cuando aseguró al doctor Manresa que Paulina se encontraba empeñada en amores con D. Bruno, y que tan adelantados estaban en ellos, que pensaban ponerlos en conocimiento de D. Bartolo y doña Agustina, para llevar á cabo su deseo de contraer matrimonio.

Comenzó Paulina, como ya se ha visto, por hacer esfuerzos para borrar de su memoria á D. Eustaquio, mediante la falsía que en él descubrió y consecuente despego que además la fué mostrando; pero aquellos esfuerzos no hubieran sido bastantes sin duda para hacerla conseguir su propósito, si de otra parte no hubiesen mediado las pretensiones de don Bruno, que puesto que anunciadas en groseras formas, no por eso dejaban de ser tan verdaderas como eficaces. En un principio solo las estimó Paulina como muestras de una pasion que lisonjeaba su vanidad, poco acostumbrada á provo-

car tales homenajes, y despues fuese acomodando á ellos, agradeciendo en algo la insistencia y constancia que venian á ser claro indicio de una pasion verdadera.

Además D. Bruno, consagrado enteramente á ella en obras y pensamientos, mostrábase siempre solícito en oir de su boca las reglas que debiera observar, así para el mejor aprendizaje de su oficio, como para su comportamiento en todas las circunstancias de la vida; y semejantes muestras de sumision, que consigo llevaban el reconocimiento de los aventajados talentos de Paulina, en otro tanto aumentaban su aprecio por D. Bruno. Cuando este, por velar con asiduidad sobre ella, la habia salvado de un grave peligro la tarde que la arrebataron el rosario, en la manera que ya se ha referido, hizo contraer á su pretendida una deuda importante, que merecia ser pagada, aparte del reconocimiento que debiera provocar en un alma agradecida; y más se acrecentaba aquella deuda con el mayor interés que por la acreedora mostraba el colono cada dia. Tampoco concurrian á la Estancia hombres en aptitud de casarse, fuera de D. Eustaquio, que sacaran mucha ventaja á D. Bruno; un matrimonio, aun cuando fuera con este, podría servir como despique de la conducta observada por el mismo D. Eustaquio; y tantos y tan poderosos motivos fueron inclinando á Paulina, para que desalojando de su corazon al petimetre, cediese al labriego el lugar que en él ocupaba.

Colocándose por semejantes motivos en este resbaladero, acabó de arrastrarla por él la inclinacion que por el casamiento tienen las mujeres generalmente, aun cuando no sea más que para evitar una perpétua soltería, la cual en cierto modo denuncia falta de merecimiento en la que á ella se

ve condenada. Además D. Bruno habia adelantado mucho en cultura bajo la direccion de Paulina, y á juzgar del porvenir por lo pasado, era consiguiente que llegara á un punto tal, que para todos viniese el colono á ser desconocido. Por tantos motivos, pues, la doncella, dando enteramente al olvido á D. Eustaquio, empeñóse en nuevos y muy formales amores con D. Bruno; y para su ayuda sirvió Matea, con la misma buena voluntad y destreza que habia empleado anteriormente en favor de D. Eustaquio.

No miraron en ello ni Agustina ni Bartolo, porque si bien no podian escapárseles del todo las respectivas atenciones que se tenian los amantes, atribuíanlas á la bondad y dulzura de que en todo daba muestras Paulina, y hacíanla por otro lado tan empeñada en su amor con Eustaquio, que no creian posible que en su pecho pudiese tener cabida otra inclinacion alguna de semejante naturaleza. En los paseos que la pretendida continuaba dando por el campo, si bien no alejándose mucho de los dominios de D. Bartolo desde el suceso del rosario, encontraban ocasion los amantes para comunicarse libremente sus pensamientos; y en una de aquellas tardes D. Bruno dijo á Paulina:

—Decíame siempre el hermano Salustiano que lo peor que podia hacerse era dejar para mañana lo que podia quedar concluido hoy, y que cuando se trataba de alcanzar un bien, era preciso ir á galope, para que no se interpusiera el mal por el camino.

—¿Y qué aplicacion dais ahora á ese acertado consejo?

—La de que si estamos de acuerdo en nuestro amor, y tenemos resuelto unirnos en matrimonio, lo mejor será no dilatarlo por más tiempo, Paulina.

—No ha dejado de ocurrirme lo mismo; pero ya calculareis que no era á mí á quien tocaba...

—Á mí es á quien toca efectivamente mostrar ese deseo. No quiero separarme de nada que esté en regla. Así pues, ya de acuerdo en el negocio, me parece que pudiérais insinuaros con doña Agustina... Pues... preparar la cosa de manera que todo concluya como deseamos.

—No, Bruno; de vuestra parte debe hablarse á D. Bartolo, mi tio, poniéndole al cabo de lo que pasa y pidiéndole su consentimiento...

—Ya he dicho que quiero ajustarme á las reglas. Si el que debe hablar soy yo, de seguida me explicaré con él.

—Si tuviérais alguna persona que á vuestro nombre...

—¿Hiciera la pedidura? El amigo de quien para ello pudiera valerme, no me parece muy á propósito que digamos... ¿Y para qué, despues de todo? Si yo solo hice la siembra, no quiero que nadie me ayude en la cosecha. Mañana mismo le hablaré. Así que se levante y venga á pasar revista á la carga que llevan al mercado...

—¡Oh! No corre tanta prisa. Podemos pensar en el modo de hacerlo con más detenimiento.

—Por pensado. Pronto acaecerá un desgraciado suceso en la casa, y no quiero que vayan á creer que el interés de la herencia es lo que me impele á solicitar vuestra mano. Os quiero por vos sola y nada más que por vos.

—¿Pero á qué desgracia os referís? dijo Paulina un tanto alarmada.

—Siento decíroslo, porque no quisiera que os afligiérais de antemano.

—¡Dios mio! ¿Qué quereis decir? Explicaos, por favor.

—Sabed, dijo D. Bruno bajando la voz y con mucha gravedad, sabed que va á morirse el hijo de vuestros tios.

—¿De dónde habeis sacado eso? ¿Lo decís por la enfermedad que le acometió antier? Es cosa muy ligera. Cuando tan solo no se ha llamado al médico...

—Está bien, contestó Bruno encogiéndose de hombros. Así á todos cogerá descuidados.

—¿Pero qué datos teneis para explicaros de ese modo? ¿No os dignareis decírmelo?

—No puedo tener ningun secreto para vos.

—Pues entonces...

—Bien conoceis á D. Magin... ese que viene diariamente...

—Harto le conozco. Continuad.

—Pues no creeríais lo que ese mal pecado de viejo... El dia que os interese saber de cualquiera cosa presente ó qué está por venir, no teneis más que avisarme.

—¿Qué estais diciendo, Bruno? repuso Paulina, sin que pudiera tener la risa.

—Reios: tambien me hubiera reido yo; pero despues de lo que materialmente he palpado...

—Contadme lo que habeis palpado, insistió Paulina sin abandonar la risa.

—Solia decir en casa el hermano Salustiano, que en el pueblo habia personas que por medio de arte mágico y manejos diabólicos hacian conseguir unas cosas y descubrir otras, y que él á más de cuatro habia logrado separar de aquel camino con la eficacia de su palabra y otras buenas prácticas, bastantes á reducir los pecadores á entrar nuevamente por la derecha via. Creia yo que anunciaba esas cosas solo por

darse importancia. ¡Como era tan fanfarron! Pero mi madre me aseguraba que ella habia visto casos semejantes á aquellos de que hablaba el hermano, y que este debia saberlo mejor que nadie por sus estudios, y por estarse rozando siempre con hombres venerables y tan llenos de ciencia; y qué sé yo cuánto más me sermoneaba en la materia.

—Hasta que lo creísteis.

—Á lo menos hasta dejarme preparado para creerlo. Y lo he creido de todo punto despues de haberlo visto prácticamente.

—Así habeis dicho antes.

—Y con razon. Seré franco. Cuando me entró este amor que tengo por vos, hablé de ello á D. Magin, á quien todos piden consejo, dudando que nunca pudiéseis corresponder á mi solicitud. Á esto me contestó que pasara por su casa, porque allí podria decirme con seguridad lo que habia de ser de ese asunto.

—¿Y fuísteis?

—¡Pues poco me importaba para que dejara de hacerlo! Luego que estuve en su casa me introdujo en la habitacion que le sirve de dormitorio, sacó de un armario viejo un saquito en que guarda el pelo de todos los individuos de su familia, que ha muerto, como sabeis, y el hueso de un dedo de qué sé yo qué difunto, me dijo, con más un demonio de baraja mugrienta y llena toda de distintas señales. Encendió con esto un cabo de vela de cera amarilla; y con las cartas, y con el pelo, y con el dedo hizo sus combinaciones, á la vez que algo murmuraba entre dientes. Pues señor, el resultado fué decirme que no me acobardara en mi propósito, porque era claro que la suerte para mí os tenia destinada.

—¿Y le dísteis entero crédito?

—Y le pagué su trabajo de muy buena gana. Podeis pensar lo que os parezca, pero al resultado me atengo despues de todo. Á bien que no tuve en la materia esa prueba solamente.

—¿Aun trataron más de mí?

—Con motivo del rosario que os hubieron de robar. Al veros tan atribulada con la pérdida, acudí nuevamente á él, y volviendo á tomar el saco y haciendo sus maniobras, al fin sacó en claro lo que queria. Seguidamente me manifestó que aunque sabia dónde se hallaba la prenda, le estaba vedado decírmelo; pero que podria irme descansado, porque dentro de poco tiempo la tendríais en vuestro poder. Pues ya vísteis como á los pocos dias...

—Sí. D. Eustaquio, sin el socorro de ninguna magia, supo encontrarla y ponerla en mis manos.

—Pues de ahí deduzco yo precisamente que lo que quiso darme á entender fué, que por aquel conducto pronto la recobraríais. Por lo que hace al niño...

—¿Qué os dijo del niño?

—Le hablé de mi casamiento, y de esta idea que tengo de que no lo atribuyan á interés, contándole la enfermedad y cómo habia principiado, cuando me dijo:—En este momento sabremos lo que ha de ser de él; porque tres de mis hijos tuvieron esos propios síntomas que me referís, y cuando precisamente manifestaban los médicos que no sufrian cosa de cuidado, tenia que mandar por el ataud de carrera.—Volvimos al aparato de la baraja y demás dicho, y el resultado ha sido asegurarme que no cambia su pellejo por el del muchacho, y que pronto se verá si se equivoca ó acierta.

—¿Y es posible, Bruno, que deis crédito á esas cosas?

—Á la vista de los hechos, creer ó reventar. Y sobre todo, ahí está el niño que dicen que no tiene nada. Pronto hemos de salir de la duda.

—Y si nada sucede, ¿me prometeis desengañaros?...

—No digais que nada le sucede... Y aun cuando así fuera, los otros hechos... Ya hablaremos despacio sobre el particular, y os diré cómo explicaba el hermano Salustiano... mal bicho por cierto; pero tambien hombre de mucha experiencia. Y como despues de todo, se trataba siempre con buenas cabezas, algo se le habia pegado del saber de los demás.

No ignoraba Paulina que en la clase á que pertenecia D. Bruno, existia una creencia sobre magia por el estilo de la que habia anunciado; pero no se le habia ocurrido que á su amante alcanzara semejante contagio. Con efecto, en la isla de Cuba hay sobre todas materias un descreimiento, que acaso toque en exagerado, y así con mayor razon la magia y el arte adivinatorio han tenido que buscar abrigo entre las últimas de las clases más ignorantes de la sociedad. La negra, pues, y aun eso en su parte menos ilustrada, es la que tiene vocacion por semejantes embolismos, y los medios de practicarlos vienen á ser en tales manos de lo más extravagante y estúpido que pueda considerarse. Tambien los colonos de Canarias suelen llevar allí la supersticion y los acertijos, sin acompañarlos tampoco del refinamiento con que puede revestírseles, y se les ha revestido con efecto, cuando, entre gente más culta, se ejercen por personas más entendidas.

Bien conoció Paulina, sin embargo, que aquella fé que

mostraba Bruno en el arte de Magin no era para quedar desvirtuada en un momento, sino que para ello se necesitaba de mucho y largo tiempo, si es que al cabo podia conseguirse resultado tan lisonjero. Efectivamente, las creencias, así en el hombre particular como en las sociedades, con muy poco esfuerzo se arraigan en los primeros albores de su existencia; pero su desarraigo despues es tan difícil, que á veces figura entre los imposibles. Solamente los esfuerzos más constantes y prolongados son los que al fin consiguen hacerlas venir al suelo, no siendo extraño verlas sustituidas con otras, que á su vez vienen igualmente á sufrir la propia suerte. Los ignorantes son, pues, el verdadero apoyo de los hábiles, y lo quedan siendo hasta que otros más hábiles, valiéndose del mismo apoyo, logran salir vencedores de los primeros.

Pero dejando á un lado consideraciones generales, y aparte tambien el propósito de Paulina, de sacar más adelante de la cabeza de D. Bruno la fé que encerraba sobre el arte de Magin, no dejó de alarmarse un tanto sobre lo que habia anunciado respecto al hijo de D. Bartolo. Bien conocia que su magia era para despreciarse; pero no sucedia lo mismo con la experiencia que tan á costa suya habia adquirido con sus hijos, y funesto resultado tuvieron en ellos, segun anunció, los propios síntomas de la enfermedad que entonces sufria aquel niño, que tanto la interesaba. Por lo mismo, quedó pensativa, y cuando Bruno insistió en lo oportuno que seria, bajo cualquier aspecto, poner ya al descubierto sus pretensiones respecto de ella, ninguna oposicion tuvo en el particular.

Por consecuencia, al otro dia, como lo habia anunciado el

aspirante, luego que Bartolo salió á requerir, como de costumbre, los frutos que llevaban al mercado, el colono, sin más preámbulo ni otro preparativo, de lleno le descargó su demanda, manifestándole su honesto propósito de empeñarse en matrimonio con Paulina. Quedó Bartolo tan sorprendido como si por las piernas le subiesen culebras al cuerpo, y no pudo dejar de preguntarle muy seriamente si tenia cabal el juicio; pero entonándose Bruno con semejante salida, con expresiones tan claras como terminantes hízole saber su determinacion sobre el desposorio, supuesto que para él tenia el consentimiento de aquella con quien habia de practicarlo, que en el caso era lo esencial. Advirtióle Bartolo que no siempre bastaba para el matrimonio el mútuo consentimiento de los que hubieran de contraerlo, principalmente cuando mediaba seduccion de parte de miserables, que abusaban de ese modo del amparo y proteccion que indiscretamente se les hubiera concedido. Más no por esto se amedrentó el labriego; sino que poniéndose más cuellierguido todavía, hizo saber que para marido, y aun más adelante, era lo mismo si no mejor que cualquier otro. Y decíalo con tal resolucion y sonrisa menospreciativa, que acabó de encender de todo punto la cólera en aquel á quien se dirigia. Volvióle, pues, D. Bartolo la espalda, temeroso de que pudiese allí presentarse algun desman, y tomando el camino de la casa de vivienda, el capítulo siguiente dirá lo demás que sucedió.

CAPÍTULO XXXV.

De la negativa que se hizo á la pretension de D. Bruno.

Fuése, pues, derecho, con el enojo en el corazon y la sangre en la cabeza, á poner en conocimiento de doña Agustina lo que pasaba, y exacta y minuciosamente refirióselo todo, sin omitir siquiera la cara que D. Bruno ponia cuando apoyaba su pretension, en la manera que se ha referido; y doña Agustina dijo:

—¿Pero puede creerse que Paulina?... Preciso es oirlo de su boca.

—Las mujeres á cierta altura de la vida, contestó Bartolo, por el flujo de casarse, arremeten con lo que primero se las pone delante. Pero quién creyera que aquel mastuerzo...

—Con aquella cara de hereje. ¿Conoces tú otro más feo?

—Y tan animal; porque aunque algo se le ha desbastado...

—Y sin un real. ¡Maldito de Dios él sea!

—Cien veces mejor es el *mayoral* de la finca.

—No digas el mayoral. Hasta el *placero*...

—¡Demonio de mujeres! ¡Y cómo eligen!

—¿Pero sabes que eso no puede ser? Te digo que no. ¡Cómo habia Paulina de cambiar á D. Eustaquio por el otro bárbaro!

—Esa es otra. Dices bien. Ni cambiarlo, ni menos todavía comer á dos carrillos, como quien dice.

—Mucho chasco he de llevarme...

—Aquí hay alguna trabacuenta. Porque de seguro una muchacha que ha sido siempre tan juiciosa...

—Y tan cristiana.

—Y con aquel pedazo de talento...

—Pues no nos faltaba sino meter á aquel oso en la familia.

—Cuando no tiene por dónde el diablo le deseche.

—¿Y te la pidió con todo descaro, segun dices?

—Mal pudieras figurarte lo entonado que está. Ya se ve, con las alas que le han dejado tomar...

—¡Salvaje!

Insistiendo entonces en la primitiva idea de llamar á Paulina para que fuese ella quien explicara el misterio, procedióse efectivamente al llamamiento, y compareció luego ante el tribunal constituido para juzgarla. Comisionado para preguntarla Bartolo, Agustina quedó haciéndose cargo del interrogatorio, para formar opinion definitiva, sin perjuicio de hacer de vez en cuando algunas indicaciones hijas de su natural impaciencia. Con los antecedentes que ya tenia la doncella por una parte, y notando por otra la severidad judicial de aquellos rostros, que por lo ordinario se la presen-

taban tan benévolos siempre, cayó luego en la cuenta del motivo del llamamiento, y en su cara se pintaron tambien la turbacion y el disgusto.

Fué D. Bartolo quien con grave voz rompió el silencio, diciendo:

—Paulina, te llamamos, porque apenas nos parece creible á tu tia y á mí lo que sucede.

—Calculo ya lo que puede ser, contestó Paulina muy serena.

—D. Bruno ha tenido la osadía de manifestarme que piensa contraer matrimonio contigo.

Y á esto la doncella no dijo una palabra tan solo, por lo que, y á vista de su silencio, continuó diciendo Bartolo:

—Parece que no extrañas su conducta. ¿Seria posible que para haber dado semejante paso estuviese de acuerdo contigo?

—Más claro... dijo doña Agustina sin poderse contener.

—Sí, señor, contestó Paulina por su parte. Hace algun tiempo que me ha indicado su deseo de contraer matrimonio conmigo, y despues de haberlo yo pensado maduramente, le he autorizado al fin para que pusiera su pretension en vuestro conocimiento.

—¡Qué te parece! repuso á media voz doña Agustina.

—Pues hija mia, prosiguió diciendo Bartolo; aunque mucho lo hayas meditado, no es posible que convengamos nosotros en semejante despropósito. ¡Qué diablos encuentras en D. Bruno que pueda inclinarte á él!

—En primer lugar, estoy muy agradecida á sus solícitas atenciones. Puede que no lo hayais observado, pero desde su entrada en la casa, todos sus pensamientos se han con-

sagrado á mí, todos sus actos han sido una muestra de deferencia á mis deseos. Mi sola voluntad ha modificado sus costumbres; mi solo querer ha mejorado su entendimiento. Bien notareis la gran diferencia que ha habido en él entre el dia de su venida y el presente, y desengañaos de que todo esto poderosamente gana cualquiera voluntad.

—¡Seductor! refunfuñó doña Agustina.

—Ya considero, prosiguió D. Bartolo, que algo le hemos limado aquí, y supongo que te haya hecho todas esas carantoñas; pero ¿basta esto para que resuelvas casarte con él?

—Tambien le debo la vida. Es una gran deuda que he contraido, y para pagarla no tengo más que mi agradecimiento. Este me obliga á seguir cultivando su razon, á reparar el daño que en él ocasionó una educacion descuidada, y á procurar por todos respectos la felicidad del que, con ese mismo propósito, me salvó de la muerte. Es un monstruo el que no agradece los beneficios que ha recibido.

—¡Aprieta! dijo Agustina.

Mas por su parte D. Bartolo repuso:

—Bien sé que te salvó la vida; pero á eso debe tambien que desde entonces se le hayan guardado las extremadas consideraciones, y se le haya prestado la confianza de que ha abusado tan infamemente. ¿Merecia eso tampoco que hayas vendido el amor de D. Eustaquio? Porque ya es preciso hablar claro de una vez. Bien sabemos que hace mucho tiempo que te encuentras empeñada en relaciones amorosas con él; en verdad, Paulina, que bajo todos conceptos extrañamos la conducta que observas. Nunca, hija mia, lo hubiéramos creido de tí.

—Cierto es tambien que antes de ahora tuve con D. Eus-

taquio esas relaciones que indicais; pero igualmente lo es que quedaron concluidas.

—¡Cómo así!

—No era posible que continuara empeñada mi fé al que por su parte rompia deslealmente la suya.

—¡Vanos pretextos! dijo doña Agustina encarándose ya directamente con la doncella, porque no la fué dable contenerse por más tiempo.

—No son pretextos, señora, repuso Paulina. Á la vez de jurarme un eterno amor, se entretenia en relaciones del mismo género con otra doncella, ó á lo menos lo aseguraron así las gentes.

—Hablillas del vulgo, dijo D. Bartolo.

—Y además, añadió doña Agustina; es de jóvenes andarse como las abejas, sin que por eso dejen de fijarse con formalidad, cuando ya han decidido contraer matrimonio. Nada hay que decir sobre el cambio tuyo. ¡Cuidado que hay diferencia entre D. Eustaquio y D. Bruno! El dia y la noche.

—D. Eustaquio, señora, aparte de aquella inclinacion á que hice referencia, no tiene verdadero amor por mí. Prefiero un corazon bueno y sincero, á la cortesanía que encubre sus verdaderos sentimientos; la posicion humilde á la elevada, si la felicidad se encuentra en la primera, y hasta la ignorancia á la inteligencia, si frutos más sanos ofrece la una que la otra. Las mujeres suelen pagar muy comunmente su vanidad con toda su ventura doméstica, y esa ventura doméstica, sin embargo, es la única aspiracion legítima de nuestro sexo.

—¿Qué te he dicho yo siempre, Bartolo? continuó doña Agustina. ¿No ves el resultado de las novelas? Trastornan

la cabeza de las jóvenes. Por mí, no hubiera dejado entrar aquí libro ninguno. Porque ¿qué debe saber la mujer únicamente? Cuidar de la casa y oir el consejo de sus mayores. Esas filosofías no sirven más que para extraviarlas la chabeta. Diabluras de Voltaire. ¡Vaya con las venturas, y los corazones, y tanta pamema!

—Paulina, dijo Bartolo; aunque tú hayas resuelto con notable imprevision unir tu suerte á la de ese hombre, nosotros no podemos permitirlo.

—Con un jastial, añadió doña Agustina, que no tiene un real ni quien se lo dé. Ya puedes dejarte de eso.

—Señora, repuso Paulina, cuando se sabe trabajar, se tiene la mejor fortuna posible. No creo que cuando os casásteis contárais con muchos haberes.

—Pero contaba con hombre muy distinto de aquella bestia. ¡Vaya unas comparaciones!

Guardó Paulina silencio, viniéndosela á los ojos las lágrimas, porque el asunto se habia llevado á un terreno demasiado resbaladizo para que pudiera seguir por él sin exponerse á inferir ofensas á sus tios, lo cual estaba muy distante de su natural comedimiento y amor, que despues de todo les profesaba. No esperó ciertamente de su parte tan decisiva resistencia, y como prudente y tímida, evitó acrecentar su enojo en aquel momento, excusando hacer abierta resistencia á su voluntad, y ocasionando así disgustos que pudieran ser de grave importancia. Hacíala conocer su discrecion que las cosas muchas veces tienen un funesto término por el empeño de dejarlas concluidas en sazon inoportuna, sin esperar á que el tiempo mitigue un tanto las pasiones, que se excitan por falta de un buen arte en manejarlas.

Estaba dado el golpe, habia hecho una fuerte impresion, y acertado era esperar á que pasara aquel primer efecto, para procurar despues mejor desenlace del que de seguro pudiera obtenerse en aquellos momentos precisos. Por lo mismo, y con tal intencion, dijo:

—Bien sé que cualquier propósito que tienda á conseguir mi felicidad ha de quedar del todo frustrado. El que vino al mundo para ser víctima, en vano se esfuerza por cambiar el papel que le está encomendado.

—¿Conque reconoces, hija mia, dijo Bartolo, toda la razon que nos asiste para una oposicion que tan solo se funda en nuestro interés por tí?

—Veo muy bien que ese propio interés puede cegaros. Acaso algun dia lo conozcais; mas no quiero que á vuestra conducta para conmigo sirva de pretexto mi ingratitud para con vosotros. La continuada desgracia tiene por lo menos la ventaja de enseñar á sufrir, y largo ha sido mi aprendizaje para ser infructuoso. ¿Me permitís que me retire?

Dijéronla que ya podia hacerlo, y luego que estuvo ausente la acusada, quedaron los jueces en secreta conferencia.

Al notar Bartolo tanta humildad y resignacion de parte de Paulina, se le ablandaron las entrañas á tal extremo, que si por su parte hubiera hecho algunos esfuerzos Agustina, sabe Dios en todo lo que hubiera consentido en aquel momento; pero su consorte, á la contra, se pronunció contra toda concesion, ni aun la más ligera, en el asunto. Por medio de sus preguntas y respuestas, á cual más enérgica y resolutiva, hizo presente que bajo ningun concepto podia disimularse que un hombre tal como Bruno hubiese osado poner los ojos en una mujer como Paulina, que tan superior le

era bajo todos conceptos. Calificó hasta de injurioso para ellos semejante desacato. Dió por principal impedimento para el matrimonio el de que aquel hombre no tenia con qué sostener las obligaciones que osaba contraer, viniéndoles así á servir de carga con todos sus hijos, que serian numerosos, porque regularmente caen sobre los pobres como la polilla sobre la ropa arrinconada. Hizo presente que las pasiones amorosas no habian matado á nadie que ella supiese, pues venian á ser achaques que el tiempo por sí solo curaba. Y por fin, aconsejó como partido que debia adoptarse sin demora en aquellas circunstancias, el de poner al seductor en la puerta de la calle, excusando más explicaciones con él, para que llevase á otra parte la ternura de su corazon, con su incapacidad y atrevimiento.

Aquel torrente de elocuencia privó á Bartolo de todo sentimiento de compasion, haciéndole desistir á la vez de todo sentimiento conciliatorio. En consecuencia, unió su voto al de su entendida consorte, y salió del lugar de la sesion decidido á llevar á efecto el destierro acordado respecto del desgraciado amante. Hízole llamar de seguida, y ajustándole muy cumplidamente la cuenta de su soldada, á la vez le advirtió que estaba despedido. Intentó Bruno hacer presente que en su opinion no habia dado motivo bastante para que se adoptara con él semejante medida; mas á esto se le contestó, que el amo tenia, para despedirle sin motivo, el mismo derecho que á él asistia para marcharse cuando mejor le viniese en voluntad. Sofocado más allá de toda expresion con tan rigoroso tratamiento, preguntó si al fin se le concedia ó no la demanda que habia hecho sobre su matrimonio; mas á esto le repuso Bartolo con mucha dulzura, que

no tenia él para qué mezclarse en el particular; que Paulina no necesitaba de pedir consentimiento á nadie para casarse, pues sobre tener edad suficiente para determinarlo cuando quisiera, él no era más que su tio; y que cumpliendo con lo que únicamente le correspondia y tocaba á sus intereses, despedíale como á cualquier dependiente que no quisiera tener en su casa.

Semejantes razonamientos no admitian réplica, y así marchó D. Bruno á preparar su hatillo para la partida. Mientras lo acomodaba lo más espaciosamente que podia, procuró hablar á Matea, para acordar con ella el modo de seguir en adelante poniéndose en comunicacion con Paulina; pero Matea, que era de condicion medrosa y asustadiza, á vista de aquella tempestad que se habia levantado, por nada del mundo le hubiera entonces saludado siquiera. Encontrábase de este modo, pues, enteramente abandonado del cielo y de la tierra, y á juzgarse por la siniestra expresion de su semblante, pudiéranse temer de él los estragos de una fiera acosada imprudentemente; pero la imágen de Paulina, que en el alma llevaba, era, sin embargo, un talisman poderoso para hacerle devorar en secreto sus agonías, sin dar en lo exterior muestras de su sufrimiento.

Por su parte, Paulina quedó entregada á solitario y lamentable duelo. Veia por segunda vez desvanecidas sus esperanzas de cambiar de estado, de nuevo contrariadas sus amorosas inclinaciones, y confirmábase en la espantosa idea de que solo para padecer se la habia otorgado la existencia. Á tener más resolucion, hubiera seguido sus inclinaciones y llevado á efecto de cualquiera manera su matrimonio; pero tenia por sus tios el entrañable amor de hija; tenia tambien

por ellos el más profundo agradecimiento, y antes que causarles un grave disgusto, preferia entregarse de lleno, indefensa, á sus pesares, para que la consumieran lentamente.

—No oirán de mi boca, decia, ni tan solo una queja, ni más suspiro que el que mi alma lleve al separarse de mi cuerpo.

Por su parte Agustina lamentábase tambien de ver concluidas aquellas relaciones con D. Eustaquio, que tanto prometian á todos; suponia que su separacion proviniese de la indiferencia que hubiera notado en Paulina, á virtud de la seduccion ejercida en ella por el colono Bruno; vituperaba los caprichos del sexo á que pertenecia, bien que conviniendo en que ella no parecia mujer en lo más de las cosas; y proponíase, en fin, reanudar entre los dos primitivos amantes aquellas relaciones que á todos prometian ventaja.

CAPÍTULO XXXVI.

Que trata de la resolucion que tomó D. Eustaquio sobre su casamiento.

Tres dias despues de la muerte del marqués de la Novedad, juzgó D. Eustaquio oportuno volver á la casa de la marquesa viuda, para llevar á cabo el mismo propósito que allí le condujo el dia en que acaeció el fallecimiento. Presentaríase, pues, con achaque de mostrarla su sentimiento por aquella pérdida, puesto que absolutamente ninguno tuviese; y si la marquesa, como era regular, le tocaba el otro asunto en que habia mostrado tanto interés, veníale bien entonces desenvolver el plan proyectado, para saber á lo que debia atenerse respecto de la suerte de Úrsula. Preparándose estaba, pues, para emprender la marcha, cuando á deshora se le presentó su hermano D. Matías.

Si en un principio habia tenido sobre Eustaquio la especie de dominio que debieran darle su mayor edad, su experiencia, su posicion en el mundo, y sobre todo, el tenerle á sus

expensas, aquella supremacía habia ido cediendo el puesto á la que conquistaba D. Eustaquio. Fué pasando de protegido á protector; pues reconociendo D. Matías su superioridad, muchas veces acudia á tomar su consejo; á D. Eustaquio habia debido tambien que el Sr. D. Homobono, á cuyo despacho volvió, le hubiese mostrado la estimacion y confianza que antes no le tenia; y por fin, D. Eustaquio algunas veces solia llevarle en parte en algunas negociaciones lucrativas, proporcionándole así el medio de dar mayor impulso á su fortuna. Por todo ello, forzosamente habia de guardarle la deferencia un tanto respetuosa que la medianía rinde siempre á la superioridad reconocida.

Luego que se estrecharon con efusion las manos, Matías dijo á Eustaquio:

—Continúa la suerte pronunciándose por tí, y á bien que sabes aprovecharla, Eustaquio. Te traigo una buena nueva.

Aunque Matías estuviese al cabo de muchos de los negocios de su hermano, que prometian adelanto pecuniario, ignoraba los referentes á su corazon, que aquel guardaba para sí solo; porque semejantes confianzas no suelen tenerse sino con cierta clase de amigos especiales, y se excusan generalmente con las demás personas, aunque haya con ellas la mayor familiaridad y confianza. Esa confianza debe ser, pues, de un género particular, para que comprenda semejantes materias.

—¿Qué nueva es la que me traes? dijo D. Eustaquio.

—En estos momentos he sabido que acaba de morir el hijo de D. Bartolo. Deja vacante una herencia, que desde mucho antes de ahora te habia yo destinado.

—Sí, Matías. De ordinario la muerte es fecunda en resul-

tados importantes. Considerada como uno de los peores males para el que la sufre, no es extraño que prepare grandes bienes á los demás.

—Por eso el hombre que siempre quiere alejarla de sí, suele tambien muy á menudo ocasionarla, ó desearla por lo menos á los otros.

—¿Y cómo ha muerto el hijo de D. Bartolo?

—Casi de repente. Presentósele una enfermedad ligera, y cuando menos temible se consideraba, tuvo un fin funesto.

—Siempre nos parece que morimos de improviso ó casi de repente. La muerte, por lo regular, es traidora para nuestro bien; porque, con efecto, lo terrible no es el golpe que da, sino el aspecto que toma para descargarlo.

—Pues en la casa de D. Bartolo lo ha dado en toda regla. Si tú has seguido mi consejo, como creo, y te has mantenido en buenas relaciones con Paulina, despues del golpe de la muerte viene bien el tuyo.

—Matías, si cuando tenia yo poca ó ninguna fortuna, pude dar mi mano por dos Estancias, al presente creo que puedo aspirar á más.

—¿Y entiendes tú que si adelantaste por tu parte, no lo ha hecho D. Bartolo por la suya? Considera que es un hombre que saca de su capital un considerable producto, y que continúa viviendo como cuando apenas nada tenia. Pocos dias hace me advirtió que cuando supiese de algun buen Ingenio que se diera en proporcion, le avisase para adquirirlo, aun cuando fuese al contado.

—¡Al contado!

—Como lo oyes. Calcularás por ahí si tiene bien cubierto

el riñon. Y tambien te advierto que doña Agustina me ha hablado de tí en estos últimos tiempos con más entusiasmo que nunca, mostrándose resuelta á que lleves á cabo tus desposorios con Paulina.

Al oir esto D. Eustaquio, asaltáronle muy oportunas reflexiones. Si habia resuelto abandonar los compromisos en que se habia puesto con Úrsula, en el caso de que la marquesa pagara su resolucion como merecia, mejor le estaba aun apresurarse á celebrar un casamiento con Paulina, que infinitamente le prometia más ventaja que ninguna otra especulacion que pudiera emprender, mediante lo que Matías le habia manifestado sobre el estado próspero de la fortuna de D. Bartolo, y muerte del enemigo que pudiera disputársela. Esto, además, en nada le estorbaba hacer la otra negociacion proyectada con la marquesa, poniéndose en aptitud todavía de ser menos rigoroso en sus pretensiones; y aun en el último extremo, el Cortado y no él era quien, despues de todo, habia de casarse con Úrsula. Por lo mismo, dijo luego á su hermano:

—Matías, tus acertadas reflexiones me deciden á contraer con Paulina el matrimonio á que te refieres. Para ello, sin embargo, es preciso salvar un ligero inconveniente.

—¿Á qué inconveniente te contraes?

—Últimamente la he mostrado cierta frialdad, que es preciso desvanecer.

—Si puedo ayudarte en algo... Ya sabes todo lo que valgo con la familia de D. Bartolo.

—Pues todo puede salir á pedir de boca, si manejas el asunto de la manera que un hombre de tu maestría sabrá hacerlo.

—Dame instrucciones. ¿En obsequio de quién podria trabajar mejor que en el tuyo?

—Desde luego me parece bien que te presentes en la Estancia, ignorando por supuesto, que ha sucedido la desgracia que anuncias.

—Norabuena. No me remiten partes de los que fallecen en el barrio.

—Y antes de que te participen el suceso, ó en todo caso, inmediatamente despues que te lo comuniquen, mañosamente haces saber que tu ida allí llevaba por objeto pedirme en matrimonio á Paulina.

—Y me lamento de haber llegado en tan mala sazon.

—Comprendes perfectamente mi objeto. Ya lo veo.

—No es difícil de comprender. Tu pretension debe ser anterior á la muerte del muchacho, para que no se entienda que ese suceso la determina.

—Cabalmente. Solo se trata de una ligera alteracion de fechas.

—Esas alteraciones de fechas suelen tambien ser muy importantes en los acaecimientos humanos. Á veces hay grandes diferencias en el espacio que media de un sol á otro.

—Despues es preciso que me arregles lo de mi frialdad con Paulina.

—La achacaré á habértela mostrado ella por su parte, y haré saber que la pesadumbre por esto te mantiene en cama hace unos dias. Las mujeres enamoradas ponen oido á todo género de excusas.

—Es el camino que debe seguirse; pero no con tanto desenfado.

—Pues discurre.

—Dirás que me encontraba celoso de D. Bruno...

—¿Quién es ese pájaro?

—Aquel colono...

—Ya caigo. ¿Pero cómo diablos ha de creer eso?

—Cuando yo te lo digo...

—Tus razones tendrás. Pues te aseguro que el rival...

—Donde menos se piensa salta la liebre. Qué sabes tú.

—¿Qué sé yo? Si me querrás enseñar ahora las fechorías del amor. Cupido es un extravagante.

—Cupido más que de niño tiene de bestia.

—¿Y crees tú que haya podido prestar oidos Paulina?...

—Hasta cierto punto.

—Ó hasta un punto cierto. Las mujeres... son como los hombres, que es cuanto hay que decir. Los tios, sin embargo, no habrian de consentir...

—Ya lo supongo. Haz hincapié en que, advirtiendo yo que mediaba esa rivalidad, aunque por delicadeza no quise cantar de plano, sin embargo, he sufrido lo que no es decible...

—Y por no ser decible lo callaré. Al cabo no puedes resignarte á seguir padeciendo tan horribles tormentos...

—Y pido, y otorgo perdon.

—Sí, pelillos á la mar. Ya sé cómo debe eso manejarse. Y en último caso, buscaré el apoyo de los tios, que nada pueden negarme, y se alegrarán de quitarse á D. Bruno de encima. Tambien es mucha su influencia con Paulina.

—Creo muy difícil que les haga abierta oposicion.

—Pues no haciéndola, dala por tuya, y quedas colocado en el camino de esa herencia.

—Ya puesto en él, veremos si es fácil hacérseme que lo tuerza.

—Eustaquio, dijo D. Matías tomando el sombrero; en tales cosas, lo primero que hay que hacer es no perder el tiempo. El todo en el mundo es la oportunidad.

Marchóse con esto á toda prisa, y quedó Eustaquio diciendo:

—Indudablemente el destino me tenia desde un principio consignada á Paulina. No nos pongamos en lucha con él.

Hacia de este modo al destino responsable de sus maquinaciones, como por lo regular acontece, y dejó así sancionada su union con Paulina, última desgracia que habria de tocarla á la mísera.

Mientras D. Matías le allanaba el asunto, resolvió por su parte ir á cerrar el otro contrato con la marquesa. Salió, pues, con semejante propósito, y ya en la esquina de la casa de aquella, advirtió que á la puerta se detenia un carruaje. Inclinóle la curiosidad á observar quién bajaba de él, y viéndolo, dudaba todavía si le engañaban sus ojos, porque no acertaba á persuadirse de la realidad del hecho. Era, pues, el que entraba en la casa de la marquesa el mismo Sr. Ordoñez en persona.

Al verle Eustaquio, conoció que aquel momento era poco oportuno para llevar á cabo la empresa que meditaba; porque si bien la marquesa no excusaria cualquier sacrificio pecuniario para conseguir que el Cortado desistiera de su propósito, acaso Ordoñez se presentára menos condescendiente, y quisiera mezclarse personalmente en el asunto, como ya lo habia indicado, en cuyo caso todo estaba perdido. Y á vista de semejante estorbo, de nuevo tuvo que tocar retirada, como le habia acontecido el dia en que murió el marqués.

Mas por el camino que emprendió para su morada, hu-

bieron de asaltarle otros pensamientos de no menor importancia. ¿Cómo era que Ordoñez y la marquesa se ponian en contacto del modo que se lo habian hecho ver sus ojos, sin embargo de haber asegurado respectivamente que no se conocian? ¿Habian mentido, con descaro sin igual, al anunciar aquella falta de conocimiento? Pero no dejaban motivo para semejante creencia sus otros procederes, porque teniendo un mismo interés respecto de Úrsula, y muy marcado por cierto, no se habian puesto de acuerdo para impedir el matrimonio que no les convenia; y más aun porque ni tan solo se habian comunicado, ni sabian de los pasos que aisladamente daban con un mismo propósito.

Pero en medio de todo, no debia ser Úrsula de una familia cualquiera, cuando personas de tanta importancia se tomaban por ella el interés que habian mostrado Ordoñez y la marquesa. Puestos ya en contacto, preparaban tal vez el desenlace de aquellos misterios que le iban siendo á cada paso más incomprensibles. Y aun la misma marquesa, segun recordaba, habia expuesto en medio de su efusion, cuando con ella habló del particular, que aguardaba á la doncella un buen porvenir. ¿Dependeria este de la muerte del marqués? ¿No habria sido mejor que el mismo Eustaquio se hubiera casado con ella, con la muy fundada esperanza de reunir así el amor con una buena dote? Á esta reflexion, casi le pesaba ya de haber dado órden para que le pidiesen á Paulina; y de esta manera encontrábase, segun alguna vez se ha dicho, como un burro entre dos piensos. Pero estaba comprometido con el otro matrimonio, y habíase cerrado ya, por lo mismo, la época de las vacilaciones. Habíanse presentado las cosas de manera que le era forzoso componer parte de la

familia de D. Bartolo; los mismos obstáculos que el acaso le habia ofrecido para llevar á efecto su propósito respecto de Úrsula, bien le demostraban que no se la tenia destinada la suerte, á quien es preciso conceder alguna parte en nuestro porvenir; y despues de todo, asistíale tambien, para consolarse, la idea de que siempre es más acertado atenerse á lo cierto, que optar por lo dudoso; y cierta era ya la herencia de Paulina, mientras que lo que pudiese haber Úrsula, aun se encontraba envuelto en las sombras del misterio.

CAPÍTULO XXXVII.

En que Eustaquio lleva á efecto su matrimonio.

Ya en su morada, dióse D. Eustaquio á esperar la vuelta de su hermano Matías, que le trajese el resultado de su pretension; y no habian pasado dos horas de aquella espera, cuando de retorno presentóse el mensajero. En cuanto le vió Eustaquio, díjole presuroso:

—¿Traes confirmada la noticia de la muerte del párvulo?

—Con costas.

—Así ha obtenido la ventaja de libertarse de las penalidades que ofrece este mundo.

—Y abre camino para que otros endulcen las suyas.

—Bien sabe Dios que despues de todo no me regocijo...

—Poco tendrias por qué regocijarte, contestó Matías con grave aspecto.

Y al oirle Eustaquio, barruntó mal resultado en la negociacion del encargo, por lo cual dijo prontamente:

—Encontraste, pues, obstáculo...

—Insuperable. Tarde llegamos.

—¿No ha querido acceder Paulina?

—Absolutamente.

—¿Y de los tios nada pudiste conseguir?

—Se habian atado ya las manos.

—Y crea V. en las mujeres. ¡Sexo pérfido! Tus caricias son engaños, tus atractivos falso aliciente, y tus protestas de amor ceden, como las olas, á la voluntad de los mudables vientos que á cada paso las agitan.

—Te derribó D. Bruno.

—¡Es posible! ¿Pero cómo puedo dudarlo? Siempre que dos solicitan á una mujer, el más bruto la lleva. Así ellas mismas se hacen justicia. ¿Pero cómo han podido acceder los tios?...

—Parece que á vista de tu conducta, Paulina entregó nuevamente su corazon á Bruno...

—No digas por mi conducta, Matías, repuso Eustaquio sofocado. Tan solo dilaté algo mi matrimonio; y lo que ella queria, como todas, era casarse á toda prisa. Por eso echó mano de Bruno. Un salvaje del bosque..¡Pícaro!

—Pues se valió del pretexto de tu olvido, para avenirse con el colono. Pidiósela á D. Bartolo en consecuencia...

—¡Quisiera haberle visto en aquel trance!

—Y D. Bartolo se la negó decididamente.

—¡Debió matarle á palos!

—Se la negó, no tanto por ninguna otra cosa, desengañémonos, cuanto por ser pobre.

—Considera. No tiene más que la camisa que lleva puesta.

—Y de seguida le plantó en la puerta de la calle.

—En eso anduvo atinado. ¿Pero cómo diablos pudo acceder despues?...

—En los momentos en que Bruno se disponia á partir con tantas narices y todo compungido, se apareció en la Estancia el doctor Manresa. Apenas podrás creer lo que le llevaba allí.

—¿Se moria el hijo de D. Bartolo?

—Aun no estaba entonces de peligro. Al contrario, le nacia al doctor un hijo.

—No te entiendo.

—D. Bruno es hijo del médico.

—¡Del doctor Manresa! ¡Qué absurdo!

—Como lo oyes.

—¿Pero cómo ha podido ser eso?

—El buen doctor, algun tiempo despues de su matrimonio, tomó el partido de descartarse de su mujer porque no podia sufrirla, y al abandonarla, y sin saberlo, la dejó encinta. Huyendo de ella, vino á un mundo dejándola en otro, teniéndose en cuidado no darla nunca noticia de su paradero. Murió su esposa, al fin, sin que nunca más hubiese sabido de él, y vino D. Bruno, despues de su muerte, á parar á la Estancia de D. Bartolo, donde se han tratado sin conocerse.

—¿Y cómo el bárbaro del hijo no sospechó el parentesco por el apellido de su padre?

—El doctor es Guzman Manresa; y mientras en la Palma se llamaba solo Guzman, aquí tuvo el cuidado de apellidarse simplemente Manresa. En cuanto al hijo, para mozo de labranza no necesitaba más denominacion que la de D. Bruno, por la cual era conocido..

—¡Hasta que vinieron á reconocerse para poner obstáculo á nuestro plan!

—Mientras D. Bruno pedia á Paulina en matrimonio, el doctor sabia que era su hijo por un tercero, y para acabar de cerciorarse de ello, se presentó en la Estancia de D. Bartolo cuando se verificaba su expulsion de ella. Allí tuvo entonces efecto la escena del reconocimiento: el muchacho presentó sus credenciales; hubo lágrimas y aspavientos, y al fin el doctor quedó convencido de su paternidad. Lo que únicamente le hacia dudar de ella, á lo último, era la consideracion de que la naturaleza le hubiese reproducido en un hijo tan inepto.

—Pues á mi entender, ninguna ventaja se sacan el uno al otro. Si por algo creo en el parentesco, es precisamente por esa circunstancia. Y por supuesto, que con semejante suceso, suspendió el rústico su partida de la casa.

—Ya se ve. Dejó de ser D. Bruno el colono para ocupar el puesto de hijo del doctor Manresa. Ya no fué el mozo de la heredad con seis pesos de salario al mes, sino el hijo del Galeno del lugar, á quien tocan sus haberes, que son algo considerables. El doctor quiso enmendar los males ocasionados con su conducta. Abogó por el muchacho, recomendó que eras un calavera, que solo por pasatiempo te habias dedicado á Paulina; perdiste el terreno que otro ganó; y por no ser prolijo, te diré, en fin, que la doncella quedó prometida á su nuevo aspirante, de una manera muy formal.

—Veo, con efecto, que tarde lo pensamos. Pero despues de todo, si no hubiera mediado el reconocimiento de D. Bruno, tampoco habria muerto el hijo de D. Bartolo.

—¿Por qué dices eso?

—¿No le asistió en su enfermedad el doctor Manresa?

—Con motivo de haberse presentado en la Estancia, emprendió la asistencia, pues antes se habia considerado que no tenia necesidad de médico.

—¡Pues qué más quieres! La muerte del párvulo prepara á D. Bruno el camino de otra herencia, y no habrá dejado su padre de abrírselo, teniéndolo en su mano.

—Eustaquio, muy mal pensado eres.

—Y tú un mentecato, y dispénsame.

Titubeó D. Matías; pero como su condicion en poco diferia de la de su hermano, no se encontró muy distante de asentir á su infame suposicion. Por su parte Eustaquio quedó imaginativo por algunos momentos, manifestando bien claramente su rostro el disgusto que á la sazon se habia posesionado de su alma. Tambien por aquel lado veia frustradas sus esperanzas, sin duda porque las vacilaciones en que andaba de algun tiempo á aquella parte no podian menos de darle por consecuencia desagradables resultados. Cuando habia acometido sus empresas de una manera resuelta, y sin apurar los cálculos y las consideraciones; siempre la fortuna habia corrido á ponerse á su lado, y un contrario sistema no le iba trayendo más que contratiempos. La audacia, pues, debia estimarse en el mundo como la primera de las virtudes, fecunda, por lo tanto, en apetecibles consecuencias. Y ya con esta idea, y determinado propósito, dejando á un lado todas las dudas y miramientos, tomó una resolucion pronta é inmutable; y poniéndose en pié, por lo mismo, dijo á su hermano:

—Matías; en estos momentos marcho á hacer los preparativos para mi boda. Si no hoy mismo, mañana sin falta estaré casado.

—¿Pero estás en tu juicio? contestóle asombrado Matías. Te digo que ya esto no tiene remedio. Está resuelto el matrimonio de Paulina de una manera decisiva.

—Si Paulina se casa por su parte, tambien lo haré yo por la mia.

—¿Pues con quién te casas tú?

—Con la hija de un zapatero, y de un brigadier, y de quién más sé yo.

—¡Pues hombre!... Por lo menos tendrás certeza en cuanto á la madre.

—Es hija de una zapatera, de una parda, de la Inclusa, de una comadre, de una marquesa, de una parienta de la marquesa, y de quién más sé yo.

Cuando oyó esto Matías, creyó que enteramente habia perdido Eustaquio la chabeta, y nunca hubiera podido imaginarse que el amor por Paulina tuviese tanto imperio en un alma de tan buen temple como aquella con que la próvida naturaleza se habia complacido en adornar á su hermano. Intentó, por lo mismo, reducirle á la razon con muy acertadas reflexiones sobre la manera en que debia tomarse el amor, segun él lo tomó en los tiempos en que estuvo para emplearse en semejantes fruslerías; pero á todo contestó Eustaquio que él sabia lo que hubiera de hacerse perfectamente, y que Matías veria en adelante si lo habia acertado ó no. Diciendo esto, púsose en disposicion de salir de nuevo á la calle; despidióse de su hermano, que no acababa de comprender el secreto de su conducta, y pronto estuvo en la casa de Úrsula.

Manifestóla que no habia ya necesidad de que se celebrara el matrimonio como antes se habia pensado, pues conven-

cido, por la explicacion de su sueño, de lo que ella le amaba, queria darla una muestra de que su amor era correspondido como merecia, arrostrando con todo inconveniente, hasta con el disgusto de su hermano, y dando así desde luego una ostentosa muestra de lo mucho en que la tenia. Por lo mismo practicó seguidamente nuevas diligencias de matrimonio (no sin dar ocasion para que los que no estaban en el secreto discurriesen largamente sobre la veleidad de las mujeres), activó pasos, allanó inconvenientes bolsa en mano, dispensó amonestaciones, dióse notable prisa en todo, y al dia siguiente se unia, como lo dijo, en lazo indisoluble con Úrsula.

Sirvió esto de motivo para mil distintos comentarios en la poblacion. Decian unos que el amor le habia cegado al extremo de arrostrar con la condicion de Úrsula, suministrando así el caso nueva prueba de que aquella pasion todo lo vence; referian otros que con suma destreza le habia birlado al Cortado la novia, la cual, como entendida, apenas se la propuso el cambio, optó por el mejor partido; y afeaban el repentino trueque aquellos leales partidarios de Cupido que en el escudo llevan por empresa la más eterna constancia. Casi todas las doncellas se pronunciaron contra Úrsula; hicieron las matronas su defensa con el adagio de que *por mejoría mi casa dejaria*, cuanto más á un Cortado; y todos tuvieron así en qué entretenerse por cuarenta y ocho horas, hasta que un ahorcado por deudas, y la llegada de un nuevo tenor para la ópera, hicieron olvidar aquel suceso, dando pábulo á nuevas consideraciones y hablillas, alimento de los que se reunen á no saber qué decirse, de sustancia por lo menos, que llaman matar el tiempo.

En el mismo dia en que llevaba á efecto su matrimonio, habia estado el Sr. Ordoñez en la casa de D. Eustaquio, buscándole con muestras de suma diligencia, y tambien por dos veces habia enviado recado la marquesa para que la viese sin demora; pero desde por la mañana habia dado órden don Eustaquio de que se dijese á cualquiera que por él preguntara, que habia salido, sin que se le esperase hasta muy tarde de la noche. Aquella entrevista con la marquesa y Ordoñez le hacia temer algun obstáculo para la realizacion de sus planes, sin que por esto pudiera fijarse en la especie de impedimento que de allí hubiese de provenir, y por lo mismo se atenia á los hechos consumados, que de tanto socorro han sido siempre, y aun más lo van siendo ahora en el mundo. Lo que inducia á buscarle de semejante manera se encontrará explicado, pues, en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXXVIII.

Cómo Ordoñez vió á la marquesa, y lo que entre ellos pasó.

En aquel dia en que D. Eustaquio vió al Sr. Ordoñez entrar en la casa de la marquesa, no se habia engañado ciertamente, y oportuno será que el lector se imponga de lo que pasó entre aquellos dos personajes, para que de ese modo le resulten aclarados muchos de los hechos misteriosos que sin duda deben haberle llamado la atencion en el curso de esta historia.

Estaba sentada, pues, la marquesa en el mismo sofá donde se la vió el dia de la recomendacion que hizo de Tortosa á D. Eustaquio, y el luto que llevaba por la muerte reciente de su marido, aun hacia más notable aquella palidez que de ordinario ostentaba su rostro. Parecia, pues, entregada á melancólicas y profundas imaginaciones, al advertírsela con el brazo descansando en el del sofá, y en la mano la mejilla, y harto bien se notaban en sus ojos, igualmente las muestras

de las muchas lágrimas que habian derramado en los últimos dias, y acaso pocos momentos antes. Cuando la avisaron la llegada de Ordoñez, presentó su semblante muestras de rubor y ansiedad á la vez, advirtiéndose que hacia notables esfuerzos por disimularlas; y abandonando la posicion que habia guardado hasta entonces, incorporóse tomando otra más llena de dignidad, como si quisiera prepararse para desempeñar el papel á que entonces por la suerte se veia destinada.

Entró, pues, el Sr. Ordoñez con grave aspecto, y fijó una curiosa mirada en la marquesa, la que por su parte igualmente le observó, bien que de una manera disimulada, y tomando de seguida el asiento con que se le brindó, dijo:

—Os he pedido, señora, que tengamos esta conferencia, encontrándose humeantes todavía las cenizas de vuestro esposo, porque tal es la precipitacion con que debe tratarse del asunto que al extremo tambien os interesa.

—Sí, Sr. Ordoñez. Aun me parece oir los últimos gemidos de mi esposo moribundo. Mi deber, por ahora, debiera limitarme á seguir pagándole un tributo de sinceras lágrimas; pero tambien tengo que atender á otra persona no menos cara, que me ha obligado á verterlas en abundancia por todo el curso de mi vida.

—Os he anunciado que me importaba veros prontamente, á nombre de mi amigo el conde de Soria.

—Y ese nombre debia bastarme para que hubiese excusado toda relacion con vos, á despecho de las buenas prendas que os adornan.

—Sin embargo, señora...

—Sí; hay motivos poderosos para que aun tenga que po-

nerme en contacto con él. Eso es lo que queríais decirme.

—Precisamente; sin que convenga por ello en que de vuestra parte haya tanto motivo para que mostreis tal aversion por mi desgraciado amigo, dijo Ordoñez, sazonando estas expresiones con una amable sonrisa.

—Mirad, Ordoñez, contestó la marquesa animándosela el semblante al extremo. Hay crímenes que dejan resultados para toda la serie de los tiempos, y hay heridas del corazon, que si no acaban la vida, solo pueden ser curadas por la muerte. La amorosa seduccion de los hombres ha caido en descrédito, y con razon, porque mucho adelantan las mujeres con solo querer resguardarse de ellas; pero cuando se trata de una jóven de catorce años, que apenas adquirió conocimiento del mundo; cuando se trata de un hombre de elevada posicion y de consumada experiencia; cuando se principia contrayendo un formal compromiso de matrimonio, y cuando aprovechando una y otra oportunidad, con engaño y con uno y otro pretexto, se abusa de la inocencia, y se la corrompe y se la desgracia, convenid en que el verdugo es un monstruo, y en que la víctima merece una mirada de compasion. El monstruo es vuestro amigo el conde, y la víctima tambien sabeis quién puede ser. ¿Os figurais que en esto supongo alguna cosa?

—No, señora; harto me consta, por su propia confesion, que abusó de vuestra credulidad y de vuestra inocencia. Al hablarme de vos, no ha tenido más que palabras con que elogiaros, y remordimientos que devorar por su conducta.

—¿Os habrá dicho tambien que el resultado de sus engaños fué mi deshonra? ¿Pudo calcular alguna vez las agonías de una madre, que en el hecho de serlo, lleva consigo las

muestras de lo que el mundo mira como un crímen, y que para ocultarlo tiene que echar mano de otros crímenes de mayor importancia?

—No creo que hayan podido escondérsele.

—¿Y cómo se pueden ahogar así los gritos de la conciencia? Creed que no ha tenido idea de aquellos sufrimientos. El que ocasiona la infelicidad de otro, de seguro que no concibe lo que es la infelicidad. Y si ve impasible los tormentos que así causa, creed que la idea espantosa de un infierno, donde hay padecimientos sin fin, es la única que puede presentarse en pago de semejante conducta.

—¿Y estimáis que los remordimientos no sean bastante compensacion para la falta?

—Pero no ha tenido esos remordimientos, Sr. Ordoñez. Despues de mi deshonra, se mostró solícito en ayudarme á ocultar sus resultados, por atender á su seguridad. Ya os habrá dicho que la Inclusa me usurpó mi nombre legítimo de madre; que me privó de la primera sonrisa de mi hija, y que esta fué condenada á no gozar, como nunca gozó, de las caricias maternales. Quiere decir que me condenó á la deshonra y al sufrimiento, y que la primera se ocultó al mundo, á costa del aumento de lo segundo. Me dijo que pronto cesaria tan funesto estado de cosas; me anunció que de seguida tendria efecto nuestro matrimonio, para que nuestra hija quedase reconocida, pues para ello partia á España á romper un compromiso que tenia contraido. Decid ahora si es ese el proceder de un caballero, y decid si por ventura merece disculpa.

—Proceder villano fué, señora, que tampoco admite ningun género de excusa. Sin embargo, sabed que su traicion en

sí misma llevó el castigo. La mujer por quien faltó á lo que os debia, fué la que destinó el cielo para vengaros. En los tres años que vivió, consumó tambien la deshonra de su esposo, fué marcando los dias de su existencia con un nuevo disgusto, y á esto se reunia el dolor de haberos sacrificado, y la comparacion que hacia entre la felicidad que abandonó por la desgracia con que hubo de trocarla. Vos hubísteis de contraer matrimonio, y él se abstuvo de hacerlo siempre despues, esperando que algun dia podria remediar el mal que habia causado.

—Contraje yo matrimonio, es cierto. Pero nunca pudo presumir todo lo que á ello me obligó.

—Sabe que os fué forzoso acceder á las súplicas de vuestro padre.

—Pero súplicas que tenian toda la fuerza de un imperioso mandato; súplicas de un padre, que no admitian contradiccion. De todos los motivos imaginables eché mano para no dar cumplimiento á su deseo, menos del único verdadero, porque semejante confesion, conociendo yo el carácter de mi padre, debiera tener por forzosa consecuencia su muerte ó la mia. La última me hubiera importado poco; pero tenia una hija que por su parte no conocia padre, y debia vigilar por ella. La infeliz, ¿por qué habia de estar condenada tambien á no conocer nunca su madre? ¿Por qué habria de consagrársela siempre á la orfandad y al desamparo?

—Es cierto, señora.

—Mi padre estaba ya muy anciano, y enfermo el hombre que me proponian por esposo. Con la muerte de los dos, dentro de algun tiempo podria comenzar la vida de mi hija. ¡Mirad qué cruel alternativa! Si no podia llevar á mi esposo la

honra perdida, podia entregarle todos mis bienes de fortuna, podia consagrarme á su cuidado con la mayor solicitud y esmero, para endulzar el rigor de su existencia, y podia así, en fin, expiar mi falta, como encerrada en un monasterio. En secreto lloraba mi culpa, y en público me consagré al enfermo, con la piadosa constancia de una de esas hermanas de la caridad evangélica.

—Bien sabe, señora, que sois una mujer ejemplar. Mi amigo algo quiso hacer por su hija; pero supo que la habian sacado de la Inclusa. Calculó que debíais ser vos, y su delicadeza no permitió que se os hablara del particular durante vuestro matrimonio.

—He procurado ser ejemplar ciertamente. Mi esposo, durante su vida, no ha tenido nunca de mí el más ligero motivo de queja. Olvidaba mis penas por atender á las suyas; dia y noche acudí al alivio de su larga y espantosa enfermedad, desarrollada á poco de nuestro matrimonio, y le hice el sacrificio, por evitarle descontentos, de suprimir las lágrimas, que eran el único alivio de mis desgracias. ¿Ha podido exigirse más de mí? ¡Decídmelo con franqueza!

—No tanto, señora. Me inspirais admiracion y respeto. Sois un ángel.

—Ni siquiera he podido atender á la suerte de mi hija como debiera, por guardar extremada consideracion á mi esposo. La comadre que presidió á su nacimiento, tuvo el encargo de sacarla de la Inclusa á poco de colocada en ella, reconociéndola por medio de la señal que se la puso al efecto. Dejéla á su cuidado, recomendándosela con todo el empeño que podria hacerlo la mejor madre en mis circunstancias; la pedí que la colocase en el seno de una familia hon-

rada, donde aprendiera la virtud; donde se la diera una esmerada educacion y donde se la tratase con el mayor regalo. Al efecto, la suministraba una mesada de alguna consideracion, que sacaba de lo que pudiera servirme para mis gastos particulares. Andaba yo llena de escaseces que ignoraba mi marido, á trueque de que ella no careciera de cosa alguna, y hacíanme creer que mis sacrificios obtenian la recompensa que llevaban por objeto. ¿Pero sabeis lo que ha sucedido?

—Fué vendida infamemente vuestra confianza.

—¡Infamemente! Aquella mujer, para tomarse el dinero que la daba, ha criado á mi hija en la zapatería de una gente tan pobre como desmoralizada. ¡Habrá sufrido escaseces, ha vivido casi como mendiga, sin deber serlo, y no ha tenido la educacion que la corresponde! Habitando en una miserable zapatería, y trabajando acaso para que la diesen un bocado de lo mismo suyo. ¡Hija de mi vida! Pero aun sabreis lo peor. Está para casarse con el hombre más degradado que presentó nunca á la faz del mundo la corrupcion de la humana naturaleza. ¡Mi hija, Dios mio! ¡La hija del conde de Soria! ¡Mirad las consecuencias de ser conde y proceder como un azacan! Pero no como un azacan: el corazon de un hombre de estado humilde puede tener más precio que el de cualquier potentado. Las distinciones no ensalzan, sino degradan más todavía al que no las merece. Son un sarcasmo que llevan consigo, para llamar el desprecio público sobre el que las usurpa.

—Sosegaos. Ya sabia yo de ese matrimonio, y puedo prometeros que no se verificará.

—¿Lo sabíais? ¿Y cómo pudísteis saberlo?

—D. Eustaquio, un amigo mio...

—¿Conoceis á D. Eustaquio?

—Sí, señora. Por él supe que estaba haciendo oposicion al casamiento de una hija de la Inclusa, y semejante noticia excitó mi curiosidad. Mi amigo el conde me habia dado el nombre de Úrsula, y las señas por donde en cualquiera circunstancia pudiera ser reconocida. Preguntando á D. Eustaquio, supe que por vuestro encargo hacia la oposicion á aquel desposorio. Pedíle entonces que inquiriese de la jóven si era la misma que llevaba en un pié las señas de que le puse al cabo, y para el caso de que lo fuese le manifesté mi deseo de que impidiera efectivamente el proyectado enlace, ó que á lo menos lo suspendiera mientras conseguia ponerme de acuerdo con vos. Sabia yo, pues, el estado en que se encontraba vuestro marido, y calculaba por lo mismo que pronto podríamos tener esta conferencia.

—Pues efectivamente, Sr. Ordoñez, pedí yo á D. Eustaquio que impidiera semejante matrimonio. Igualmente le supliqué que por lo menos hiciese suspenderlo por unos veinte dias. Calculaba, de la propia manera, que podria dentro de aquel plazo confesar que es mi hija, pedir á todo el mundo por su felicidad; disponer de toda mi fortuna para evitar que la sacrifiquen? D. Eustaquio me ofreció que no se haria el matrimonio, sin que antes me viese, por lo menos.

—Lo mismo me dijo.

—Y cuando no me ha visto aun, á pesar de la desgracia que he sufrido, debo creer que no se ha consumado aquel hecho. Me parece que no habrá faltado á su palabra, porque se lo supliqué con tales instancias...

—Tambien me hizo la propia oferta; sin que tampoco has-

ta el presente me haya visitado. Pero de seguro que cuando no nos ha visto, el matrimonio no se ha efectuado con el hombre á que os referís.

—¿Creeis de veras que se ha salvado mi hija? ¿Tanto confiais en D. Eustaquio? No me queda duda de que es mi hija. Me lo ha asegurado la misma infame á cuyo cuidado la puse.

—Responderia de D. Eustaquio, señora, como de mí propio. Tengo motivos para poder juzgar de su probidad. Tengo datos irrecusables para estar convencido de que su proceder no es el que por desgracia se usa generalmente en el mundo.

—¡Dios mio! ¡Cuánto se lo agradezco! ¡Si con efecto hubiera evitado esa desgracia!

—La ha evitado, señora. De otro modo me habria visto, como me ofreció. Un hombre que se porta como él, no ha podido faltar á su palabra. Eso no es posible.

—Y si lo ha hecho suspender, aunque no haya logrado impedirlo enteramente...

—Entonces queda á mi cargo poner el impedimento. Estoy resuelto á que la jóven no sea de ese hombre, que no la merece. Trabajaremos de consuno vos y yo, y aun cuando comprometiese mi posicion y hasta mi existencia, no se verificará el matrimonio.

Con aquella seguridad, el rostro de la marquesa perdió el tinte melancólico que de ordinario ostentaba; presentó la serenidad del individuo satisfecho de su actual situacion, y hasta apareció en sus labios una sonrisa, abierta y prolongada, como asoma el arco iris despues de la tempestad. Bien demostraba entónces que todas sus imaginaciones se refe-

rian á su hija, prometiéndose compensarla con las muestras de su amor y con un hermoso porvenir, todo el infortunio de su vida pasada. No escapándose semejante observacion al Sr. Ordoñez, juzgó oportuno sin duda aprovechar aquel momento para dejar concluido el motivo principal que le habia inclinado á pedir su entrevista con la marquesa, y por lo mismo la dijo:

—Mi amigo el conde, como ya os signifiqué, no ha querido volver á empeñarse en nuevo matrimonio, despues de aquel en que tan mal le trató la fortuna. Siempre le ha asistido la esperanza de unirse con vos, pues bastante tiempo ha tenido por qué arrepentirse de no haberlo hecho. Quiere, señora, reparar en cuanto sea posible la grave falta que reconoce haber cometido.

—Sr. Ordoñez, contestó la marquesa con entereza y dignidad: debió suponer el conde, que despues de lo que ha sucedido, no era posible que pudiese yo acceder á semejante pretension, ni era la presente la mejor oportunidad de hacérmela.

—Si no he respetado vuestra reciente viudez, es porque no admite espera la pretension á que aludís. El conde, sobre su mucha edad, de algun tiempo á esta parte se encuentra al extremo achacoso; tanto, que ha temido no poder reparar su falta en cuanto es posible hacerlo. Instruido por mí del estado de vuestro esposo, me tenia recomendado muy especialmente que en el momento en que fuera dable hacerlo sin que se alarmase vuestra virtud, os hiciera presente su arrepentimiento, y propósito adoptado en consecuencia. No extrañeis por lo mismo...

—Nunca, Sr. Ordoñez. Yo le perdono todo el mal que

me ha causado; pero unirme á él no es posible. Si antes de mi matrimonio no me porté como debiera para con mi futuro esposo, despues de su muerte, por lo menos, cumpliré con lo que debo á su memoria. Viviré consagrada enteramente y no más que para mi hija.

—Pero, señora, precisamente por vuestra hija debeis consumar el sacrificio que se exige de vos. Vuestro matrimonio con el conde, y su consiguiente reconocimiento, la asegura el nombre que la corresponde, la hace adquirir los bienes de su padre, y la coloca en situacion muy distinta de la que hoy tiene en el mundo.

Semejante observacion hizo en la marquesa un efecto mayor todavía del que Ordoñez esperó producir con ella. Sus ojos brillaron, coloreáronse sus pálidas mejillas y agitóse su seno de una manera pronunciada, hasta que al fin prorumpió diciendo:

—Decís verdad. Aun cuando yo la traiga á mi lado, la consagre mis cuidados y haga suya toda mi fortuna, todavía no es bastante reparacion para el mal que la causamos con su nacimiento. Quisiera yo que me lo debiese todo; pero justo es tambien que algo haga su padre. Para esto, será preciso que haga tambien nuevo sacrificio de mi parte. ¡Todo por ella! ¿Corre mucho peligro la vida del conde? Yo me equivocaba. Quiere hacerme un gran favor, porque se lo hace á mi hija.

—Prudente es, señora, no dilatar el matrimonio que os ofrece.

—Pues bien, desde luego. Iremos á España, y le llevaré su hija. La pagaremos lo que la debemos, y despues seré tan buena esposa como antes lo fuí. Si en un principio hizo

vuestro amigo desgraciadas á su hija y á mí, es cierto que hoy remedia su falta de la mejor manera que puede hacerlo. Disponed, pues, lo que os parezca. Ya veis mi resolucion, Sr. Ordoñez.

—Cuando supe que se aproximaba el fin de vuestro esposo, he escrito para que se me remita un poder con que celebrar el matrimonio; y luego que llegue, sin ninguna publicidad...

No le dejó continuar la marquesa, porque tomándole la mano, en abundantes lágrimas vino á resolver toda la agitacion que hasta entonces habia tenido.

—Sois tan caballero como buen amigo, le dijo en conclusion. Mi cabeza no está para nada. Si el conde ha depositado en vos su confianza, tambien en vos debo poner la mia. Dirigidlo todo como mejor os parezca. Proporcionad cuanto pueda contribuir á la felicidad de mi hija. Yo obedeceré.

No se escapó á Ordoñez todo lo que en aquel momento sufria la marquesa, y juzgó por lo mismo que, más que nada, la convenia por entonces tratar de reponerse de las distintas y fuertes emociones que en tan breve espacio de tiempo la habian agitado. Por lo mismo, y usando de la extremada delicadeza que figuraba en todos sus actos, la dijo que un asunto de grave importancia le llamaba á otra parte, y que al dia siguiente volveria para, de acuerdo con ella, poner en planta lo que fuera consiguiente al logro de sus deseos. Al despedirse, le recomendó la marquesa que tratase de saber por D. Eustaquio cuál hubiera sido el resultado de la comision de que se le habia encargado respecto del matrimonio de Úrsula, y Ordoñez le ofreció averiguarlo, repitién-

dole que ningun cuidado tenia en el particular, pues confiaba enteramente en la probidad y celo de aquel á quien se habia encargado el asunto.

Por consecuencia, Ordoñez procuró en aquel mismo dia verse con D. Eustaquio, sin que pudiera conseguirlo, como ya se ha dicho. Por su parte la marquesa, despues que se repuso un tanto, y sin embargo de la promesa de Ordoñez en quien confiaba al extremo, quiso ver á D. Eustaquio; porque la suerte de Úrsula le llegaba demasiado al alma, para que pudiera prescindir de saber, con su natural impaciencia, el resultado que hubiesen tenido las gestiones de aquel. Pero ya hemos visto que no fué posible dar con D. Eustaquio en ese dia, y con fundado motivo, por cierto.

CAPÍTULO XXXIX.

Que es el penúltimo de la obra.

Presuroso volvió el Sr. Ordoñez al otro dia á la casa de la marquesa, como habia prometido; y no le llevó solamente el deseo de dar cumplimiento á su promesa, sino que le aguijoneaba tambien el propósito de combinar lo necesario para el reconocimiento de Úrsula y matrimonio de sus padres, con que tuviera principio la tranquilidad y ventura de todos. Recibióle la marquesa con muestras de la mayor consideracion y agradecimiento, revelando asimismo su semblante que en mucho se habian mitigado las penas que la agitaban el dia anterior. Antes de tratar de otra cosa alguna, sin embargo, lo primero que la ocurrió fué saber del estado en que se encontraba Úrsula, porque la idea de que por cualquier descuido pudiese llevar á efecto aquel proyectado enlace que se trataba de impedir, era cosa que no la dejaba sosegar un punto. Por lo mismo, dijo desde luego á Ordoñez:

—¿Habeis podido conseguir al fin alguna noticia de Úrsula?

—No, señora. Ayer estuve á ver á D. Eustaquio; pero me impusieron de que no volvia á su casa hasta muy entrada la noche. De nuevo pasé por ella á mi venida para acá; pero ya habia salido.

—Tambien yo, Sr. Ordoñez, mandé á buscarle ayer dos veces; pero asimismo sucedió que no se encontraba en casa. Bien veo que eso nada tiene de importante; pero me temo que no haya podido conseguir su objeto. No acertaria á explicar ni ese temor, ni lo mismo que pienso; pero ello es que un triste presentimiento...

—Tranquilizaos, por Dios. Cuando no nos ha visto don Eustaquio, de seguro que ha conseguido suspender el matrimonio, segun se le encargó. Su ausencia de su casa no me extraña, porque recuerdo haberle oido decir que entendia en la compra de una finca, y habrá tenido que dar pasos para ello, y acaso se habrá visto hasta en necesidad de marchar al campo... Espero que hoy mismo nos verá.

—Mucha confianza teneis en él, Sr. Ordoñez.

—Ya os indiqué ayer que tengo datos importantes para poder juzgarle. Prescindo de hechos públicos que bien le caracterizan. Pues aparte de ellos, he visto en él rasgos que le hacen muy superior al comun de los hombres. Procederes he encontrado en él, que por desgracia son muy raros. Si su palabra empeñó, creed que no la dejará incumplida.

—Mucho me tranquilizais; pero con todo...

Sin acabar de decirlo, anunciaron que D. Eustaquio pedia permiso para ver á la marquesa, y entonces dijo á esta Ordoñez:

—Semejante anuncio, señora, os dirá si me habia equivocado.

—Es verdad, contestó la marquesa con el mayor regocijo en su semblante. Soy injusta con él; pero en el estado en que me encuentro, todo es de dispensárseme.

Entró entonces D. Eustaquio con paso mesurado y rostro grave; hizo una cortesía con muy buena gracia, sin dejar de manifestar alguna sorpresa por encontrarse allí con el señor Ordoñez, cuya agradable vista no se esperaba tener, y tomó posesion del asiento con que desde luego le brindaron. La primera que de seguida rompió el silencio, fué la marquesa, diciéndole:

—Al fin, D. Eustaquio, lográsteis reducir á ese hombre...

—Lo que es reducirle, señora, fué un imposible.

—¿Qué decís? repuso prontamente la marquesa.

Y Ordoñez no pudo dejar de exclamar al mismo tiempo:

—¿Pues qué ha sucedido?

—Como desde un principio me presumí, excusadas fueron mis reflexiones, baldías mis súplicas é impotentes mis amenazas. Acaso los mismos esfuerzos que en mí advertia, le hacian entender que su matrimonio con la doncella era más importante de lo que él se habia figurado; y esto, unido á su aficion por ella, ya calculareis que debiera inclinarle más todavía á llevar adelante su propósito.

—¡Dios mio! dijo la marquesa. Sin embargo, me ofrecísteis que no se llevaria á efecto el matrimonio, sin veros antes conmigo. No esperaba de vos, D. Eustaquio...

—Debísteis haberme advertido lo que pasaba, con arreglo á vuestra oferta, dijo tambien por su parte Ordoñez con alterada voz.

—Señora marquesa, repuso Eustaquio sin inmutarse nada; muy puntualmente acudí á participaros lo que sucedia;

pero cuando entraba por las puertas, hacíanlo á la vez otros con un aparato fúnebre, y preguntando quién era el que habia muerto, me instruyeron de que habia sido vuestro esposo. Por lo mismo, forzoso me fué retirarme. En cuanto á vos, Sr. Ordoñez, continuó volviéndose para este, es preciso que sepais que cuando vi á Ruiz, ya habia obtenido la licencia judicial para contraer su matrimonio. ¿Qué hubiérais podido hacer para impedirlo en semejantes circunstancias? Os habria sido forzoso apelar á una violencia, y de semejante compromiso debia salvaros el que es más amigo vuestro de lo que imaginais. Semejantes violencias no siempre producen buen resultado.

—Quiere decir, manifestó la marquesa con la mayor agitacion, que nada habeis podido hacer por aquella desventurada. ¡Y tanto como confiaba en vos el Sr. Ordoñez!

—El Sr. Ordoñez no me habrá hecho el disfavor de creer que soy hombre capaz de faltar á mi palabra. El matrimonio que queríais impedir, no se ha llevado á efecto.

—Perdonadme, D. Eustaquio, repuso la marquesa pasando súbitamente del dolor á la alegría; perdonadme si no os he hecho toda la justicia que debiera. Pero considerad mi situacion...

—Ya sabia yo, buen amigo, dijo por su parte Ordoñez poniendo á D. Eustaquio una mano en un hombro cariñosamente, ya sabia lo que érais, y ya esperaba que os hubiéseis portado conforme á la idea que desde un principio me habíais hecho concebir de vos. Respondia de vuestros procederes, y debo responder de ellos, como si se tratara de los mios propios.

Semejante seguridad y garantía de parte de Ordoñez, aca-

baron de alejar de Eustaquio todo temor y escrúpulo para llevar á efecto el plan que traia preparado, y en consecuencia continuó diciendo:

—Convencido de que nada podia sacar de aquel hombre, consideré que no me quedaba otro arbitrio que el de recurrir á la propia doncella. Habíanme puesto ya con ella en contacto, porque la casualidad hizo que fuesen de mi amistad las personas en cuya casa estaba depositada, y por medio de alguna astucia, pude conseguir ponerme al cabo de que era la misma persona que tanto nos interesaba á todos.

—Sí, D. Eustaquio, repuso la marquesa, estoy ya desengañada, efectivamente, de que es la propia Úrsula á que yo me contraia.

—Pues bien, señora, prosiguió D. Eustaquio; con la misma conviccion yo, repetidas y largas sesiones tuve con la doncella. Intenté persuadirla de que bajo ningun concepto la convenia celebrar aquel matrimonio; peró estrellábanse mis esfuerzos tan vanamente como las débiles olas contra la fuerte roca. Por sus contestaciones pude deducir, sin embargo, que no tanto la inclinaba á variar de estado un funesto amor, cuanto el deseo de salir de aquella zapatería en que un dia tras otro habia arrastrado una existencia amarga y trabajosa.

—¡Dios mio! dijo la marquesa soltando las riendas al llanto, que en este punto la fué ya imposible contener. ¿Por qué no la dijísteis que su condicion iba á variar enteramente? ¿Por qué no la asegurásteis? [illegible]

—Considerad, señora, cuánto la diria y aseguraria para que desistiese de su propósito. La indiqué que seria reconocida por su madre. Preguntóme con la mayor solicitud quién

era esta; pero yo no sé mentir. Sin duda mi rostro la descubrió mis dudas y vacilaciones. Su futuro esposo apremiaba por otra parte...

—¿Y qué? ¡Acabad! dijo la marquesa llena de zozobra.

—Si su desgracia y su inocencia me hacian interesarme cada vez más por ella, mi solicitud y cariñosos extremos, segun percibí, no la fueron indiferentes. Esto, el compromiso en que me hallaba con vosotros, su suerte en manos de Ruiz, una variacion que en ella pudiera sobrevenir de un momento á otro... todo reunido, en fin, me obligó á echar mano entonces del único partido que pudiera allanar tanto inconveniente. Púselo, pues, en planta, sin vacilacion ninguna.

—¿Y fué el resultado?... dijo la marquesa con la misma agitacion.

—El de haber aprovechado un momento oportuno y hacerla inmediatamente mi esposa. Cuando yo prometo una cosa, cuando trato de impedir una desgracia, y cuando he ideado un buen propósito, los sacrificios nada me importan para llevarlo á efecto.

Y al decir esto volvióse para Ordoñez y miróle fijamente, como para recordarle lo que habia sucedido con la cartera. Quedó la marquesa sin poder articular una palabra tan solo, á virtud de aquella nueva anunciada por D. Eustaquio, aunque bien se echaba de ver, sobre todo, su contento por que á cualquiera costa se hubiese libertado su hija del terrible matrimonio que pensaba [illegible] con el Cortado. Por su parte, Ordoñez tambien quedó en suspenso por un breve espacio; pero de seguida, tomando á Eustaquio una mano, díjole:

—No habeis hecho por nosotros el sacrificio que imagi-

násteis, Sr. D. Eustaquio. Permitidme que salude al futuro conde de Soria y marqués...

Detúvose en esto, porque no sabia si por entonces la marquesa queria darle á conocer el estrecho parentesco que la ligaba con Úrsula: pero llevada de su ejemplo, y sin ser poderosa aquella á contenerse, añadió:

—Y marqués de la Novedad. ¡Os habeis casado con mi hija, la heredera de mis bienes y de mi título!

Quedóse al oir esto Eustaquio tan espantado, poniéndose despues tan vacilante como si una azumbre de vino le hubieran metido en el cuerpo. Y no era para menos, sobre lo mal adquiridos, encontrarse tan de repente con dos herencias en casa y dos títulos acuestas.

El Sr. Ordoñez no pudo dejar de contemplarle con suma consideracion, y hasta con alguna muestra de respeto; pero la marquesa, aunque llena del mayor contento por ver á su hija libre de las garras del Cortado, que era lo que más que todo la interesaba entonces, ni estaba tan satisfecha de su matrimonio con D. Eustaquio, ni del todo creia en la pureza de las intenciones del mancebo, ni tampoco en lo ejemplar de su conducta, sin que por esto pudiera explicarse claramente el motivo de semejante repugnancia. ¿Determinábala acaso su maternal instinto, ó bien la desconfianza más natural en su sexo, ó ya que la marquesa no tuviera el motivo que al otro asistia para considerar á su nuevo hijo de la manera ejemplarmente excepcional con que su amigo lo hacia? Fuese cual fuera [illegible] motivos, ó todos ellos juntos, lo cierto es que la marquesa, segun ya se ha indicado, no se encontraba tan complacida con la adquisicion del yerno, como parecia que en razon debiera esperarse.

Disimulando, sin embargo, en cuanto la fué posible aquella inmotivada repugnancia, siguieron hablando á presencia de D. Eustaquio, como ya de la familia, de todo lo que debiera practicarse pora llevar á su término los nuevos desposorios de la marquesa, y con tal motivo impúsose nuestro héroe de todos los antecedentes que mediaban en el asunto, con lo cual por cierto bastante tuvo de que holgarse. Despidióse al fin, prometiendo preparar á Úrsula discretamente para que á la mayor brevedad se presentase á su madre, y despidiéndose de la marquesa y Ordoñez con repetidas muestras de consideracion y cariño por entrambas partes, tomó el camino de su morada.

Á ella llegó con el corazon henchido de alborozo y la cabeza llena de ambiciosos proyectos, encontrándose con el Cortado, que le esperaba á la puerta y que se entró tras él, lleno de alarma por haber sabido que en el dia anterior se verificó el matrimonio en que le estaba reservado un papel tan interesante.

—D. Eustaquio, le dijo; ¿cómo es que me habeis jugado tan mala pasada?

—¡Pues qué! ¿creísteis de veras alguna vez que os tenia destinado para esposo de aquel ángel?

—¿Conque me equivocaba? dijo el Cortado con mucha sorna.

—Me convino figurar eso...

—Para preparar el mismo resultado de ayer.

—Ciertamente.

—Nadie hubiera podido adivinarlo.

—Es que yo hago mis cosas de manera que no pueda comprenderlas el vulgo fácilmente.

—Pues bien comprendí lo de aquella gratificacion de dos mil pesos que me ofrecísteis.

—¿Dos mil pesos fueron?

—Me parece.

—Lo creo porque vos me lo decís.

—Lo habreis olvidado, porque como la cosa no habia de tener efecto...

—Precisamente.

—Ya veis que soy racional. Yo mismo os ayudo á dejar saldada la cuenta de una manera económica.

—Pero si no se realizó la condicion...

—Bien lo veo. Pero lo cierto es que, contando con aquel pico, he contraido algunos compromisos...

—No os bastarian todas las entradas del fisco.

—Vamos, D. Eustaquio. Si no há lugar á la dote, recompénseseme por lo menos el tiempo que se me ha conservado en soltería, impidiéndoseme acaso dar mi mano con alguna ventaja, por cualquiera otra parte.

Conociendo D. Eustaquio que sus servicios, de cualquier modo, merecian alguna recompensa, y queriendo tambien comprar su secreto, entró en la pieza inmediata, y sacando doce onzas, las puso en las manos del Cortado diciendo:

—Seis de ellas son el premio del celibato que habeis guardado, y las otras seis significan la lengua queda que debeis tener sobre el motivo de aquel.

Embolsó el Cortado las monedas diciendo:

—¡El trabajo que cuesta [illegible] hacerse de un peso!

Y con esto fuése, porque nada más tenia que esperar allí.

CAPÍTULO XL.

Conclusion y advertencia.

Á los cuatro meses contados desde el dia á que se refiere el anterior capítulo, la marquesa habia contraido su matrimonio con el conde de Soria, volviendo á quedar viuda á muy poco despues.

D. Eustaquio, por consecuencia, fué el Excmo. señor conde de Soria; contaba con un inmenso capital; estaba rodeado de las mayores consideraciones, y gozaba, en fin, de una de esas posiciones que por más envidiables se tienen en el mundo. Pero á despecho de todo, ¿merecia aquella envidia que le tenia el comun de las gentes?

La vista de un bribon le hacia bajar los ojos, y la de un hombre de bien servíale de suplicio. Su esposa le menospreciaba, porque algo llegó á conocerle, y porque le tenia por muy inferior á su clase. La marquesa cada vez más le profesaba mayor despego y desconfianza, y el Sr. Ordoñez se

habia marchado á la península. No tenia paz doméstica, que es la primera de las ventajas, y tampoco paz en la conciencia, que es la más estimable de todas las venturas. El público, que al cabo supo quién era, aunque exteriormente le daba muestras de consideracion, odiábale en su interior, y no se le escapaba esto ciertamente, por más que por entrambas partes hubiese disimulo, esperando tambien todos que algun dia, mostrándosele contraria la fortuna, todo su adelanto se convirtiera en atraso, y en daño se resolviese todo el bien conseguido.

Doña Paulina y D. Bruno, al contrario, eran esposos felices, en cuanto cabe serlo en un mundo en que el mal compone parte indispensable de su combinacion y equilibrio. La esposa dirigia y el marido era obediente; y aunque así estuvieran trocados los papeles, ninguno de los dos intentaba cambiarlo, porque de este modo les iba perfectamente.

D. Matías siguió consumiendo con su acostumbrada constancia el papel sellado de cada bienio, para provecho suyo y de la Real Hacienda.

Doña Bernarda procuró llenar, por otra parte, el vacío que en sus entradas habia dejado la separacion de Úrsula, á deshora sacada de su tutela. D. Alejo y Lorenza continuaron consagrados á sus trabajos, profundamente convencidos de que, de toda la variedad de cosas que contiene el mundo, y profesiones que la civilizacion ha ideado, los zapatos solamente eran los que les habia asignado el destino para que pudiesen hacer su peregrin[illegible] el mundo.

En cuanto al Cortado, seguia tambien por la tierra el largo y espinoso camino por donde se enderezó desde su más tierna infancia. No yéndole mal en él, consideraba excusa-

do hacer ninguna variacion; ni tampoco tenia otros conocimientos más que los que desenvolvia con tanto provecho. Cuando vió conde á D. Eustaquio, no pudo dejar de detenerse en lo en peligro que estuvo de llevarse el título, y decia:

—Si consumo aquella buena obra, nadie me quita el condado de encima. Hasta de ese modo puede ser conde un hombre. ¡Válame Dios!

Aquí concluye el manuscrito que llegó á nuestras manos, y que hemos conseguido copiar fielmente, no sin mucho trabajo por cierto; porque sobre lo malo de la letra, en algunos lugares la humedad del sitio donde sin duda se le tuvo guardado, traspasando el papel, habia tambien apagado la tinta de una manera, que lo habia hecho casi ininteligible. Pero mucho adelantan la paciencia y la constancia, y no las hemos economizado en el asunto.

No nos parece posible que D. Eustaquio, que en la flor de su vida habia llegado á posicion tan ventajosa, se quedara estacionado en ella. Sin duda rodeado de nuevos elementos, introducido en más elevada esfera, y pudiendo desplegar en teatro más extenso todas sus habilidades y todo su ingenio, no habria de quedarse quieto y paciente, para ser blanco tan solo de los ataques de los demás. Dignos de ser dados á luz deberian ser, por lo mismo, los nuevos hechos con que hubiese ido figurando en el curso de la nueva vida á que le llamó la fortuna.

El cronista que tan minuciosamente le siguió los pasos hasta entonces, ¿habria abandonado la empresa porque Dios le hubiese sacado de este mundo antes que al otro en cuya vida parecia destinado á ocuparse? ¿Temió tal vez escribir sobre los demás sucesos en que pudieran figurar acaecimientos que considerara oportuno dejar sumidos en el silencio, ya por demasiado importantes ó por demasiado recientes? No parecia creible que si tuvo vida y salud para consagrarse á la tarea que habia emprendido, hubiese dejado de aprovecharlas, llevando hasta donde fuera posible su propósito; y con esta idea hemos invitado á la familia que nos proporcionó el manuscrito á que nos referimos, para que buscara cuidadosamente, entre los papeles de su antecesor, algun otro que pudiera haber respecto de D. Eustaquio.

Pero por más inquisiciones que se han hecho, no tanto por servirnos, cuanto por el aliciente de una buena recompensa que por el hallazgo hemos prometido, no ha sido posible dar con el objeto de nuestro deseo y de sus pesquisas. Algun indicio hay, sin embargo, de que uno de los hijos del cronista tomó alguno de sus papeles, ausentándose á poco despues para Filipinas, y más tarde á otros puntos, sin que al presente se sepa de fijo su paradero. Tras él vamos igualmente en camino de nuestro deseo; y si alguna vez encontramos al heredero, y si en su poder existe el otro manuscrito, y nos le quiere ceder por una buena recompensa que estamos dispuestos á darle, y si mereciese los honores de la publicacion, ó fuere posible hacerla sin que nadie se ofenda y alarme, la ofreceremos de seguro al público, con la misma fidelidad de que hemos dado pruebas en la que hoy presentamos á su consideracion.

Entretanto, Dios nos conceda vida para llevar á cabo más de un propósito, y al lector de las páginas que preceden, paciencia para concluirlas, buena voluntad para saborearlas, é indulgencia para el que, con la mejor intencion, se tomó el trabajo de escribirlas.

FIN.

ÍNDICE.

ERRATAS.

En la pág. 1.ª, línea 3.ª, donde dice «se traslada *la* Olimpo,» léase: «se traslada *al* Olimpo.»

En la pág. 283, línea 9.ª, donde dice «estábale bien *abanarndo,*» léase: «estábale bien *abandonar.*»

